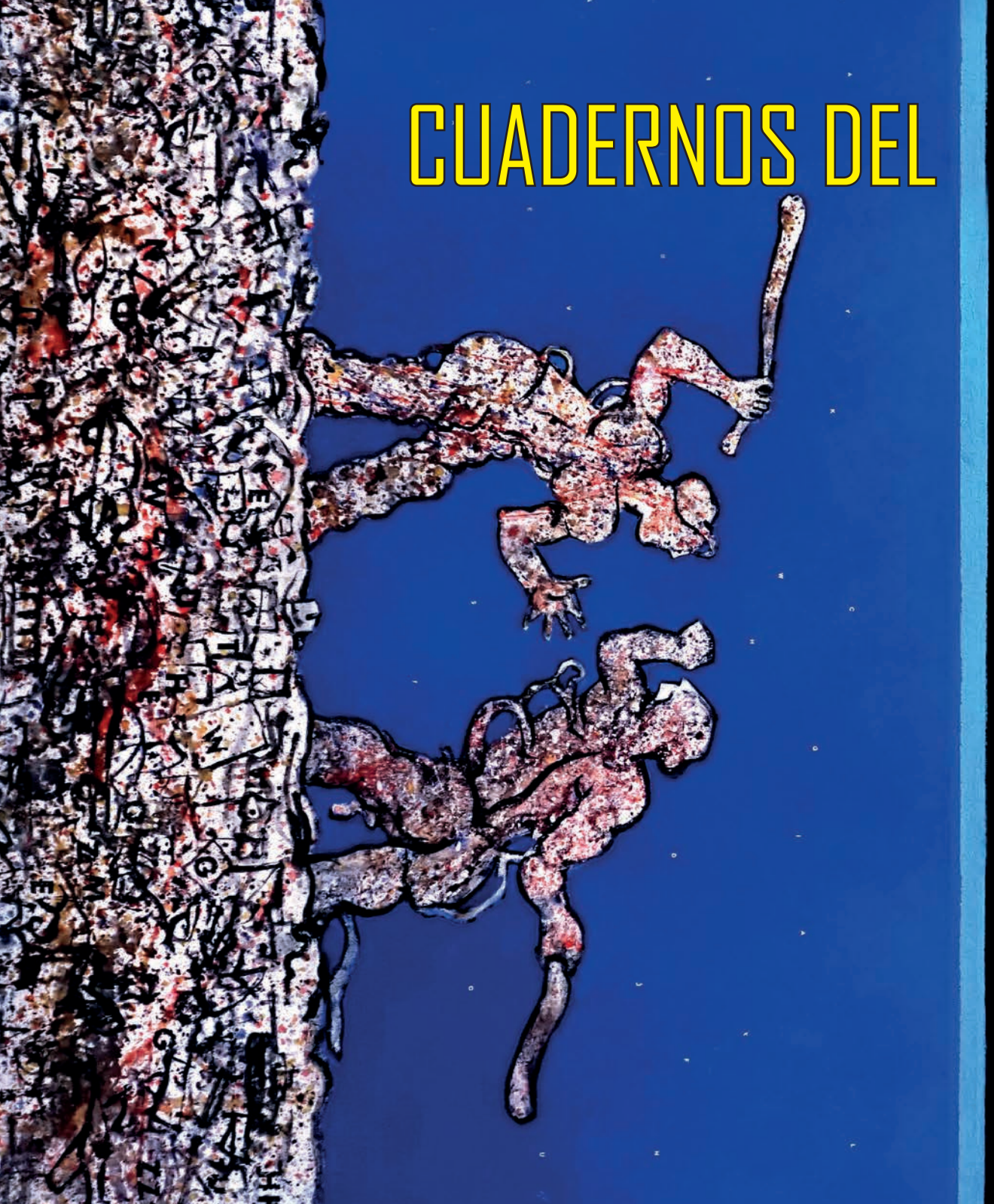
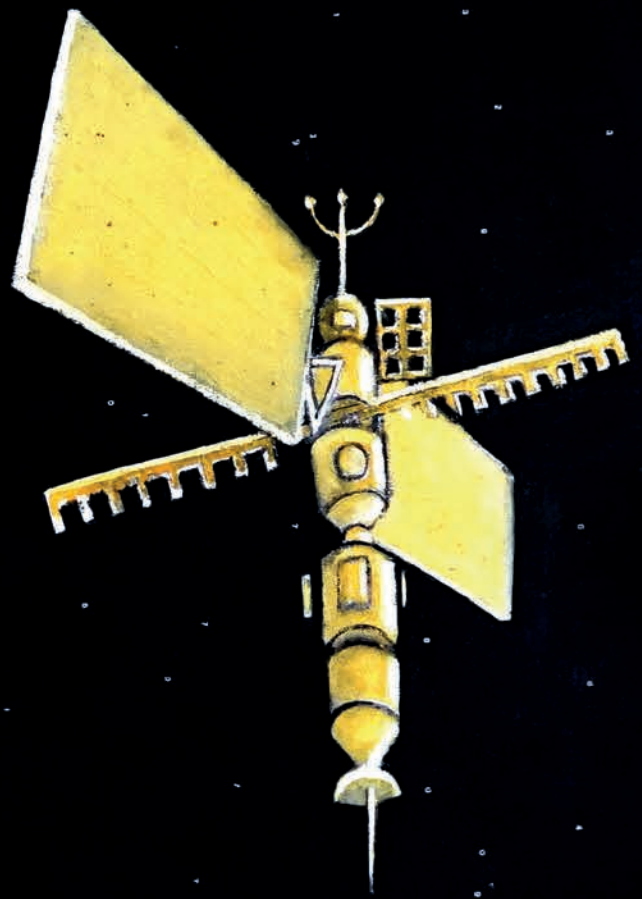
CUADERNOS DEL MATEMÁTICO 56-58

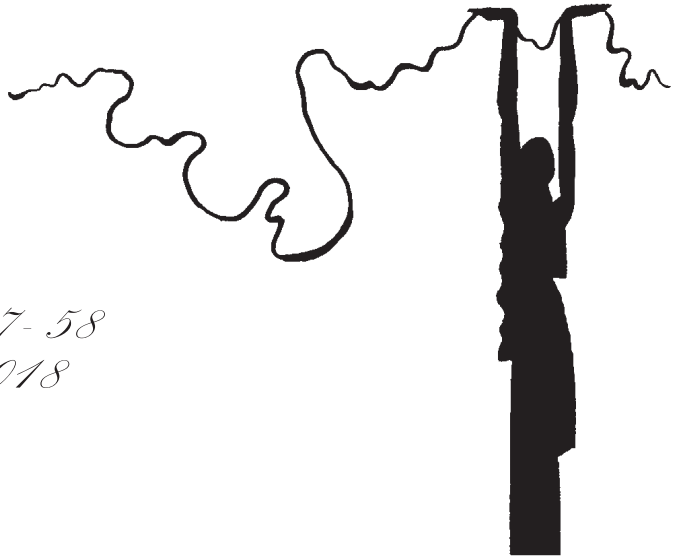




Cuadernos del Matemático

Revista Ilustrada de Creación

www.cuadernosdelmatematico.es
info@cuadernosdelmatematico.es
Documentalista: Rufo Pajares (En Vimeo se puede disfrutar de sus obras)



Getafe
número 56- 57- 58
Marzo — 2018
Año XXX

Cuadernos del Matemático
Revista Ilustrada de Creación
*

DIRECCIÓN:Ezequías Blanco.
SUBDIRECCIÓN:Cristóbal J. López de la Manzanara y Matías Muñoz
REDACCIÓN:Gregorio López, Francisco Poveda, Manuel Cortijo y Rafael Martín.
ASESORÍA JURÍDICA:Diego Mirallas
EDITA:Asociación de Amigos de El Matemático. C/. Toledo, s/n. - 28900 GETAFE - Tel. 91 696 70 24.
REALIZACIÓN GRÁFICA: Xiana Color Gráfico. Teléf.: 91 696 65 47.

I.S.S.N.: 1132-2403
Depósito Legal: M. 21.294-1989

TIRADA: 1.500 ejemplares
P.V.P.: 30€

**Las opiniones vertidas en cada artículo de esta revista son responsabilidad exclusiva de su autor.
La Redacción no mantendrá correspondencia sobre los originales recibidos por la imposibilidad material de atenderlos a todos como se merecerían y garantiza, en su modestia, que todos los textos son inéditos excepto los que expresamente se señalen.**

CONTENIDO

Ilustración/Cubierta: Ángel Aragonés

Ilustraciones/Interior: Chema Madoz, Francisco Peralto, Manuel Sonseca, Evaristo Delgado, Carlos Baonza, Damián Retamar, Teo Serna, Pancho Fernández, Carlos Escribano, Olga Valverde, Joaquín Sanjuán, Quique Santillán, José Hernández "Chiqui", Natxo Peralta, Rafael Martín, Antonio Gómez y J. Seco.

Editorial 3

Babel y la vergüenza: Gonzalo Hidalgo Bayal 7

La carta de Verónica: José María García López 9

Variaciones sobre Lázaro: Carlos Ferrándiz Madrigal 12

Café Barbieri: Ángel Aguado López 13

Prohibido filosofar: Eloísa Gómez-Lucena 15

Microrrelatos: Manuel Moya Escobar 17

Cometario de textos: Pascual Izquierdo 19

El Año de las resurrecciones: Jesús Alonso Ovejero 21

Capitalismo salvaje: Sergi Monfort 23

Percival: Goya Gutiérrez Lanero 27

El hecho diferencial: María Ángeles Maeso 36

El poeta: Julián Alonso 37

Tejidos y novedades: Javier H: Mercedes 40

La caja de tabaco: Juan Luis Calbarro 41

Comida: Luis Pliego Íñiguez 43

La carne abandonada del animal que se mata: Antonio Santamaría Solís 45

Un encuentro feliz: Olga Marqués 49

La muerte de Clarissa Rodde: Fernando Rosado 51

Mi abuela paterna: una mujer adelantada a su tiempo: José Ángel Barrueco 54

La escalera: Luis Veres 57

Una jornada en Croisset, cerca de Rouen: Ricardo Cano Gaviria 59

El rastro de las estrellas (los gestos poéticos): Ignacio Sanz 61

Suplementos:

LAVARQUELA: ***LA LUZ A TRAVÉS DE LA GRIETA (HOMENAJE A LEONARD COHEN):*** Carlos Baonza, Ángel Aragonés, Joaquín Sabina, Manolo Romero, Susana Obrero, Elsa López, Isabel Flor(s), Pablo García Casado, José María Herranz , Ana Cubas, Iván Carabaño, Ángela Saiz, Juan Pedro Carrasco, Elena Gómez Espinosa, Isabel Muñoz, Virginia Araya, Gemma Moreno, Carmen Guzmán, Eva María Chinchilla, Pedro García Cueto, Pepe Viyuela, Juan Andivia, Alberto Infante, José María de la Quintana, José Luis Torrego, Soraya García Gómez, Ezequías Blanco y Damián Retamar.

LES CRESSONS BLEUS: ***LAS NUEVAS VOCES DE LA POESÍA KAZAJA (Prólogo, selección y versión poética de Justo Jorge Padrón)***

Noticias de...: Justo Jorge Padrón • Ángel García López • Carlos Murciano • José Corredor Matheos • José Luis Morales • Luis Alberto de Cuenca • Mercedes Agulló • Álvaro Valverde • María Ángeles Pérez López • Enrique Falcón • Enrique Gracia Trinidad • María Luz Escuín • Miguel Veyrat • Miguel Casado • Manuel Quiroga Clérigo • Juan Cruz Ruiz • Raquel Lanseros • Pascual Izquierdo • Francisco Caro • Carlos Clementson • Antonio Rodríguez Jiménez • Antonio Gracia • José Elgarresta • Rubén Martín Díaz • Eduardo Moga • Miguel Ángel Manzanas • Natalia Carbajosa • Póllux Hernúñez • Antonio Ferres • José María Muñoz Quirós • Tomás Sánchez Santiago • Iván Carabaño • J. Seafree • Susana Obrero • Javier Díaz Gil • Coriolano Gonález • Alfonso Pascal Ros • Enrique Villagrasa • Alberto Cubero y José Luis de la Fuente • Luis Martínez de Merlo • José Miguel Junco Ezquerra • Santos Árevalo • Carlos Boves • José

Iglesias Benítez • Virginia Araya • Tirsa Caja • Alberto Infante • Paco Morata • Javier Lostalé • Ángela Saiz • Alfonso Aguado Ortuño • David González • Chema de la Quintana • Gema Estudillo • Uberto Stabile • José Luis Reina Palazón • José Luis Torrego • J. Seco • José Antonio Sáez • Julieta Valero • María Ángeles Romero • Pablo Carbonell • Juan de la Cruz Romero • Valentín Gandásegui • **TRECE SONETOS DE VITTORIA COLONNA (por Isabel Muñoz)** • Pilar Fraile • José Daniel García Basilio • Sánchez • Rosa Lentini • Manuel Neila • Fermín Herrero • José Lupiáñez • Encarnación Pisonero • Alfonso González-Calero • Rafael Soler • Marisa Vaquero • Óscar Aguado • Máximo Hernández • Luz Pichel • Beatriz Villacañas • Teo Serna • Laura Rodríguez Galindo • Manuel Francisco Reina • Miguel Galanes • Manuel Cortijo Rodríguez • Isabel García Hualde • Pablo Jiménez • Josefa Parra • Mario García Obrero • Rafael Morales Barba • María Salgado • Beatriz Hernanz Angulo • Merxe Manso • Helena Rodríguez • María Victoria Reyzábal • Eva Yárnoz • Carmen Plaza • Ana Galán Vigo • José Luis Puerto • Rebeca Márquez • Mirta Fran • Pedro A. González Moreno • María Antonia Ortega • Jorge de Arco • Ricardo Virtanen • Chus Arellano • Laura Casielles • Santiago Gómez-Valverde • Xupe Ramírez • Olga Baselga • Santos Domínguez • Rafaela Gómez Lucena • Ernesto García López • Rubén Romero Sánchez • Carlos Aurtenetxe • Davina Pazos • Tania Panés • Federico Gallego Ripoll • Horacio Costa • Pepa Nieto • Gustavo Vega Mansilla • Esperanza Ortega • Francisco Jiménez Carretero • Matías Muñoz • Mircea Dan Duta • Cristóbal J. López de la Manzanara • Luis Felipe Comendador • Maxi Rey • Andrea Aguirre • Gonzalo Escarpa 73-240

Ensayos y reseñas:

El laberinto y la peonza: espiral (Disquisición en torno a la memoria) César Nicolás 241

Digresiones Sobre el abstraccionismo: Antonio Gracia 249

Materia de España: el ensayo español contemporáneo: Fernando R. De La Flor 257

Lo extraño en Luigi Pirandello: Francisco Estévez 261

Las razones del lobo: Antonio Hernández 263

Medardo Fraile: Pedro Domene 265

Donde la vida se doblega nunca: José Luis Morante 269

Las dos pantallas: Pedro Felipe Sänchez Granados 271

Parecidos razonables: Juan Luis Calbarro 275

Desesperada belleza: Juan Luis Calbarro 276

Unos ojos en la travesía: Gonzalo Franco Blanco 277

Juan Carlos Elijas, el poeta nómada: Juan González Soto 279

Lecciones de vida para tener en cuento: Juan Carlos De Lara 282

Raquel Lanseros, como lluvia torrencial: Antonio Moreno Ayora 283

Córdoba deviene símbolo: José María De La Torre 287

Rodrigo Sancho Ferrer y su poemario *vaho*: Luis Arrillaga 289

Juana Rosa Pita y su hacer lo que nos hace ser: Pietro Civitareale 292

La voz reunida de Máximo Hernández: Juan González Soto 293

El verso en formación de combate: Rafael Carvajal 295

La belleza del pictoema: el vuelo de la libélula: Pedro García Cueto 297

El alumbramiento de la conciencia en *Gadea*. José Antonio Sáez 298

La vida a medias: Raúl Miguel Franco 301

Memorias del abuelo de un punk de Ezequías Blanco: Ángela Reyes 302

La disidencia solidaria de Antonio Hernández: José Luis Esparcia 303

Exilios. Hacia el azul de Miriam De Palma: Iván Onia Valero 306

El respirar y el agujero. Alberto Cubero 307

Un cancionero de la desposesión: Arcadio López-Casanova 309

Chema Madoz

Editorial

De la poesía de hoy

La poesía —cualquiera que sea esa cosa que llamamos poesía— es ahora la misma de siempre, lo que ha cambiado es la cantidad y calidad de los poetas. .Algunos nos van a odiar por lo que vamos a decir, pero no es nuestro deseo practicar erudición ni ser políticamente correctos.

Hoy, comprar libros de poesía es una práctica rara y leerlos aún más raro. Casi todos los que acuden a la miríada de actos poéticos que se celebran también son poetas. Encontrar a alguien que no escriba, a alguien "normal" es rarísimo. Habitamos el reino del *si me lees, te leo*, el de *si vienes a lo mío, iré a lo tuyo*. Hoy prolifera la variedad, conviven todas las corrientes, se utiliza cualquier estilo y cualquier falta de estilo: Poesía de la esencia, de la experiencia, de la obsolescencia, de la ocurrencia, de la apariencia, de la incontinencia… La pretensión es moneda de cambio, la falta de rigor y de sustancia algo tristemente frecuente. Y en medio de tal barullo, poetas extraordinarios a los que hay que buscar como sea. Claro que de todo hay en la viña del Señor. Veamos: algunas vacas sagradas a las que les dan hasta premios Cervantes o lo que toque, pero que están en pedestales absurdos y oficial o privadamente flatulentos, y que poca gente sigue porque la gente está en otras cosas más importantes como la Champions o el Gran Hermano. También algún ternero adjunto y semi-sagrado que, escribiendo mejor o peor, ha conseguido subirse al carro de la mini-fama —en estos tiempos, en poesía, casi todo es siempre mini— a veces por hacerlo francamente bien y otras por hacerlo como sea pero en el entorno adecuado de editoriales marrulleras, sectores influyentes, matrimonios *ad hoc* y mercadillos de influencia. Hay algún tipo por libre —suelen ser los más interesantes y están en todas las edades—, que va de cráneo por no bailarle el agua a las vacas sagradas o a los ternerillos adjuntos. Por supuesto, hay una multitud de jóvenes y nuevos no tan jóvenes que navega a su aire y se curte como puede en autoediciones, lecturas para amigos, tertulias de autobombo y antologías cuarteleras. Algunos son, sin duda, magníficos, y una mayoría meros junta-renglones que presumen de libertad creadora sin reconocer que en su caso la libertad suele ser ignorancia y vanidad barriobajera.

Nos tememos que eso que llaman democracia y no lo es le ha sentado fatal a la poesía. La igualdad de oportunidades, que es más bien apariencia, nos ha cegado.

Que ya no haya prácticamente analfabetismo, lo que es muy saludable, ha provocado que cualquiera que no se atreve a pergeñar un mínimo ensayo, un artículo coherente o una novela por casera que sea, escriba ristras de renglones a los que llama versos.

Incluso se da el caso de que cualquiera que escribe alguna cosa interesante en prosa crea que la poesía es algo parecido sólo que en renglones cortados donde le dé la real gana; que cualquiera que no leyó más poesía de la que le obligaron a leer en el bachillerato o en el BUP, que es más fino, se permita llamar poemario a un empacho de ideas mil veces repetidas y sin maldita la gracia. Cualquier amigo, igual de zoquete, le dice que qué bonito y él o ella se hinchan como un pavo. Aquí el más tonto escribe versos y somos —insisto: somos— muchos tontos a escribir porque pensamos que poner una palabra debajo de otra ya es hacer poesía cuando en realidad es como hacer la lista de la compra pero con pretensiones.

Cualquiera que cante en la ducha o en el coro de la parroquia no va de Plácido Domingo por la vida; cualquiera que pinte en el taller de un centro cultural no se piensa Velázquez o Antonio Pérez; cualquiera que camine por el campo y suba una colina no se las da de Hedmund Hillary; cualquiera que baile en una escuela de la tercera edad no se cree Fred Astaire ni Anna Pavlova ni Rudolph Nureyev. Para todo arte hay que tener una condición física y mental específica, un cierto don, el "ángel" o el "duende" que decía Lorca. Y, además, hay que estudiar y practicar muchísimo, conocer la tradición, leer, mirar, comparar, conocer las herramientas, las limitaciones, las posibilidades. Así lo hacen en otras disciplinas los músicos, los pintores... Ensayan, estudian, practican sin descanso... ¿Por qué los poetas lo hacen tan escasamente? ¿Por qué diablos se considera poeta hecho y derecho cualquiera que escribe unos versos sólo porque se le han ocurrido o porque dice que expresa sus sentimientos? ¿Por qué se puede escribir

mucho y no haber leído gran cosa ni asimilar lo leído? ¿Por qué los sentimientos —tantas veces simples, cursis o manidos—, alguna frase chispeante, el uso de palabras rebuscadas o rimbombantes y muchos puntos suspensivos le hacen creer a cualquiera que se le deben los honores de poeta —que no sabemos qué chorrada de honores son esos— y que a todo el mundo le deberían enloquecer sus simplezas?

No es cierto que hoy haya más poesía que nunca. Lo que hay es mucha más gente que se dice poeta. Recordaríamos a Bécquer, pero al revés y en vez de afirmar *podrá no haber poetas, pero siempre habrá poesía*, diríamos que podrá no haber poesía, pero siempre habrá poetas. Lo que hay es mucho verso suelto por ahí, muchos renglones en fila, como también van en fila las procesionarias del pino y no por eso nos arrimamos a ellas. Ya lo dijo el gran Quevedo en la premática de 1600**:** *En los poetas hay mucho que reformar, y lo mejor fuera quitarlos del todo; mas porque nos quede de quién hacer burla, se dispensa con ellos; de suerte que, gastados los que hay, no haya más poetillas.*

Y es inútil que digamos que entre tanto árbol que no deja ver el bosque los hay extraordinarios, de cualquier estilo, que aportan frutos sabrosos. Para eso bastaría con leer atentamente a jóvenes de 80 y a maduros de 25. Para eso bastaría con no dejarse llevar por el famoseo editorial y crítico (casi siempre puro negocio y amiguismo) y buscar lo bueno con criterio propio o decentemente aconsejado; y sacarlo a la calle y que la mayoría de la gente, que ha desconectado totalmente de la poesía, volviera a disfrutarla como ese arte mayor que es, como ese elemento deseable para la vida que sabemos que es. Pero claro, para eso sería necesario que los poetas leyeran más —que leemos muy poco;— y que nos esforzáramos más, y no parece que la mayoría esté por la labor. Andamos encerrados en nuestras chabolas de cristal —las torres son para las vacas sagradas y algún ternerillo adjunto— y no salimos más que para leernos entre nosotros, aplaudirnos entre nosotros y jactarnos de nuestro propio ombligo, que no es más que redondo como todos, como dijera en su día Álvaro de Laiglesia.

Sin ánimo de reñir a nadie ni de reñirnos a nosotros mismos, recordamos dos breves poemas. Uno de José Luis García Martín titulado *Poética para desanimar a los lectores* y que dice:

Nada digo que no haya sido dicho.
No busques novedades en mi verso.
Amé sin ser amado, como tantos.
Fui joven, como todos, sin saberlo.
Le pedí al arte cosas que he olvidado.
Sólo sé que de nada me sirvieron.
Tuve un tesoro entre las manos, tuve
oro y arena, luz y desconsuelo.
No busques novedades. Lo que digo
tú lo has pensado y otros lo dijeron
con palabras más bellas que las mías.
Escribo sólo por matar el tiempo.

El otro es un epigrama, que Enrique Gracia Trinidad dedicó a unos pretenciosos poetas bisoños, recordando la anécdota que se atribuye al poeta chino Li Po que escribía en pequeños papeles, los arrojaba al agua, y reía viendo que sus discípulos se echaban al agua nadando para recogerlos. Se titula *Consejo malvado*:

Imitar a Li Po es sin duda elegante:
escribir unos versos y hacer con ellos barcos de papel
que la corriente del río se lleve poco a poco.
Exquisito, sin duda,
pero procura tú ser cuidadoso
y guardar lo que escribes,
que bastantes basuras se arrojan a las aguas.

Nota: por estas y otras razones, con este número especial (56-57-58) de celebración de los 30 años de la publicación, la revista *Cuadernos del matemático* cierra sus puertas y, como los buenos toreros, se corta la coleta con la alegría de haber vivido mucho y de haber hecho camino al andar junto a vosotros y junto a otros que ya se nos marcharon definitivamente. Sea este número triple un homenaje a todos esos colaboradores que se han ido quedando por el camino entre los que se encuentran nombres de hacedores muy grandes de nuestra literatura última tanto por sus obras como por su talante. Valga.

Babel y la vergüenza

Gonzalo Hidalgo Bayal

Una frase de la última novela de Ricardo Menéndez Salmón sobre el rubor me ha traído a la memoria un ensayo de Rafael Sánchez Ferlosio sobre el alma y la vergüenza y ambos, a su vez, me han llevado a evocar una remota mañana de domingo. Dice Menéndez Salmón: «O'Hara se sonrojó. Fue una sensación extraña, la prueba de que el rubor no nace de la presencia de un testigo, sino que esa sensación acuciante de vergüenza es una evidencia adaptativa, un signo de la especie» (*Homo Lubitz*, pág. 85). Dice Sánchez Ferlosio: «Sabemos por experiencia que el escozor de la vergüenza podemos volver a sentirlo una y otra vez, incluso incrementado, estando a solas, con solo rememorar imaginariamente la situación social originaria de la vergüenza padecida (…), pero ni en mi propia experiencia ni en la ajena he hallado datos que puedan cuestionar la afirmación de que el rubor no puede nunca producirse a solas. De confirmarse este hecho singular de que el resorte del rubor se active únicamente con la presencia física del prójimo, como un síntoma necesariamente provocado por la mirada ajena…», etcétera (*El alma y la vergüenza*, págs. 30-31, o *Qwertyuiop*, págs. 108-109, § 31). Y en *post scriptum* a pie de página va más allá: «no es que el rubor no pueda reproducirse *a solas*, sino que no puede *reproducirse*». Y heme aquí ahora, en medio de esa contradicción entre el rubor a solas como «signo de la especie» y la imposibilidad de su «reproducción», evocando, como digo, un episodio tan lejano e insignificante como inolvidable.

Iba a desayunar en una cafetería de Antón Martín un domingo por la mañana y a comprar el periódico, cuando, muy cerca de la boca del metro, se me acercó una joven, turista y extranjera a todas luces, y no sin cierto titubeo lingüístico me preguntó por el mercado. Me extrañó. Hay un mercado en santa Isabel, junto al cine Doré, mercado de Antón Martín, precisamente, pero cierra los domingos. Se lo dije: dónde estaba y que estaba cerrado. Qué interés podía tener para la joven un mercado cerrado no fue algo que tuviera tiempo de averiguar, porque se apresuró a seguir mi indicación. No obstante, mientras hojeaba el periódico y conduraba el café, imaginé diversas explicaciones razonables. Tal vez quisiera tirar algunas fotos, me dije, tal vez el mercado solo fuera punto de referencia para encontrar otro lugar, el propio cine Doré, el pasaje Doré, la dirección de algún compatriota, alguna de las calles que bajan hacia Lavapiés. Así anduve divagando, verdad es que sin mucha intensidad, tan solo por el capricho de encontrarle algún sentido a la incoherencia. Al cabo, sin embargo, cesó el entretenimiento y me fui a casa.

Y como hago también habitualmente los domingos, a media mañana me encaminé a El Rastro. Suelo atravesar la Ribera de Curtidores sin apenas detenerme, vagabundear por el Campillo del Mundo Nuevo, demorarme en los puestos de libros, de películas, de ferretería, de objetos viejos e inútiles, y callejear luego hacia arriba al ritmo del capricho o de la inercia. Pero en esta ocasión, ya antes de llegar al Campillo del Mundo Nuevo, caminando por Mira el Sol, caí de pronto en la cuenta: en la sutileza y en la magnitud de mi error. Como si se tratara de una iluminación o de una revelación léxica (es evidente que no existen lenguas de fuego), dos palabras se cruzaron, se mezclaron y se confundieron en mi mente: *rastro* y *mercado*. He ahí la solución, me dije, mera, triste, esquiva e inoportuna sinonimia. Supuse que la joven vendría caminando por Atocha, siguiendo acaso orientaciones anteriores, y que su recto propósito sería seguir por la Magdalena y Tirso de Molina hasta El Rastro. Que la desconcertaría no ver el rastro en el mercado (ni ver tampoco el mercado, ciertamente) y que renegaría de mi información y más aún de mí mismo, no ya como informador, sino como persona. Que preguntaría de nuevo y alguien más avispado que yo la encaminaría correctamente a su destino. Que tal vez estaría a aquellas alturas recorriendo El Rastro de arriba abajo y de abajo arriba. Y fue en ese momento cuando sentí vergüenza, «el escozor de la vergüenza», cabe decir, un claro estremecimiento físico. ¿Me sonrojé, como O'Hara? Ni puedo saberlo yo ni puedo recurrir a un narrador omnisciente que corrobore lo uno o lo contrario.

Lo que sí sé fue lo que pensé y lo que hice. Supuse que la joven recorrería minuciosamente los puestos de Ribera de Curtidores, que acaso no explorase las calles laterales, que de ninguna manera llegaría al Campillo del Mundo Nuevo, pero me asaltó de pronto un temor extraño, el principio de una sospecha: que coincidiéramos, que nos cruzáramos en algún punto y me reconociera. Estaba seguro de que no la reconocería, pero tal vez ella sí me reconociera y, si así fuere, me miraría con ojos agraviados, pensaría que la había engañado a propósito, que me había burlado de su ignorancia y de su extranjería. Nada más lejos de mi intención, pero lo cierto es que, en mi inocencia y pese a mi buena voluntad, la había engañado. Advertí entonces la presencia de otras muchachas jóvenes y extranjeras que caminaban solas, lo que no hizo sino aumentar mi temor. Supe que se me caería la cara de vergüenza y, peor aún, como no sabría en qué momento me mirarían los ojos agraviados, empecé a sentir una segunda especie de vergüenza, vergüenza de precaución, podría decir, pero también creciente, de modo que desestimé el recorrido habitual, bajé hasta la ronda de Toledo, llegué hasta Embajadores, caminé despacio y avergonzado por la ronda de Valencia y la ronda de Atocha y recalé finalmente en la cuesta de Moyano.

También sé algo más: que sigo pasando a menudo por Antón Martín, que con mucha frecuencia, sobre todo si es a primera hora, si es domingo y veo las calles casi desiertas o apenas recorridas por la gente joven que regresa de la noche, no dejo de evocar aquella confusión de *rastro* y de *mercado*, aquella burla de babel, y que entonces vuelve a reproducirse la vergüenza, pero no sé si me sonrojo porque, siempre que esto ocurre, voy caminando solo y abstraído.

Gonzalo Hidalgo Bayal

Pancho Fernández

La carta de Verónica

José María García López

Querido señor Silveira: Acabo de salir en tren desde la estación de Atocha y voy por fin a recoger a mi hija después de las cosas horribles, y algunas no tan horribles para mí, que han ocurrido. Hace días, o incluso meses y años, que quería escribirle y la verdad es que hasta hoy no me he sentido con fuerzas para hacerlo. Espero que se encuentre bien, pero no estoy segura de cómo podría recibir esta carta, si me atrevo a echarla al correo, una vez que ha pasado tanto tiempo. Quiero decir antes de nada que siempre le he deseado a usted lo mejor y que me gustaría que en estos años, en que se interrumpió nuestra correspondencia, hubiera sido feliz. Yo lo fui mucho desde los 18 hasta los 22, en los que trabajé y viví en su casa, y luego puede decirse que sólo durante poco más de un año. Entonces empezó mi calvario, y todavía no sé hasta qué punto también el de mi hija, de los cuales usted conoció apenas una pequeña parte.

Me estoy perdiendo en cosas de las que quizá ya no haga falta hablar, pues es mucho más grave lo que trato de contar, de lo cual, por otro lado, supongo que tendrá la información que todo el mundo ha tenido. Me refiero al atentado del 11 de marzo, en cuya lista de muertos es posible que haya leído, aunque no lo recordaría y no lo habrá relacionado, el nombre de mi marido. Murió llegando a esta misma estación donde acabo de estar y de él no quedó casi ni rastro para poderlo identificar, cosa que al fin se consiguió por los medios científicos que, como usted sabe, hoy existen. Tardaron sin embargo en esas comprobaciones más de dos semanas, que fueron para mí, como comprenderá, una pesadilla. Digo "como comprenderá", pero no es probable que se imagine los verdaderos motivos y sentimientos que yo tuve entonces para estar como estuve, y esa sería una de las explicaciones de por qué le estoy ahora escribiendo.

Sé además que no lo haré muy bien, a pesar de la paciencia y el afecto con que usted realmente me enseñó, como me enseñó, o intentó enseñarme, tantas otras cosas. Pero, en cualquier caso, de algo servirá esta carta, o lo que sea, y algo de lo que he vivido y estoy viviendo acertaré a decir, con lo que quizá me libere un poco de ello y tal vez obtenga una respuesta suya o al menos su comprensión. Le escribo también porque no he sido capaz de hablar de lo que me pasa con nadie y a usted le veo en mi recuerdo como la única persona en quien poder confiar.

Mi marido fue un mal hombre en todos los aspectos que yo tuve ocasión de observar y que no tuve más remedio que sufrir. Usted conoce algunos detalles de aquel comportamiento suyo de las primeras veces, y siempre le agradecí lo que al respecto hizo por mí, pero todo fue mucho peor desde 1999, año en que recibí dos cartas de usted, a ninguna de las cuales pude ya contestar.

Desde entonces mi hija está con mis padres (recordará que se llama Sara) y por lo menos ella se salvó así del auténtico tormento en que se había convertido mi casa. Cuando, apenas cumplidos los cinco años, la dejé y me volví con mi marido, sentí algo muy parecido a lo que siento ahora: una gran contradicción en mi alma, una tensión casi insufrible en mi corazón. Sé que hay un daño terrible hecho, una herida que llevaré conmigo para siempre, pero sé también que aún es posible vivir, que existen los milagros para las criaturas condenadas, como yo lo he sido un tiempo tan largo que no comprendo cómo he podido soportar. Ahora, mientras el tren avanza, veo un campo de amapolas en medio de las grandes extensiones de lomas verdes, unos olivos que anticipan el destino de mi viaje. Todo ello me dice que se ha abierto un mundo para mí, que ahora podré trabajar en paz, podré educar a mi hija en los principios humanos que tanto han tenido que ver en mi vida con usted, podré compadecer a mi marido, aprender a superar la amargura que me causó, las humillaciones y miserias que por él pasé, la degradante violencia y el miedo con que día a día me alimentaba.

Recuerdo mis viajes en ese otro tren de las bombas terroristas como un respiro en la tristeza y la desesperación. En él me alejaba cada mañana de mi marido, que salía de casa una hora más tarde, y me dirigía a mi trabajo, mejor dicho: a mis dos o tres trabajos, en Madrid. Era él quien llevaba a Sara, la mayor parte del tiempo en

que ella estuvo con nosotros, a la guardería o al colegio y luego hacía lo mismo que yo, como si me siguiera los pasos: iba a la estación y en otro de los muchos trenes de cercanías viajaba igualmente a su oficina en Madrid. Él trabajaba en jornada continua, de 8 a 3, y yo tenía doble jornada, e insisto en que a veces triple, por lo que normalmente tampoco volvíamos juntos a casa y él tenía que recoger a mi hija a la salida del colegio. Pero de eso hace ya, como he dicho, cinco largos años, los mismos que han pasado sin tener más noticias directas de usted, aunque le confieso que, a pesar de ser de tarde en tarde, nunca he dejado de seguirlo por otras referencias.

El día en que murió mi marido ya había amanecido siendo excepcional, por la simple razón de que el anterior, miércoles, había sido todavía más duro que muchos otros. No pude ir a mi trabajo y en varias horas no conseguí incorporarme ni ponerme en pie. Después de los golpes y los insultos, las ofensas incomprensibles de la noche anterior, casi no fui consciente de lo que hizo conmigo poco antes de levantarse de la cama, y eso fue lo menos malo que me sucedió en muchas horas, pues la costumbre impuesta ya me había hecho insensible en ciertos aspectos. No quiero contar estas cosas y sí quiero contarlas. Quiero arrancarme de algún modo la vergüenza, quiero rescatarme de ese pozo en el que no llegué a ahogarme del todo, en el que no llegué a estar del todo muerta. No puedo decir los hechos concretos que tuvieron lugar. No creo que pudiera describirlos y sé que debo hacerlo. Viví aquella mañana el pánico de mi propia cobardía. Al tiempo que sonaba el teléfono y no encontraba fuerzas para ir a cogerlo, soñaba que mataba a mi hija, que la hacía desaparecer de un mundo en que los monstruos humanos podían existir. No era capaz de ordenar mi cerebro para pensar en las causas de mi paciencia. No era capaz de hilar las razones por las cuales yo no había sabido defenderme de mi marido, por qué yo misma no lo había envenenado, no le había clavado un cuchillo mientras dormía, no lo había desintegrado antes, no había hecho valer mi dignidad.

Es cierto que lo denuncié cinco veces, que la policía vino a casa, que lo detuvieron en una ocasión y luego los resultados fueron más horribles. Es cierto que un juez le amenazó muy seriamente, que algún amigo rompió con él por cosas que supo, y también lo pagó conmigo. Pero sé que no tengo disculpa y que no fui capaz de reaccionar. Esa será otra purga para el futuro, el principio de una claridad ante la que jamás, ni por un solo segundo, se debe claudicar. No sé lo que estoy diciendo, pero sí que es muy pálido junto a lo que he vivido, y tampoco pretendía demorarme en ello.

Levanto la vista del papel y contemplo las luces de la tarde, las casas y los árboles que corren hacia atrás, hacia ninguna parte. Miro el cielo de mayo con nubes en jirones, las llanuras y las viñas que otras tardes vi como si fueran la gracia de la tierra, un hechizo feliz, el propio tren en que voy y que huye como otro tren del infierno.

Pero me proponía hablar de sentimientos distintos. De algo difícil de concordar y sobre lo que, concretamente, quisiera confiarme a usted. Le imagino pensando un instante en mí y eso basta para fortalecerme. Yo supe la noticia de los atentados cuando mis padres lograron hablar conmigo, ya avanzada la mañana en que ocurrieron. Muchas veces había deseado la muerte a mi marido, pero incluso para eso mi ánimo se había debilitado casi hasta desfallecer. Ese día sin embargo el corazón me latió como si yo no fuera una simple mujer, como si yo fuera el único ser humano del mundo. Algo repercutió en todo mi cuerpo mucho más fuerte que los golpes. Sentí pena y frustración, el pánico de la incertidumbre de que mi marido no hubiese muerto, la contrariedad de que hubiese muerto y yo ya no pudiera vengarme de él, el pavor de que aún pudiera verle regresar y aparecer por la puerta. Pensé que acaso él no había ido a trabajar, que había perdido el tren o se había subido a otro no afectado por las explosiones, que viajaba en un vagón alejado de las bombas, que había estado cerca de la tragedia pero no la había sufrido. Todo encajaba sin embargo en que le hubiera tocado: la hora, los coches donde yo sabía que siempre se empeñaba en ir, luego la confirmación en su oficina de que no se había presentado a trabajar, y finalmente el silencio de su teléfono móvil, que indicaba desconectado o fuera de cobertura.

Anduve renqueando por la casa con el cuerpo magullado, pero pronto me fui reponiendo como por un milagro y el dolor se fue convirtiendo en una sensación fuerte y transparente como el cristal. Cuando hablé con mis padres, ellos también estaban nerviosos y asustados. Dijeron que Sara estaba en el colegio, que mi hija se encontraba bien y que, pasara lo que pasara, no me preocupase por ella. Por fin me eché a llorar, aunque todavía sin saber por qué, como un río que ignora sus fuentes y su nombre, el mar al que desembocará. Lloré por un conjunto de recuerdos y esperanzas, por la inmensa desgracia que estarían entonces sufriendo tan injustamente muchos otros seres humanos. Lloré por los 192 muertos en aquellos trenes (incluido mi marido), por los 1.400 heridos y las familias destrozadas, por los hombres y mujeres que asistieron al espanto, por los asesinos que habían puesto las bombas. Pero lloré también de alegría, no sé cuántas lágrimas derramé al darme cuenta de que me había salvado de una amenaza

tan destructiva, del mismo hombre al que un día había querido mucho y al que tanto me había costado dejar de querer. Lloré por mi hija, por mí misma mirando a otra parte, no queriendo imaginar, rechazando sospechas que debería haber confirmado. Lloré por mis padres y por el género humano, por nuestra debilidad y los momentos de abandono, los instantes en que escuchamos una palabra y no respondimos, en que nos sentimos torturados y nos refugiamos en el sueño y el olvido, los momentos en que una mirada nos ofendió y no fuimos un reflejo de fuego que la fulminara, los momentos inmorales en que aguantamos, en que nos sometimos a la brutalidad y la injusticia.

Cuando se confirmó oficialmente la muerte de mi marido y no hubo nada que enterrar ni incinerar, yo continué próxima a un estado de locura. Me dije que era una macabra ironía que me hubiera procurado a mí tanto bien una acción tan criminal y malvada. En cuanto pude fui a Madrid en un tren semejante a los destrozados, acaso en el mismo tren recompuesto, y pasé por el lugar de la muerte con un estremecimiento imposible de reproducir. Anduve vagando por la ciudad muchos días antes de reincorporarme a uno de mis trabajos. Cuando lo hice, por mi propia voluntad, me sentí mucho mejor. Eludí los trámites y las manifestaciones públicas que no fueran imprescindibles y me empleé a fondo en mi casa destruyendo recuerdos. Cambié de lugar los muebles, rompí fotos y objetos, que fui arrojando a la basura, pinté yo sola todas las habitaciones, alteré los hábitos de mis comidas, me corté el pelo. Me miraba al espejo con incredulidad y sonreía.

Una noche hablé con mi hija por teléfono y ella me preguntó que cuándo nos íbamos a ver. Sus abuelos le habían contado lo que había ocurrido. Yo caí de nuevo en una contradicción infame. Sentí vergüenza por mi alegría, por la sombra que cruzó por mi mente al pensar en Sara. Luego me fui serenando hasta que decidí ir a recogerla para volver a vivir juntas. Hace poco he reconocido en mí un dolor extraño, una unión real con las víctimas del atentado. Me han atormentado las muertes de tantos hombres, mujeres y niños tan lejanos y próximos, tan míos como yo misma me siento. He pedido consuelo y piedad para los heridos de un modo u otro, y a la vez he pensado en mi marido viajando en su asiento del tren. Lo he visto volar entre hierros sangrientos y cuerpos mutilados, desaparecer sin darse cuenta y sin sufrimiento. Sé que no se debe matar a nadie y sé que yo debería haberlo matado.

Otras veces he pensado en el infierno del que nos habla la religión y en el que yo no creo. No se lo desearía a mi marido, si estuviera equivocada. Prefiero la nada para él, la no existencia y el absoluto olvido. Pienso igualmente en otros hombres y mujeres que murieron en los cuatro trenes, o que han muerto después, y que pudieron ser en vida tan malas personas como mi marido. Cuántos de ellos habrán llevado también el dolor a los suyos. Cuántos habrán causado tan violenta y vergonzosa felicidad al desaparecer.

Dígame cómo puedo fundir estos sentimientos, cómo puedo armonizar el sentido de la justicia con la sensibilidad, cómo puede ser el mundo para mí un paraíso repentino y cómo debo rechazar la barbarie de los atentados. Cómo puedo sentir por los hombres y contra los hombres, juntar la hipocresía y la verdad, la bondad y el odio merecido.

Estos últimos días, por otra parte, ya no he soñado con la masacre de los trenes, no he imaginado las estaciones siniestradas por las bombas, la sangre derramada. He pensado en este otro viaje a un mundo tan distinto. Ahora he cruzado el cataclismo de otro desfiladero. La tierra es la misma y es nueva, son gozosos los perfiles de los montes, dulce y maravillosa la amplitud de los valles.

Anoche me desperté ilusionada por estos momentos. Volví a sentir mi carne después de años de sequedad y amargura. Sentí una nueva ansiedad, unos deseos renovados. Tuve un placer muy íntimo, una sensación agridulce por mis castigos y culpas. Fui otra vez el río de que antes hablaba, un llanto irreconciliable con quien yo era y aún soy. Por eso no podré echar al correo esta carta. Pesa mucho el remordimiento y mi incapacidad de síntesis. Debo reflexionar más, aprender a escribir mejor, a resumir el fondo de mi alma y a purificar mis palabras. Volveré a escribirle cuando logre eliminar estos restos o brotes de confusión e impudor, los estragos de mi alegría culpable y mi torturada intimidad. Perdone mi atrevimiento por dirigirme así a usted. ¿Dónde estarán mis 18 y 22 años? Perdone las revanchas y las sombras, el haberme felicitado por vivir tal purgatorio, por el gozo cruel de haber sufrido tanto. Yo misma fui el corazón de la pesadilla, fui en un tren como una lombriz ponzoñosa. Debo salir sola del túnel. Sola o con mi hija. Debo abrirme las venas como este otro tren en que ahora voy abre el espacio. Seré un pájaro que vuela, una tórtola veloz entre los olivos.

Adiós, querido señor Silveira. Me despido nuevamente sin encontrarnos. Suya afectísima.

Verónica

José María García López

Variaciones sobre Lázaro

(Homenaje a Leónidas Andreiev)

Carlos Ferrándiz Madrigal

Desde que volvió de la muerte, Lázaro pasaba la mayor parte del tiempo con la mente en blanco, retirado en un rincón oscuro de la casa.

Al principio sus hermanas se desvivían por él. Lo bañaban y ungían todos los días, para intentar eliminar el olor dulzón y nauseabundo que emanaba de su cuerpo. Después, terminaron por asquearse y mantenían las distancias. Se dieron cuenta de que el olor no se le había pegado en la tumba... sino que procedía de su cuerpo.

Lázaro tenía hambre todo el día, pero sólo deseaba comer seres vivos, conejos, pollos, ratones... pájaros… Los descuartizaba entre sus manos y los devoraba crudos, embadurnándose de sangre… Este comportamiento generaba cada vez más rechazo entre amigos y vecinos y, sobre todo, por parte de sus hermanas.

Pasaba todo su tiempo solo, en la habitación más apartada de la casa. De vez en cuando recordaba…

No había ningún recuerdo en él de los días que pasó en la muerte, pero sí volvieron los días anteriores, cuando estaba enfermo.

Recordó que sus hermanas habían avisado a su amigo Jesús en dos ocasiones, rogándole que viniera a salvar a Lázaro, porque su enfermedad parecía muy grave. La primera vez Jesús, con gran ojo clínico, afirmó que la enfermedad no era de muerte. La segunda vez, cuando era evidente que se moría, tardó días en aparecer. Según le contó Marta, que estaba algo enfadada por la actitud de Jesús, Pedro había intercedido por él y Jesús había contestado: "No hay prisa, así El Padre actuará a través mío de tal forma que nadie dudará de su poder, ni de mi naturaleza."

Es decir que su amigo pensaba usarlo como instrumento para hacer un milagro descomunal, de los que no dejan dudas sobre la omnipotencia de Dios y sobre su vinculación con Jesús, su hijo. No le importaba dejarlo morir con tal de desplegar después su inmenso poder.

Aquel pensamiento llenaba a Lázaro de amargura. Se apoderaba de sus días y de sus noches (desde que volvió, no dormía). Siempre rumiando estos recuerdos y retirándose los pedazos de piel que se le caían, dejando una carne lívida y sin sangre al descubierto.

Pasados los días, se supo en Betania, la aldea de Lázaro, que Jesús el Galileo iba a pasar por allí con sus discípulos, camino de Jerusalén. Los seguidores de Jesús en el pueblo decidieron agasajar al profeta con una buena cena. Lázaro y sus hermanas contribuyeron con una parte importante del gasto y ofrecieron un bello huerto para realizar la fiesta.

Lázaro no asistió a la cena, permaneció en la sombra, como siempre. Cuando ya había corrido el vino en abundancia, Lázaro ordenó a uno de sus criados que buscara a uno de los discípulos en concreto. Se reunió con él en la espesa sombra combinada de la casa y de una frondosa higuera, a salvo de todas las miradas.

En la oscuridad, algo brilló entre las manos de los dos hombres, el vivo y el no-muerto. Y treinta monedas de plata pasaron de las manos de Lázaro a las de Judas.

Café Barbieri

Ángel Aguado López

—En esa mesa se sentaba don Mario.
—Qué don Mario.
—Don Mario Vargas Llosa.
Julieta no puede sino entornar una sonrisa.
—Me engañás.

La plaza de Lavapiés está llena de negros, de moros, de chinos, de ecuatorianos, de sinpapeles, de sintechos que beben vino barato tirados en un banco y de señoras del barrio de toda la vida que se preguntan cómo ha cambiado mi calle, antes no era así. Un paqui les ofrece una rosa —no, gracias— y sigue su peregrinación de mesa en mesa sin que ninguno de los parroquianos del Café Barbieri le compre nada. La poli pasa muy despacito por Tribulete, manteros y camellos siguen al coche con la mirada, los bares han invadido de mesas las aceras de la calle Argumosa, dos *hare krishnas* cruzan la plaza bailando con su tambor y un negrazo de dos metros, con abarcas y túnica azafrán llama por un móvil a Nigeria. Ángel Cabrera, o su espíritu, toma hierba mate y dibuja apoyado en una mesa de mármol un mamífero. Simón bebe un trago largo de mahou, la espuma le queda entre los labios y Julieta desearía limpiárselos con los suyos. Los espejos repiten sus caras de frente y de perfil.

—No te engaño. Don Mario se sentaba en ese rincón y escribía en un cuaderno horas y horas. Nadie le prestaba atención, un escritor más en un barrio lleno de escritores y de artistas. Aquí se re-encontró su personaje, Ricardo, con el amor de su vida, Marcella, la niña mala de las travesuras. Vivían muy cerca, a la vuelta, en Ave María. Dicen que practicaban sexo explícito. En la novela, vamos. Pero el sexo siempre es explícito, cualquier polvo es mejor que una novela. En este café don Mario escribió mucho sexo de sus personajes, todos son elogios a la madrastra, a los cuadernos de don Rigodón. ¿Sabías que aquí también vive Ian Gibson?

Y Julieta no sabe si Simón la está vacilando o si va en serio. No termina de cogerle el punto a las ironías del lenguaje cheli del madrileño que la guía desde hace

tres semanas por esos museos y esas calles retrecheras y antiguas.

—Ian Gibson es otro más en el barrio, el español de Dublín. A veces viene con Lorca, a veces con don Antonio Machado, a veces con Dalí, a veces con Buñuel. Se ve a la legua que es un tío con mundo. Por eso hay un montón de críticos literarios que no le soportan, envidia cochina, que un guiri irlandés, medio español de hace un rato le mente a un menda de toda la vida la historia de España, pues no… Eso de cartearse con Galdós… sí, ya sabes, cuando la berlina de Prim. Por qué me miras así…

Julieta no entiende nada, no entiende cómo puede un escritor cartearse con personajes desaparecidos hace cien, ochenta, cuarenta años. Piensa que Simón se aprovecha de su desconocimiento de la actualidad española. Y en su mirada de estupor se mezclan la necesidad de saber y el deseo por el hombre que le susurra las palabras con ese acento fino y cheli que la confunde y la seduce.

—Y en esa mesa de ahí les daban las diez y las once, las doce, la una, las dos y las tres a Ángel González y a Sabina. Sé que no lo soñé, yo los veía, escribían sonetos, bebían chatos de vino, hablaban de la vida, o del paso del tiempo, o sobre los sueños rotos. El Sabina está ya muy cascao, mucha nieve. Eran una buena pareja de golfos.

El pianista se sube al escenario y comienza a apretar las teclas, se parece a Aznavour, quizás para que no le disparen. Suena la música. Bares, qué lugares tan gratos para conversar, no hay como el sabor del amor en un bar. Amiguetes y novietas se frotan los morros garbeando sus palmitos pintureros. Hay cuatro rosas en tu honor dentro del vaso que te doy, dice el Uly mientras toca el saxo una vez más, la gente atónita escuchándole. Julieta quisiera apretarse en los labios de Simón.

—Y por aquí también venía Francis Bacon, otro nacido en Dublín. Él y Vargas Llosa eran vecinos, ¿sabes? Un personaje tragicómico y un artista fascinante. Sus *weekend* madrileños, olor a letrina y a pachuli. Madrid, su Sodoma. Las pinturas negras de Goya que veía en el Prado, en privado, acompañado del director del museo, un honor reservado para muy pocos. Los monstruos de la Quinta del Sordo, negros como su vida, como la noche negra en la que murió, muy cerca de aquí. Bacon es en sí mismo una pintura negra.

La fauna que puebla el Barbieri fascina a Julieta. Personajes sacados del desván de la inconsciencia o de una borrachera de prozac, pintores que nunca han vendido un cuadro, calvos barbudos, ciclistas disfrazados de Ermenegildo Zegna, poetas de los que nadie leyó un verso, músicos que sólo cantan cuando se afeitan. Dos muchachas se besan en un rincón ante la indiferencia general. Toma mi vaso y bebe de él, las cuatro rosas que te doy…

—En Lavapiés nadie sabía quién era Bacon, eso le permitía pasearse de la mano de sus amantes sin el acoso que sufría en Londres. Aquí a los gays nadie les presta mucha atención. Bacon era un masoca, aún corren leyendas de las palizas que le daban los chaperos en los urinarios de la estación de Atocha. Dicen que le breaban a hostias, que era así como se corría, que necesitaba que le pegasen, que terminó varias veces en las urgencias de la Ruber, que más de una vez tuvo que asistirle el cónsul de Gran Bretaña…

Algo de la Eva de Durero, o de Danae recibiendo a Júpiter flota en esa Julieta atrapada en la atmósfera bohemia de un café de Lavapiés, que escucha a un hombre empeñado en complacerla con historias de poetas borrachos y pintores malditos, que presiente que quizás el muchacho no habla tanto por descubrirla el universo madrileño del zoólogo Cabrera sino por distraerse del vértigo que le embarga desde el otro día en que sus manos se rozaron entre naturalezas muertas de corderitos zurbaranes, entre acuarelas de linces ibéricos y tintas chinas de un zorro (*Vulpes vulpes silaceus*, diría don Ángel). Y sus cuerpos se tocaron un momento. Fue como si se embriagaran de Adán y de Eva, como si saltara la navaja del deseo entre unas cañas de mahou y una de rabo de toro.

—En el Prado le dedicaron hace unos años una exposición. Aquella serie inspirada en el papa Inocencio X, terribles, sobrecogedores, esa rabia expresionista mezcla de Velázquez y de Jackson Pollock. Esos rostros salidos de una pesadilla, de la mente perturbada de un pintor trágico. Bacon era así, obsceno para el arte y un niño para los amantes, que eran infames con él. Le trataban como a un perro. Murió aquí, nadie asistió a su velatorio ni a su incineración. Nadie quería identificarse con un maricón. Soledad infinita de su muerte.

Sucedió de repente. Esa espuma de azucenas en los labios que deja la cerveza, esas manos de Simón iguales a las de Adán. Loca por conocer los secretos de su dormitorio o fue por refrescar su frente enamorada en el pecho del hombre, no supieron qué les impulsó a hacerlo, pero se descubrieron en el delirio del beso y en el fragor de las caricias, allí solos entre la multitud del café, templando con mahous sus lenguas chasqueantes. El Uly soplaba el saxofón, ¡menudo jari que se organizó! El Bacon y don Mario y la niña mala de las travesuras y don Rigoberto y el Sabina y el Ian Gibson y el Ángel González y el Barbieri entero aplaudían puestos en pie. ¡Qué elegancia, qué chuleta, genio y figura cuando el Simón la besó en la boca con espuma y la Julieta le comió los morros! Don Ángel Cabrera desde el rincón de una mesa dibujaba a los amantes con acuarela y tinta china (*Humanus pecatorum*, diría).

Y abrazados al amanecer los despertó la luna.

Ángel Aguado López

Prohibido filosofar

(El último día de Hipatia de Alejandría)

Eloísa Gómez-Lucena

Recuerdo haber visto en Orestes un pesar por hacer traición a sus ideas. En la alborada de aquel día de marzo del año 415 lo conduje por la línea recta de la playa hasta el monte Cinarón, en el occidente de la bahía de Alejandría, en vez de rodear la ciudad por las villas de las afueras y subir por el bosque de cedros.

Hipatia nos había adoctrinado para reputar el movimiento representado por la línea recta como un signo de inferioridad de los cuerpos, tal vez de debilidad, y como una vía hacia la dispersión. Pero en la urgencia por alcanzar la cumbre, nos atuvimos a otro de sus preceptos, más amado por certero que el de geometría: no hay verdad absoluta, pues está herida de relatividad. Y si aquella sucesión de granos de arena era el camino más indigno, según el pensamiento neoplatónico de Hipatia, al menos era el más corto.

Orestes se detuvo y miró hacia el puerto. Aún se distinguía el artilugio de metal y madera, ahora en ruinas, que Hipatia había ideado para destilar el agua del Delta del Nilo cuando las mareas la impregnaban de sal. Dejó de funcionar por orden de Cirilo, el patriarca de Alejandría, que tomaba por injerencia en los asuntos divinos los artefactos de los hombres. Para este cristiano inmisericorde, los alejandrinos de la costa estamos predestinados a beber por los siglos de los siglos el agua del Nilo bautizada por el mar.

En la meseta de la colina, un lecho de cenizas no aventadas cobijaba vestigios de la carne y los huesos que conformaron, hacía tan solo dos días, el cuerpo virgen de Hipatia.

—¡Déjame solo! —Orestes exigió en lengua griega, la que más amaba Hipatia.

Me senté en una roca, lejos de su mirada. Orestes cubrió su rostro con la toga para llorar a Hipatia, su maestra en la juventud y su amiga en la edad madura. Me conmovió el lamento del prefecto de Roma en Egipto. Todos conocíamos la admiración que profesó a la mujer de ciencia y filósofa neoplatónica, pero a mí me reveló el amor que le tuvo.

Con el martirio que los cristianos infligieron a Hipatia buscaron extinguir el fulgor de la ciencia pagana. Ella fue la última llamarada. Si queríamos seguir en la ciudad, debíamos ser cristianos. Y yo acepté este credo a las pocas horas de la muerte de Hipatia. Los judíos habían sido expulsados por Cirilo el día en que llegó a la ciudad como máxima autoridad religiosa en el cristiano Imperio de Oriente. Y paganos éramos muy pocos desde que los monjes y conversos quemaron el templo de Serapis con sus fieles dentro.

Orestes tomó un puñado de las cenizas de Hipatia, se irguió y, con la palma abierta, las ofrendó al viento. Con el resto, dibujó una espiral en el suelo, templado ya por los primeros rayos de sol.

—Privilegio del espíritu y del alma. Movimiento de la conciencia, de la reflexión y de la vida —y me miró—. ¿Recuerdas?

—Señor, debéis partir de la ciudad. Los cristianos os consideran el protector de Hipatia. Gritaban vuestro nombre cuando la sacaron a viva fuerza de su carruaje.

—¿Cómo murió?

—Una crueldad dirigida por Pedro el Lector, jefe de los parabolanos, y alentada por el patriarca Cirilo. Que Dios Nuestro Señor nos libre del amor entre todos los hombres que predican estos cristianos.

—¿También tú?

—Soy el único alumno de Hipatia que queda en la ciudad. Los demás se han marchado. En su agonía, me encomendó que os previniera...

—Siempre combatió el cristianismo. ¡Y tú, su predilecto, adoras cadáveres y reliquias! —y no reparó en que él idolatraba los restos de Hipatia.

—Señor, la sabia era Hipatia. ¡Yo tan solo soy un hombre!

—Como si dijeras: cobarde, impío y traidor. Si cambias de fe a conveniencia, también trocarás las enseñanzas de Hipatia por ese estúpido método alegórico que Orígenes equipara con el científico para interpretar los textos hebreos. ¿Cómo se llama?

—Sagradas Escrituras, señor.

—Ya dominas la jerga cristiana. ¡Interpretar! ¿No sabes que ella aborrecía el comentario de texto, tan ensalzado por los cristianos? No se conforman con glosar los textos hebreos. ¡No! Tienen que despedazar las obras de Homero, Ovidio, Horacio... ¡Plotino! Tan solo aprecian el estilo literario, ni la vida ni los sueños ni la sabiduría —y su colérico silencio se asemejaba al trueno.

Orestes vio por primera vez a Hipatia en la plaza del mercado de Alejandría, nada más arribar a la ciudad como prefecto en Egipto. En Roma habían redactado un informe sobre los personajes principales de Alejandría. Decían de Hipatia que se inmiscuía en el gobierno de la ciudad aconsejando a los magistrados. En la plaza, Hipatia explicaba a los alejandrinos, vestida con el manto de los filósofos, los cinco requisitos de una vida feliz según la doctrina platónica. Se sorprendió del laberíntico caminar de Hipatia, como si subiera los peldaños de una imaginaria escalera de caracol erigida en la tierra batida de la plaza. Orestes preguntó. Le dijeron que enseñaba geometría y astronomía en la cátedra del Museo; y a Platón en la plaza del mercado. El prefecto de Roma aprendió en el Museo a manejar las tablas para conocer los movimientos de los cuerpos celestes, acató las observaciones de Aristarco de Samos, y se burló de los padres del cristianismo por divulgar como revelación divina que la Tierra es plana y el Universo tiene forma de tabernáculo. Por aquel entonces, la disidencia era aún posible en Alejandría.

—Los parabolanos voceaban que los matemáticos debían ser quemados vivos. Aunque me parecieron bravuconadas de sectarios, advertí a Hipatia —quebré su absortismo.

Sentado en una roca frente al mar, bendecido por la áurea luz de la mañana, Orestes me apremió para que le relatara los últimos momentos de la vida de Hipatia.

—Cuando regresaba a su casa en el carruaje que vos, señor, habíais dispuesto a fin de aliviarle esa enfermedad de la humedad y la fatiga que le lamía las articulaciones y le mordía el corazón, una multitud de fieles parabolanos dirigidos por Pedro, el Lector de los parabolanos, rodeó su carruaje, arrancó la puerta, y dos hombres la tiraron al suelo. Con la túnica hecha jirones, fue arrastrada por la plaza del mercado hasta el templo cristiano.

—¿Dónde fue el juicio? —me interrumpió.

—No lo hubo. En el atrio del templo, Pedro preguntó si alguien la había visto ofrecer sacrificios paganos. El gentío bramó la patraña. Creyeron poder arrancarle la confesión practicándole una larga tortura.

—*Ubi multitudo, ibi malum* —y de vuelta a la lengua griega, añadió—. Los mismos que la reverenciaban cuando los instruía en la plaza del mercado.

—En el pórtico, la ataron a unas aspas como dicen que crucificaron a los seguidores del Galileo. Le arrancaron los restos de la túnica, y se burlaron de su madura desnudez mientras los verdugos se aprestaban a afilar las conchas de moluscos, instrumentos con que acometieron la tortura. "Júpiter, acoge en tus brazos a esta maga", gesticulaban los parabolanos con obscenidad. Ella, que había enseñado con tanta modestia y compostura, era escupida, apedreada, vejada. En medio de la algarabía, los alumnos de Hipatia recibimos la última lección: su estoicismo. Con el alma en la boca, nos exhortó a sacar de Alejandría su biblioteca —callé cuando Orestes masculló una amenaza.

—¡Prosigue!

—Con el filo de las conchas rastrillaron su cabeza y cuerpo con tanta pericia que la dejaron en carne viva, toda cubierta de sangre. La agonía fue coreada por la burla del gentío, y el Lector Pedro se mofó de Hipatia cuando pidió la muerte: "¿Y ese pagano de Platón que decía del dolor? ¡Predícanos su doctrina!". Unos matarifes, señor. La descuartizaron y metieron los tasajos en una cesta de mimbre. La sangre de Hipatia enrojeció el mármol del atrio de la iglesia y las últimas gotas regaron la plaza del mercado donde ella había mostrado a los alejandrinos el camino que conduce a la sabiduría.

—¡Y en esta meseta la quemaron! —abroncó Orestes al viento.

Orestes lloró frente a la bahía. Con un puñado de cenizas en la mano, tras enaltecer mi fidelidad a Hipatia, se internó en el cedral que medraba en la ladera sur del Cinarón. Por donde traza el Nilo su curva de ballesta en torno a Alejandría, caminó en busca del pasado. Pero la línea curva no le guiaría a la plaza del mercado, cuando Hipatia revelaba a los alejandrinos cómo se alcanza la felicidad. Nunca más lo vi. Sé que informó a Roma del asesinato de Hipatia y exigió una investigación. Al cabo de los meses, como Roma nada ordenó, Orestes renunció a su puesto y abandonó Alejandría.

Ahora, Cirilo, para engañar a la multitud que ha comenzado a arrepentirse del crimen contra Hipatia, ha proclamado que la sabia alejandrina está viva en Atenas, enseñando de nuevo sus doctrinas neoplatónicas. La farsa continúa.

Eloísa Gómez-Lucena

Microrrelatos

Manuel Moya Escobar

Sísifo

Esta es mi vida: por la mañana bajo al Mercadona y cargo con las bolsas hasta el cuarto piso; por la noche bajo con las bolsas hasta el contenedor.

Bandoneón Blue

Nadie a estas alturas logra decirme quién soy ni sabe quién he sido, ni por qué elegí este puerto para tocar mi bandoneón, ni cómo he llegado. Acaso un día descendiera desde una escondida montaña en busca de un valle aún más ignorado y en el camino zigzagueante fuese dejando mis pasos y mi vida. No parece que haya matado a nadie o al menos nadie me ha señalado como fugitivo de la justicia. Quizás allá arriba, en mi anterior existencia, amara a alguien, pero ninguno ha venido a recordármelo. Si me decidiera a escribir una carta o hacer una llamada... pero a dónde escribir, a quién llamar. Y, mientras todo esto sigue sin resolverse, aquí sigo, hijo de la bruma y de lo incierto de mí mismo y del camino. Toco por las calles y duermo en una casucha abandonada junto al río. Dicen que mis canciones son tristes, pero en ellas no reconozco ningún nombre de mujer ni una tonada reconocible, nada que pueda darme la esperanza de una patria o de un regreso. Si el pasado es incierto, qué decir del futuro. Tampoco yo sé cuánto tiempo más permaneceré en este puerto que quizás no sea más que otro de los puertos. Cuando pase el invierno tal vez siga río abajo o quizás me decida por atajar las altas montañas. Sólo temo que para entonces estas viejas canciones hayan volado de mí definitivamente.

Desaparecidos (4)

Descubrimos unos huesos y nos dijimos "es aquí, éstos son". En uno de ellos apareció una sortija y en la sortija un nombre. Un nombre. La guardé en un bolsillo de mi pantalón y al llegar a casa la puse sobre el escritorio, porque quería indagar en aquel nombre, pero enseguida, cuando ya había apuntado suficientes datos, aquel nombre saltó del papel y se fue haciendo hombre, de modo que observó la sortija, se la puso en un dedo y jugando con ella se asomó a la ventana; de espaldas me preguntó que qué día era, si no sentía calor, si había llegado su mujer. Yo lo miraba sin saber qué contestarle porque no me cabía ninguna duda de que ese hombre que tenía ante mí estaba muerto y atribuí todo aquello a una experiencia alucinatoria, algo de naturaleza onírica, pero como no deseaba dejarme llevar por la emoción ni engañarme con su "apariencia", le fui contestando vaguedades. Al cabo se giró y me mostró unas manos ásperas y unas uñas rotas. Se sentó y le miré a los ojos sabiendo que no podía ser, que estaba muerto pero con una voz serena y lenta me contó que la sortija era un regalo de su mujer y que ella le estuvo esperando durante años junto a su hijo pequeño hasta que ambos tuvieron que aceptar que lo habían matado y se fueron hacia el Norte, donde nadie los conocía. No quise replicarle porque tenía sus datos ante mí. Para qué. Aun así, todo aquello no podía ser real y, en efecto, al momento se restregó los ojos, se alzó de la silla y se marchó, quitándose la sortija del dedo y dejándola sobre la mesa, en la misma posición que yo la dejara. Seguía convencido de que todo aquello eran imaginaciones, sueños míos y así me fui incorporando a la realidad, pero al asomarme a la ventana volví a verlo —¡lo estaba viendo!— de la mano de un niño, y al girar su cara supe que quien se alejaba era yo y que el niño que entonces iba a mi lado era mi hijo.

Ilusiones, laberintos

Si Teseo no cediera a la *ilusión* de que *él* vencerá al Minotauro (que es el morir), jamás se internaría en el laberinto, por tanto su camino es producto de una ilusión cuyo escenario ha de ser el laberinto, pero si el laberinto sólo fuera producto de una ilusión, el Minotauro sería parte de esa ilusión, y siendo ilusión o parte de ella tampoco Teseo podría recorrerlo, salvo que él mismo

se convirtiera en una mera ilusión suya, pero entonces sería preciso imponer algo de inmediato, y es que Teseo NO es ninguna ilusión, Teseo existe como realidad pero también como la ilusión simbólica de que es posible vencer al Minotauro, pero imaginemos ahora que ni el propio Teseo ni Minotauro existan más que como la posible ilusión de una ilusión imposible... y así será que ajustándonos a estas reflexiones iremos poblando de certidumbres las paredes del laberinto.

Postal desde Medellín (2)

A Claudia Peña

Era bella como una puerta colonial abierta a una ladera de yarumos. El sol doraba levemente su pómulo de bellísima caoba y todos sin excepción la contemplábamos como si de ella (por ella) hubiera de salir un nuevo sol. Alejo bendijo su belleza y él es un hombre sabio. Kitty bendijo su belleza y ella es una india sabia. Mauricio, el parlador, bendijo su belleza y él es un hombre justo. Carlos, el poeta, bendijo su belleza y él es un hombre preciso y honesto. Javier, el granadino, se miró un instante en el promontorio de sus ojos y luego, a solas, me confesó que le costó no tomar impulso. ¿Qué podía sucederme a mí? Yo no sé regresar.

Curso sobre Microrrelato

Comience con una frase contundente, germinadora. Observe el ritmo interno de esa primera frase. Sígalo. Dedique toda su atención al proceso evolutivo de la pieza y deje siempre, a cada paso, un cabo a medio atar y un silencio donde quepa la *Enciclopedia Británica*. Utilice el vacío con la precisión y naturalidad con el que la golondrina construye su nido. Dude. Rompa unos diez folios por cada folio aceptable. Prepárese para el final: es decisivo, pero antes del punto final discurra en este sencillo razonamiento: "¿iguala su obra a una hormiga atrapada en una gota de ámbar?".

Manuel Moya Escobar

Fotografía: Olga Valverde

Comentario de textos

Pascual Izquierdo

El profesor, ajeno a los síntomas de aburrimiento que muestran los alumnos, prosigue imperturbable su lección.

—Escisión desfundamentadora y síntesis paródica.

A pesar de la aparente impenetrabilidad de los sintagmas, se estudia —se trata de estudiar— la obra completa de Gil de Biedma.

—Radicación telúrica del conocimiento desde el mito inicial de la revelación fundante.

El ilustre catedrático habla con voz enérgica y pausada, no exenta de solemnidad circunstancial, separando de manera muy elocuente y discursiva las palabras y las sílabas, rindiendo —con claro dominio del énfasis— la debida pleitesía a la posición que cada una ocupa en la dinastía del lenguaje.

Pero el bostezo ya se ha instaurado como signo perceptible en el rostro de buen número de alumnos. Sobre todo, muestra su claro predominio en el sector de jóvenes que ocupan los últimos asientos. Se trata de un grupo dinámico de postadolescentes que se mueven en otros registros expresivos y ya evidencian en su comportamiento que han perdido el respeto que se le debe a los lenguajes esotéricos que muy pocos comprenden. Porque ellos participan de otro tipo de códigos visibles.

—Continuidad del esquema fundante de la alegoría y su desagregación metafórica.

El ilustre catedrático advierte muestras de zozobra en las bocas de los alumnos aposentados en los últimos pupitres. Mira con su vista levantada y sólo vislumbra signos y colores que pertenecen a una posmodernidad más que difusa. Desde las nieblas de su púlpito analítico cree atisbar el trazo de un bostezo mayúsculo, de una boca completamente abierta como si fuera la oquedad donde habita Polifemo. O como si fuera una de esas grandes simas zamoranas que se ubican en los Arribes del Duero.

Cierto revuelo de toses y murmullos, de frases en voz baja, que cualquier enseñante catalogaría dentro del apartado de los indicios racionales de protesta, se produce en las filas rebeldes. El ilustre catedrático, que tiene todavía llena la boca de frases que ni él mismo entiende, mira con ojos severos a los suburbios del aula donde se está incubando la sublevación.

—Ascesis y frustración: fragilidad inasequible de las presencias en el ápice irracionalista de la iluminación diurna.

Pronuncia estas palabras con la unción sacerdotal que todo iluminado por la lengua le debe a los códigos indescifrables y al principio se produce un silencio estrepitoso en el aire diáfano del aula, como si hasta los insectos microscópicos que pueblan las partículas hubieran suspendido su vuelo para tratar de descifrar tan excelso e insondable mensaje.

Pero, tras este breve y profundo paréntesis, parece que una súbita zozobra se apodera no sólo de los últimos pupitres sino de todos los bancos de la clase. No sólo en ese extrarradio donde la presunta actividad intelectual puede derivar hacia la subversión y la protesta, sustentada en la incapacidad de desarrollar un esquema de interpretación que se tenga como tal, sino en todos los bancos y pupitres del aula. Una zozobra general, un relámpago de incomprensión y cólera, parece haber estallado en el ánimo colectivo de la masa discente.

De pronto, un chico con barbas ralas y coleta extendida, que recubre parte del cabello con un pañuelo verde y muestra unos ojos extraviados en los límites de la interpretación consciente, proclama con voz rotunda y bien timbrada:

— N s ibl q hb om l cmn d l tles?[1]

Un silencio apoteósico, fugaz e inesperado se instala de pronto en el corazón de los discentes. Pero, tras analizar el mensaje, verifican que están en completo acuerdo con lo que dice el chico que tapa su cabello

1 Nota del editor. En contra de la opinión del autor, quien no considera necesario traducir las expresiones que a continuación se pronuncian, como editores creemos en la conveniencia de facilitar al lector todas las claves de comprensión. Por esta razón, vamos a traducir en nota a pie de página las frases enigmáticas. Esta podría significar: «¿No es posible que hable como el común de los mortales?».

con un pañuelo verde. Un aplauso espontáneo subraya el apoyo total que le brinda al joven del pañuelo el conjunto de la clase.

El ilustre catedrático vacila y muestra signos de flaqueza. Explora con sus ojos erráticos si existe en el espacio volumétrico del aula un lugar donde esconderse. Porque él nunca hubiera imaginado que alguien pudiera emplear un lenguaje más enigmático que el suyo.

Otra voz se oye, esta vez pronunciada por una chica que viste ropas muy formales. Se trata de una joven que luce un largo pelo negro y posee un rostro que se camufla tras un discreto maquillaje.

—A i e star nted o k s dc[2].

¿Y a quién no? ¿A quién no le gustaría entender, sin necesidad de traductor, lo que se dice?

El ilustre catedrático se siente acorralado en los dominios que él mismo se ha empeñado en definir. Piensa durante unos segundos en imponer su autoridad docente y expulsar de la clase a todos los alumnos. Luego trata de comprender lo que sucede mientras se esfuerza en descifrar esos lenguajes misteriosos en los que, con una soltura para él asombrosa, se expresan sus alumnos. Los códigos cifrados que él ha tratado de articular durante más de cuarenta años de arduo y solitario trabajo se derrumban de repente por la irrupción deslumbrante y meteórica de la última modernidad, por la aparición inesperada de unos códigos más osados y abruptos que los suyos, de unos códigos para él más enigmáticos, para él también más sugestivos por su impenetrabilidad.

Hace un gran esfuerzo para alumbrar una frase de despedida, pero ya no se siente capaz de sobrevivir entre títulos indescifrables y jeroglíficos. El mensaje sonoro que surge de la alumna predilecta que se sienta en la primera fila y que siempre le escucha con reverencia y admiración le precipita por completo en la zozobra:
—Q t ay a t p e cl[3].

No es capaz de descifrar el significado completo de la frase, pero sí de intuir su sentido. Recoge sus papeles y el voluminoso libro donde se hallan impresas esas categorías axiomáticas de la interpretación y el análisis literario. Procura no caer en el precipicio que marca el escalón de la tarima y se dispone a abandonar precipitadamente el Aula Magna. Pero mientras camina por delante de los pupitres vuelve el rostro a los alumnos y se atreve a farfullar:

—Conformación constitutiva del cotejo alegórico.

Llega la frase a los discentes con toda la ingente carga de desprecio que encierra. Pero la respuesta no se hace de rogar.

—L agr k n hbr n crtn[4].

Siente como un nuevo bofetón en el rostro. Y se siente impelido a responder con vehemencia:

—La complejidad en los planos del metaforismo...

—K n hb n crtn[5].

Desde la puerta, el catedrático ya no puede aguantar más. Trata de mantener la compostura, pero no puede evitar que un hiriente exabrupto salga de su boca:

— N m d l gn[6].

Se produce un momento de confusión entre los estudiantes. Pero, con inusitada premura, la joven de la primera fila responde:

—La voluntad enfática de la persistencia figural te invita a que te vayas a la mierda.

Una salva de aplausos rubrica el acierto de la intervención. Mohíno y derrotado, el ilustre catedrático cierra la puerta con cuidado y enfila el interminable pasillo que termina al final de la estupefacción.

Pascual Izquierdo

2 «A mí me gustaría entender lo que se dice».

3 «Que te vayas a tomar por el culo».

4 «Le agradeceríamos que nos hablara en cristiano».

5 «Que nos hables en cristiano».

6 «No me da la gana».

El año de las resurrecciones

Jesús Alonso Ovejero

En cuanto podían buscaban un lugar a la solana. Se sentaban en los bancos de los parques o se apoyaban contra una pared y levantaban la cabeza para sorber el sol. Algunos jubilados se molestaban porque les habían quitado el sitio, pero a la mayoría nos daba gusto verlos allí sacudiéndose el frío que traían de la muerte. Mucho tenía que haber sido. Y daban hasta ganas de subir a casa, bajar con una manta, ponérsela por encima y abrazarlos para que acabaran de resucitar del todo.

***

Norma de urbanidad para recién resucitados.

No aparecerse por casa de nadie sin haber avisado antes.

***

Durante los años de las resurrecciones era corriente que los encargados de organizar las comidas de grupo reservaran mesa para dos, tres, cinco o diez personas más de las previstas por si, entre el día de la reserva y el de la comida, a algún allegado le daba por resucitar y sumarse a la celebración. Tampoco era cosa de hacerles ese feo en momentos tan señalados.

***

Ninguno de los resucitados consiguió hacerse un seguro en la sanidad privada.

***

Hubo algunos que murieron del ataque de alegría que sufrieron al verse totalmente resucitados.

***

Las resurrecciones estropearon la resolución final de los suicidas. Había que verlos, sobre todo a los más jóvenes, suicidándose y resucitando todo el día, una y otra vez como si eso fuera lo último que iban a hacer en la vida, sin parar, hasta que al caer la tarde las madres se acercaban a recogerlos:

—Hala, ya está bien por hoy de suicidarse. Venga, a casa que te está esperando la merienda.

Y los suicidas se dejaban llevar calle abajo, fracasaditos y avergonzados de que los amigos los vieran así, y con sus madres, pero también con el leve consuelo de la cercana merienda y la ilusión de que algún día, quizá mañana mismo, llegaran tiempos que no fueran de tanta resurrección.

***

Lo primero que hicieron los soldados desconocidos nada más resucitar fue empezar a gritar sus nombres por lo que inmediatamente dejaron obsoletos en todo el mundo miles de monumentos funerarios.

***

Lo supimos ubicuo cuando lo vimos resucitar al mismo tiempo en dos lugares diferentes.

***

Todos los niños ahogados salieron de las aguas y se pusieron a buscar a sus padres entre los bañistas.

***

Nunca antes los cementerios habían tenido tal poder de atracción. Durante los años de las resurrecciones las tumbas de cantantes, actores, deportistas, diseñadores, dictadores, folcloristas, poetas y líderes famosos de cualquier condición permanecieron asediadas por turbas de curiosos, seguidores, fanáticos, jueces togados, magnicidas, cobradores del frac que esperaban el momento para vitorear al recién resucitado o para

fotografiarse con él o para arrestarlo y juzgarlo o para cobrarse una deuda o para pegarle un tiro, empalarlo o arrojarle una bomba, según la querencias de cada cual. La mayoría de los muertos que resucitaban lo hacían sin darse importancia y se reincorporaban a la vida sin aspavientos, con la mayor naturalidad, pero hubo resucitados que se negaron a abandonar su tumba hasta que les fueran satisfechas algunas exigencias: la construcción de escenarios, púlpitos; camerinos con jacuzzi y confesionario, la presencia de bandas municipales, de brigadas acorazadas, de diseñadores de moda, de abogados defensores, de directores de coatching, de representantes de chalecos antibalas, de taxidermistas, de surtidos de botellas de ginebra y tónicas premium, de caterings de cocina creativa, de rayas de cocaína (sólo para volver a dar los primeros pasos, enseguida lo dejo, ya he aprendido la lección). Y por pedir, hubo resucitados que pidieron protección policial, el libro *62 maneras de levantar la cabeza,* la concesión de tarjetas opacas, estudios de las últimas tendencias, informes sobre la evolución de la bolsa, la readmisión en una cofradía, la rectificación de una escultura de cera, la garantía de ser rehabilitado en el cargo de concejal, ensayos sobre la influencia actual de los poetas de la experiencia en la concesión de los premios literarios, una grabación en vídeo de la conferencia "Cómo hacerse rico en el arte occidental", de Juan Carlos Román, y hasta resúmenes con todos los goles del Athletic Club marcados desde el día del fallecimiento del peticionario hasta la fecha de su resurrección.

Con tanta actividad los cementerios acabaron por ser el punto de atracción de la ciudadanía que se pasaba las horas muertas y las horas vivas esperando acontecimientos que apenas se hacían esperar. El aburrimiento dejó de ser el mal del siglo. Nunca hubo antes en el mundo tantas posibilidades de entretenimiento como durante los años de las resurrecciones.

***

Hubo concejales que quisieron colocar carteles en los cementerios en los que prohibían resucitar por higiene.

***

En tiempos de las resurrecciones fue bastante habitual ver a grupos de soldados de nuestras épocas más gloriosas discutir en cuarteles, calles y tabernas sobre la calidad y el mérito de sus victorias. Más de un legionario llegó a las manos con un soldado de los tercios de Flandes ante mirada condescendiente de un héroe de Lepanto. El principal problema fue establecer un protocolo para marcar el paso y el orden en el desfile de la hispanidad. Desechado por evidentemente discriminatorio el cronológico y cuando parecía estar a punto de aceptarse el alfabético los resucitados comenzaron a morirse, pero esta vez para siempre, o al menos hasta hoy.

Jesús Alonso Ovejero

Capitalismo salvaje

Sergi Monfort

En cuestión de semanas, empezó a hacerse notable que la salud física y mental de mi madre había ido deteriorándose desde el día en que perdió el empleo.

Ella rellenaba y enrollaba los tacos que algunos de mis amigos y muchos otros clientes habituales y turistas se comían en cadena, hasta que sus intestinos se arrepentían y luego en los baños sonaban melodías. Durante los fines de semana, yo no paraba de recomendar que fuéramos al sitio donde curraba mi madre para cenar, favoreciendo el poquito dinero que ella traía a casa por delante de mi salud y la de mis amigos (aunque tenía por cierto que a quien más estaba beneficiando con esta acción era a un señor gordo en una mansión de Texas).

Un día, unos cuantos de esos intestinos habituales cantaron peor que de costumbre. Algo tóxico debió meterse en los tacos que se sirvieron en el intervalo de tres días, pues los consumidores empezaron a caer enfermos, a vomitar, a sufrir diarreas y unos pocos incluso fueron hospitalizados. La culpa, como era de esperar, recayó sobre la empleada que manipulaba la mayor parte de los alimentos: mi madre.

Se descubrió que, en un descuido, mamá debió mezclar la carne que estaba a punto de tirarse a la basura con la que estaba lista para servir (Dios sabe cómo organizan las cosas en ese sitio). El fallo no era tan absurdo si tenemos en cuenta que el estrés al que permanecía sometida mi madre en esas fechas era diez veces más absurdo: casi la mitad de su jornada se componía de horas extras mal pagadas o nulamente pagadas, su jefe empezó a portarse mal con ella hasta llegar al acoso (pero una tormenta semejante solamente se llevó a los débiles) y volvía a casa para encontrar gritos y acaloradas discusiones con papá. Por si fuera poco, lo que fuera que tomara para poder dormir le estaba alterando el coco. Su mente ya empezaba a desvariar antes de su despido.

Pero a la empresa no debió importarle nada todo esto: le hicieron coger sus trastos y devolver el uniforme, que, por cierto, era uno de los trapos más humillantes y horteras que nadie ha debido de llevar jamás.

Las primeras semanas de paro fueron la gota que colmó el vaso. Mamá había sido el sustento de la casa hasta ese momento y se atribuyó toda la culpa de que tuviéramos que recortar en la cesta de la compra y en el uso de la luz y el agua. Lo que ocurrió la mañana de un domingo de enero, por extravagante que fuera, me pareció la consecuencia lógica de todos los males que la atormentaban.

Cuando mi padre, mi hermano y yo entramos en la cocina a la hora del desayuno, mi madre parecía llevar ahí desde hacía horas. Ella y unos acompañantes.

Estaba amasando levadura en un gran bol dentro del cual aplastaba abejas con el puño. Las que no morían cruelmente por la fuerza de sus nudillos, se ahogaban entre la masa informe.

A su alrededor, revoloteaban, furiosas, las hermanas de las víctimas. Mi madre, sin nada más para defenderse que unos guantes de goma, parecía reinar sobre el enjambre. Decenas de abejas zumbaban a su alrededor, pero ninguna tenía las agallas de atacar.

Algunas de estas abejas eran como las que cualquiera ha visto toda la vida… pero otras eran del tamaño de un puño. Otras eran tan grandes como la cabeza de un bebé. Sin embargo, las que más miedo me daban eran las que eran más gruesas que una sandía, con sus zumbidos graves y fuertes, sus ojos brillantes y sus cuerpos enormes y peludos levitando en el aire.

Mi padre por poco se desmaya. Mi hermano huyó de allí y no pisó la cocina en mucho tiempo. En cuanto a mí, me causaba casi tanta impresión ver toda la cocina cubierta por una multitud de insectos de tamaños inverosímiles, como la visión de mi madre, señorial ante ellas, completamente loca de atar y ciega de desesperación.

Se acercaba el comienzo del segundo cuatrimestre de clases y tuve miedo de volver a saber de lo que estaba pasando en mi casa. Entré a mi primer día de vuelta a la universidad con consternación, pensando en mamá, la reina del panal.

Durante los primeros cinco minutos de clase, el vicerrector interrumpió la lección del profesor para

anunciarnos por megafonía que todos los alumnos y todo el personal docente debían personarse inmediatamente en la azotea del edificio del decanato para asistir a un evento muy especial.

Cientos de personas acudimos en procesión, subiendo las anchas escaleras que darían al mayor espectáculo que habíamos contemplado.

Unos señores muy simpáticos nos abrieron las puertas de la terraza, a la que habían convertido en un extenso prado lleno de carpas, atracciones, color y música. Como niños perdidos en un parque de diversiones, todos nos lanzamos a ver qué clase de fiesta nos esperaba.

Nos sirvieron comida, nos invitaron a bailes, nos dieron cerveza… ¡y todo con el beneplácito de toda la comunidad educativa! ¿Qué clase de paraíso era éste?

Como es de suponer, algo tan bueno no puede ser cierto, o al menos debe de tener trampa. Yo no tardé en averiguar que toda la comida que nos servían se parecía: venía empaquetada en distintas clases de pan, pero siempre el tipo de pan e ingredientes que te venderían en un restaurante de comida rápida.

Unos cuantos de los señores simpáticos, que vestían uniformes humillantes y horteras como pocas veces había visto (quizá recuerde un caso), habían sido muy poco cuidadosos y no habían hecho esfuerzos en ocultar con ninguna prenda el reconocible logo de una de las cadenas de hamburguesas más famosas del planeta.

Cuando vi al vicerrector y al rector hablando con un simpático señor con traje, se alargó la sombra de mi sospecha: no parecía descabellado deducir que esta cadena de restaurantes estaba donándole una generosa suma a una universidad en crisis a cambio de dejarles construir este vistoso y alocado parque de atracciones sobre una de las mayores terrazas que ha tenido un edificio público en este país.

De paso, la multinacional aprovechaba para presentarnos, a bombo y platillo y con un anuncio especial por parte del gerente de la filial nacional en persona, su nuevo producto estrella, que nos iban a servir en exclusiva y de forma totalmente gratuita antes de lanzarse al mercado.

Se trataba de una suculenta hamburguesa especial de tres pisos rellena de queso fundido, triple de bacon, cebolla caramelizada, salsa de miel y…

… y el ingrediente secreto empezó a salir volando de su cautiverio de entre cientos de panecillos que muchos estudiantes, entre ellos compañeros míos, estaban a punto de tragarse. No la llamaron Bee Honey Burger por nada.

Un enjambre de miles de abejas de todos los tamaños imaginables (y que, por alguna razón, todo el personal de la empresa creía bien fritas y crujientes) voló hacia la libertad y hacia la venganza.

Un buen puñado de pequeños soldados voladores se propulsó hacia las cocinas improvisadas donde preparaban el producto estrella, rompieron las jaulas de cristal en las que moraban sus hermanas mayores (muy mayores; algunas como puertas) y cargaron contra todo aquello que corriera a dos patas.

Cientos de atacantes sacrificaron sus vidas atravesando con sus poderosos aguijones los globos oculares de los camareros, los vientres de los profesores, las cabezas de los estudiantes y los corazones de los jefes.

La gente que no moría en el acto acababa cubierta de hinchazones exageradamente grandes que en cuestión de minutos les colapsarían la circulación y harían que les estallaran los órganos.

El equipo especial de exterminadores, desplegado para un incidente de estas características, fumigó de inmediato toda la azotea sin tiempo para evacuar a nadie, de forma que la gran terraza se convirtió en una nube tóxica que permaneció durante semanas como un pequeño Chernobyl y en el cementerio de miles de abejas y de cientos de seres humanos. Sobrevivimos pocos.

La sonada cadena de restaurantes retiró la Bee Honey Burger del mercado antes incluso de lanzarla. Se movieron cantidades indecentes de dinero para que la noticia de la muerte de 456 personas en una universidad pública fuera debida a causas totalmente ajenas a la empresa. Cada canal de televisión y cada publicación daban su propia versión de los hechos, aunque todas se parecían. Todas y cada una se entroncaban con la historia oficial de la multinacional. La nube de gas fue la única responsable de la muerte de toda esa gente y se había originado por una falsa alarma de plaga que dio un currante que empaquetaba las hamburguesas. Nadie se creía esa chorrada, pero todo el mundo tragó con ella.

Huelga decir que el currante, superviviente, fue despedido. Absolutamente ninguno de los peces gordos se movió de su sillón.

La historia del genocidio por hamburguesas de abeja era tan estúpida que no quedó más que en una mera teoría conspirativa.

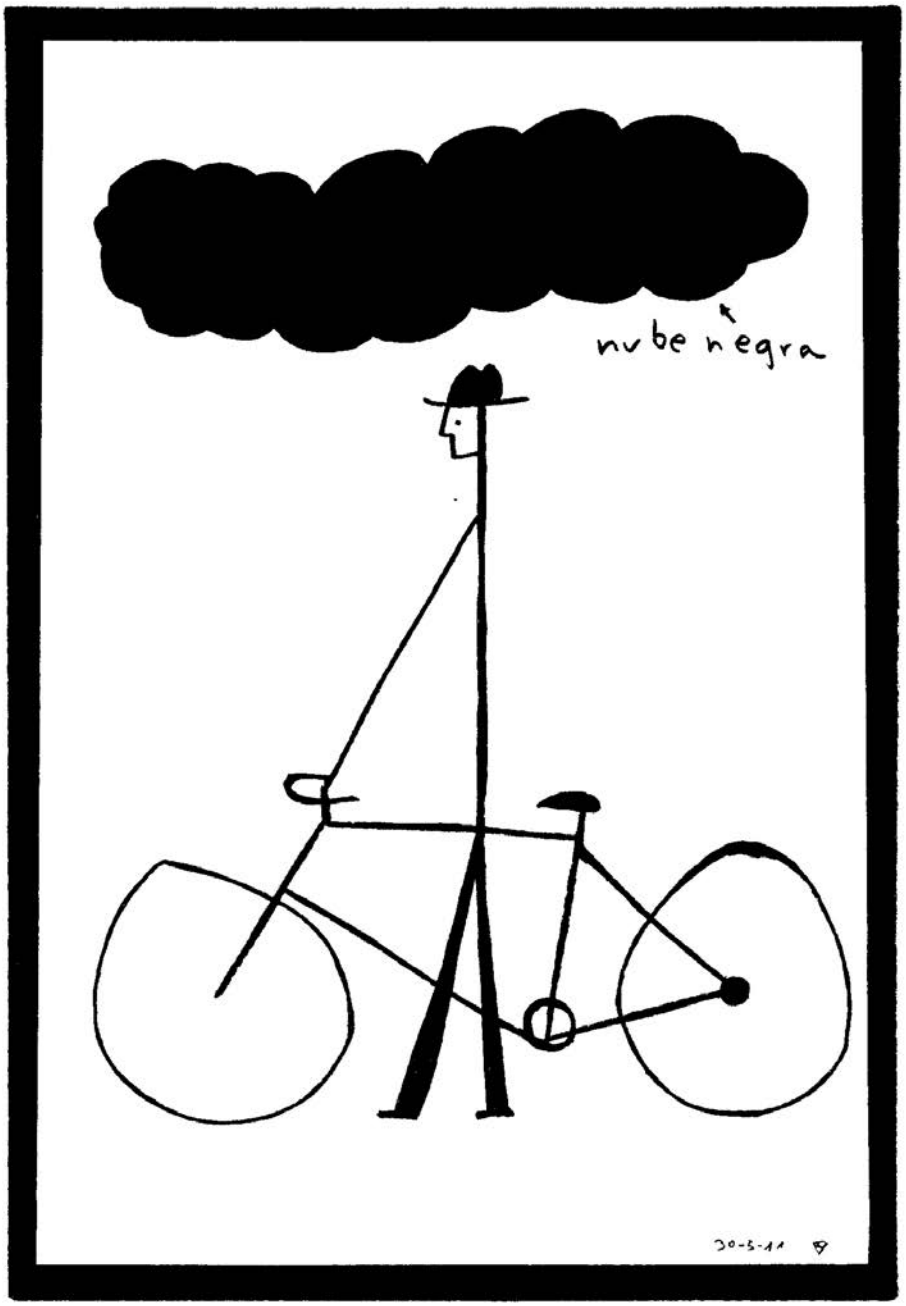
Mientras mi madre moría a causa de cientos de picaduras de las abejas que ya no podía gobernar, la cadena de hamburguesas lo volvió a intentar con un producto estrella llamado Bee Flavour Burger. Paralelamente, numerosos estudios daban la voz de alarma acerca de que el 30% de los cultivos del planeta habían desaparecido porque cada vez había menos polinización. Ninguno de esos estudios relacionó la catástrofe medioambiental con cierta empresa alimentaria.

Al cabo de un mes, la gente ya se había olvidado de la masacre de la universidad, salvo para dedicar el

ceremonial minuto de silencio por las víctimas en la fecha de cada aniversario.

Mientras tanto, la cadena de restaurantes de comida rápida hace más caja que nunca gracias a un producto estrella que sabe Dios qué contiene y tanto mi madre como absolutamente todos mis amigos están muertos.

Sergi Monfort



Francisco Peralto: ***Homenaje a Lamberto Maggiorani***

Chema Madoz

Percival

(Boston, 1887- Aberdeen, 1919)

Goya Gutiérrez Lanero

Bajo el áureo ramaje de la noche y las estrellas
oscila la sombra de la hermana por la arboleda silenciosa

(Georg Trakl)

El hospital psiquiátrico se situaba a unos cincuenta kilómetros de la civilización, una pequeña ciudad de poco más de dos mil habitantes, que hacía unos cuatro años, antes de los rigores de la guerra, había llegado a tener cinco mil.

En la falda de la montaña, las ventanas enrejadas del hospital miraban al llamado Mar del Norte, bajo la tela gris de la constante neblina. Un mar que se agitaba a los pies de verdes acantilados, en la demarcación provincial de Aberdeen, al norte de Inglaterra.

Lejos parecía estar en el ambiente el ruido ensordecedor de las bombas, el fragor de los fusiles, los ahogamientos por gas, las pavorosas taquicardias y el miedo a morir al entrar en el campo de batalla. Los borbotones de sangre de los heridos… Los cuerpos de los soldados desmembrados por alguna granada. Cadáveres y cadáveres amontonados… Miles de heridos sin camillas ni camiones de transporte suficientes para poder auxiliarlos. Y sin embargo, los ojos hundidos o desorbitados de algunos de los allí congregados, reunían en sus miradas posadas en el vacío, los infiernos vividos con sus correspondientes horrores.

El doctor anunció un día el final de la Gran Guerra, en la que había estado involucrado, por primera vez, casi todo el planeta, esperando que quizás algunos enfermos reaccionarían con saltos de alegría ante la buena noticia. Pero, lejos de ello, se produjo un sepulcral silencio… Alguien hizo una cabriola propia de su locura, y entonces se oyó levemente un aplauso, al que fueron uniéndose lentamente algunos pacientes por mimetismo. Mientras, las enfermeras salían al lugar de recreo con bandejas y vasos de limonada para celebrarlo.

Percival se encontraba en ese momento en su habitación con un libro entre las manos. Hacía casi un año que lo habían ingresado en aquel hospital durante la guerra, con el diagnóstico de "psicosis maníaco-depresiva" a sus treinta años. Y desde más o menos ese tiempo había entrado en un periodo de austeridad respecto a su alcoholismo, neutralizado por la ingesta de medicamentos, que fueron paulatinamente mermando a partir de sus máximas dosis, pues el equipo médico consideraba que se había producido una importante mejora de la enfermedad.

Leía con entusiasmo el libro de crítica poética que su hermana Mary le había enviado por correo desde Boston. El autor era Edgar Alan Poe, y si bien la publicación era reciente, el poeta había escrito aquellas palabras, según constaba en el prólogo, justo dos años antes de su muerte que tuvo lugar en el 1849. Desde entonces, habían transcurrido pues cerca de setenta años. Él admiraba y se identificaba en cierto modo con aquel poeta maldito, proscrito de la sociedad de su tiempo, víctima como él de parecido delirio o de una consecuente "locura circular" como al parecer había acuñado un conocido psiquiatra en 1854 aquella enfermedad. Pero sólo él sabía que la suya transgredía las fronteras de la medicina; su enfermedad era de naturaleza espiritual, escindida, trágica en el fondo. Así sus versos sublimaban un oscuro e irrealizable deseo… Una estremecedora angustia interior, sumada a la nostalgia del paraíso perdido de la infancia; y todo ello iba anticipando y marcando poco a poco el camino de la propia autodestrucción, así como la perspectiva personal de declive de un tiempo que cada vez se apartaba más de la Naturaleza. Pero, quizás, aún había una sutil esperanza… Su palabra intentaba crear un recinto, un lugar sagrado en donde la nostalgia del origen pudiera habitar. Y ese lugar era la poesía misma.

Su estado anímico, sus inquietudes, sus anhelos no eran de hecho aislados. Hacía un siglo que Mary Shelley había publicado la famosa novela de Frankenstein o el moderno Prometeo, cuyo inicio se forjó en una reunión de escritores, en las inmediaciones de la Villa Diodati,

que el poeta Lord Byron tenía en Suiza. Percival conocía todos esos escritos que preconizaban los peligros de un mundo excesivamente científico-tecnificado. El ser humano crearía un monstruo, una feroz máquina tan perfecta que sería capaz de destruir a su mismo creador, profetizaban los románticos. Y de hecho, esas máquinas destructivas Percival sabía que ya habían empezado a realizar la profecía. Él había sido testigo de ello en aquella macabra guerra, que había abocado a tanta destrucción y locura.

El libro de Poe que aquel día del anuncio del fin de la guerra, él ávidamente devoraba, denigraba el intento muy norteamericano de inculcar en la poesía una idea de corte moral, una enseñanza que llevara a la verdad, pues algunos críticos aún defendían, que de lo contrario la poesía carecería de dignidad; mientras que Poe aseguraba que no podía existir dignidad más noble para la poesía que no estar bajo el yugo de ninguna moral o ideología, expresando su completa libertad. El poema escrito únicamente por el placer de escribir un poema. Cuando Percival llegó al apartado en que el poeta y crítico trataba de la especial sublimidad de la música, y de su vital importancia en el verso y el poema, acrecentó su interés. Él sabía que sus poemas estaban dotados de una especial musicalidad. Siempre había pensado que la música es el alma del poema que eleva al alma del ser humano la voluptuosidad, la melancolía, una tristeza que, sin embargo, es placentera… Y en esos momentos, aquellas mismas líneas lo transportaron a su niñez junto a la madre y la hermana. Sus clases de música, sus primeras incursiones en la Ópera. Recordaba la belleza delicada y sutil de la madre; más tarde descubriría que tras esa piel de pétalos, permanecía enroscada y oculta la serpiente portadora del veneno de la enfermedad, que pronto le arrebataría la vida.

Los abuelos provenían de la Irlanda católica, y habían llegado a Norteamérica cuando sus hijos eran muy pequeños. Todos por tanto fueron educados dentro de los cánones de la tradición cristiana. El abuelo de Percival había sido el artífice de la fábrica de tejidos que heredaría después el padre. En esos tiempos los empresarios, para amortizar la maquinaria invertida, trataban de sacar el máximo provecho de los trabajadores, muchos de ellos menores de edad, pero que manipulaban como los adultos las máquinas eléctricas. Percival intentaba pasar por alto aquella desgracia, cuyo recuerdo le producía el efecto de una afilada daga clavada en el estómago. La muerte de Elvis, con diecisiete años, desembocó en su inclinación hacia el alcohol, a fin de evadir el sufrimiento. Elvis era uno de los adolescentes premiados por sus cualidades intelectuales y de trabajo. Y Percival descubriría también su irremplazable calidad humana. La fábrica pagaba sus estudios, y juntos habían empezado a estudiar en una Escuela de Boston Literatura inglesa.

Sin embargo, Percival, antes del accidente que segó la vida del amigo, era ya un joven reservado que acostumbraba a elegir los lugares solitarios, preferentemente situados en el campo, que rodeaba la aldea en donde la familia solía pasar los fines de semana y los veranos. Se había construido desde la niñez un refugio de madera y ramajes, justo encima de un riachuelo, bordeado de exuberantes árboles en donde las aves habían también instalado sus nidos. Cómo acudían al anochecer antes de entregarse al sueño, en aquel alejado Hospital, las imágenes inocentes de la infancia junto a la hermana… Quizás debían de tener siete y ocho años respectivamente. Por aquel entonces la madre ya había muerto, y los niños fueron encomendados al cuidado de una institutriz que acabó acaparando el interés amoroso y sexual del padre, por lo que había muchos momentos del día en que campaban a sus anchas en completa libertad, entregados a los juegos inocentes de exploración de la naturaleza circundante y de la propia… Observaban a los animales, cómo luchaban por el sustento material o el de su progenie, cómo se unían y engendraban a su especie, cómo se comunicaban con sus cantos de color o sus rugidos rasgando el aire plateado, de hojas movidas dulcemente por el viento… Cómo ellos mismos en las tardes calurosas de agosto bajaban al río, y en la orilla se bañaban desnudos. Él entrelazaba poco a poco con los dedos mojados los húmedos cabellos de la hermana, y ambos acariciaban mutuamente sus tiernos cuerpos con el tacto virginal de la inconsciencia. Así muchas tardes de primavera bajo el oscuro canto del mirlo, rodeados de troncos y ramajes en el refugio protector, jugaban a amarse, silenciosos y solitarios… Como si nunca ningún dedo acusador, divino, pudiera expulsarlos jamás de aquel Jardín de las delicias.

Percival recordaba que Elizabeth, la institutriz, a pesar de ser católica, no acostumbraba a poner demasiado énfasis en el aspecto moral y adoctrinador de la asignatura de Religión. Le agradaba más recrearse en la Historia Sagrada, y en sus muchos relatos y parábolas, extraídos de la Biblia, que ella interpretaba de un modo muy particular, para sus dos alumnos.

Después del inolvidable e irrepetible verano, cuando hacía un mes escaso que Percival había cumplido los diez años, ingresó en el Colegio al que Mary ya asistía desde hacía uno. Un día la profesora de arte llevó a toda la clase a visitar el Museo de Bellas Artes de Boston. Es cierto que en casa había pinturas, pero la mayoría

representaban escenas de caza, bodegones o retratos de los distintos miembros de la familia. Pero aquello, ahora lo recordaba con más vivacidad que otras veces, mientras observaba los destellos de la luna, tras la enrejada ventana , era para él una maravillosa sinfonía de colores que parecía en algunos instantes absorberlo hacia el interior, como si realmente el cuadro tuviera vida… Y fue precisamente el tríptico, y de los tres justo el del medio, del que tomaba el nombre de "El jardín de las Delicias" el que lo dejó completamente absorto. De pronto, empezó a sentir que los matices azulados, desde el añil al celeste, o del verde suave hasta el más intenso, como base de la composición, tenían sonidos, emanaban una música aérea, acuática o esférica, que él ya había oído. En aquel impresionante escenario de voluptuosidad él había estado junto a Mary…

El artista invitaba al espectador a entrar en su mundo desde un primer plano bordeado de gigantescas y variadas aves multicolores, que a la orilla de un pequeño lago observaban los juegos sensuales de rosados y sedosos cuerpos de jóvenes, bañándose o danzando o navegando dentro de enormes y exóticas frutas que servían de nave… Y un tanto apartados, hacia el ángulo de la izquierda del cuadro permanecían como ausentes, protegidas sus cabezas por una transparente campana de cristal, dos jóvenes con sus cuerpos y sus rostros muy unidos; por un momento a Percival le pareció que aquellos dos jóvenes eran Mary y él mismo.

Avanzando hacia arriba, en un segundo escenario, múltiples cervatillos, antílopes, caballos o camellos montados por jóvenes jinetes de delicados cuerpos corrían en círculo y rodeaban un pequeño lago ovalado, en cuyo interior azulado resaltaba la sedosa blancura de la piel de hermosísimas damas. Y así ascendiendo entrabas al fin con la mirada al plano más elevado. Sobre una laguna, en la que confluían varios riachuelos, se elevaba una extraña nave de base esférica y de un color añil, rodeada de cuatro fantásticas construcciones azuladas y rosadas, que recordaban las casas de chocolate y dulcísimos caramelos, que las brujas construían en los cuentos para atrapar a los niños.

La voz de la profesora expulsó, de pronto, a Percival de aquel paraíso. Al parecer reclamaba atención. Después de haber dejado a los alumnos observar la composición pictórica dividida en tres, trataba de forma didáctica, dar la información que algunos críticos interpretaban de El Jardín de las Delicias de El Bosco.

Se enteraron entonces de que era nada menos que del siglo XVI. El primer cuadro representaba al Paraíso en donde Dios hacía entrega de Eva a Adán; el del centro que llevaba el nombre del tríptico representaba al Pecado y la Lujuria, pues según la profesora mostraba a la humanidad entregada a los diversos placeres mundanos, y el autor trataba con ello de expresar el mensaje de la fragilidad de esos goces, poniendo como ejemplo precisamente la pareja "encerrada", dijo ella , en el globo de cristal, aunque Percival quiso en esos momentos intervenir, alzar la mano, para aclararle que no era un globo sino una campana, y por tanto permanecía abierta… Pero la profesora prosiguió su clase sin advertir su gesto, hablando del tercer cuadro que era el Infierno, el castigo a donde eran enviados los protagonistas del cuadro anterior. De pronto, un estremecimiento, como provocado por algún terror irreconocible para su sensibilidad infantil recorrió su interior.

Dentro de ese primer curso, él había de asistir a las clases que lo prepararían espiritual y religiosamente para recibir el correspondiente Sacramento de la Comunión en aquella próxima primavera, algo que Mary ya había hecho durante el curso anterior.

+++++

El celador pasó su ronda habitual por los pasillos en que se distribuían las habitaciones del Hospital psiquiátrico, poco después de que el reloj hubiera dado la una de la madrugada en el gran hall. Percival, aunque de espaldas, sintió el resplandor de la luz de la linterna penetrar por el orificio abierto en la parte superior de la puerta, a modo de pequeña ventana. Aquello significaba que todo el mundo había de estar ya acostado. Pero a él aquella noche le resultaba difícil conciliar el sueño, quizás por la nueva medicación mucho más suave, o porque había abusado más de lo debido del té; lo cierto es que, reposando su cabeza en la almohada, se adentró nuevamente en el mundo de sus recuerdos…

Le pareció que no había transcurrido el tiempo. Recordó cómo después de haber pasado aquel fin de semana con su familia en Ashford, como era habitual habiendo entrado ya la primavera, el lunes en la clase preparatoria de la Primera Comunión, el sacerdote introdujo a los alumnos dentro del tema de los pecados capitales, en el de la Lujuria… Percival recordaba perfectamente cómo quedó de pronto paralizado, y un ataque de adrenalina inundó su rostro y se extendió hasta el último confín de sus orejas, o de su cuero cabelludo. En ese momento supo lo que era el pecado. Se sintió avergonzado, como Adán, desenmascarado, culpable, acusado por el dedo índice de Dios en el paraíso terrenal del cual fue expulsado junto a Eva…

Al fin de semana siguiente, Percival, dos horas antes de la que solían acudir él y Mary al refugio, prendió

fuego a aquel paraíso perdido para siempre. Y levantó alrededor de la pequeña choza un muro de piedras para que sirviera de cortafuegos. Cuando las llamas ya habían prácticamente devorado la mayoría de troncos y ramajes apareció ella ante el desolador espectáculo. Y entonces, con ojos horrorizados miró por los alrededores en busca del hermano, presintiendo alguna desgracia. Pero él no dio señales de vida. Cuando estuvo seguro de que las llamas completarían su trabajo, se alejó adentrándose en el bosque, y después reposó bajo un frondoso árbol, sacó una diminuta libreta y un lápiz que siempre llevaba consigo… Y recordando aquel cuadro del Jardín de las Delicias que tanto le había entusiasmado, se dispuso a escribir un poema, esperando que cayera la noche…

Mientras tanto, Mary volvió a casa pesarosa e indecisa; ¿qué debía hacer...? se preguntaba; ¿debería confesarlo todo…? En aquellos momentos serían las cinco de la tarde. Elizabeth y el padre, que ya eran marido y mujer, se habían llevado con ellos al hijo menor de tres años, habiendo ido a visitar a unos amigos de un pueblo cercano, y aún no habían regresado. Mary entró en el recibidor con un gran sofoco y ojos enrojecidos de haber llorado. A Victory, el ama de llaves, le extrañó ver a la niña a esas horas. La creía reunida con el grupo de amigos, con los que supuestamente los dos hermanos se veían para jugar en un lugar de recreo próximo a la casa… Cuando se acercó a ella notó que temblaba, y que alguna cosa grave había sucedido. Victory mandó que le prepararan un té, y la acompañó a su habitación en donde sin poder ocultar más su desconcierto… cayó en sus brazos llorando, y temiendo por el hermano en aquel momento de debilidad… y culpa… confesó delirante... Victory no sabía qué cara poner. Ni qué decir, ante la gravedad del asunto… ¡no estaba preparada para aquella historia de amor, antinatural, imposible… y quizás trágica…! Hacía seis meses que había entrado a formar parte del servicio de la casa, y desconocía el poco control y vigilancia que se ejercía sobre los menores…! Pero, viendo que el reloj marcaba las seis de la tarde, y que el anochecer era inminente, se acercó a la casa vecina más próxima y pidió ayuda para salir de inmediato en busca de Percival. Solicitó también a Mary que fuera con ellos a fin de que les indicara el lugar del incendio. Y comenzaron a buscar por todos los rincones más inhóspitos alrededor de aquel paraje, con lámparas de keroseno gritando su nombre ¡Percival! ¡Percival!

Él había decidido no volver a la civilización. Pensó que era mejor vivir entre los animales, unido a la vegetación. Alimentarse de sus frutos silvestres. Aquella naturaleza no conocía el pecado, y los seres que la habitaban eran libres, sin conciencia de estar haciendo el mal… Se cubrió con ramas y pequeños arbustos, pero tenía frío, y los extraños rumores del bosque empezaron a horrorizarlo; su corazón se agitaba como galopes de caballos surgidos de las tinieblas . Así que decidió prender una pequeña hoguera para calentarse y ahuyentar las sombras de la noche y del más allá… Entonces fue cuando oyó voces que lo llamaban por su nombre, cada vez más cercanas. Alguien había descubierto los destellos del fuego…

Después de su rescate vinieron las preguntas encolerizadas del padre. La vergüenza de dar una explicación incomprensible. El sentimiento de culpabilidad. El destierro de la hermana a un internado para señoritas. Los ojos siempre inquisitivos y vigilantes de Elizabeth y del ama de llaves… Todo le hacía sentirse un ser arrojado en un contexto inhóspito. Un joven aquejado de una gran misantropía. Se refugió entonces en la naturaleza que había sido testigo de aquel amor imposible, y en su escritura…

++++++

Aquella mañana había brotado, con parecida telaraña de niebla que otros muchos días. El sol era un bien muy escaso y preciado en esos lares, lo que no ayudaba a elevar el estado anímico y depresivo de los enfermos…Percival, como siempre, solía elegir el lugar más solitario del jardín de recreo, en donde nadie pudiera advertirlo e importunarlo. Y se entregaba a la tarea de escribir poemas. Aún conservaba el borrador de la primera versión del poema que el día de su gran pérdida y huida al bosque a los diez años, escribió bajo un viejo castaño. Después había habido al menos tres versiones más sobre el poema original. En aquellos precisos momentos intentaba dar forma definitiva… a aquel poema titulado *En el tercer espacio del Jardín de las Delicias*, que empezaba diciendo: *Dulce y resplandeciente es el rostro de la amada/ bajo el vidrio nítido y protector de la campana./ Latido del bosque anunciando el despertar:/la vida libre y salvaje que no conoce sombra...*

Repasó también algunos otros viejos escritos guardados desde hacía tiempo en su carpeta. Se detuvo ante otro poema. Estaba escrito poco después de la muerte de Elvis, bajo una honda tristeza y desolación. Era como si el mundo se hubiera confabulado contra él y los suyos, los que tenían un similar anhelo sensitivo, reflexivo… Se sentía decepcionado como ellos, de aquella civilización, cada vez más enclaustrada en su propia soberbia, en sus ganancias materiales, en su maquiavelismo. Cegada por el supuesto éxito de una maquinaria cada vez más sofisticada… Aquella sociedad desterraba y despreciaba

todo lo que oliera a naturaleza, a espiritualidad libre de todo sectarismo religioso.

Poco después de haber cumplido dieciocho años coincidió en una taberna con Smitt, un joven de treinta años, explorador, viajero y antropólogo, que había recientemente regresado del país africano de Costa de Marfil, en cuya tribu antiquísima de los akal, profundizaba en sus conocimientos sobre el animismo. Percival se sintió fuertemente atraído por las historias, por los rituales, por la forma de vida primitiva de aquellas gentes, unida a la Naturaleza. Y de hecho, no había sido el único poeta que había experimentado la llamada de la huida hacia un país cercano a lo primigenio, diferente de las convenciones sociales, culturales o políticas de occidente… Él siempre había admirado a Arthur Rimbaud, que por aquel entonces, hacía escasos años, había fallecido. Percival lo descubrió en la adolescencia, y lo tenía idealizado. Admiraba su poesía, su espíritu libre y aventurero; y también se había exiliado, había renunciado a escribir a los veintiún años, y pasó los últimos años de su vida en Etiopía, aunque del resto de su vida poco sabía. Desconocía algunos detalles turbios, que hubieran ensombrecido quizás aquella adoración…

A pesar de contravenir la voluntad del padre, Percival, desencantado del mundo en el que vivía, y ávido aún de descubrir otros, decidió trasladarse al país africano acompañando a Smitt, con quien había establecido lazos de afinidad y amistad, después de haberse informado y asesorado de las costumbres, la forma de vida, de cómo podría sobrevivir y ganarse el sustento en aquellas tierras. El padre, decepcionado, pero convencido de que su hijo no podría nunca ponerse al frente del negocio empresarial de la familia, decidió echar mano de sus contactos escribiendo para él una carta de recomendación dirigida a una agencia de periodismo. Así, Percival se ofreció como reportero, exponiendo su plan de visitar aquella tribu ubicada en un poblado de Costa de Marfil, y de elaborar después un reportaje periodístico de hondo calado; o escribir un libro con toda la información y las vivencias aprehendidas, a cambio de un presupuesto financiero. Emprendía pues el primer largo viaje, desde el puerto de Boston, en una apasionante travesía por mar, cruzando el Océano Atlántico hasta alcanzar las costas africanas y desembarcar en el puerto de Abiyán.

+++++

De pronto, una nube negruzca se posó encima de su cabeza, oscureció el medio día y llenó de lluvia sus ojos… Cesaron inevitables la lectura y la escritura que no paraban de evocar recuerdos de anhelos vividos, silenciados… A lo lejos, desde el interior del recinto, se percibía la campanilla que llamaba a los enfermos a almorzar y a tomar sus medicamentos.

Fuera de la memoria del pasado, Percival constataba que aquella sima alejada del mundo era como otro estadio después del Infierno en el que ya había estado… Al tríptico de El Jardín de las Delicias que en su infancia tanto le impresionó, y que había quedado grabado en su mente, le faltaba un cuarto cuadro que él mismo, desde allí, con su anodina existencia, iba trazando a base de colores cada vez más grises e insípidos, que se iban aproximando más y más a la pálida espuma, a la saturación de todo color, a la expresión de la Nada…

Desde el umbral de la vigilia, la antesala del sueño de la siesta diaria, Percival hacía visibles las imágenes de la llegada al puerto de Abiyán un día espléndido de finales del mes de Abril, hacía ya más de trece años…

Grupos de enormes gaviotas volaban alrededor de los barcos, y aterrizaban voraces hacia el lugar en donde los pequeños pescadores desembarcaban su tesoro, intentando atrapar desperdicios, o robar alguna pieza, al mínimo descuido de su dueño.

Smitt anunció a Percival la presencia al otro lado del muelle, de una camioneta que los trasportaría directamente al poblado de Bettié, después de que su chófer y amigo Koala se hubiera aprovisionado en la ciudad de Abiyán, de la lista de vituallas que él mismo le había enviado por correo hacía tiempo, necesarias para los tres primeros meses en el poblado de los akán. Percival, silencioso y con los ojos muy abiertos, divisaba tras la ventanilla del automóvil aquel paisaje árido a trechos, en donde resaltaba una tierra roja, que en otros momentos acompañaba al exuberante verdor de gigantescos helechos, arbustos de amplias hojas o árboles milenarios como la ceiba o el baobab… Al fondo, en la lejanía, la bruma se parecía a las ubres de un animal sagrado que amamantaba a las montañas. Más cerca, aparecía la azulada blancura que a veces era turbada por el oscuro vuelo de una pareja de cálaos. Mientras que descendiendo con la mirada, a sus pies se extendían riachuelos o pequeñas lagunas tapizadas de jacintos de agua, o grandes nenúfares suavemente posados sobre la superficie líquida, guardando según Smitt los diversos espíritus del agua… En ocasiones, paraban en algún poblado o reducto de viviendas de muy simple y humilde construcción, y entonces, saboreaba la policromía de los vestidos de las mujeres, con sus correspondientes turbantes haciendo juego, flotando en el aire, que olía a tierra profunda y removida por alguna fina capa de lluvia, mientras los chiquillos descuidadamente ataviados pero

con ojos brillantes y ávidos de curiosidad, rodeaban a los extranjeros de piel blanca, ofreciendo pequeños objetos de artesanía o comida preparada o frutas exóticas, o solicitando de ellos algún regalo de sus lejanos países… ¡Qué ajeno de aquellos parajes estaba Boston! Percival se sentía como en otro planeta. Allí el tiempo parecía haberse posado dulcemente a descansar sobre la copa de los árboles, como una tregua, como un premio de los dioses a las numerosas ofrendas y rituales ofrecidos por los seres que habitaban el lugar.

Por fin, después de tres días de viaje y de numerosas paradas, se hacía visible el poblado de pequeñas chozas de paredes circulares, construidas con barro y piedras, protegidas por un techo de ramajes secos, paja y algún otro material de la naturaleza… Las chozas se distribuían a lo largo y lo ancho de un gran espacio campestre, en grupos de tres o cuatro, que al parecer correspondían a los distintos núcleos familiares, pues los hombres acostumbraban a tener más de una esposa, y las familias se componían a veces de una treintena de miembros, entre el padre, sus diferentes mujeres y los hijos de cada una de ellas; en todo caso, tanto la abundancia de mujeres, como la de hijos o ganado había sido siempre índice de riqueza para el jefe de la familia. Sin embargo, tal como Smitt le iría informando a Percival, desde que en el poblado se había hecho famosa y poderosa la komián Abdoula, una especie de sacerdotisa o médium entre los asuntos de los vivos y los espíritus de los muertos, las cosas habían tomado un ligero giro hacia el papel menos secundario y más valioso de la mujer, en aquella sociedad básicamente de pastores. Ella había sido la artífice de deshacer prejuicios ancestrales sobre el hecho de labrar y cultivar la tierra, o el de ingerir alimentos prohibidos por parte de las mujeres embarazadas, precisamente cuando más los necesitaban, o de facilitar a los enfermos hierbas y brebajes que ella obtenía del bosque, y que habían salvado de la muerte a muchos de aquellos pobladores. Así que aparte de representar una autoridad en el campo de lo sagrado, lo era también en cuanto a la organización y la convivencia. Los akán, como otros pueblos animistas, tenían la creencia de que todo cuerpo, tanto viviente, como inanimado, está formado por un componente material, tangible y conformado, y otro espiritual e invisible.

Según los estudios de Smitt, aquellos seres primitivos, en armónica simbiosis con la naturaleza, mediante sueños, alucinaciones, trances, visiones o éxtasis, eran capaces de ver personas lejanas o difuntas, oír sus palabras y comunicarse con ellas. Esto les inducía a creer que el mundo de los espíritus existía, y que podían vivir con independencia del cuerpo humano, e incluso sobrevivir cuando este último quedara inerte. Smitt le explicó cómo en los rituales sagrados, a través del trance, las visiones o el éxtasis se producía la separación temporal del alma, o parte de ella, del cuerpo. El alma, entonces viajaba transfigurada en ave o en veloz guepardo a regiones desconocidas, situadas en el reino de los muertos; luchaba contra los espíritus malignos; visitaba a familiares en algún país lejano, o anunciaba buenos o malos presagios para la comunidad en general o para alguno de sus miembros. Y la naturaleza circundante era cómplice y elemento integrante de ese mundo de lo sagrado, pues en las copas de los árboles o en sus exuberantes raíces se alojaban determinados espíritus favorables, así como en los lagos o en los ríos permanecían inmersos los espíritus del agua, a los que se les entregaba ofrendas comestibles para los humanos, o simplemente vegetales.

Percival percibía una especie de estremecimiento cuando escuchaba todos estos pormenores, y no podía evitar hacer comparaciones con las intrincadas creencias religiosas en que había sido educado. Ante el terror de los castigos del infierno cristianos si morías en pecado o de los poderes maléficos del demonio, aquella especie de religión mítica, aun habiendo de lidiar en los espacios desconocidos con los malos espíritus, era mucho menos amenazante y más integradora.

Cuando con el primer destello caía la noche, y el firmamento africano se desplegaba ante los ojos, y se poblaba de estrellas… Cuando Smitt se despedía, aproximadamente sobre las doce, y él quedaba junto a la botella de wisky, percibiendo en la lejanía percusiones de tambores, mezclados con el rumor nocturno de la selva, se sentía embargado por un sentimiento que se situaba entre la nostalgia, y el deseo de pertenencia a la inmensidad de aquel paisaje… Entonces se perfilaban, tomaban forma en la memoria los rostros de los suyos, la hermana, Elvis … Quizás en algún ritual, a través de la komián, pensaba algunas veces, sumido ya en vaporosa ebriedad, se atrevería a preguntar por él, a comunicarse, a saber cómo estaba… Si es que estaba en aquel mundo de las sombras.

+++++

El día anterior Percival en el Hospital había recibido carta de Mary. Al parecer su embarazo tocaba ya a su fin… Ella había contraído matrimonio un año antes de que Estados Unidos entrara a formar parte de la Alianza, y participara en la Primera Guerra mundial. Y después de que John permaneciera un mes de permiso en casa, quedó embarazada… Meses antes de que acabara la

contienda, él cayó en el frente, herido de muerte. Así que las cartas de Mary, pese a su estado, solían estar teñidas de una gran tristeza. Y no solo por la reciente pérdida del marido, sino porque seguía añorando terriblemente al hermano… Esto sumía a Percival en un gran desasosiego, en un habitual estado de ansiedad, o de impotencia, que sucedían a la euforia y a la primera alegría de recepción, del deseo de saber noticias de ella…

Aquella mañana él con dos compañeros más y Cris, la enfermera, habían salido del Hospital, a primera hora de la mañana después de desayunar, para hacer una pequeña excursión por un camino que, a través de los acantilados orientales, conducía hasta la playa. Después del descenso, pasearon y saltaron algo excitados por la arena, con los pies desnudos chapoteando entre las crestas espumosas de las olas… Pero Percival no participaba del ambiente festivo de sus compañeros… Se sentó a la orilla del mar, y con la mirada fija en algún punto más allá de la línea del horizonte, se internaba en sus adentros, pues los recuerdos martilleaban en la mente, los fantasmas presionaban para tomar cuerpo, hacerse visibles… Recordaba la noche del primer ritual que presenció. Bajo la luz de la luna llena, la komián Abdoula y sus ayudantes trazaban un gran círculo pintado con caolín, alrededor de la espectacular ceiba y de sus impresionantes raíces, a fin de delimitar el espacio sagrado en donde los iniciados danzaban frenéticamente al compás de los tambores y entraban en trance, con sus rostros y cuerpos blanqueados de arcilla blanca. Viajaban o entraban en comunicación con los espíritus benefactores, o luchaban con fuerzas negativas que podían transgredir la línea de aquel espacio, y distorsionar el ritmo de la percusión y de la danza, el sendero y el puente entre el aquí y el más allá. Percival entonces se hizo eco de lo que aquella música significaba para los cuerpos contorsionados y para los espíritus que eran atraídos. Más tarde supo que lo que allí se celebraba era la iniciación de dos personas, una mujer y un hombre. Estos debían después pasar varios años en el Santuario situado en una colina no lejos del lugar de la ceremonia, para aprender los conocimientos ancestrales transmitidos por los antepasados, de lo cual se había de encargar la komián Abdoula. Pero más vivo todavía permanecía en su mente el ritual en el que él mismo participó activamente. El lugar, en ese caso, de la ceremonia fue el lago sagrado de Akui, situado a un kilómetro del cementerio. La joven sacerdotisa iba adornada con los atributos animistas, vestía falda de flecos, gorra roja con cauris, amuletos sagrados y una lanza. De todo ello se despojó ella misma al introducirse en las aguas del lago… Penetró por unos instantes en sus profundidades, a fin de contactar con Mami Wata gran espíritu del agua… De pronto, Percival la veía surgir como a cámara lenta, con su piel de oro bruñido bajo los destellos de la luna, y el líquido elemento deslizándose por su rostro, su cuello, sus pechos desnudos… A él le habían dado a tomar un brebaje sagrado, que agudizaba la sensibilidad de todos sus sentidos. La vio salir del agua como si se tratara de un ser sobrenatural... Alguien le cubrió el cuerpo con un lienzo de lino blanco… Y con el rostro transfigurado se fue alejando de la bruma fantasmal que flotaba sobre el lago, o al menos así lo percibía Percival, que junto a la procesión y el ritmo de los percusionistas caminaron sobre la oscuridad hasta las puertas del cementerio.

La sacerdotisa reclamó la presencia del receptor del espíritu con el que pretendía contactar… Percival, que estaba bajo los efectos del alucinógeno, parecía sentirse parte integrante de aquella comunión. Al entrar en el recinto del cementerio detrás de ella, cesaron los tambores, y un escalofriante silencio de ultratumba se adueñó del lugar; tan solo se percibía el reverbero de la luz de la luna sobre la albura de la mujer envuelta en lino. Y esta, dirigiéndose a una lápida que contrariamente al resto, estaba dispuesta horizontalmente, tomó con las manos, de un cuenco, una especie de pócima que se extendió por cabellos, cara, lengua… Percival la observaba absorto… De pronto, se estremeció al verla contraer el rostro al tiempo que profería un grito desgarrador, que heló el aire… Entonces, ella se acercó a Percival, le ungió los ojos y las manos y se las apretó muy fuertemente. Él centró su pensamiento en la figura del amigo… Cerró sus párpados… los abrió... y el rostro de Elvis se hizo presencia en el rostro y la boca de la sacerdotisa… Él vio cómo el amigo lo contemplaba con dulzura. Estoy bien, dijo, no puedes imaginar cómo es este reino de la serenidad… No quiero que te atormentes más… Rompe con ese desasosiego que invade tu espíritu... Pues yo también cometí errores, en parte, te traicioné… En vida no pude resistirme ante la belleza de Mary, y también la amé, y nada te confesé pese a que tú sí me manifestaste tus sentimientos hacia ella… Debes seguir tu camino entre los vivos… Pues a estas regiones todos y todas habréis de arribar un día u otro…

Desde aquella arena húmeda, desde aquel incipiente verano de las islas británicas, recordaba las últimas palabras del amigo arrancadas del mundo de los espíritus…

Al día siguiente, amaneció a la orilla del gran lago junto a una bellísima joven de color… Se dio cuenta de que sus cuerpos estaban completamente desnudos. Las facciones de la mujer le resultaban familiares. Entonces recordó…Era Bettai, la sacerdotisa de la noche, la que había surgido del lago. Su conductora, su médium… Y al

abrir más los ojos, sintió cómo penetraban en un mundo amarillo y azul, a medida que el sol ascendía; envueltos aún en los suspiros odoríferos de las plantas, de las flores, de la menta silvestre, en los cantos de todo tipo de aves, en el rumoroso movimiento de los animales diurnos… Por un momento, Percival trató de atrapar entre sus párpados aquel instante de deslumbramiento… Y pensó que era el tiempo de vivir, de amar, de estrechar el cuerpo de la mujer entre sus brazos, para así también retener el prodigio que descendía desde el cielo hasta el lago, hasta sus pieles húmedas y brillantes…

Pero, la selva tenía sus peligros, y aunque protegidos por las raíces de la ceiba, Bettai dijo que era preciso regresar… Antes, caminaron de nuevo, ahora de día por el mismo camino que habían realizado la noche anterior hasta el cementerio… ¡Qué diferente parecía el paisaje a la luz del sol! A medida que se iban aproximando al campo santo iban apareciendo las flores que habitan esos lugares, malvas violáceas o amarillas, o multicolores alelíes, frecuentadas por los insectos y sus zumbidos aún soñolientos. Sin embargo, Bettai buscaba otras plantas distintas. Él la vio doblar hacia abajo su espalda, varias veces, hasta que tuvo en sus manos un manojo… Se trataba de plantas como la salvia o el lentisco, ambas con múltiples propiedades curativas.

Sin embargo, el idilio, los encuentros furtivos en el corazón de aquella tierra enrojecida no duraron mucho. Bettai estaba destinada ya a otro cuerpo, a otra piel refulgente y oscura como la suya, a una gran tarea. La komián Abdoula, junto a los padres de ella, dispusieron que se casara con Assuà, hijo de Abdoula, e iniciado en el mismo ritual que Bettai.

Percival intentó concentrarse en el trabajo del libro, a través del diario, que desde hacía años había comenzado a escribir, como recopilación de todos los conocimientos que había adquirido de aquellas gentes, de sus costumbres, de sus rituales, de su visión del mundo. Pero también el diario estaba plagado de poemas, de borradores de poemas, de sus diversas versiones hasta dar con el casi definitivo…

Un día Smitt que viajó con su chófer a la capital de Abiyán, regresó con noticias bastante inquietantes. Al parecer los franceses que eran los colonizadores de aquellas tierras estaban reclutando a jóvenes europeos para luchar en el frente de los Aliados contra las potencias Centrales, integradas entre otros, por los imperios Austrohúngaro y Alemán. Smitt, aunque tenía también nacionalidad estadounidense, había nacido en Inglaterra. Y Gran Bretaña había entrado ya en guerra. Aquella noche, ni uno ni otro pudieron conciliar el sueño. Finalmente decidieron plegar velas y regresar a Estados Unidos para tener más información, sobre las circunstancias de aquella Gran Guerra. Percival recordaba bien, cómo a su regreso a Estados Unidos, encontró a Mary ilusionada con la petición de mano que John había hecho al padre para ser su prometido. Aún residía en ella la belleza de musa de cabellos de fuego y piel de marfil, con la que algunos pintores, sobre todo del Renacimiento habían pintado a algunas diosas de la mitología griega.

El negocio de tejidos de la familia había atravesado por momentos de crisis, y de hecho aún permanecía estancado con las noticias de la guerra y su incertidumbre. Y las previsiones eran que la guerra acabaría implicando a buena parte del planeta…

Así que Smitt comunicó a Percival que tenía intención de viajar a Gran Bretaña y apuntarse en las filas de la Alianza. Él, una vez escrito y entregado el libro contratado con la empresa de periodismo, se sintió vacío y, además su amigo tomaba la decisión de emprender rumbo hacia su país de origen… ¡Percival tuvo que luchar frente a la atracción fraternal que lo sumía en una profunda apatía; al final, la imposible ruptura de aquel nudo antinatural se enmascaraba de nuevo con la huida!

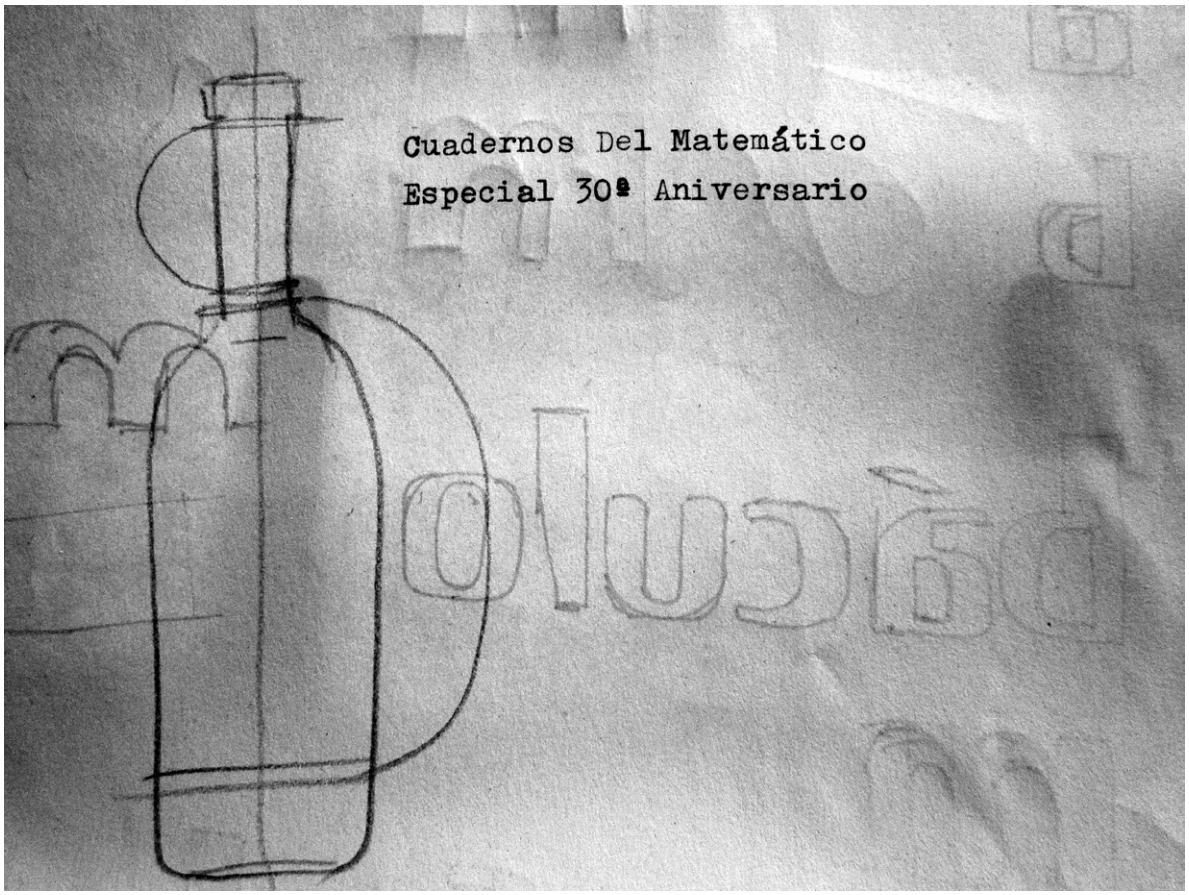
Iniciaron juntos el siguiente viaje que los dirigiría más tarde, a Smitt hacia la muerte, a Percival a las trincheras y a la locura, después de presenciar las escenas dantescas y terribles, en las cuales se le obligaba a tomar parte, a ser sujeto ejecutante…

Y al llegar a este punto de los recuerdos, Percival no pudo resistir las horribles imágenes. Traspasó la barrera del tiempo de la abstracción, y despertó a la realidad del entorno marino que rodeaba al Hospital… Al presente de aquella mañana soleada en la playa inglesa, que presagiaba el principio del verano. Se incorporó, y viéndose libre y solitario avanzó lentamente hacia el centro del mar… Se dejó golpear por la eclosión de una ola, como queriendo purificarse con el agua, con la sal, con el olor a espacio de océano lamiendo la arena de la costa Atlántica… Quizás la brisa marina le había trasladado los recuerdos de esa otra costa Africana perteneciente al mismo océano… Observó desde allí los gigantescos acantilados envueltos en vivaces matizaciones verdosas, y en las chispas lanzadas por los coloridos pétalos de las flores, que intentaban implicar, atraer hacia sus vientres, hacia sus sexos, a insectos y pajarillos, con sus estrategias amorosas, y con el único fin de perpetuarse… De que la especie siguiera moviéndose, participando en la danza de la historia cíclica del orbe…

Sus compañeros en ese momento se habían alejado, y Cris había corrido a buscarlos, para reprenderles por su osadía. El mundo podía continuar, pensó Percival. Podía

prescindir de su presencia, de su existencia… No era él quien contaba, sino la renovación constante de todo… De pronto, se sintió invadido por una ola inmensa, y se dejó abrazar por su impetuosidad… Se dejó empujar hacia su centro, laxamente, sin oponer resistencia, abriendo la boca, entrando en un gran silencio… Mordiendo el fruto verdeazulado de la muerte…

Goya Gutiérrez Lanero



Quique Santillán

El hecho diferencial

María Ángeles Maeso

Al acercarme a la entrada del museo, me interrumpe el paso un hombre mayor para preguntarme si quiero que me explique El Guernica. Le sonrío, le digo que no con la cabeza y le doy las gracias, pero él me llama engañada, entregada, traidora. Aunque he hecho una mueca de asombro, me ha hecho gracia, sobre todo por lo de engañada. Espero frente a la puerta y estoy casi a su lado. Ha cesado la lluvia y me ocupo en guardar el paraguas. Él se protege con un rígido impermeable amarillo y se ha bajado la capucha. De cuando en cuando, miro con gesto de impaciencia el reloj, sólo por dejar claro que espero a alguien, pues ya sé que he llegado diez minutos pronto y que mi amiga llegará a su hora. Disfruto, sin quitarle ojo, viéndole acosar a la gente con su oferta y su insolente perorata. Observo entregada a las reacciones de los anónimos visitantes, un hombre, tan mayor como él le ha comprado su Guernica. Puede que sea un colega, me digo al verlos despedirse levantando el puño. Nadie más se detiene; si van en grupo, comentan y carcajean; si van solos, tardan más en sonreír, como me pasó a mí. Llega mi amiga, sin que yo la haya visto saludarme desde lejos. Nos abrazamos, estamos contentas de salvar huecos como éste para encontrarnos, comer juntas, charlar y ver la exposición de F.Léger. Bajamos a la cafetería. Pedimos los dos platos combinados que hemos elegido y mi amiga se va al lavabo. Es cuando me queda al descubierto quién está frente a mí. Me estremezco ligeramente, pero ella regresa sonriendo. Mi amiga no sabe a quién tiene, casi codo a codo, en la mesa vecina. Pero yo lo tengo enfrente y veo que él y yo hemos pedido el mismo plato, el nº 9. Le veo engullir pedazos de asado, tal vez del mismo pollo que yo estoy comiendo. Le acompaña la mujer que tengo a mi derecha, de la que no sé lo que come .Sí sé que entre ambos hay, al menos, veinte años de diferencia. No quiero decirle nada a mi amiga, que está en su S.XVII y no ve la tele. Tendría que explicarle muy bajito que su vecino está acusado de corrupción, por desvíos de fondos públicos a cuentas privadas. Pero no lo haré. No sé de qué hablan él y ella, nosotras comentamos los datos de un informe, el que fija en ocho millones el número de pobres que casi nadie quiere ver. De cuando en cuando, miro hacia ellos que hablan más bajo que nosotras. Tal vez, también discutan sobre lo mismo y comienza a inquietarme esta proximidad que nos iguala ante un menú del mismo precio.

Nos levantamos antes que la pareja. Mientras hacemos cola en la caja, les vemos ir hacia los lavabos y le digo a mi amiga que se fije en ellos, porque han sido nuestros vecinos. Es lo que tiene el arte, me dice, da cabida a todos y no me deja pagar nada. Buscamos la exposición y ya en sala, hojeando el folleto, oímos el timbre de un móvil. Nos volvemos y vemos que son ellos, cogidos de la mano. Intercambiamos una mueca de fastidio, pero los olvidamos durante todo el recorrido. Hablamos de la sociedad industrial, de máquinas, de engranajes y de sus colores metálicos. Ya sé que nada tiene que ver, pero la memoria, que funciona por su cuenta, ha saltado por las vigas de los constructores, con un duro impermeable, también amarillo.

Cuando vamos hacia la última sala, los vemos de nuevo allí, extasiados ante unas hojas de acebo que vemos desde lejos. No entramos ni sé nombrar mi malestar, y vamos hacia el ropero a recoger los paraguas. Mi amiga me dice que quiere regalarme el catálogo. Un lujo que yo no puedo permitirme y le digo que también es caro para ella. Pero está decidida, a fin de cuentas, remata, te debo haberme sacado de casa.

A la salida del museo, volvemos a coincidir con ellos, que ya no van de la mano. No llueve mucho, pero abrimos los paraguas, veo que el de ella es como el mío y le digo a mi amiga que me lo regalaron al comprar a plazos una Historia del Arte. Puede que a ella también, puede que estemos leyendo los mismos libros, me dice. Le hago un gesto para que nos detengamos.

Vemos que el hombre que vende carteles se les acerca a ofrecerles su mercancía y que ellos siguen como si nada oyeran. Pero les alcanza como a todos, la misma arenga y él se vuelve y le vocea, ¿oiga, acaso le he insultado yo? Entonces el impermeable amarillo despliega sus brazos y le repite, cara a cara, y cada vez más alto, su matraca. El visitante levanta un índice amenazador para hacerle frente, pero su joven acompañante le coge del brazo y se lo lleva. Yo respiro hondo y sonrío.

Me dan ganas de abrazar a este hombre, le digo a mi amiga. Pero ella me dice que está demasiado acalorado y que me mandará a la mierda.

María Ángeles Maeso

El poeta

Julián Alonso

Valeriano de la Gala tenía un nombre octosílabo, octosílabo y con los acentos bien puestos. No es de extrañar que, llamándose así, quisiera ser poeta y a fe que se empeñó en serlo durante toda su vida. Aún no había cumplido la mayoría de edad cuando ganó sus primeros y únicos juegos florales, gracias a unas décimas bien rimadas y celebradísimas, que fueron radiadas innumerables veces, trascritas en la prensa local y reproducidas en tarjetas postales del *Día de los enamorados*, saludando la irrupción de Valeriano en el mundillo literario como si de la llegada de un nuevo Bécquer se tratara y sacando un mural cerámico coleccionable con una de ellas.

No hubo por aquel entonces un solo hogar de la ciudad que no tuviera en lugar destacado la afortunada composición que decía así:

> Dicen que es un niño Amor,
> caprichoso y volandero
> que cuando llega, primero
> da placer, después dolor,
> mas, si con todo su ardor
> hasta mi alma ha llegado,
> yo doy por bien empleado
> todo lo que antes sufrí,
> pues que al fin lo conocí
> y te amé, dulce pecado.

Animado por el éxito y, sobre todo, por la repercusión que tuvo el premio, el bueno de Valeriano comenzó a creerse un elegido de las musas y a dar recitales por toda la provincia que, al no tener una obra demasiado dilatada —diez décimas en realidad— completaba recitando largos poemas patrióticos de don Eduardo Marquina y las celebradas coplas de *"El Piyayo"*, para terminar repartiendo una vistosa tarjeta de visita en la que se podía leer:

VALERIANO DE LA GALA

(VATE PROFESIONAL)

Nacimientos, bodas, óbitos, homenajes,
poemas de encargo.

Especialidad en romances, décimas y coplas de ciego.

Y hay quien afirma que era cierto lo que anunciaba la tarjeta, aunque no en el sentido que él pretendía, pues no concluyó ningún encargo en su vida y romances poéticos se desconoce que completara alguno, pero, en cambio, los más cercanos afirman que entre unas y otras llegó a tener no menos de treinta novias, romances al fin y al cabo aunque más palpables que los escritos, mas inconstante por naturaleza tampoco se casaría con ninguna, aunque dicen también quienes lo conocieron que prometió matrimonio a todas.

Porque si algo caracterizaba a Valeriano eran los grandes proyectos que nunca conseguía llevar a término. Y no picaba bajo, no. Aprovechando su amistad con un periodista local que le publicaba todas las notas y fotografías que enviaba— siempre al lado de famosos o personalidades para acrecentar su propia fama— un día anunció a bombo y platillo que se proponía el magno empeño de poner la Biblia en verso, tratando de emular el poema de *Mio Cid* y adelantaba en primicia el primero de ellos que, según él, acababa de pulir y decía así: *"En el principio era el verbo"*.

Con un empuje que ya no se le volvió a conocer, una semana después había compuesto seis versos que enviaría al periódico y saldrían publicados en las páginas culturales:

> "En el principio era el verbo
> y un pronombre personal
> de la primera persona,
> primera del singular
> que más tarde se hizo trino
> y se llamó Trinidad".

Pero hasta ahí llegó, porque muy pronto sus intereses giraron hacia otros derroteros. Relativamente cercano el año del centenario del Quijote, decidió cambiar de tercio y nuevamente la prensa local se hizo eco cumplido del magno proyecto que pensaba concluir a tiempo para tan importante conmemoración. Adelantaba, como hiciera con la Biblia, el primer cuarteto que había conseguido culminar:

> En un lugar de la Mancha,
> nombre de cuyo lugar,
> por mucho que me lo pidan
> yo no quiero recordar…

Después de esto y enredado en otros romances de carácter más carnal, aunque llevó a cabo varios intentos de continuar el trabajo que se había impuesto, llegó el momento de las conmemoraciones, pasó todo el año de fastos y Valeriano no conseguía avanzar ni un solo verso, pero lo peor fue que se enteró por *El Norte de Castilla* de que otro versificador más empeñado y constante que él había conseguido llevar a buen término el mismo proyecto y lo había recitado de principio a fin en una maratoniana velada poética en la Casa Cervantes de Valladolid.

¿Qué objeto tenía continuar? *"Lo dejo porque se me han adelantado",* fue su escueto comentario.

Decidió entonces decantarse por los clásicos latinos y tomando un ejemplo de *Las Metamorfosis* de Publio Ovidio Nasón, en edición popular de Espasa Calpe, se puso en marcha con entusiasmo y en menos de una semana había logrado dar por concluido un primer verso: *Antes de existir el mar;* que le dejó tan exhausto como satisfecho mientras su amigo el periodista le cambió el apelativo de "estudioso" para calificarlo de "erudito" en el correspondiente artículo donde daba noticia del empeño.

Así anduvo, tan emocionado con una crónica que había mandado enmarcar para colgar en su despacho, que pasó el tiempo y se le olvidó continuar.

Cuando alguien le preguntaba, contestaba siempre con evasivas o decía que había perdido el libro en la mesa de un restaurante y, por ser edición descatalogada, no había logrado aún conseguir un nuevo ejemplar, lo que le había obligado a posponer *sine die* su trabajo.

Se fijó entonces un objetivo más difícil todavía. Un reto que nadie había intentado hasta el momento y que consistía en convertir en verso la mítica *Rayuela* de Julio Cortázar, pero para hacerlo más complicado y dada la manera aleatoria en que esa novela puede leerse, decidió comenzar al mismo tiempo por tres capítulos: el 1, el 29 y el 34 y de este modo envió a la prensa tres versos bien medidos, como prueba de su decisión irrevocable: *"¿Encontraría a la Maga?", "-Tiens- dijo Oliveira"* y *"En setiembre del 80"*.

Y por aumentar la dificultad y dar muestra pública de su virtuosismo y lo vasto de su cultura literaria, tratando de entrar en el Guiness, añadió también la obra inmortal de un indiscutible Premio Nobel colombiano y escribió como adelanto: *"Cien años de soledad / de Gabriel García Márquez"*.

Mas pronto empezó a pensar que en estos tiempos más propios de best sellers esos libros no le interesarían a nadie, así que en tiempo récord redactó una nota de prensa anunciando que muy a su pesar posponía —que no abandonaba— ese proyecto para dedicarse a poner en verso otras dos obras, pero esta vez de aventuras: *El Señor de los Anillos y Harry Potter*.

Consiguió una vieja edición de Círculo de lectores y emprendió el primero de la forma siguiente: *"Cuando el señor Bilbo Bolson…"*. En cuanto al segundo, eligió para comenzar, como era lógico, la primera entrega que se titula *Harry Potter y la Piedra Filosofal*, escribiendo: *"El señor y la señora…"* ;y cuando ya parecía que todo iba bien encarrilado, en un momento de crisis reflexionó: *"¿Qué vas a hacer, Valeriano?, ¿para qué esforzarte en obras menores cuando hay grandes novelas de aventuras con las que puedes trabajar¿, ¿por qué no acometes La isla del tesoro?*. Y así lo hizo. Pidió prestada a su sobrino una edición comentada de la editorial Vicens Vives que le habían puesto como lectura obligatoria en el instituto y atacó el capítulo primero, convirtiendo en verso el título: *"El viejo lobo de mar / en el Almirante Bembow"* e iniciando ya decididamente dicho capítulo: *"El Squire Trelawney…"*, leído así, tal como se escribe.

Pero él, hombre de conocimientos casi enciclopédicos si nos fiamos de su amigo el periodista, no podía emplearse en obras de corte infantil y juvenil. No debía perder de vista que su objetivo principal era ingresar en la Real Academia de la Lengua y para ello tenía que demostrar de lo que era capaz.

Trató con esa intención de reinterpretar el *Romancero Gitano* de Federico García Lorca y comprobó con sorpresa que ya estaba escrito en octosílabos, así que declaró con elegancia: *"Lo dejo porque me parece demasiado fácil y yo necesito retos más importantes"*.

Quizás por eso volvió la vista hacia Borges, al que no entendía mucho pero era un autor muy recomendado y, por eso, espigando entre sus *Ficciones*, dio comienzo a la titulada "La otra muerte" de la siguiente manera: *"Un par de años hará…"*, pero al poco lo dejó también con el argumento de que tanto misterio y tanta metafísica no iban con su carácter franco y campechano.

Así, después de un tiempo de aparente inactividad, un día, reflexionando frente al periódico, un nuevo camino pareció abrirse de pronto. "*Valeriano* —se dijo— *¿qué es lo que la gente lee de manera habitual?"* Y se contestó a sí mismo en un arrebato de inspiración: *"la prensa diaria"*.

Dicho y hecho: cogió los ejemplares del día de *Diario Palentino y El Norte de Castilla* y, en un más difícil todavía, empezó a trabajar de manera simultánea.

Tomó primero el decano de la prensa local y escribió decidido: *"El Diario Palentino"*, consiguiendo así, en un abrir y cerrar de ojos fruto de su ya contrastada experiencia, el primer octosílabo con el que recuperaba el nombre tradicional del periódico, que hacía años había perdido el artículo determinado.

Cogió después *El Norte de Castilla* y redactó: *"Cardenal Almaraz, 3"*, dando fe de la sede palentina de dicho periódico en metro clásico castellano y a partir de ahí se apoderó de él una duda insuperable. No era capaz de decidir por dónde continuar la tarea: ¿empezaría por las "cartas al director", los "anuncios por palabras", las "cotizaciones en bolsa", la "sección de deportes" o los "pasatiempos"?

En esas cavilaciones andaba, cuando un día nefasto tuvo lugar el hecho que trastocaría toda su vida, llevándolo tras un penoso periplo a decir de muchos, a la tumba.

Nadie sabe cómo llegó a sus manos. Algunos afirman que fue un paquete con acuse de recibo, entregado por un cartero ajeno a lo que aquel envío iba a provocar en Valeriano. Otros, que se trató de un hallazgo casual en un banco de los Jardinillos e incluso hay quien asegura que todo fue fruto de un pedido realizado ex profeso por el propio Valeriano de la Gala. Lo cierto es que un día aciago se encontró entre las manos con la guía telefónica de San Sebastián y fue en ese preciso instante cuando se inició la hecatombe, pues inasequible al desaliento, dicen que dijo: *"Esto lo tengo que conseguir"*; y con un empeño que no se le conocía, se aplicó día y noche, sin salir de su estudio, a poner en verso el nefasto libro, cosa a todas luces imposible incluso para una mente privilegiada como la suya.

Sea como fuere, llegó un momento en que se bloqueó por completo y sus amigos piensan que, incapaz de reconocer públicamente el fracaso, comenzó a adelgazar, a perder el color, a encorvarse, a mirar con ojos vidriosos y extraviados a todo el mundo y, en definitiva, a no levantarse de la cama hasta que, poco a poco, su vida se fue consumiendo como se consume una vela, ante el estupor de todos cuantos le conocían y apreciaban, que eran muchos.

A su muerte, sus amigos más íntimos descubrieron con horror que había quemado todos sus versos, o al menos así lo supusieron, pues por más que buscaron entre los pocos papeles que quedaban el epitafio que les había asegurado estaba escribiendo, en su mesa de trabajo sólo consiguieron encontrar, como había pasado con tantos otros proyectos de su malograda vida, un único verso que daba pie a pensar en un poema inacabado. Un verso huérfano en medio de un folio en blanco, mudo testigo de los intentos vanos del poeta: *"Valeriano de la Gala…"*.

Por eso, y como póstumo homenaje, entre todos terminaron los dos cuartetos que sus devotos admiradores e innumerables exnovias pueden hoy leer esculpidos sobre la lápida del cementerio palentino de Nuestra Señora de los Ángeles donde reposan sus inmortales restos:

Valeriano de la Gala
fue un hombre de gran empeño
que aunque nunca acabó nada
murió persiguiendo un sueño
Sit tibi terra levis
como leve fue su paso,
pues siempre vivió en las nubes
hasta que subió al Parnaso.
Descanse en paz.

Julián Alonso

Tejidos y novedades

Javier H. Mercedes

De la obligación de mirar con detalle debajo de la cama o J.J. Millás y sus zapatos

Inspeccionar con exquisito cuidado la alfombra del saloncito.

Una de la patas del "sillón de las posturas" se había incrustado en la alfombra de caña, separando ligeramente la fina trama de juncos alineados. Y allí, en el lugar menos pensado estaba la pequeña bola azul, la cuenta perforada de cristal, el abalorio perdido definitivamente en apariencia.

El bebecito había agarrado inconscientemente el collar que pendía del cuello de su madre y en uno de esos movimientos incontrolados, automáticos, de sus pequeñas y nerviosas manos, había roto el fino hilo de nailon que hasta entonces le daba consistencia.

Y las bolas saltaron libres, como con prisa, desparramándose completamente por el suelo.

Tras una búsqueda minuciosa y atenta y tras haber barrido con sumo cuidado todos los rincones de la habitación, nadie podría haber imaginado aquel insólito escondite, aquel zulo inesperado que había permitido que aquel pequeño objeto permaneciera escondido allí precisamente durante tanto tiempo.

Esa pequeña bola que ahora él sostenía entre los dedos índice y pulgar de la mano derecha y que depositaba poco después, treinta años después de las otras, ahí es nada, en la palma de su mano izquierda para recibir, al contemplarla, absorto y alucinado, una serie de ráfagas cegadoras, un álbum preñado de escenas infantiles con sus hijos y con su ex-mujer...

Pero entonces, acaso fue él quien le arrancó el collar de cuajo, al subirle a toda velocidad el suéter negro y ajustado que ella llevaba puesto y así dejarle al descubierto sus dos preciosos pechos y bajarle luego precipitadamente las bragas y penetrarla a continuación, azorado y como a la desesperada, para quedar finalmente sudorosos y envueltos en viscosos humedales sugeridos sin duda con anterioridad, como tantas otras veces, con la complicidad del talco y los dodotis.

Ojos poliédricos

Tantas facetas (mías)
y no sé a dónde mirar, ni cómo
tantas facetas (tuyas)
y estalla en reflejos mi mir(i)ada
que chocan contra ti violentamente
Y así se van llenando huecos y vacíos

Mis ojos se transforman en pantallas
Se dibuja, por fin, toda tu imagen pixelada
como una venus cualquiera proyectada
un botticelli, el más tópico, se airea
saliendo altiva, enorme, inalcanzable, de la concha
(de tu madre)

Rayuela

¿Esto es tan sólo poético por ser pa ti?

La caja de tabaco

Juan Luis Calbarro

Para Fernando Celaya

En una vitrina que había a la derecha del escritorio, a la altura de mis ojos de niño de siete años, eran visibles un par de condecoraciones en sus estuches, una Luger P08 colgada de un par de escarpias y un par de retratos de grupo: jóvenes de uniforme con fondo nevado en sepia. Yo sabía, porque me lo había contado él, que el abuelo había estado de joven en Rusia, en la guerra, combatiendo a los malos. Me había contado pocas cosas. "No querría que todo aquello volviera a suceder" —dijo una vez—, "no vale la pena"; y a mí me parecía el gesto de generosidad de un héroe. De Rusia se había traído de recuerdo una circulación sanguínea algo peor que regular, como consecuencia de la congelación —con los años había ido perdiendo algunos dedos de los pies—, y aquellos pocos objetos de aspecto antiguo guardados bajo llave.

En la estantería superior de la vitrina, apoyado en una esquina, los niños admirábamos un rótulo de latón en letras cirílicas negras sobre fondo blanco, **Женская уборная,** que según el abuelo significaba "cuartel general ruso" y era recuerdo de una acción gloriosa de su compañía, allá por 1943, cerca de Leningrado. Si el abuelo nos cogía en brazos podíamos ver también un gran cuchillo desenfundado que nos daba mucho miedo; él decía que era una bayoneta del 41 para máuser. Finalmente, asomaba en el borde de la repisa superior una cajita de latón, en cuya tapa un señor con barba y chistera hacía con un dedo un ademán parecido al de pedir silencio y con la otra mano sujetaba una pasta negra que, según el abuelo, era *Kautabak*, tabaco de mascar. La tapa rezaba *Grimm & Triepel, Nordhausen*, que debía ser, pensaba yo, una importante marca rusa de tabaco.

Cuando el abuelo enfermó pasamos largas horas entre su casa y el hospital, consolando entre todos a la abuela y turnándose los mayores para acompañar al anciano. En aquel tiempo de preparación para la muerte, que a los niños se nos hacía eterno, tuvimos ocasión de explorar por enésima vez aquel piso decorado al gusto de los años sesenta, aquel exceso de maderas oscuras, el cuarto de mamá y las tías cuando eran jóvenes, el ajedrez del bisabuelo, el brillo de la plata sobre el aparador, las cortinas de estampado inverosímil, aquella atmósfera detenida que, no obstante, nos resultaba tan familiar, tan segura. En alguno de esos momentos muertos —tal vez mamá y la abuela echaban la siesta— me encontré ante la vitrina abierta. Alguien había olvidado girar y retirar la llave y allí estaba la rendija que me indicaba que el acceso a aquellos objetos misteriosos, que el abuelo solo me había dejado contemplar desde el otro lado del cristal, estaba expedito. De pronto, aquella casa que ya no albergaba secretos para mí me ofrecía un pequeño margen de novedad. Cierta felicidad me invadió.

Abrí la vitrina, receloso del chirrido de sus bisagras, arrimé una silla y, como si tuviera imán, mis dedos alcanzaron enseguida la pistola. El abuelo siempre había dicho que eso estaba prohibido tocarlo y eso me estimulaba lo suficiente como para superar el temor. Mis yemas rozaron ligerísimamente la culata y yo sentía el latido de la sangre en mi sien. Retiré deprisa la mano y comprobé de una rápida ojeada a la puerta que nadie me había visto. Luego dirigí mi atención hacia la estantería de arriba. Allí estaban el rótulo ruso, la bayoneta y su funda de chapa oxidada, la caja de tabaco. Con la misma fugacidad palpé la hoja del arma blanca, lejos del filo, y noté que me venían ganas de orinar, pero seguí firme, encaramado a la silla. Nunca había visto tabaco de mascar y allí estaba la lata para poner remedio a eso. Volví a mirar de reojo hacia la puerta. No se oían rumores por la casa. Tomé la lata en la mano izquierda. Era preciosa. Las esquinas estaban un poco oxidadas. El señor de la chistera, fuese Grimm o fuese Triepel, seguía demandando sigilo con su gesto. Sin hacer ruido, abrí la tapa.

Al principio no reconocí aquel despojo. Lo llevé a la nariz: olía a algo rancio, polvoriento, y al óxido interior de la cajita. Pero no era tabaco. Lo miré bien, toqué sus bordes. Era una oreja. Seca, momificada, gris. Al darle la vuelta se apreciaba perfectamente el corte limpio. Volví la mirada al cuchillo e imaginé en toda su viveza la escena. Aquel soldado ruso lloraba y gritaba "mamá"

mientras el abuelo, interminablemente, le cortaba la oreja con su horrible bayoneta del 41. La mueca del abuelo, que ahora era un gigante despiadado, resultaba insoportable. Temblando, volví a meter la oreja en su caja, la cerré y la dejé en su lugar, me froté fuertemente las manos contra la ropa, casi me caigo al bajarme de la silla, cerré la vitrina y di dos vueltas a la llave. Entonces me di cuenta de que se me había escapado un poco de pis.

Unos días después, los papás nos dijeron que el abuelo estaba muy malito y que era posible que pronto nos dejara. Sofía lloró con la abuela, pero mamá nos instó a no estar tristes, porque se iría al cielo a estar con Dios. Íbamos a visitarle al hospital y los papás nos pedían que fuéramos naturales con él. Que pensáramos en algo muy cariñoso para decirle y que, así, se quedara con el mejor recuerdo de nosotros. Una hora después, en aquella habitación de hospital, nos turnamos en abrazar al abuelo. Cuando llegó mi vez, respiraba con gran dificultad pese al tubo que le suministraba oxígeno por ambas fosas nasales. Estaba despeinado. Me miró con los ojos llorosos y una moderada sonrisa de paz y resignación. Yo le dije: "Abuelo, he visto la oreja del ruso. Tú no vas a ir al cielo, vas a ir al infierno". Di un paso atrás mientras los ojos y la boca del abuelo se abrían en una mueca insoportable. Mi madre gritó algo.

Juan Luis Calbarro

Teo Serna

Comida

Luis Pliego Íñiguez

Francamente, confieso que ha llegado un momento en que me resulta aburrido tener que comer a diario, por lo menos tres veces al día. Sería mucho mejor convertirlo en algo opcional, o reservarlo para las grandes ocasiones, lo que le daría un realce hasta ahora desconocido, ya que solemos comer sin prestarle al acto apenas atención, normalmente viendo la tele, y muy deprisa. Comer todos los días, tanto los festivos como los laborables, se ha convertido en una costumbre burguesa que nos afecta a todos por igual, seamos obreros o aristócratas, y a ello dedicamos la mayor parte de nuestro tiempo y energías. Si solo comiéramos de vez en cuando, tendríamos muchas menos preocupaciones y, además, estaríamos libres de esa barriga innoble que lucimos algunas personas.

Pero resulta que nos han inculcado el comer como una necesidad y ya seguimos esa costumbre el resto de nuestra vida. *Come para hacerte grande*, recuerdo que de pequeño me decían. *Si no comes, no vas a crecer.* ¿Para qué queremos crecer tanto, para comer más todavía? Cuando uno llega a cierta edad y se mira de perfil en el espejo, ve los estragos que ha hecho en nuestro cuerpo esa cotidiana manía, el abombamiento ventral que se nos dibuja, esa llamada curva de la felicidad, que no es más que una muestra de nuestro deterioro físico e, incluso, mental.

Si no le hubiéramos dado tanta importancia a la cosa, nuestro organismo se habría acostumbrado a vivir con mucha menos comida. Bueno está comer cuando uno es pequeño, pero cuando ya se ha desarrollado, deberíamos haber ido reduciendo nuestra ingesta de comida. Por ejemplo, podríamos haber comenzado por mentalizarnos para comer a días alternos, y luego haber ido dejándolo poco a poco, como cuando uno quiere dejar el tabaco o la bebida. Así, tranquilamente, podríamos decir, voy a estar tres días sin comer, o no comeré hasta la próxima luna. Además de ahorrarnos tiempo y esfuerzo, estaríamos mucho más ágiles y esbeltos, y apenas habría problemas de colesterol y obesidad que, como es sabido, son muy perjudiciales para las arterias y las articulaciones, por no decir las innumerables enfermedades que nos pueden acarrear, como la diabetes y otras parecidas. Por si fuera poco, nos evitaríamos muchos quebraderos de cabeza; a ver quién no se ha preguntado alguna vez en tono de queja, qué hago hoy de comida.

Por otro lado, comer no es ecológico, ya que, aunque no seamos conscientes, junto con la comida consumimos agua, materias primas y mucha energía. Ahora, al contrario que antes, en que solo había alimentos de temporada, hay todo el año toda clase de carnes, frutas y verduras; hasta que llega a nuestra mesa, esa comida ha hecho miles de kilómetros, con el gasto de combustible que conlleva, y ha estado en enormes cámaras frigoríficas. Si, por el contrario, apenas comiéramos, no tendríamos problemas ambientales como la deforestación y la pérdida de suelo fértil, por un lado, y, por otro, las inundaciones alternándose con pertinaces sequías.

Pensemos, por ejemplo, en esos nobles animales que son las vacas. Que yo sepa, ninguna le ha hecho nunca nada a nadie, salvo algún atropello involuntario a quien se haya puesto ante ellas con afán torero e idiota; sin embargo, nosotros tenemos la fea costumbre de convertirlas en hamburguesas. Si se redujera la demanda de su carne, pasarían su vida plácidamente en las praderas, habría pastos de sobra y no sería necesario roturar la Amazonía. ¿Saben ustedes qué superficie arbórea se pierde a diario en el planeta? Cada chuletón que se come alguien en el mundo civilizado, supone un mayor consumo de forraje y agua y el aumento de los animales sacrificados.

Si apenas comiéramos, estaríamos ágiles y delgados, no tendríamos obesidad ni nos dolerían las rodillas. Como en nuestras casas el frigorífico es el único aparato que está siempre conectado, ya nos resulta familiar ese ronroneo que se oye en la cocina, si solo comiéramos ocasionalmente, podrían ser mucho más pequeños y nuestra factura de la luz se reduciría, porque hay algunos en los que cabe una persona, y otros tan grandes que podrían servirnos de armarios.

Se reduciría mucho el transporte por carretera, no como ahora, que las autovías están invadidas por camiones contaminantes, y ahorraríamos combustible que a su vez hay que traer desde muy lejos en enormes barcos que también contaminan. Y, por si fuera poco, tendríamos mucho tiempo libre que podríamos dedicar a nuestras aficiones, sería por completo una revolución lúdica.

Además, nos evitaríamos, por decirlo fino, las indisposiciones gastrointestinales, porque hay que ver lo malo que se pone uno cuando tiene el estómago pesado o las tripas revueltas. Los pedos pugnan por salir, lo que nos puede poner en un aprieto, según donde nos pille la emergencia. Los eructos parecen rugidos de dragón y el ardor sube pecho arriba. En particular, a mí me entran unos sudores muy malos, unos escalofríos que lo mismo parece que estuviera en el desierto que en la Antártida, y el vientre duele como si las tripas se estuvieran anudando, y no tiene uno más remedio que ir cada cinco minutos al escusado, como sabrán por experiencia.

Por si fuera poco, reduciendo la ingesta a las grandes ocasiones, ahorraríamos mucho en cepillos y pasta de dientes y nos evitaríamos los enojosos encuentros con el dentista, por no hablar de lo que cuestan. A ver quién no ha tenido que sentarse alguna vez en ese sillón en el que nos voltean como campanas. Cuando uno está allí indefenso y acobardado, se te echa encima un tío antipático o una chica encantadora, y si no fuera por el qué dirán, uno saldría corriendo al ver esa jeringa enorme, que incluso tiene asas para cogerla mejor, con que se aproxima.

Me parece una fantástica idea la que se me acaba de ocurrir, un alegato contra el sacrificio de los animales y la obesidad, y una defensa del planeta. Y creo que no lo he desarrollado mal del todo, pero me doy cuenta de que me estoy quedando sin argumentos, porque al ser esta una cuestión vital, seguro que surgen muchos más si sigo profundizando en la misma.

Mientras me van viniendo, voy a darme una vuelta por la cocina para abrir el frigorífico y ver qué puedo llevarme a la boca.

Luis Pliego Íñiguez

Fotografía: Manuel Sonseca: *Montevideo*

La carne abandonada del animal que se mata

Antonio Santamaría Solís.

Febrero, jueves 23. Me dijo que la oscuridad, proseguía Antonio, podía ser un agente desencadenante de la angustia, y que la intensidad y el ritmo del dolor estarían de esa forma directamente relacionados con la sombra que llegaba cada tarde, como es lógico, a una hora más y más temprana conforme avanzaba el otoño. El crepúsculo en usted actúa como un factor agravante del dolor, y en mayor grado, del miedo a ese dolor, decía que le había dicho, viendo que, según su propio testimonio, no consigue discernir si el dolor es anterior al miedo a ese dolor o si los espasmos sumamente intensos que sacuden a intervalos regulares durante periodos variables de tiempo sus miembros inferiores se originan antes, o es la angustia a que sucedan la que los origina. Resumiendo, proseguía Antonio, lo que dictaminó el doctor y me soltó a la cara sin mirarme una vez siquiera, dice ahora clavándome los ojos a través de la ventana corredera de la centralita, fue que los síntomas por mí alegados para conseguir la incapacidad total y poder optar a una pensión, por exigua que fuera, que me permitiera subsistir, esos síntomas, por dolorosos e incapacitantes que a mi subjetividad le parecieran no eran objetivamente causa suficiente para dificultar e impedir mi actividad, y que por lo tanto *no procedía*, y aquí sí me miró, decía Antonio, aquí, con su *no procedía* colgando asquerosamente de los labios sí que me miró, no procedía entonces según él asignarme un grado suficiente de minusvalía, un grado que me permitiera, como era por lo visto mi intención, así me dijo, acceder al dinero del estado, el dinero que pagamos todos y que debe utilizarse en la gente que realmente lo precisa. No es su caso. Váyase usted a una provincia del sur, me dijo mordazmente, proseguía Antonio, en el sur, donde oscurece más tarde, sus dolores también se iniciarán algo más tarde. Sonaba a broma, debió de ser un chiste, concluía ahora Antonio, porque según me daba la vuelta apoyado en mi bastón para salir de la consulta escuché la risa, disimulada apenas, de la enfermera, que desde una mesa próxima a la del doctor pero ostensiblemente más pequeña había asistido con gesto de reproche a las sentencias del examinador médico, su superior, sentencias que le condenaban, decía Antonio, al estado en el que ahora se encontraba, pues al poco su patología, a la que el doctor se había referido solo como *un cuadro típico de ansiedad*, se agravó de tal manera que del bastón pasó en un abrir y cerrar de ojos a la silla de ruedas, y los dolores no eran ya intermitentes sino continuos. Cuando le diagnosticaron su esclerosis, *mi esclerosis*, la llamaba Antonio casi con afecto, como si se tratara de un animal de compañía, la enfermedad había hecho ya grandes estragos en su cuerpo, y ahora, tras un periodo de calma relativa, parecía hacerse presente de nuevo y con mayor crudeza lo insoslayable de su incurabilidad. De esta manera Antonio, como otros internos en el Centro, aguardaba con paciencia una conclusión *razonablemente rápida y serena* a su expediente.

Febrero, viernes 24. Se acercan hasta mí muy lentamente, pues su tiempo es otro. Así como su espacio también es radicalmente otro. Estos seres pertenecen a una dimensión ajena. Como insectos con apariencia de reptiles, como seres no humanos en mi sueño. Sus existencias han sido sometidas al ridículo y humilladas desde la piedad, han sufrido tanto, que ese dolor les ha ido sublimando. Extiendo los brazos para acogerles. En este punto despierto muchas veces, nunca he sabido lo que habría de pasar después, en caso de no abrir los ojos. Aunque en la vigilia también les veo aproximarse, de uno en uno y a veces también en grupos, igualmente lentos y pesados. A menudo me piden cosas, objetos inocuos y pequeños, como llaves que abren bibliotecas y vitrinas, el armario de los vídeos, el aula de informática, el gimnasio, la lavandería. También el mando de la tele. El periódico, papel de celo, un bolígrafo prestado.

Carniza: la carne abandonada del animal que se mata. Baile de máscaras. Como fantasmas que entre la niebla arrastran sus deformidades, todos han venido

aquí. Frente a la entrada, junto a mi garita de cristales, todos han ido llegando: la vaquita, hemiplejia, ceguera, afasia; el vampiro, distrofia muscular, ceguera; el bufón, tetraparesia; la gata, hemiparesia izquierda; el diablo, ataxia Friedreich; la princesa, TCE, discapacidad múltiple; el espadachín sin manos, trastorno orgánico de la personalidad, afasia; la bailarina, tetraparesia en forma cuadripléjica. Todos aportan ingredientes misteriosos a la fiesta: circunstancialidad, sobreinclusividad, pegajosidad, hipergrafía, lenguaje disgregado… *expresiones inadecuadas de júbilo, simpatía superficial e injustificada, labilidad emocional, apatía…* Cambios devastadores de la personalidad. El sistema de megafonía contribuye a su manera: todo el que se quiera pesar acuda a enfermería, encargada de limpieza pase por centralita, *"la vejez es una cuestión exclusivamente humana, la enfermedad es enemiga de la evolución,"* etc.

En mi pecera de cristal, *solo estar sentado, sin reflexionar*, la reflexión mata, *solo respirar, dejar que los pensamientos fluyan sin detenerse,* etc. Balancear el cuerpo de derecha a izquierda hasta encontrar el punto medio y entonces, diclofenaco, bastón, reposo relativo. David se ha meado, emergencia, acudan cuidadores, etc.

Febrero, sábado 25. Resaca. A las 18.30 comienza la clase de ajedrez. Relajación. Crecimiento interior. Tomo nota, la historia de María Eugenia y su primer carnaval en *otra residencia*, le cortaron el pelo, su hermosa cabellera, y le pusieron una bolsa de basura a modo de vestido de princesa. El resto, la angustia, el odio y el miedo.

Febrero, viernes 24. Carnestolendas. Tollere, quitar, no tolerar. Carne levare, quitar la carne. Carna val, adiós a la carne. Carniza, sangre, carne viva, carne muerta, costra. Desperdicio de la carne que se mata.

Febrero, jueves 23. Guía de valoración de discapacidades. Antonio me relata su último sueño. Miro mis pies abandonados, perdidos allá abajo, como dos pececitos rosados sobre el esmalte blanco de la bañera. Veo el dolor colgando, como un tapón de carne a la altura del tobillo. Al tirar se desprende una masa cilíndrica, sanguinolenta, que deja un hueco oscuro en el maleólo. Ahora mis dedos son de color verde y brillan como la gelatina de las golosinas infantiles, un fulgor fluorescente y venenoso. Ya no podré llegar muy lejos con mis pies, me digo a mí mismo con ternura, dice Antonio. De golpe, recuerdo que estoy solo. Despierto.

Febrero, sábado 25. Pablo tiene boda. Un amigo del exterior se casa. Aparece en el vestíbulo con el traje gris ceniza, impecable, la corbata granate como un hilillo de sangre coagulada. Veo con repugnancia las manos de la cuidadora ajustando el nudo en torno al cuello, tan delgado, nos pide una fotografía, llega el taxi, cargan la silla en el maletero, de una boda sale otra, cuídate Pablo, carne levare, tollere, disfruta, no te desprendas de ella, agárrate a la carne. ¿A qué hora llenan el foso y levantan el puente levadizo? Hoy no tengas prisa por volver, hoy el tiempo no existe.

Febrero, jueves 23. En una de las cámaras de vigilancia ha tejido su tela una araña. De vez en cuando un fantasma cruza la pantalla. Melancolía, tarde de lluvia. Solo en la pecera, pececito. Envueltos en la penumbra dos internos juegan al ajedrez en la cafetería, empinados sobre el tablero balanceándose en el borde de sus sillas de ruedas. Yo y mi desconsuelo. Me duelen los tobillos. Umbra es la parte más oscura y recóndita de ti mismo. Amén.

Febrero, viernes 24. ¿Ha presenciado alguna vez una cacería? Antonio busca mis ojos con los suyos, hipotónicos. Mi abuelo era cazador y recuerdo muy bien el olor de los cartuchos de cartón, rojos, verdes, azules, amarillos. Nos dejaban jugar con ellos, a los niños, una vez que habían sido disparados. Corría por el campo buscando aquellas carcasas misteriosas que habían contenido el rayo, ya vacías, y que habían servido para detener la carrera de la liebre, el salto mágico del ciervo o el angustiado zigzagueo del jabalí que huye. Olían, qué se yo, como huele un pueblo en fiestas, a humo, a fuego, algo picante, excitante, luminoso. Solo después de haber hecho mi *descubrimiento* identifiqué aquel olor con la palabra muerte. Pero no le voy a entretener a usted con detalles superfluos, con rodeos innecesarios, dijo de pronto Antonio ensombrecido, la verdad es que mi *descubrimiento* fue tan ordinario como esto, totalmente común, dice descargando el peso de su mano desecada sobre el mostrador exterior de mi garita, ordinario como tropezar con un cuerpo muerto y mutilado, un gran ciervo macho sin cabeza, arrojado como ropa sucia a una hondonada, entre los espinos. Recuerdo que las palabras de mi abuelo al regresar muy excitado a casa cerraron de golpe la puerta de la infancia abriendo otra, misteriosa, no sabía entonces hacia dónde, y por la que me precipité sin dudarlo, sin comprender, pero que obviamente me ha conducido aquí, este lugar, este laberinto *recuperador de causas congénitas o adquiridas*. A un ciervo así, me dijo mi abuelo apoyándose en la mímica de sus manos sarmentosas, lo recuerdo muy bien, a un ciervo así se le corta solo la cabeza y el resto se abandona sobre el suelo. Cada uno vive el infierno a su manera, dice Antonio tras una pausa en la que todo parece haberse vaciado a nuestro alrededor.

Febrero, sábado 25. ¿Qué significa *simpatía superficial e injustificada?* pregunta Antonio, ¿Cómo se pueden manifestar *expresiones inadecuadas de júbilo*? ¿Quién y

dónde mide lo que es adecuado y lo que no en el alma humana?. El neurólogo, el neuro psicólogo, el psiquiatra, la logopeda, el experto en daño cerebral, el terapeuta ocupacional, el profesor de inglés, el de arte floral, la técnico de empleo, la interventora, el jefe de personal, las camareras, los cuidadores, enfermeros y enfermeras, las fisioterapeutas, el puto ordenanza. El puto ordenanza, y Antonio me mira oblicuamente rescatando del pasado la figura torva de mi predecesor en el puesto. Tú eres nuevo, una sonrisa dolorida se va desangrando sobre el mostrador de la garita. Por fortuna para ti aunque aguantes muchos años y te hagas viejo en este lugar, tú siempre serás nuevo. Mientras intento digerir esta abstracción, Antonio se ha esfumado y solo escucho alejarse velozmente el zumbido de su silla eléctrica.

Febrero, jueves 23. Habla Antonio: me alejo constantemente, una y otra vez avanzo y retrocedo de inmediato, me alejo sin remedio del concepto que pretendo transmitir. *Abundo en detalles superfluos dando rodeos innecesarios.* Pero si le pregunto a la experta terapeuta del lenguaje qué significa abundar en detalles superfluos, en qué consiste y cómo influye en mi relación con los demás, con el mundo, en suma, me mira frunciendo los ojos, carraspea fingiendo no entenderme, y ajena por completo al momento actual de nuestra conversación comienza a mover las manos en el aire gesticulando de tal manera que dejo de oírla, realmente, de percibirla, el movimiento de sus manos enrarece a tal punto esa atmósfera a nuestro alrededor creando una especie de bruma, de calima, de polvo en suspensión, que se borran sus palabras, su voz se desfigura y se podría decir que toda ella, la experta logopeda, fonoaudióloga, como le gusta ser nombrada, pues se formó en la Argentina, toda su persona se transforma en un borrón, un grumo, un abultamiento, una costra gaseosa que se hincha para de repente, plop, estallar como burbuja y reducirse a nada.

Yo me marcho de inmediato, pues ese polvo de sílice finísimo que ha proyectado con violencia la explosión de la anomalía lingüística que entre los dos hemos generado, yo con mi *abundamiento en rodeos innecesarios dando detalles superfluos* y ella con la gesticulación exacerbada de sus manos, ese polvo sumamente tóxico ha penetrado en mi garganta y mis pulmones, en mi estómago, provocándome auténticas nauseas, una gran arcada, en fin, que me ha precipitado en busca de la puerta para escapar a toda prisa pulsando el mando de mi *Puma* de tracción central y asiento multiajustable —30 km de autonomía— para no vomitar allí, sobre la moqueta del despacho de la terapeuta del lenguaje, sino en el pasillo, justo a tiempo, en el interior de una papelera de plástico.

Febrero, sábado 25. Parece intolerable la idea, apunta Antonio, de que otros le conozcan más a uno de lo que uno se conoce a sí mismo, que otros sepan cosas de uno que uno ignora de sí mismo. ¿Y qué es lo que ven todos esos médicos y psicólogos y expertos del lenguaje dentro de mí que yo todavía no haya visto? Se pasan la vida estudiándonos y luego no son capaces de descubrir lo más obvio. Mire usted el caso de ese hombre, por ejemplo, me dice mientras ladeando la cabeza señala una figura desgarbada que en ese momento atraviesa el vestíbulo con *lentitud vertiginosa*, diría el mismo Antonio, tambaleándose apoyada en una especie de trípode metálico con punteras de goma. Mire usted, y ese hombre, al que llaman Manuel, sonríe saludando con gesto espástico, levantando una mano extremadamente flaca como si nos hubiera escuchado, como si hubiera oído su nombre, sabido que hablábamos de él en ese instante. Pero ese hombre al que todos llaman Manuel es completamente sordo, circunstancia que ha disimulado tan bien durante años que nadie, y especialmente los hábiles psicólogos, que es a los que mejor se engaña, pero también los logopedas o los cuidadores, hayan descubierto que está sordo como una tapia, que no oye absolutamente nada pero es capaz de imitarlo todo pues posee una habilidad maravillosa para la simulación. Y Antonio vuelve los ojos para mirarme, bajando la voz, como temiendo que ese tal Manuel pueda interceptar sus pensamientos, yo le admiro, me dice en un susurro, pues es un superviviente, inmune al bucle magnético, un exponente genuino de lo que modernamente se llama Cultura Sorda.

Febrero, viernes 24. Antonio continua: con un pie en la tumba, así estamos todos en este lugar, aunque eso, en lo que a mí concierne es un decir, pues mis pies ya llevan muertos y enterrados mucho tiempo. ¿Le he contado a usted el último sueño que he tenido con mis pies? Y, aunque evidentemente, me lo ha contado ya, no una sino cinco o seis veces en la última semana, le digo no, no lo ha comentado aún, y recomienza entonces el mismo relato con pequeñas variaciones, diferencias aparentemente irrelevantes entre el punto de vista del soñador y del objeto soñado, pero que resultan sin embargo determinantes a la hora de dilucidar una posible revelación onírica. Y no obstante: *ya no podré llegar muy lejos con mis pies, me digo a mí mismo con ternura. De golpe, recuerdo que estoy solo. Despierto.* Esa conclusión es inalterable. La tristeza es el auténtico tumor, todo lo demás no son sino metástasis. Y Antonio aprieta la yema de un índice rígido y pringoso de yogur contra el cristal de la mampara corredera de mi garita.

El camino espectral marcado por las señales fluorescentes que jalonan los pasillos con sus mensajes de

emergencia que pretenden indicarnos la salida de este purgatorio. Empujar barra para abrir puerta. Pulsador de alarma. Extintor. Martillo rompe cristales, romper este cristal para acceder al martillo. No usar ascensor en caso de incendio. Porque la tristeza es como ese pasillo espectral marcado por los dedos fluorescentes de la muerte, dedos del país de los mudos que nos llaman con sus signos de advertencia: el rojo la prohibición, el amarillo la cautela, el azul la obligación, el verde el salvamento. En verdad, esas señales nos guían en la oscuridad hacia algún lugar lejano, ajeno por completo a nuestro propio centro.

Febrero, sábado 25. Es tan largo un minuto de agonía. Es tan largo un minuto de agonía. Es tan largo un minuto de agonía.

Antonio Santamaría Solís

Fotografía: Carlos Escribano

Un encuentro feliz

Olga Marqués

Cuando llegó a la parada del autobús, él ya estaba allí. A lo lejos había visto cómo se aproximaba un autobús que la dejaba cerca de su casa. Sofocada y a la carrera se puso en la fila.

Se coló. Lo hacía con frecuencia. Se le daba bien. Le oyó hablar, volvió la cabeza para ver si protestaba, pero le estaba diciendo que tenía que ponerse más adelante, que estaba en la fila equivocada.

Situada donde debía, mientras hacía tiempo, se giró para ver la Gran Vía iluminada y al hombre, que no paraba de hablar con una verborrea incontenible. Le observó con detenimiento y calculó su edad, tendría unos 75 ó 77 años. Su aspecto era muy extraño. Se fijó en su indumentaria, parecía que la ropa estaba limpia pero iba muy desaliñado; llevaba la cabeza cubierta hasta la frente con un gorro de lana que resaltaba su parecido con un vagabundo, un menesteroso recorriendo las calles en busca de trastos y comida.

Cuando tuvo que pasar el control de la tarjeta, no supo hacerlo, había una nueva máquina, pero él estaba allí para ayudarla. El tema de las maquinas suplantando al ser humano y deshumanizándolo, fue su conversación. Lo sabe bien porque ocupó frente a ella un asiento de minusválido que estaba vacío.

Comentó de una forma muy precisa una serie de oficios y profesiones en los que el trato humanitario había desaparecido. Incluyó, ¿cómo no?, los médicos, que antiguamente eran casi un miembro más de la familia. Cuando se les llamaba para ver a un enfermo, después de explorarlo, se sentaban a conversar y a tomar un café que aceptaban encantados.

Mientras hablaba la miraba con fijeza y ella tenía que hacer un esfuerzo para no cerrar los ojos ya que, con el ronroneo de la conversación, se estaba quedando literalmente transpuesta. De repente, se quedó en silencio y vio como observaba a la gente que estaba a su alrededor, la mayoría abstraída con el móvil. Por la mirada de disgusto que tenía se alegró de no haber sacado el suyo.

Entonces abordó el tema del uso inadecuado de los móviles. Algo que comentó y expuso muy bien: ahora la gente apenas habla por teléfono, solo se comunica por mensajes. Y se perdían lo mejor, escuchar la voz de la persona con quien se habla, intuir por el tono su estado emocional, si están alegres o tristes; si lloraban percibían su dolor, si reían, su alegría. Qué razón tenía. Con alguna gente ya nunca hablaba, el contacto siempre era a través de chats. Y cómo había disfrutado hablando por teléfono con sus amigos, que reían cuando ella hacia comentarios graciosos, y ahora, se contentaba con leer: jajajaaa o lo que fuera, porque cada uno lo escribía como le daba la gana. ¡Menuda mierda!

También, y no sabe por qué, sacó un tema relacionado con la antigua Grecia. Era un hombre documentado, instruido, sabía de lo que hablaba. Y ya, más animado hizo algunos comentarios personales: tenía 90 años, ¡¡alabado sea Dios, que bien se conservaba!!, y no era pensionista, no recibía ninguna pensión del estado, siempre había sido autosuficiente.

Picada por la curiosidad, fue directa al grano

—¿Y a que dedica su tiempo?

—Soy pintor

—¿Pintor? ¿Y vende lo que pinta?

Intuyó que se estaba cabreando, la miró y paso al ataque.

—¿Y por qué tengo que vender lo que pinto? Lo hago por placer.

—¿Si no vendo mi obra, no me considera un artista? preguntó.

—¿Y los poetas? ¿Que venden los poetas? Y muchos son grandes artistas, agregó sin darle tiempo a contestar.

Decidió tener la fiesta en paz. Avenirse a lo que decía. Así que también hizo un comentario personal.

—Pues yo he escrito algunos libros de pintura.

Rápidamente notó la curiosidad en sus ojillos.

—¿Es pintora?

—No, soy médico.

—¿Médica? fue su rápida respuesta, para preguntar a continuación

—¿Dermatóloga?

No dijo nada, porque la sorpresa no la dejó. Pero iba a sorprenderla aún más.

—¿Sabe una cosa, doctora? Me gustó mucho *Las heridas en la pintura*. Lo compré en una librería médica.

—Y qué bien editado está. Y las biografías de los pintores, tan llenas de anécdotas, tan entretenidas.

—Cuanto esfuerzo, ¿Verdad?

Y tanto. Ese libro consiguió lo que parecía imposible, doblegarla. Y nunca entendió los motivos que la llevaron a hacerlo. Recordó cómo escribirlo casi le costó una enfermedad por agotamiento. El libro, inabarcable, no paraba de crecer y crecer, como un monstruo que quisiera devorarla. ¿Y las biografías de los artistas que le habían entretenido y acompañado? Al final, no las soportaba. Y fue una suerte ese rechazo pues le obligó a terminarlo.

—Sí. Y total ¿para qué? Muy poca gente lo ha leído, contestó.

—Pues yo lo he leído, doctora. Y tengo un amigo médico que también lo ha leído. Ya somos dos, dijo intentando consolarla.

Sonrió emocionada. Ese comentario maravilloso le hizo comprender, de una vez por todas, que sus esfuerzos sí habían merecido la pena. Por ella misma, que tanto había aprendido, y por las personas —*y* daba igual el número— que habían compartido lo que había escrito.

Se levantó, estaba llegando a su parada. Con un impulso se volvió y le pregunto que cómo se llamaba. José, fue su contestación.

Trabajo ahí, dijo señalando el hospital que tenía frente a ella. Si quiere puede pasar un día y le regalo algún libro. Él miró hacia donde señalaba, sonrió y dijo el nombre del hospital.

Se abrió la puerta. Al salir tuvo el impulso de tirarle un beso con los dedos, pero se contuvo. Que estuviera contenta no le daba derecho a hacer tonterías.

Lentamente se dirigió hacia su casa, pensando en su vecino de asiento, al que había confundido con un vagabundo y con el que no había hecho otra cosa que confraternizar desde que llegó a la parada del autobús. Un sabio que entendía de la vida y que el azar había puesto ante ella para darle una lección de lucidez, sensatez y cordura.

Olga Marqués

J. Seco: ***Prohibido el paso***

La muerte de Clarissa Rodde

Fernando Rosado

Un día perdido de 1989 (mi año inquieto) encontré en mitad de la calle por casualidad (a no ser que ese lance estuviera diabólicamente predeterminado en mi destino) un pedazo de la página de un libro, no más grande que un billete de cincuenta euros. No recuerdo de dónde venía ni hacia dónde iba, pero sí que me detuve a recogerlo para echarle una ojeada. Aquel trozo de papel estaba manchado por las huellas de los transeúntes, y a todas luces el libro al que pertenecía había sido destruido con saña por su desalmado lector, que en vez de buscarle un hueco en su biblioteca o regalarlo, lo había roto en mil pedazos (quizá pudo verse reflejado descarnadamente en él, a no ser que fuera un mero destructor de libros), arrojándolo después como un rompecabezas en medio de la calle. El viento hizo el resto, llegando yo a dar con uno de aquellos fragmentos dispersos al azar, y que leí como una señal puesta en mi camino.

Desechando las palabras perdidas, el párrafo hallado era el siguiente:

[...] *Eran las primeras horas de la tarde. La señora Rodde vio cómo su hija volvía de paseo con paso precipitado. Al cruzarse con ella en el pequeño jardín interior de la casa, Clarissa saludó a su madre con una breve sonrisa inexpresiva, y luego fue a encerrarse en su cuarto con dos enérgicas vueltas de llave. Unos instantes después la señora Rodde oyó desde su propio dormitorio, separado por un tabique, a su hija haciendo gargarismos en el lavabo (luego supimos que la infeliz trataba de calmar el dolor de las quemaduras que el paso del ácido fatal había provocado en su garganta). Después se hizo el silencio, un silencio prolongado y sospechoso al que la madre puso fin, al cabo de unos veinte minutos, llamando repetidamente a la puerta del cuarto de Clarissa. Su insistencia no obtuvo ninguna respuesta* [...]

Mi imaginación se disparó al leer estas palabras que (meses más tarde llegaría a saberlo) narraban hechos secundarios que podrían contener el germen de otra novela aún por escribir, ya que en ese momento desconocía la obra a la que pertenecía el párrafo extraviado. Durante algún tiempo traté a diario con el personaje de *Clarissa Rodde*, especulando con la sinrazón o las razones que la habían empujado al suicidio. ¿Consiguió Clarissa su propósito o, por el contrario, aquella madre preocupada había logrado abrir la puerta para rescatarla de la muerte? ¿Se trataba de un gesto desesperado por amor? ¿Por hastío vital, tal vez...? ¿Fue un acto profundamente meditado? ¿Tenía algo que ver en ello la tristeza, el despecho o la soberbia, o tan solo respondía a un impulso de la fragilidad humana...? ¿Qué había ocurrido minutos antes? ¿Qué pasó después...? ¿Quién era Clarissa Rodde? ¿Acaso era bella...? Esos nueve o diez renglones sin principio ni fin y separados de su corpus narrativo, constituían por sí mismos una historia que bien podía desgajarse del argumento del que formaba parte, llenos de incógnitas a resolver por el imaginario de alguien que por aquel entonces comenzaba a escribir.

El personaje de *Clarissa Rodde* se convirtió en algo trascendental para mí. Tenía la corazonada de que ese trozo de papel llegado a mis manos contenía en sí mismo la esencia de la Literatura (la cual *propone algo y no concluye nada*, en clave cervantina). Escribí un borrador, dos borradores inconclusos sobre la muerte de Clarissa Rodde... Abordé el tercero... Tras veinticuatro borradores fallidos hice mi cuenta atrás hasta tomar distancia y situarme en el espacio de los astronautas con la intención de ver la Tierra desde la eclíptica, decidido a navegar la perpetua noche oscura hacia la lejana luz del Sol mientras recorre el esotérico e impenetrable Zodiaco que —según se dice— determina, influye y se entremete en las pasiones humanas. Aprendí que los relatos suelen acabar regresando a sus primeras palabras, dejando a sus autores casi siempre insatisfechos. Yo trataba de escribir sin éxito (Sol en Aries, era mi primer viaje espacial) el poema vital de ese personaje, rastreando sus huellas en el jardín de su casa en busca del motivo que le había llevado a tomar *una dosis de cianuro suficiente para matar a una compañía de soldados*. Esta frase la recojo de su título por fin hallado, pues también quiso el azar que un par de meses más tarde de aquel mismo

año de 1989 (tan inquieto) cayera en mis manos el *Doktor Faustus* de Thomas Mann, helándoseme la sangre cuando a vuelta de hoja en el capítulo XXIII leí el nombre de *Clarissa Rodde* seguido de unas líneas en las que (*prolepsis*, dirían mis colegas) se anticipaba su suicidio. Muchos años después (una eternidad) he vuelto a leer este genial poema épico de Mann (o magnífica ópera dirigida por su narrador, Serenus Zeitblom), circunscrito en los avatares del siglo XX desde sus inicios hasta la Segunda Guerra Mundial. En él Serenus Zeitblom narra la historia del músico Adrian Leverkühn, quien (sin desearlo, o bien deseándolo fervientemente) pactó con el Diablo una vida de éxito y reconocimiento a una obra excepcional (durante *veinticuatro años incalculables*) a condición de serle vedado el amor y luego disponer de su cuerpo y alma por toda la Eternidad, a razón de que *donde nada hay pierde el Diablo sus derechos y no hay Venus pálida que pueda remediarlo*.

Lejos quedaba ya la lectura del papel volante y el juego combinatorio de probabilidades sobre la vida y muerte de Clarissa Rodde, actriz (mala actriz, según reseñaban sus críticos), confrontando el personaje manniano con aquel otro, ya difuso, que imaginé para atar cabos sueltos en un relato titulado *Lo que vio Clarissa Rodde*, que rompí en mil pedazos y lancé a la calle por la ventana de mi cuarto por parecerme insubstancial, deslucido, malogrado. Más o menos venía a decir que Clarissa Rodde, insatisfecha de la vida conyugal (su marido era un paleontólogo celosamente dedicado al estudio de fósiles la mayor parte del día y la mitad de la noche), vivía a escondidas un romance con su mayordomo, sin reprocharse su adulterio tras descubrir haberse quedado encinta de él (*encinta*, recuerdo que decía el relato). La tarde en que por fin se decide a dar el paso de proponerle a su servidor la fuga a un lugar lejano (¿Viena? ¿París...?), Clarissa no esperó la señal convenida para un encuentro acordado, y aprovechando la hora de descanso del mayordomo, se escabulló con habilidad entre los árboles del jardín trasero de la casa para evitar tropezarse en su camino con la cocinera o cualquier doncella curiosa que siguiera sus pasos con la mirada, deslizándose como una sombra hacia las habitaciones del servicio, escaleras abajo, sin tomar la precaución de llamar a la puerta de su amante cuando se halló ante ella, sino abriéndola de par en par para ir a caer de bruces en el vértigo de la incredulidad, notando que la frialdad del pomo de la puerta en su mano, de pronto paralizada, le traspasaba la piel y le helaba la sangre hasta detenerle el corazón, sin reconocer dónde estaba ni saber si dar crédito o no a lo que veían sus ojos (reservo para mí este suceso —así funciona esto— pues aquello que Clarissa Rodde descubrió fue nudo y desenlace de uno de mis argumentos posteriores, ya sin Clarissa de por medio). Petrificada, sin poder articular palabra, cerró la puerta y volvió sobre sus pasos, camino del jardín, sintiendo que las fuerzas le abandonaban, desorientada y tropezando varias veces hasta por fin detenerse, mareada, al pie de un árbol (*un sauce llorón*, decía el relato), sin conseguir recobrar en ningún momento el aliento perdido. Durante un instante interminable permaneció junto al sauce (o árbol del desmayo, decía unas líneas después y más convenientemente aquel relato), arrodillada y vomitando, la garganta seca y las manos trémulas, apretándose con aprensión el nauseabundo vientre, de repente indeseado. Luego se levantó, resuelta a refugiarse en su cuarto para no salir nunca más de allí. *La señora Rodde vio cómo su hija volvía de paseo con paso precipitado...*

No me acuerdo exactamente de lo que Clarissa Rodde llegó a ver en la alcoba del mayordomo, pero debió de ser algo espantoso, enloquecedor, inexplicable y por tanto difícil de describir sin que todo intento quedara en un tanteo narrativo. Mi relato de entonces no lo revelaba, evitando los detalles por mi cobardía de principiante y la explicitud de la mirada de Clarissa (*horrorizada y confusa, desconcertada e incrédula, helada hasta las lágrimas*, creo que llegaba a decir). Al propio Thomas Mann le sucedió algo parecido la noche del 19 de septiembre de 1918 (Sol en Virgo), una revelación inesperada que al día siguiente apuntó con valentía en su diario: *Anoche vi luz en el cuarto de los niños a través de la puerta de cristal cerrada* [...] *Observé a Eissi tumbado y maravillosamente desnudo en su cama, con la habitación iluminada. No supo responder a mis preguntas. ¿Serán juegos de la pubertad o actos sonámbulos que ya hemos observado en Tegernsee? Alguien como yo no "debería" traer niños al mundo.* (*Diarios, 1918-1921*). La visión de la desnudez de su hijo Eissi (sobrenombre de Klaus Mann, escritor oscurecido por la omnipotente sombra del padre proyectada en sus escritos, poeta quijotesco y anheloso, de ojos soñadores, que se quitaría la vida con somníferos en el inquieto año de 1949) le obsesionó hasta tal punto que se la cedió, con todas sus brumas y desvelos, al Gustav Aschenbach de *La muerte en Venecia* cuando contemplaba el cuerpo efébico de Tadzio con el mismo estremecimiento con el que él llegó a mirar a su hijo. Y quién sabe si ese azaroso hallazgo (inquietante y perturbador, tal vez urdido por el propio Eissi) no fue sino el origen de esa gesta sobre el deseo y la muerte, pues así funciona esto.

Debo señalar que en el transcurso de mi segunda lectura de *Doktor Faustus* (que me atrapó a lo largo de más o menos un mes durante mis viajes en metro) el

personaje de *Clarissa Rodde*, meramente secundario, si bien no pasó del todo desapercibido, ocupó un segundo plano en el interés general de la novela, hallándome en todo momento pendiente del pacto de Leverkühn con el Maligno y la estrecha relación entre el Tiempo y el Arte, causa y efecto del engranaje de la obra soñada, y cuyo símbolo Mann resuelve en el Reloj de Arena de la Melancolía (*Un reloj de arena lleno de tiempo diabólicamente genial*), por donde se filtran y caen las imágenes del Mundo que reproduce el Infierno, fluyendo de un sitio a otro por sus arterias estrechamente relacionadas, según Thomas Mann. Entre las páginas de mi viejo libro guardaba un par de postales enviadas por un amigo de antaño (una de París, la otra de Viena), una hoja desecada de sauce y otra de papel, amarillenta, en la que había anotado, con letra apresurada, lo siguiente: *Antes de subir a su dormitorio, la madre de Clarissa se encuentra con su distraído yerno, al que reprocha dulcemente llevar mal anudada la corbata y los botones de la camisa en ojales malcasados. "¡Qué despistado eres, querido!", exclama la señora Rodde a la vez que intenta arreglarle, como puede, la ropa a su yerno. El mayordomo pasa junto a ellos, circunspecto aunque algo inquieto, alterado, llevando en una mano dos copas con posos de vino*, dice el esclarecedor apunte que acabé arrojando a una papelera.

En esto estaba mientras iba leyendo en el metro (Clarissa Rodde acababa de morir unas líneas atrás, siendo enterrada para siempre), camino de mi estación, cuando en una de las paradas entraron un par de señoras charlatanas que nada más poner el pie en el vagón semivacío decidieron al unísono tomar asiento a mi lado (es sabido que las cotorras parlanchinas son propensas a sentarse junto a los lectores subterráneos). Ambas eran de mediana edad y vestían coloridos trajes de los que todavía colgaban las etiquetas, bien perfumadas y con los pescuezos cargados de abalorios, tintadas con distintos tonos rojizos y con las uñas a juego, presentándose al mundo con menos edad de la que sus esqueletos revelaban (¿habían pactado, quizá, con el Tentador?). Una de ellas venía voceando las malas maneras e impertinencias de las dependientas de hoy día (yo intenté concentrarme en la lectura del libro: *Te será grato saber que nos acercamos al final, a la conclusión*, leía...), pero al momento, interrumpiéndose a sí misma, bajó la voz y comenzó a hablar a su amiga entre dientes (matiz por el que yo agucé el oído, fingiendo leer) para contarle en profundidad el pozo negro en el que había caído una conocida de ambas a causa de su hijo, un chico de dieciséis años —recalcó: ¡Dieciséis añitos, por el amor de Dios!— que cierta tarde de la primavera pasada, al volver de una clase de esgrima, dejó sus bártulos de mala manera, despreció la merienda y con mirada huidiza se encerró en su habitación sin querer responder a las preguntas que su madre le hacía desde el otro lado de la puerta... ¡Pobrecilla! ¡Pobrecilla!, interrumpió de súbito la otra comadre, alisándose la falda, sabedora del final de la historia, al tiempo que se anunciaba mi estación (*Planetario*, apeadero de astronautas) y la locuaz narradora detenía su relato, espadas en alto. Cesó mi fingida lectura a dos bandas, sin tener más remedio que abandonar el vagón y salir al andén (sus arterias estrechamente relacionadas con el exterior y el inframundo), sin conocer al detalle el vislumbrado desenlace de aquel suceso, quedando en suspenso para siempre el instante en que la nueva señora Rodde por fin se decidió a abrir la puerta.

Mi imaginación se disparó...

Subí a mi nave espacial y despegué hacia la órbita de la eclíptica (Sol en Piscis).

Esta es la diabólica condena de los narradores.

Fernando Rosado

Mi abuela paterna: una mujer adelantada a su tiempo

Para Olga Miranda, in memoriam

José Ángel Barrueco

El 5 de febrero de 2018, por la mañana, murió mi abuela. Sé que esto puede sonar extraño: mi abuela fue una mujer adelantada a su tiempo, una madre revolucionaria para una ciudad pequeña de mediados del siglo XX, una mujer con las características que ahora pide y exige el feminismo, porque es de justicia que así sea: mujeres fuertes, con los mismos derechos y oportunidades, mujeres trabajadoras, independientes, con un carácter casi rayano en la hostilidad, mujeres que se niegan a pasarse la vida en la cocina, que plantan cara a quien sea porque no se dejan pisar, que van a contracorriente, que rompen con lo convencional y escandalizan a la sociedad porque han viajado mucho y han visto el mundo, pero les da igual porque viviendo a su manera, a su estilo, digan lo que digan los demás, han sido completamente libres.

También era una mujer de antaño, y las mujeres de antaño eran duras como el cemento, y por eso ha resistido durante una década los ataques furibundos de las enfermedades y ha peleado con la Muerte con una saña que yo no había visto jamás en nadie: la tozudez de alguien que se niega a morir y que ha echado un pulso a la Parca que muchos de nosotros no sabríamos sostener.

Mi abuela paterna fue una mujer adelantada a su tiempo, pero sólo lo he comprendido al día siguiente de su deceso y no antes: y esto es porque la pérdida de nuestros seres queridos nos va arrancando velos, nos obliga a mirar la realidad con ojos nuevos, nos conmina a examinar el pasado con lupa, a hacer recuento de nuestros propios errores, a buscar las huellas de las raíces, el germen de nuestras vidas.

Mi abuela se fue del mundo y al momento se convirtió en un recuerdo que ha entrado en mi cabeza, ha venido a juntarse con los muertos que llevo dentro de la memoria y ya no saldrá de ahí jamás, pues yo los llevo siempre conmigo: es una carga porque comporta dolor pero también es un alivio porque saben así que no están

solos, que viven en nuestras cabezas, que les rendimos homenaje un día sí y otro también. De una persona viva a la que hace tiempo que no vemos, se acuerda uno de vez en cuando y se le dice ("El otro día me acordé de ti"), pero a una persona que desapareció de la vida y que fue importante en tu biografía la recuerdas siempre: yo recuerdo a diario a mi madre y a mis abuelos, y muy a menudo a los tíos y a las tías que se fueron y al primo que decidió él mismo marcharse sin esperar a que el destino lo llamara. Aquellos a quienes perdimos se convierten en recuerdos y esos recuerdos entran en nuestras cabezas y ya no salen de allí: no quieren irse y tampoco quiero que se vayan. Viven en mi mente y así me dan consuelo y les proporciono un refugio.

Mi abuela llevó un estilo de vida rebelde y revolucionario. Estaba a la última moda. Hizo lo que quiso, lo que le dio la gana, rompiendo moldes y sumando enemigos: hacía topless sin reparos, se ponía bikinis minúsculos, vestidos espectaculares y tacones lejanos. Primero fue una morena rolliza y luego se convirtió en una rubia delgada y su obsesión fueron siempre el pelo y la piel y el peso: siempre iba bien peinada y muy morena y muy flaca. Todo eso despertó el furor de una gran parte de los habitantes de la ciudad, alborotados por aquello que se salga de los márgenes. En ese estilo de vida acabó contagiando a mi madre: las veo ahora a las dos en imágenes de los 70 y de los 80, viajando por Europa como dos amazonas con zapatos de aguja, gamberras y elegantes, y me emociono. Luego tuvo su época de ir al gimnasio a una edad en que a uno ya no le gusta levantarse demasiado del sofá y hubo gente joven que me contaba con asombro su destreza en los ejercicios y en las bicicletas estáticas.

Junto a ella y mi abuelo, en la infancia, aprendí lo que eran los balnearios, las tiendas de moda, los buenos restaurantes, las zapaterías de prestigio, los bocadillos de anchoas, las peluquerías de señoras, el jamón serrano y la lubina a la sal, los baños interminables de sol, las piscinas privadas, los cementerios, las costas de la península ibérica y las playas de Francia. Fui un niño privilegiado y fue gracias a ellos.

Era cubana, nació en Cuba: es un dato que poca gente conoce. Tampoco sabía yo su edad, pues nunca me atreví a preguntar porque eso es algo poco amable: preguntarle a una mujer en qué año vino al mundo. Descubro a la luz de su muerte su fecha de nacimiento y me estremece: porque, cuando nací yo, ella tenía exactamente la edad que tengo yo ahora. Cuando mi abuela tenía 45 años nací yo, su primer nieto; cuando yo alcancé 45 años, se murió ella, el último de mis abuelos, el fin de una rama, el exterminio de una parte de mis raíces. Dos días después de su defunción se cumplieron 75 años de la inauguración del cine de mi familia: fue un 7 de febrero de 1943 y en las fotos de entonces veo a mi bisabuelo José y a mi abuelo Ángel, pioneros en pos de un sueño. Todos estos números, estas combinaciones, estas coincidencias me vuelven loco, me obligan a buscar las connotaciones del azar y de la fatalidad.

A mi edad tuvo su primer nieto y para entonces ya había perdido a una hija en el camino (Carmen Sofía) y no tardaría en perder a un hijo en accidente de tráfico (Pedro). No son fáciles esas pérdidas para una madre; perdió a mi abuelo cuando él acababa de cumplir sesenta y un años, en 1988: han transcurrido tres décadas exactas. Pero al menos tuvo a tres bisnietos, aunque no conocerá a los dos nuevos, a los que están llegando o ya han llegado. Así eran las familias de antes: se casaban muy jóvenes, concebían a varios hijos y no tardaban en llenar los hogares de yernos y de nietos y nosotros la llamábamos "Mami", como si fuera la madre de todos. Eso lo hemos perdido. Hemos perdido la belleza del árbol que se ramifica en mil direcciones cuando uno aún está vivo.

Mi abuela, debo consignarlo aquí, gastó esa clase de carácter férreo que antaño se censuraba en una mujer, no era bien visto, pero hoy es aplaudido y vituperado porque se reclaman mujeres sólidas, que no se dejen torear, que sean feroces y no toleren ni una falta de respeto. Sé que su sentido de la economía y su beligerancia en el trato con algunas personas le granjearon numerosos enemigos. Incluso yo tuve un par de careos con ella, como nos ocurre a todos en el ámbito familiar, pero uno acaba cerrando las heridas porque sabe que sólo estamos de paso aquí, en el planeta, y que debemos aprovechar el tiempo. En los últimos años descubrí que ella no guardaba rencores: me preguntaba a menudo por familiares míos o por familiares comunes que ambos sabíamos que no la tenían en estima; eso es una lección de vida, un gesto honorable sobre perdonar e ir olvidando las rencillas. Ese saber ya me lo enseñó mi madre en sus últimos meses y también me lo mostró mi abuela en su última etapa. Hay que saber perdonar. Hay que perdonar antes de irse. Quien nunca perdona es como si fuera un animal, sólo llevado por el instinto: como un simio o algo así.

Nos dejó un lunes árido, con el país envuelto en la nieve y en la lluvia fina, y la enterramos un martes aún más helado. La muerte de un familiar es una máquina del tiempo. Desaparece una persona y la memoria se dispara hacia el pasado, hacia el origen de nuestras vidas, a buscar allí el oro de mejores días, las tardes de infancia que tratamos de recordar justo en el momento

en que esa persona cierra los ojos para siempre. Estos días me alimento de los recuerdos de cuando conviví con mi abuela: miro sin descanso esa imagen de 1974 en la que me sostiene en brazos, junto a mi madre y mis tías. Es una máquina del tiempo, la pérdida, y sólo sirve de retroceso, jamás de avance para poder descifrar el futuro.

En los últimos años le falló el cuerpo por doquier: estaba repleta de averías y de chaperones y cada dos por tres entraba en el hospital. No me gustó verla así, herida y doliente, para mí supuso una visión intolerable: atada a bastones, a vendajes, a medicamentos, a sillas de ruedas, a auxilios externos, pues siempre fue alguien que iba por libre, a su aire, escurridiza como un pez, y ahora se debía a los cuidados de otros, al sometimiento involuntario. Incluso con un pie destrozado, que los médicos quisieron amputar (veredicto al que ella siempre se negó), salía a dar sus paseos, ayudada por sus hijos: mis dos tías y mi padre: Olga, Rosa y Ángel. La última vez que charlamos me demostró una lucidez asombrosa: ni los achaques le habían perturbado la memoria, y se sabía los nombres de éste y de aquel y del de más allá, de las parejas de sus nietos, de los hijos de sus nietos y de quien hiciera falta. Envidio su fuerza para burlar tantas veces a la mala salud y a las adversidades, para seguir en pie una y otra vez, con la tozudez que fue su sello característico. Nosotros, que estuvimos a su lado, no la olvidaremos porque la amábamos.

Quiero terminar con unas sabias y certeras palabras de mi amigo Tomás Sánchez Santiago, el hombre que mejor definió a Olga Miranda Barrueco: *Tu abuela tiene para mí una presencia cercana a lo mítico. Era un personaje de mi infancia. Alguien cuya fisonomía se apartaba mucho de la del prototipo de mujer zamorana de entonces. Ella venía de otro mundo donde podía residir lo exótico, lo que por aquí no se conocía. Siempre la recordaré así y le daré calladamente las gracias por sacarme de aquel marasmo de la ciudad estancada...*

José Ángel Barrueco

J. Seco: ***El Ponente***

La escalera

Luis Veres

Frente a la puerta rebuscó en el bolsillo del pantalón y tuvo que volver a entrar en el piso para coger las llaves que había olvidado. Cuando las cogió en la mano hizo un esfuerzo por pensar, por si de nuevo olvidaba algo. Todavía le dolía la cabeza de la noche anterior. No recordaba nada y su memoria eran pequeños momentos de luz entre oscuras tinieblas que ocupaban la mayor parte de la velada. Hasta que llegaron los chicos lo tenía todo claro, lo recordaba con bastante claridad, pero luego la confusión surgía acerca de toda la noche y por más que lo intentaba no lograba recordar lo que había ocurrido.

Miró otra vez las llaves y se quedó pensando sin saber qué hacer. Estaban muy oxidadas, desde que se le mojaron con el agua del mar durante el verano, en aquel día que todos habían ido a celebrar el cumpleaños de Eduardo en casa de su novia, junto a la arena de la playa.

Finalmente cerró la puerta y dio varias vueltas a la llave. La cabeza le dolía con más intensidad. La resaca era verdaderamente insoportable. Así era imposible dar clase. Intentó recordar qué clase le tocaba a aquella hora. Ya llegaba tarde, Crítica Literaria II, la más difícil, y llegaría a pelo. En los últimos días no había podido preparar nada. Leería los apuntes de cuando estudió, daría un poco de extraña bibliografía, un poco de Derrida, un poco de Garroni y un poco de Barthes, todo palabrería francesa, pero siempre impresionaba al alumnado. Además llegaría bastante tarde, así que la clase se limitaría tan sólo a unos minutos.

Apretó el botón del ascensor, mientras sentía una fuerte angustia que nacía en su estómago y le ascendía hasta la garganta. Contuvo con dificultad el vómito. El sudor le cubría la frente que notaba fría como el mármol. Un rayo de luz amarillo, como una yema de huevo, cruzó el cristal del ventanal que se situaba en el rellano, colocado entre los dos pisos, junto a la escalera. Más abajo, la atmósfera era un poco más oscura. Miró al suelo y luego comprobó que el ascensor no subía. Apretó de nuevo el interruptor y no pasó nada. El ascensor no funcionaba. Se asomó por el deslunado del hueco del aparato para ver si desde allí se veía algo, pero sólo pudo ver un conducto en silencio que caía hacia el vacío. Otro contratiempo, pensó. ¡Qué mala suerte! Inició el descenso por la escalera, intentando contar los escalones. Normalmente silbaba una canción, pero aquel día la resaca retumbaba en su cabeza como un terrible ruido de campana que sonaban en su interior. Tan sólo debía haber dormido unas horas. Si ellos no hubieran insistido tanto... Se empeñaban en que, aunque era tarde, la chica tenía que venir. Sí, sí, ya veréis qué bien no lo pasamos, está loca por conoceros a todos. Claro y con aquella fotografía, quién se iba a negar y se iba a ir a casa. Para que luego me lo contaran con la típica sonrisa de burla.

Los escalones se sucedían sin sentido y él miraba él suelo con miedo de encontrarse a alguna de sus ancianas vecinas que reconocieran aquella gruesa voz de crápula que se había excedido durante la noche anterior. La luz se hacía gris como el cemento y el aire era más denso. Tenía problemas para respirar en medio de la atmósfera sulfurosa. Hacía más calor y no se explicaba por qué.

Cuando sonó el timbre, todos fuimos muy simpáticos y educados. Él nos la presentó como una compañera de trabajo. La verdad es que era guapísima, qué piernas y encima, todo allí metido, inexplicablemente, en aquel vestido tan ceñido y de color rojo. Siempre me ha gustado el rojo. Es más excitante, especialmente para las rubias y además con esos ojos verdes, cualquiera se iba. Ella sabía que nos volvíamos locos por su cuerpo, desde que se quitó el abrigo lo tenía muy claro.

Perdió la cuenta de los pisos que había bajado y atribuyó el cansancio a su desfallecimiento y el exceso de la noche anterior. No había desayunado. Bebieron tanto... Cada vez había menos luz. Buscó en la penumbra el interruptor que encendía la bombilla que colgaba del techo, arrastrando la mano por la pared harinosa. Al encontrarlo sintió una especie de alivio pero, cuando comprobó que no funcionaba, todas sus ilusiones de llegar al patio sin caerse se vinieron abajo. Tampoco funcionaba la luz, ¡qué día! Si lo llego a saber no salgo hoy de casa. Aviso,

digo que estoy enfermo y en paz, sanseacabó. Seguro que a más de un alumno le hacía un favor.

Más escalones todavía. Ya no distinguía la línea blanca que cruzaba el adoquín de mármol negro. No había más luz. Seguro que estaban construyendo algún edificio por allí cerca. Siempre cortaban la luz y no avisaban. ¡Qué gentuza! Al menos lo podía decir con antelación. Menos mal que no he tenido tiempo de ducharme, porque la sensación del agua fría la odio.

Mira que bebimos. Tuve que sacar todas las botellas. Seguro que el comedor está hecho un asco. ¡Ah, ya me acuerdo! No bastaba con decirles que hoy tenía que trabajar. Entonces ya era imposible. Recuerdo que uno de ellos le dijo algo al oído. Ella se me acercó y se sentó en mis rodillas, luego vino el concurso con los vasitos de ron y quien bebiera más obtendría el premio. A ella al principio no le supo mal, todo era broma y tampoco es que ella bebiera poco. ¡Cómo se metía los vasos en el cuerpo, en aquel cuerpo que imaginábamos entre nuestros labios con sus pechos ardientes entre nuestras manos¡ Bebimos más y más. Alguno cayó antes, pero ella, incluso borracha era igual de hermosa. Descuidaba la posición de sus piernas y entonces se le veía algo. Ella reía y reía. A todos se nos pasaba la misma idea por la mente.

La oscuridad era total. No veía nada. Estaba seguro de haber bajado a pie más de doce pisos, pero aquello no podía ser, él vivía en el último y, sin duda, aquella era su casa, acababa de salir. Sintió hallarse en una pesadilla e inconscientemente tuvo la necesidad de tocar sus piernas para comprobar que no soñaba. La escalera continuaba hacia abajo y por el hueco del ascensor no veía nada. ¡Estaba todo tan oscuro! El calor aumentaba. Tuvo que quitarse el abrigo y aflojarse la corbata. Colgó el abrigo sobre su brazo izquierdo y con la otra mano cogió el maletín que había dejado previamente en el suelo. Reanudó el camino y empezó a notar una desesperación extraña. El calor le impedía pensar y se encontraba como encerrado en un castillo sin ventanas.

Volvió a recordar. El comedor lleno de humo, los ceniceros estaban llenos, rebosantes, como copas de helados. Algunas colillas cayeron al suelo, también algún vaso. Ella estaba sobre el sofá. Había caído antes y no, no, sí, sí claro, ella era el premio. Estuve sobre ella, pero era como un muerto. Estaba totalmente dormida. Pero daba lo mismo. Estaba más duro que nunca. Además quitar aquel vestido fue todo un placer. Ella sabía dónde se metía y no estuvo mal. Nada estuvo mal. Hay que saber lo que uno hace y saber adónde va. Una mujer y siete hombres. Si no quieres pajas, no vayas a la era. ¡Mujeres! Alguien me ayudó a desnudarla, claro, sí, sí. Cuando acabó todo, ellos también querían, ella estaba medio dormida, pero aún tenía fuerzas de decir no, no, no, con una vocecita débil. ¡Qué tía! Si al fin y al cabo aquello le iba mucho. Además se lo iba a pasar bien.

Se paró en medio de la oscuridad. No veía nada y no podía alejar la idea del día anterior. ¿Por qué se empeñaba tanto en pensar en aquello? Mejor olvidar. Ella no diría nada. Buscó la pared e intentó llamar a alguien, nadie contestó. Tenía la camisa empapada. El pelo también estaba mojado. Notaba la humedad del aire, como si fuese una sauna. Entonces gritó y gritó y continuó bajando. Ahora todo era inevitable.

Todos pasaron por encima. La chica entonces se puso tonta e intentó levantarse. El último le tuvo que dar un bofetón. Quería hacérselo por detrás y ella se negaba. Tuvimos que ayudarle y cuatro de nosotros la sujetamos. Alguien le metió un pañuelo en la boca para que no gritase y mientras le acariciaba los pechos. Cuando él acabó, todos repetimos. Era tan hermosa.

Tropezó con un escalón y cayó rodando por la escalera. Llevaba horas allí metido. No sabía dónde estaba, no adivinaba el relieve de las puertas en el rellano. Tampoco podía encontrar el hueco del ascensor. Allí no había nada ya y el calor le abrasaba la piel como si se hubiese convertido en aceite caliente. Siguió bajando varios pisos más y, cuando vio el fuego que le rodeaba por todas partes y los rostros de sus amigos que lloraban, comprendió dónde se encontraba y que la naturaleza de su crimen los había llevado allí.

Luis Veres

Una jornada en Croisset, cerca de Rouen

(3 de octubre de 1872)

Ricardo Cano Gaviria

Era la primera vez que entraba allí, la primera vez que alguien me enseñaba su casa, y aunque me embarga la emoción al recordar ese santuario en el que pasé la parte más intensa de mi vida, la que hizo de mí lo que soy, un perro culto e instruido, no puedo precisar exactamente lo que sentí. Creo que fue una mezcla de curiosidad y respeto, o tal vez de timidez y osadía… Sí, posiblemente eso fue lo que sentí, porque el animal blanco y peludo que vi en el suelo, nada más entrar en aquel estudio tan iluminado (las dos ventanas frontales daban sobre el Sena y las tres laterales sobre el patio), me pareció cuando menos digno de una investigación rápida y fulminante, como las que somos capaces de hacer los perros, para sacar conclusiones sobre el terreno. Y, en aquella ocasión, la mía fue casi instantánea, ya que aquel pobre animal despedía el mismo olor rancio y amojamado que el zorro disecado que días atrás me había enseñado Robert en mi pueblo de origen: *Grand Couronne*. Lo dejé en el acto y, mientras, para verme mejor, mi anfitrión fue a situarse en el centro de la estancia, me lancé tras un rastro que me llevó en línea directa al muro opuesto, junto a una estantería llena de libros; allí, en un pequeño cofre abierto, había una cosa horrible que tenía el aspecto de una mano de gorila reseca, un gorila que probablemente había sido cazado con las flechas que colgaban de la pared cerca de él. Pero en aquel momento me percaté de que más allá, a la misma altura, se veía otro animal, amarillo y a rayas, sus terribles fauces medio abiertas y me volví para interrogar a mi anfitrión con la mirada, y entonces estornudé...

—¡Sí, un tigre!… Creo que te has dado cuenta de que hay demasiadas cosas muertas en esta habitación, pobre *toutu*, qué sensible eres a pesar de tu cara peluda… Y con razón, pues aquí serás no solo la cosa más peluda, sino también la más viva. ¡Porque sin duda estás más vivo tú que yo!… —reflexionó, y de tres zancadas se colocó junto a la chimenea, en la que se puso a maniobrar con gestos rudos y amplios—. ¡Ah, pero qué tiempo más endemoniado, qué humedad!

Se acercó a la puerta y llamó a Émile con un grito estentóreo que resonó en toda la casa. Pero en vez del criado fue otra vez Victoria la que apareció: Émile, le informó ella, estaba ayudando a los hombres que limpiaban el tejado…

—Entonces traiga usted Victoria un poco de leña y encienda la chimenea, que se nos va a enfermar nuestro invitado…

—¿Nuestro invitado? —preguntó la muchacha y, al caer en la cuenta, gracias a un gesto lleno de intención de su amo, posó su mirada sobre mí, y canturreó burlona antes de desaparecer—: Ah, claro, el señor *Toutou* es el invitado… Habrase visto, ¡pues resulta que el pulgoso tiene nombre de señorito! ¡Señor *Toutou*!¡Pues vaya con el señor *Toutou*!

—Ya lo ves, Julio —dijo con su voz atrompetada el grandullón, que se suponía era el amo de la casa—. Aquí nadie respeta al Señor Gustave… Solo la pobre Julie, cuando viene... ah, ella sí que me quiere. ¡Ella, la única¡ ¡Por eso te he bautizado así, tienes que saberlo jovencito! —repitió entornando sus ojos verdosos de buey manso, mientras afuera en el río se oía el chip-chip de un barco, en un gesto piadoso que a un humano le hubiera producido un ataque de risa pero que a mí me hizo lanzar un quejidito de impotencia, pues era ya evidente que mis sentimientos y sensaciones sobrepasaban las posibilidades de mi limitada y pobre naturaleza—, ¡Ella es la única que me quiere y respeta en esta casa desde que murió mi madre… ¡Pero qué sabes tú de eso, Julio! Eres un mortal dichoso, al que aún no le ha ocurrido ninguna desgracia… Tienes a tu madre viva en *Grand Couronne*, vivita y coleando, nunca mejor dicho- anotó, y celebró su ocurrencia con una pequeña carcajada.

Entonces, como si descubriera de repente que el resto de lo que quería decirme yo lo entendería mejor

si me tenía en sus brazos, se inclinó y me levantó otra vez en vilo. Después, manteniéndome bien agarrado, me llevó primero hasta el hombrecillo dorado que, sentado sobre sus piernas cruzadas, se recortaba contra la ventana intermedia de la pared lateral, al otro lado de la cual amarilleaba un gran tilo. "Este, mi querido Toutou, es Monsieur Buda, que vivió cinco siglos antes de Cristo…" A continuación me presentó a un señor barbudo que había sobre una repisa un poco más a la izquierda: "Y este otro es Monsieur Hipócrates, que vivió en Grecia un poco después…".

Luego, cuando Victoria entraba con varios troncos de leña y un poco de *coke*, fue hasta el busto blanco de una bella joven con bucles al estilo de la época de Luis Felipe, lo contempló un momento en silencio, y añadió: "Y esta es mi hermana, que murió hace más de veinte años…". Aquí permaneció callado un momento, durante el cual oí casi el ruido de fuelle de su respiración, y creí que me iba a dejar otra vez en el suelo, pero entonces con voz casi cortante afirmó: "¡Pero no te equivoques! Tu olfato debe ser infalible... ¡Infalible como nuestros novelistas realistas, o como su jefe de escuela, Gustave Flaubert!... Hay que ver lo que dicen de él los periódicos, merde... ¡Pero lo cierto es que todos estos muertos están más vivos que tú y yo! Por eso estamos bien acompañados"…

¡Y me lo decía a mí, que entonces estaba bien vivo, bien vivo y coleando, para utilizar la expresión que acababa de usar a propósito de mi madre!

"Pero no respondas, no, por lo pronto yo iré corrigiendo tu método experimental…" continuó, llevándome hasta el cofre que yo acababa de olfatear. "Habrás pensado que es una pata de mono o algo así", dijo, señalando esa cosa horrible que olfateé de pasada. "Pues no, es un pie humano, un pie de momia… ¿Lo ves? Un criado tonto que tuve (¡en esta casa, a lo largo de lo que va corrido del siglo XIX, se han dado cita todos los criados tontos de la comarca!) lo confundió con un zapato y lo enceró, por eso está todo negro... No hay que dejarse engañar por las apariencias... Tendré que ir enseñándote cómo es el mundo en realidad."

—Señor, ya está encendida la chimenea —lo interrumpió entonces Victoria, con un retintín extraño, como si reprimiera las ganas de reír—. ¿Necesita algo más?

—No, gracias… —dijo el grandullón mirándola con suspicacia—. ¿Pero se puede saber de que se ríe usted, Victoria?

La muchacha no se atrevió a responder, y miró hacia el suelo, esforzándose en parecer seria…

—Es que usted —balbució, al final, midiéndolo con la mirada—. Es que usted, un Señor tan grande y tan importante, jijiji… ¿Usted cree que ese perrito le entiende? ¡Jijiji!

—¿Que si este perrito me entiende? ¡Claro que me entiende! Me entiende incluso más que todos los burgueses de Rouen! ¡Y que todas las cocineritas del mundo, por descontado! Grrrrr —la espantó haciendo una horrible morrisqueta, que lo hizo más rojo de lo que era, y ella, abriendo mucho los ojos, echó a correr por el pasillo, con gran ruido de faldas.

Luego, cuando nos quedamos solos, refunfuñó moviendo la cabeza con gesto incrédulo…

—Ella tiene razón, porque sin duda no eres más que un pobre toutou…-reconoció risueño-. Pero también yo tengo razón, porque estoy seguro de que me entiendes, qué diablos, ¡resulta tan humana la expresión de tu cara peluda! —añadió, mirándome extasiado, con una sonrisa bonachona, y luego me colocó con mucha suavidad sobre la piel del oso, cerca del fuego, lanzando una ojeada de inquietud a la gran mesa redonda, donde lo esperaban las hojas de papel, el tintero y las plumas de oca—. Ahora puedes descansar mientras te calientas y yo, en fin, yo… Luego te explicaré, monsieur Toutou, algún día te explicaré…

Se sentó, mejor dicho, encajó como pudo su gran culo en aquella pobre silla de respaldo bajo, cuyas ruedecillas emitieron un breve chillido de protesta, eligió una pipa y la encendió; después escogió una pluma, le afiló la punta, la hundió en el pequeño tintero-rana que aguardaba en el rincón y, apoyando los codos sobre la mesa —también esta tenía ruedecillas, pero eran menos ruidosas— empezó a rasgar el papel.

Y, por primera vez, mientras él se entregaba a tan extraña y sobre todo inútil actividad —¿por qué dibujar las pulgas sobre el papel, cuando lo que hay que hacer es librarse de ellas con la pata y triturarlas con los dientes?— yo me quedé dormido, arrullado por algo muy parecido a la felicidad.

Ricardo Cano Gaviria

El rastro de las estrellas

(Historias para volar)

Ignacio Sanz

LOS GESTOS POÉTICOS

Los poetas, malabaristas de la palabra y rastreadores de metáforas, suelen ser los creadores más arriesgados, también los más vulnerables y extravagantes entre la variada fauna que puebla el universo literario. De ahí que con frecuencia sean tachados de raros, cultistas, generosos, pedantes, exquisitos, envidiosos, geniales, irritantes o egocéntricos. Todos estos calificativos y muchos más podrían encajar como un guante en su personalidad. Con frecuencia sólo una línea débil separa lo sublime de lo ridículo.

La poesía representa la quintaesencia de la literatura. Los poetas portan la antorcha que ilumina el espíritu. De ahí que, a lo largo de la historia, los tiranos hayan perseguido con saña a los poetas; en España, el triste desenlace vital de Lorca, Machado y Miguel Hernández, tres de los grandes poetas del siglo XX, resulta tan elocuente como aterrador. Los buenos poemas caen como un rayo sobre el corazón, nos hacen temblar y provocan terremotos en el pecho. Ciertos libros de poesía conectan con lo más sensible del ser humano y producen desgarros. Las novelas, los cuentos, el ensayo, las obras de teatro, por su estructura compleja, se desarrollan con una intensidad más sostenida. Cuando resultan muy emocionantes se suele decir en tono elogioso que tal novela, que tal obra de teatro, que tal película incluso, es un largo e intenso poema. Quizá por ello Cervantes, precisamente Cervantes, lamentaba en el célebre terceto de "El viaje al Parnaso"

> "Yo, que siempre me afano y me desvelo
> por parecer que tengo de poeta
> la gracia que no quiso darme el cielo".

Por su parte, Unamuno, sin aborrecer de sus novelas, libros de viaje, artículos o ensayos filosóficos, quería que le consideraran poeta por encima de todo.

Como si la poesía fuera una gracia divina. De ahí que se invoque a las musas cuando se habla de poesía. Y es que, en efecto, parece que fueran los dioses quienes les dictaran las palabras al oído y condujeran la mano del poeta. O los ángeles, seres celestes. Los propios poetas, más allá de los místicos, se han encargado de propagar esta idea. Paul Valéry sostenía que el primer verso lo envían los dioses. Tras él lo han repetido otros muchos. Los poetas se sienten tocados por una gracia divina.

"Tú por tu sueño, y por el mar las naves" es un verso de Gerardo Diego que pertenece a un hermoso soneto que solía recitar de memoria García Márquez, amante entusiasta de los poetas clásicos españoles en cuya fuente bebió hasta saciarse según cuenta en sus memorias. Por cierto, García Márquez sostenía que George Brassens, el irónico y corrosivo cantautor francés, posiblemente fuera quien mejor encarnaba la poesía de nuestro tiempo. En España, Paco Ibáñez, Amancio Prada, Joan Manuel Serrat, María del Mar Bonet o Joaquín Sabina, por no alargar demasiado la lista, han venido cumpliendo, a veces con sus propios poemas, a veces con poemas prestados, una función semejante a la que cumplió Brassens en Francia. En concreto, gracias a los discos monográficos que Serrat dedicó a Machado y a Miguel Hernández, se propagó de manera extraordinaria la obra de estos dos poetas. Los cantautores enlazan con el espíritu de los viejos juglares medievales que nos legaron un patrimonio poético de primera calidad en los primero balbuceos de nuestra lengua.

Pese a todo, José Ángel Valente desdeñaba hasta la náusea la poesía que pudiera servir de soporte a una canción. Dicho de otro modo, abominaba la poesía cantable. Ciertos poemas de Jaime Gil de Biedma o de Ángel González, fueron adoptados por cantautores. De ahí que Valente rechazara ser integrado en el grupo poético de los 50 al que, por razones cronológicas, le solían inscribir los críticos. En esos casos bufaba como un niño rabioso.

Raros, sí, los poetas suelen ser tipos raros, engreídos, maniáticos y sublimes. En los últimos tiempos buena

parte de la poesía discurre por caminos que resultan herméticos para el lector medio. Incluso para el lector con muchas horas de vuelo. Pero el malditismo no es un freno para los poetas, sino que les reafirma. Roberto Bolaño, que también escribió poesía, les admiraba por su obstinación, por su constancia, por sus exageraciones, por su manera de dar la espalda a los valores dominantes del sistema. En definitiva por su pedigrí artístico. Capaces de revolver el mundo para dar con el adjetivo preciso. Precisamente él, un creador obsesivo y desmesurado. Todo ese esfuerzo por pura complacencia, el arte por el arte, pues saben de antemano que, en el mejor de los casos, solo van a contar con una minoría de lectores. No les importa; ellos siguen buscando su espacio con tenacidad y luchan de manera incansable para sacar la cabeza, sobre todo en su juventud. Algunos, como Francisco Pino, que murió nonagenario, persisten y se depuran hasta alcanzar el virtuosismo, como si cada día arriesgaran un poco más con sus metáforas. Emily Dickinson acaso sea una de las pocas poetas que vivió de espaldas a esa guerra de vanidades. Tan solo publicó en vida un puñado de poemas en una revista y sin embargo dejó un legado fecundo que sus descendientes sacaron a luz tras su muerte. Es un caso atípico. Como en su día ocurrió con la poesía de Fray Luis de León, que publicaría Quevedo tras su muerte.

Con frecuencia las antologías o las revistas monográficas en las que se analizan las corrientes poéticas, acaban siendo una fuente de conflictos. Una antología, por muy extensa que sea, solo puede recoger un número limitado de poetas. Y entonces, los excluidos ponen el grito en el cielo. O conspiran promoviendo una nueva antología que les cobije. Pero nunca desfallecen y siguen sacando punta a sus inquietudes creativas, robando horas al sueño, pugnando consigo mismos y, a veces, también contra los otros. La saturación de poetas quedó muy bien expresada en la poética que escribió José Luis Jóver para la antología de poesía moderna. Se trata de una de las poéticas más originales que conozco. Se limitaba a enumerar, uno tras otro, los nombres de los poetas que aparecían con más frecuencia en el panorama español de aquel momento. Entre ciento cincuenta y doscientos nombres. Y, al final del listado, a modo de conclusión: "Sólo sé que somos muchos".

La poesía es lo más parecido a una enfermedad. Un novelista puede tener suerte y ver su libro convertido en un superventas. Y traducido a otras lenguas. O llevada su historia al cine. Ocurre de cuando en cuando. El dramaturgo aspira a encontrar una compañía teatral que rescate su obra del cajón y se la represente. El poeta convencido de que la poesía es un género de minorías, aspira a que lo lean unos pocos. Y cualquier método es válido. A la mayoría de los grandes poetas contemporáneos, es decir, los del siglo XX y XXI les llegó el reconocimiento después de morir. El tiempo, que todo lo decanta, actúa como una criba. Quizá Pablo Neruda fue uno de los pocos que alcanzó la gloria popular con su primer libro, escrito entre los 19 y los 20 años: "Veinte canciones de amor y una canción desesperada". Un fenómeno de gran alcance que rebasó las fronteras del idioma porque enseguida se tradujo a muchas lenguas cultas. El caso de Neruda es insólito.

En general los poetas son los malditos de la literatura. El poeta Luis Javier Moreno hablaba de la condición miserable de la poesía, un género al que la sociedad le da la espalda por sistema. Pero no sólo la sociedad da la espalda a la poesía, el propio mundo literario, a su manera, la margina también, como si se tratara de una parienta pobre y apestada. Es fácil observar cómo los anaqueles de las librerías convencionales han ido reduciendo el espacio que dedicaban a la poesía. En los escasos programas televisivos especializados en literatura, casi nunca aparecen los poetas. Los suplementos literarios también les conceden un espacio residual. Libros de viaje y aventura, ensayos, guionistas, libros infantiles y juveniles, libros de cuentos y, sobre todo, novelas. De manera que, poco a poco, la poesía se adelgaza hasta hacerse casi invisible.

Y, pese a todo, en los momentos trascendentes de la vida, la poesía se abre paso con una naturalidad pasmosa situándose en el centro de la escena. Cuando los adolescentes comienzan a cortejarse la poesía emerge entre ellos de manera espontánea; o se camufla en forma de canción; también se hace presente en los ritos fundamentales como bodas o entierros, en esos momentos decisivos de la vida en los que necesitamos decir algo transcendente con pocas palabras. Un poema entonces es una tabla de salvación. Alcaldes y concejales se apoyan en los poetas cuando han de casar a una pareja para expresar sentimientos esenciales. Los adolescentes, en sus ritos de cortejo, se envían por teléfono canciones que enmascaran declaraciones de amor. Las canciones, poesía al fin, también dicen con pocas palabras mensajes que tocan el corazón. Incluso, con frecuencia nos apropiamos de una poesía o de una canción sin reparar en el autor, siguiendo la estela de aquel poema de Manuel Machado:

> "Hasta que el pueblo las canta
> las coplas, coplas no son,
> y cuando las canta el pueblo
> ya nadie sabe el autor."

Por todo ello los poetas son los seres más vulnerables y delicados del universo literario; suelen tener una sensibilidad refinada, ajena a los convencionalismos. Algunos parecen envueltos en un aura desconcertante de tal manera que ejercen una atracción especial, hasta el punto de que estar a su lado equivale a ver el mundo iluminado con su mirada oblicua. Como consecuencia del ensimismamiento en el que viven los poetas, en ocasiones producen un rechazo instintivo porque, encerrados en su propio caparazón, les percibimos como tipos ebrios, neuróticos, como si la poesía les hubiera perturbado hasta hacerles perder pie con la realidad.

La vida de los poetas suele estar salpicada de historias sorprendentes. Fruto de la atracción que ejercen, me propongo contar historias relacionadas con ellos, con su sensibilidad, con la fascinación que me provocan. Lo que llamaría la mirada poética o los gestos poéticos que, por supuesto, no son exclusivos de los poetas; en realidad a nuestro alrededor se producen cada día cientos de gestos poéticos conmovedores: en la calle, en el trabajo, en los hospitales o en los centros de enseñanza. Y casi siempre protagonizados por personas que no escriben poesía. Pero suelen ser los poetas quienes los encarnan con más naturalidad y acaso con más frecuencia. Los gestos poéticos han iluminado mi camino como lector o como simple oyente del mundillo literario. Lo que me propongo al rescatar este puñado de historias es que una parte de esa luz siga alumbrando a nuestro alrededor, porque si se apagara el mundo que habitamos sería más cerril y mostrenco.

Federico en Compostela

Primeros días de otoño de 1916. Federico tiene 18 años. Desde Granada donde estudia Derecho y Filosofía y Letras, hace un viaje con sus compañeros de estudios para visitar varias ciudades españolas bajo la dirección del profesor Domínguez Berrueta. A su paso por Salamanca aprovecha la ocasión para saludar a Unamuno como ya hiciera en el viaje del curso anterior saludando a Machado cuando, en un viaje por algunas ciudades andaluzas, visitó Baeza. Les conocía a través de su obra. Cuando llega a Santiago de Compostela siente un pálpito especial porque allí nació Rosalía de Castro en 1837, es decir, ochenta y un años atrás. Si Rosalía hubiera alcanzado una vida longeva también podría haber ido a saludarla; pero los poetas románticos solían morir muy jóvenes y cuando Federico llega a Santiago, Rosalía llevaba más de treinta años enterrada. Había muerto en Padrón en 1885, con 48 años. Había muerto en Padrón, pero estaba enterrada en la iglesia de Santo Domingo de Bonaval, en el Panteón de los Gallegos Ilustres. Federico decide visitar su tumba, aunque antes, aquí y allá, estamos en plena primavera, se agencia un ramo de flores silvestres. Un gesto inefable. Federico, con 18 años, llevando un ramo de flores a la tumba de Rosalía. Se trata de un síntoma, tan sólo un síntoma de su sensibilidad. Creo que con ese gesto se anuncia el poeta arrollador que está a punto de llegar.

La historia la contó Amancio Prada desde el escenario. Para hacerla más poética, dijo que Federico tenía 17 años. Creo que hizo bien quitándole un año. La pequeña mentira concede más realce a la historia. Tenemos que imaginar a Federico adolescente con buena parte de la tradición poética española ya asumida, llevando tembloroso un ramo de flores a una de las grandes poetas españolas. Como si en ese gesto, Rosalía, en agradecimiento, le trasmitiera su sensibilidad o le otorgara sus poderes. Rosalía y Federico, dos gigantes unidos por un ramo de flores. Entonces Federico era tan solo un chaval pero ya apuntaba maneras y el gesto lo confirma. Luego, con el tiempo, Federico escribiría los seis romances en gallego, bajo el impulso de las "fuerzas formidables" del paisaje y de la cultura.

En mi último viaje a Santiago visité el Museo del Pobo Galego situado en el antiguo convento de Santo Domingo. Era febrero. Había llovido tanto en los días previos que el ambiente de la gran nave rezumaba humedad. En la Iglesia vacía, frente un altar, me detuve ante a la tumba de Rosalía, levantada por suscripción nacional según reza la inscripción. Frente a la tumba la estatua en bronce de un hombre barbado con aspecto de enciclopedista tiende su brazo para ofrecer un ramo de flores. Al verlo, imaginé, no sé por qué extraña asociación, que se trataba de Federico, pero, por supuesto, no el Federico adolescente, sino un Federico llegado expresamente del más allá vestido con levita para eso, para depositar un ramo en la tumba de su ilustre colega. Ilustre es un adjetivo que se emplea con cierta frivolidad. Pero aquí sí; a Rosalía le cuadra a la perfección. Y hasta parece que pudieran cuadrarle aquellos versos que Federico escribió para Yerma:

> "Si tú vienes a la romería
> a pedir que tu vientre se abra,
> no te pongas el velo de luto
> sino dulce camisa de Holanda."

Los ruiseñores de Huidobro

El poeta Vicente Huidobro nació en Santiago de Chile en 1893 y murió en 1948. Era miembro de una familia

acaudalada. Se suele decir que los ricos no tienen alma de poetas, pero a Huidobro le gustaba sacar jugo a las palabras, exprimir el lenguaje, hacer juegos malabares y contorsiones con ellas, cambiarles el género y darles vuelta como si fueran calcetines:

"La violondrina y el goloncello."

Jugar, jugar y jugar. No se cansaba de experimentar, como si fuera un niño con la cabeza llena de proyectos palabreriles. Nada se le ponía por delante. Sostuvo que "no hay amores ilegítimos". Dicho ahora puede carecer de importancia, pero también en eso fue un adelantado. Se le considera el impulsor de El Creacionismo, uno de aquellos movimientos estéticos que tanto agitaron las aguas a principios del siglo XX. Viajó a Europa en 1916 con su mujer y dos hijos. Como los niños eran pequeños, para que no extrañaran los alimentos primordiales que tomaban en Santiago, montó en el barco la vaca que les suministraba la leche. Una excentricidad de poeta rico, puede pensar alguien. De acuerdo. Cuando, siete años después, regresó a Santiago tras vivir en Madrid y, sobre todo, en el París más vanguardista; antes de embarcarse un amigo invitó a su familia a pasar unos días en su finca de Mallorca y allí Huidobro descubrió los trinos de los ruiseñores. Quedó fascinado con el canto de este pájaro madrugador que, desde el África tropical, emigra cada marzo a Europa y a Asia para anunciar la primavera. Huidobro se preguntó extrañado cómo no conocía su canto. Bueno, le aclaró su amigo, es que este tipo de ruiseñor no habita en América. Pues habitará a partir de ahora, dijo resuelto Huidobro. Como he dicho, nada se le ponía por delante. No quería que sus paisanos quedaran huérfanos de aquellos trinos que tanto le habían maravillado. Y puso en marcha un plan desmesurado movilizando a los encargados de las fincas de la isla para que cazaran el mayor número posible de ruiseñores. Y le cazaron seiscientos. Con liga, un método apenas indoloro, para que llegaran vivos a Chile. De eso se trataba. Pero, ¡ay!, el ruiseñor es un pájaro insectívoro que se alimenta de moscas y mosquitos. Además es muy delicado y no soporta la cautividad ni los fríos patagónicos. En definitiva, después de tanto esfuerzo y pese a los cuidados que recibieron en el barco, ningún ruiseñor llegó vivo a la otra orilla. Si hoy Huidobro se hubiera embarcado en una empresa semejante habría sido acusado de depredador y posiblemente hubiera acabado en la cárcel. Pero estamos hablando de gestos poéticos y, bajo ese prisma, la generosidad de Huidobro no tiene límites. Solo hay que pensar en la movilización de tantos encargados de fincas en las madrugadas mallorquinas para cazar a un pájaro tan tímido y escurridizo como el ruiseñor. Y, todo, por ese afán de Huidobro de hacer partícipes a sus paisanos de una emoción estética como la vivida por él tras escuchar sus trinos. Aunque no hubiera escrito nunca una sola línea, por este gesto magnánimo, Huidobro debería figurar en las mejores antologías del género.

Machado en Portbou

Febrero de 1939. España en guerra. Las tropas de Franco han ido avanzando. Los republicanos ya dan la guerra por perdida. Miles de personas huyen hacia Francia tratando de salvar el pellejo. La inmensa mayoría lo hace a pie, algunos en carros o caballerías, unos pocos privilegiados en coche. Los que huyen a pie forman una turba de hambrientos y desarrapados que avanza penosamente por las cunetas cargados de bultos y atadijos. Algunos han ido muriendo por cansancio o por hambre. Las escenas son descorazonadoras. El grupo de los Machado, además de don Antonio y su madre muy anciana, lo componen su hermano José, su cuñada y dos sobrinas. Doña Ana, la madre de los Machado, con la cabeza perdida, pregunta de cuando en cuando si queda mucho para llegar a Sevilla. Don Antonio está enfermo y camina con lentitud. El periodista Corpus Bargas, que circunstancialmente se ha unido a la comitiva de los Machado, ha de tomar a la madre en brazos para cruzar la frontera.

En uno de los coches que pasan al lado de la turba va la escritora María Zambrano con su hermana Araceli, su marido y la madre de ambas. El marido de Araceli detenta un cargo oficial. Don Antonio había sido el profesor de francés de María en el instituto de Segovia y, además, contertulio y amigo de su padre, don Blas Zambrano, profesor de Filosofía en la Escuela Normal de Segovia. Don Blas había muerto en Barcelona un año antes.

Los Zambrano, al ver a los Machado, detienen el coche y los invitan a subir, al menos a don Antonio y a su madre para aliviarles el camino. Don Antonio declina la invitación y responde: a pie, nosotros seguimos a pie, al lado del pueblo.

Una amiga médica que ha estudiado los síntomas de la enfermedad, me dice que es muy probable que Machado padeciera un cáncer de pulmón sin diagnosticar. Por su debilidad extrema. De hecho, moriría unos días más tarde en Colliure. Durante la guerra, don Antonio había gozado de ciertas prebendas y atenciones por parte del Gobierno Republicano; el chalet en el que vivió en Burjasot, cerca de Valencia donde se había trasladado el Gobierno de La República, había sido requisado. Al fin, don Antonio era una gloria nacional. Pero cuando la

derrota es inminente y ya no hay esperanza, moralmente hundido y físicamente agotado, don Antonio, orgulloso y digno, declina el privilegio que le ofrecen y responde: seguimos a pie, al lado del pueblo. Con lo fácil que habría sido caer en esa tentación. Al menos, para su madre demenciada y para él, exhausto. Pero no: seguimos a pie, al lado del pueblo. Como si ese gesto diera más respetabilidad, todavía más, a un poeta radicalmente coherente en el que se confunde la vida y la obra.

Claudio Rodríguez en el Burgo de Osma

Tomás Sánchez Santiago, poeta y narrador zamorano, ejercía en aquellos días como profesor de Lengua y Literatura en el instituto de El Burgo de Osma, una villa histórica de la provincia de Soria con trazado medieval y catedral gótica. Había cursado una invitación a su paisano Claudio Rodríguez, el poeta excéntrico y dipsómano, autor de cinco libros de poemas excelentes. Uno de ellos contiene "Alto jornal", que algunos críticos entusiastas se empeñan en destacar como el mejor poema de la segunda mitad del siglo XX. ¿Cómo se mide eso? Otra excentricidad poética. Pero qué más da; acaso sea una manera de significarle, de decir que estamos ante un poeta admirable y excepcional. La invitación consistía en un recital para los alumnos del instituto, posiblemente con cargo a un plan de lectura subvencionado por el Ministerio de Cultura. Claudio llegaría desde Madrid la víspera en el coche de línea y sería hospedado en el hotel más postinero de la villa. El hospedaje con cargo al instituto. Tras dejar su pequeño maletín en la habitación, como incansable rastreador de la vida, le pediría a Tomás que le acompañara a dar un paseo por las calles venerables y, de paso, hacer una ronda por las tabernas. Claudio y las tabernas. Plantado ante el mostrador, los ojos entreabiertos y con esa voz ligeramente acampanada, convertida en un río desbordado y sentencioso. Claudio hablando con los taberneros mientras le servían el vino peleón de los parroquianos. Claudio interesándose por los pequeños detalles, por los fríos, por los hielos, por las cosechas. El oído atento a esas palabras que a veces emplean en los pueblos y que parecen directamente salidas de El Quijote o de El Arcipreste. Claudio y su melopea de frases mientras pide otro vino con voz ligeramente acampanada, distinguido y encorbatado, como si acabara de llegar de Oxford donde, recién licenciado, trabajó cuatro cursos como lector, acaso los cuatro años más insólitos de su vida por verse sometido a un horario y a las obligaciones subsiguientes siendo tan anárquico y caótico como era. Luego, cuando regresó, no tuvo nunca un trabajo regular. Conferencias, cursillos, lecturas y paseos. Y sus visitas frecuentes a las tabernas del barrio donde iban los obreros para beber el vino peleón del pueblo. Y para jugar con ellos al tute y al subastado. O para desafiarlos a una partida de futbolín.

Hay que suponer que, en algún momento, en medio del frío y del trasiego, Tomás, a regañadientes, le llevaría hasta una casa de comidas para tomar algo sólido, aunque Claudio, esquivo, no se aviniera con la formalidad y la quietud que exige la mesa de un comedor.

Aquella noche, Tomás, haciéndose cargo de su paisano, asumiendo sus manías, tratando de conducirle lo antes posible al hotel para que estuviera fresco a la mañana siguiente, cuando llegara el momento de la intervención ante los alumnos y el resto de los profesores a los que habría encarecido la transcendencia del poeta. Pero Claudio, indómito e inflexible, como siempre. "Estamos en derrota, nunca en doma", había dejado escrito. Hay que tomar el pulso a la noche, Tomás, qué prisa tenemos, hay que disfrutar del frío de la noche. Y así, tirando de él, tratando inútilmente de ancaminarle hacia el hotel, Tomás, tan cristiano, tan sufrido, tan cabal, mirando de reojo el reloj, barruntando la catástrofe del día siguiente, mientras Claudio, de taberna en taberna hasta el triunfo final, con la cabeza levemente erguida farfullaría sus observaciones metafísicas, hablando del fulgor de las estrellas, de la intensidad del silencio, hasta que por fin, por fin, llegara la hora, a eso de la tres o las tres y pico, cuando ya se hubiera marchado el último cliente de la última taberna, cuando más arreciara el frío de la madrugada. Allí, en el hotel, le dejaría Tomás con una frase de circunstancias: "que descanses, Claudio, ya sabes que mañana a las ocho y media vengo a por ti". Algo así. Y Tomás, apurado, envuelto en el abrigo, con la bufanda liada al cuello, a paso ligero, se dirigiría a su casa en medio de la soledad de las calles, temiendo el desastre no del día siguiente, sino en las próximas horas. En realidad antes de cuatro horas debería estar listo, tras un sueño rápido, vaciar la vejiga, meterse la ducha, beber un café y pasar de nuevo por el hotel a recoger al invitado, el poeta al que tanto admiraba, el poeta que vivía de espaldas a las convenciones, el poeta que había llegado a El Burgo de Osma, solo por no desairar a su paisano, el joven poeta y profesor.

De manera que cuatro horas después nos imaginamos a Tomás somnoliento, de vuelta en la recepción, frente al mismo recepcionista, preguntando por Claudio Rodríguez, el pasajero que ocupa la habitación 34. ¿El de la 34 dice usted? Ese señor salió hace más de una hora, respondería el recepcionista. No es posible, afirmaría

perplejo Tomás. Y, de seguido, incrédulo todavía, le pediría por favor, siempre por favor, si no le resulta molesto, que marque el teléfono de su cuarto. Y el recepcionista, por no contrariar al joven profesor, marcaría el número; nadie respondería al otro lado. Si ya le digo que salió hace más de una hora. Hace más de una hora todavía era de noche, calcularía Tomás; como aquel que dice está empezando a amanecer. ¿Dónde podía haber ido? Se preguntaría Tomás. El recepcionista se encogería de hombros y luego, a modo de explicación diría: me ha parecido que salía con prisa.

Y entonces Tomás, más perplejo que nunca, saldría a la calle desesperado mirando con estupor a todas partes; entraría en las tabernas más madrugadoras para echar una ojeada rápida, entrar y salir, para ver si el poeta dipsómano, como acostumbra, se ha colado en una de ellas, pero ni rastro; mientras la hora fijada para el recital se acerca y la catástrofe se anuncia inminente e irreparable. Y, tras la ronda por calles y bares, Tomás, con el desconcierto y la desazón reflejada en su cara, regresaría al hotel desesperado. Y allí, en la recepción, sentado en un sofá, ojeando el periódico del día, se daría de bruces con el poeta. ¡Claudio, por fin! Quedamos a esta hora y aquí me tienes, le diría tranquilo a modo de saludo. Pero estuve aquí antes y ya te habías marchado. Qué susto me has dado. Una calandria, fue por una calandria, le aclararía el poeta. ¿Una calandria?, preguntaría Tomás. Bueno, es que mi habitación da a una zona arbustiva. Las calandrias machos buscan la espesura de los arbustos para cantar y atraer a las hembras. Serán las primeras calandrias de la temporada. En realidad es muy pronto. Pero ahí estaban ellas cantando enloquecidas, estremeciendo el aire. Como no lo he podido resistir, me he levantado para verlas, para intentarlo al menos, porque son escurridizas. No lo he conseguido. ¡Pero Claudio, con este frío! Qué importa el frío si estás al lado de una calandria que es la encarnación de la primavera. Ya ves, he tenido que venir al Burgo de Osma para escuchar a la primera de la temporada. ¿Pero has desayunado? No me ha dado tiempo. Bueno, en ese caso, toma un café rápido y, si te parece, nos vamos enseguida. Seguro que a estas horas estarán inquietos, esperándonos.

Pereira y Mestre, pared con pared

Antonio Pereira nació en Villafranca del Bierzo (León), en 1923. Fue un niño enclenque y enfermizo al que le dio por la lectura y, con los años, derivó en literato. Cuentos, sobre todo escribió algunos libros de cuentos magníficos, pero también algún libro de poesía en el que deja constancia de su retranca y su mirada tierna y solidaria sobre el mundo. Su padre tenía una ferretería en un barrio periférico de Villafranca que Antonio, en sus cuentos, llamó de la Cábila. Al lado de la ferretería, pared con pared, estaba la panadería de los Mestre en la que Juan Carlos Mestre nació en 1957, es decir, 34 años después que Pereira. En aquella época Pereira ya vivía en León, casado, pero sin hijos. Nunca los tendría. Se supone que los dos vecinos coincidirían en las fiestas del pueblo, en las visitas que Antonio hiciera a su familia cuando Mestre era un niño. Luego le vería crecer y hasta es posible que alimentara aquellas veleidades literarias que apuntaba el hijo del panadero, pero siempre con la diferencia de edad como un abismo tajante. Mestre, lector curioso, apuntaría maneras de poeta y charlaría con aquel extraño vecino que ya había escrito algunos libros y que posiblemente le hablara con familiaridad de escritores reconocidos. Pasa el tiempo y Mestre, tras acabar estudios de Periodismo en Barcelona, donde ha conocido a Alexandra Domínguez, pintora y poeta chilena, se instala en Chile con ella. Mientras tanto, Pereira, vende la empresa que ya le ha proporcionado beneficios para encarar la vida sin sobresaltos y ahora, como un rentista acaudalado, dedica el tiempo a su verdadera pasión: leer y escribir, al lado de Úrsula, su mujer, los meses fríos en Madrid y los meses cálidos en León, como un hacendado ilustre.

Cuando Mestre y Alexandra regresan de Chile se instalan en Madrid; carecen de trabajo y de recursos. Las cosas no han pintado bien por allí. De ahí que regresen a España. Pero ¿qué hacer?, ¿cómo ganarse la vida?, ¿por dónde empezar?, se preguntan. Para entonces Mestre ha dejado señales de su calidad poética en los círculos minoritarios en los que se mueve el mundillo; ha conseguido algún premio prestigioso, pero ya es sabido que de la poesía no se puede vivir. Así que acude a ver a su vecino de Villafranca, un hombre de mundo que goza de cierta posición y derrocha simpatía en las tertulias del café en las que se relaciona con gente bien situada. Mestre le expone los apuros por los que atraviesa y Antonio le dice que no debe preocuparse, que lo deje en sus manos, que le buscará algún empleo digno donde pueda meter cabeza. Pero esos trámites, llamadas, citas, llevan su tiempo; no se puede presionar a quien le pides un favor. Mientras tanto, le dice, no quiero que Alexandra y tú paséis fatigas. Antonio abre el cajón de su mesa, saca un talonario de cheques y ante la mirada atónita de Mestre los va firmando uno tras otro. Todo el talonario. Ahora, le dice poniendo el talonario en sus manos, lo único que tienes que hacer es rellenarlos a tu nombre con la cantidad que en cada

momento necesites. Tengo crédito en el banco, así que no paséis apures.

Mestre, abrumado por el gesto magnánimo, se negaba a aceptar, pero ante la insistencia de Pereira, se metió el talonario en el bolsillo interior y salió de casa con tal embarazo que no sabía qué hacer. Ni un padre hubiera hecho lo que hizo Antonio conmigo, diría después. Tanta generosidad. Por suerte, me contaba unos años después, alguna de las gestiones que hice por mi cuenta para buscar trabajo, dieron pronto resultado y no necesité ir al banco con el talonario de Antonio para sacar dinero. Por ello, unos días después, volví a casa de Pereira para devolvérselo.

Todo esto me lo contaba Mestre, el gran Juan Carlos Mestre, con esa voz de terciopelo que parece que sale de una mina con la que recita sus poemas y los poemas de tantos poetas admirados, una voz que conmueve a la gente que acude a sus recitales. Todavía vivía Pereira y me emocioné al saber aquella historia por lo mucho que le admiraba. Así que, no pudiendo contenerme, le llamé.

Antonio, no sé si eres más grande como poeta o como persona, le dije.

¿A qué viene eso?, me preguntó con su voz abacial y aquel tono zumbón que gastaba.

Y le refresqué la memoria contándole por encima la vieja historia que unos días antes me había relatado Mestre.

¿Yo? ¿Un Pereira? No le hagas caso. Trata de desacreditarme. Con lo buenos administradores que hemos sido siempre los Pereiras. Tacaños no, pero sí económicos. Si ya lo decía mi padre: desde antiguo los Mestre, buena gente, sí, pero una familia dada a las quimeras.

Lucena tropieza con Cuenca

Cuando en 2007, Manuel Lara Cantizani, poeta y profesor de instituto en Lucena, (Córdoba), fue elegido concejal del Ayuntamiento de su pueblo por el Partido Socialista y nombrado concejal de Cultura, pensó en un nombre adecuado para designar las nuevas avenidas abiertas en el ensanche de la ciudad; entonces se acordó de dos de los poetas que, como lector, más le habían conmovido y propuso los nombres de Joan Margarit y a Luis Alberto de Cuenca. En la comisión de Cultura, la oposición del Partido Popular, se lo reprochó.

¿Quién son esos señores?

Son poetas extraordinarios, les dijo. Y están vivos. Se les puede invitar a la inauguración; sería un honor para Lucena contar con ellos.

¡Grandes poetas, grandes poetas! Seguro que se trata de amiguetes suyos.

El viejo sectarismo que tuvo que soportar Azaña en propia carne. O Unamuno que hablaba indignado de los hunos y los hotros. El sectarismo en España viene de lejos. Estrabón, el geógrafo latino, también dejó constancia de las peleas irreconciliables entre las tribus de la península ibérica. Se ve que en cuestiones ideológicas y territoriales no hemos progresado mucho.

Bueno, sí, les conozco –aceptó Lara Cantizani.

¡Y serán de su partido, como si lo viera!

Que yo sepa, Margarit no milita en ningún partido.

Suena a catalán.

Lo es, un excelente poeta catalán.

Vaya, catalán. ¿Y el otro?

El otro, Luis Alberto de Cuenca, fue Director de la Biblioteca Nacional y después Director General de Cultura, dos cargos muy relevantes desempeñados bajo el Gobierno del señor Aznar. Si propongo que les dediquemos una calle es por su poesía; son grandes poetas.

Bueno, sí, poetas, grandes poetas. No se lo discuto, ¿pero se puede saber qué han hecho esos poetas por Lucena?

Por Lucena, nada de nada, es cierto; Cervantes tampoco hizo nunca nada por Lucena. Y no por ello se nos ocurriría cambiar la calle ni el Instituto que lleva su nombre.

Pese a los recelos de los concejales de la oposición, hoy en Lucena, hermoso gesto, se puede transitar por la calle de Joan Margarit o enviar una carta a la Avenida de Luis Alberto de Cuenca.

Aunque solo fuera por eso, por haber conseguido poner dos nombres de poetas ilustres al callejero de mi pueblo, decía Lara Cantizani, doy por bien empleada la siempre quisquillosa experiencia política.

Juan López Carrillo y la clave nuclear

El poeta Juan López Carrillo, hijo de emigrantes andaluces, nació en La Ampolla, al sur de Tarragona, y vive en Reus. Ha desempeñado trabajos variopintos, como camarero, albañil o representante de seguros caninos. Lo que fue encontrando, a salto de mata, para salir adelante. Ramón Oteo, su profesor de instituto, despertó en él la curiosidad por la poesía que luego apuntalaron sus amigos y colegas Ramón García Mateos, Alfredo Gavín o Eduardo Moga con los que formó una de esas sociedades semisecretas que montan los poetas. Juanito López Carrillo tiene un don natural para la poesía; ha atravesado largas crisis existenciales, pero cuando le surge la

inspiración, le brota a borbotones; por la contundencia de su pegada, recuerda mucho a Catulo. Cada poema es un dardo preciso y agudo. Apunta y dispara sin perderse demasiado en el ramaje florido de las metáforas. Así que, en medio de la orfandad en la que viven los poetas, él al menos ha rendido a un grupo de lectores no versados en los vericuetos líricos. "Los muertos no van al cine", uno de sus últimos libros, publicado por Candaya, una pequeña y heroica editorial catalana, atravesó el charco con la ayuda de una distribuidora, llegó a México y allí, por un azar, cayó en manos de Guillermo Saavedra, profesor de la Universidad de Monterrey que se quedaría deslumbrado con su poesía, tan deslumbrado que cuando en los días previos a las vacaciones, ante la reticencia que mostraban muchos de sus alumnos con la lectura, les recomendó que leyeran cinco libros que, estaba seguro, no les decepcionarían: el "Romancero gitano" de García Lorca, "Los premios" de Cortázar, "La despedida" de Milan Kundera, "El Quijote" y "Los muertos no van al cine" de Juan López Carrillo. Así supo, gracias a la magia de Internet, que aquel profesor entusiasta de la lectura, le había situado al lado de los clásicos más renombrados de la literatura. En su recomendación el profesor Guillermo Saavedra decía: "Este poemario de Juan López Carrillo derrocha vitalidad, humor, nostalgia y dolor…El poemario ha sido también un éxito cuando lo he leído en el salón de clases. Ha suscitado interés para tenerlo a jóvenes que no imaginaba quisieran un libro de poesía"

En aquellos días felices, López Carrillo trabajaba como secretario del grupo socialista en la Diputación de Tarragona, un puesto inestable en el que se mantuvo durante alguna legislatura, pero como la política está sometida a tantos vaivenes, le acabaron echando, pese a que, por su talante abierto, despertara simpatías unánimes entre los diferentes grupos, ya que ejercía su trabajo con el desenfado arrollador de los gordos felices.

Tras una temporada en el paro, sus viejos correligionarios, le buscaron un puesto como asesor del Subdelegado del Gobierno. La provincia de Tarragona tiene dos centrales nucleares, sometidas a rigurosos protocolos de seguridad. Juan López Carrillo, excelente poeta, es un ciudadano extravagante y desorientado con una contrastada impericia para los asuntos prácticos.

Por eso, precisamente por eso, me contaba, tuvo una extraña sensación cuando le llamaron las fuerzas de seguridad para darle instrucciones precisas sobre el protocolo que tendría que seguir en el hipotético caso de que, en ausencia del Subdelegado de Gobierno y de su secretario, se produjera una catástrofe nuclear. ¿Me imaginas abriendo un maletín lleno de claves y dando órdenes en momentos tan delicados? ¿Cómo decirles que en realidad yo era un poeta torpe y que declinaba cualquier responsabilidad, pues nada bueno podría suceder a la ciudadanía si me tuviera que poner al mando de un maletín tan sensible.

Tres meses después Juan López Carrillo fue arrollado por una de tantas crisis políticas que sumada a la larga crisis económica le empujó a la cola del paro a una edad en la que van quedando a trasmano las esperanzas juveniles. Ahora subsiste gracias a una de esas pensiones que dan a los parados de larga duración.

Qué desesperante, me dice cuando hablo con él por teléfono. Menos mal que ya no tengo en mis manos la clave del maletín. A ciertas edades y con ciertos kilos, cuando llevas tiempo hundido en el paro, sin esperanzas, el gesto más poético que se te ocurre, sería lanzarme a la mar convertido en pirata o apretar el botón de uno de aquellos maletines para ver cómo salta el mundo.

Quiero pensar que son delirios de poeta y que no habría que apretar ningún botón; se trataría de un simple maletín con ciertas instrucciones básicas. Y es que en los momentos bajos, ni siquiera sirven de consuelo las recomendaciones del profesor Saavedra que situaron a Juan López Carrillo al lado de las estrellas más rutilantes del mundo literario.

Las huebras de Fermín Herrero

Imagino a Fermín Herrero, entonces joven poeta numantino, ya licenciado de la Universidad, subido al tractor arrastrando los anchos arados de ocho surcos, recorriendo en extenuantes jornadas laborales las vastas parcelas de la hacienda familiar en Ausejo de la Sierra, en las estribaciones de Oncala, recreando la vista en las lomas y en los barrancos pespunteados de chopos y, por la tarde, de vuelta a casa, emborrachándose con los dulces atardeceres otoñales.

Al cuarto o al quinto día, ara que te ara, llamó a sus padres que por entonces vivían en Soria, para preguntar si había novedades. Y la madre: nada, hijo, por aquí todo sigue igual. ¿Cómo vas tú? Pues yo, ara que te ara, sin novedad, tampoco. Pero, de pronto, en medio de la conversación intrascendente, la madre: oye sí, se me olvidaba: el lunes llamó un señor preguntando por ti, un señor de Madrid, dijo; y dijo que te habían dado el premio don Hilarión. ¿El premio don Hilarión?, preguntó Fermín extrañado. ¿Lo ves?, eso pensé yo; pensé: esto me suena a chamusquina. Así que colgué el teléfono diciéndole al señor que estabas fuera por unos días y que no tenías teléfono. Eso, por no mandarle a las Batuecas,

con tantos embustes y tantas tomaduras de pelo. Solo hay que poner la televisión para verlo. ¿Así que, entonces, hice bien, hijo? Hiciste bien, madre.

Pero luego, tras colgar, Fermín comenzó a remover la memoria: don Hilarión, don Hilarión; no sería el premio Hiperión al que me presenté hace unos meses, que a veces mi madre tiene la cabeza tarumba. Y, entonces, se le aceleró el corazón; hizo un par de llamadas para dar con el teléfono y, poco después, consiguió hablar con Jesús Munárriz, el director de la editorial que convoca el premio que, casi de inmediato, le preguntó: ¿Pero, Fermín, dónde estabas; llevo tres o cuatro días, por diferentes conductos, tratando de hablar contigo. Y Fermín: ¿Qué donde estaba?: arando parcelas. Llevo una semana subido al tractor. Y Munárriz: ¿entonces es cierto? ¿Es cierto, qué?, preguntó Fermín. Que tu poesía es auténtica, quiero decir que lo que cuentas en "Echarse al monte" no es impostado, que no eres un falso poeta bucólico, ya me entiendes. Por supuesto, dijo Fermín, no soy como Villaespesa cuando, paseando por El Retiro, le hablaba de nenúfares a Unamuno sin saber de qué hablaba; yo hablo de lo que sé, esta es mi vida, las huebras, el ricio, el cierzo, las cencelladas. Si ya les decía yo a los del jurado que olía a verdad; menos mal que, en esta ocasión, hemos acertado, dijo Munárriz.

Cristino de Vera y Cunqueiro.

Algunos pintores, sin dejar de serlo, en realidad albergan alma de poetas.

El escritor Julio Llamazares nos contaba una mañana al pintor Jesús González de la Torre y a mí, que una de las sorpresas más agradables que podía depararle el día cuando salía de casa, en Madrid, era encontrarse con su vecino, el pintor canario Cristino de Vera; en su pintura se repiten los cirios, los tazones, los cipreses y las calaveras. Considerado un pintor místico, anda muy pendiente de los fenómenos atmosféricos, de las estrellas, de la luna y, sobre todo, pendiente del arco iris. Situado con obstinación de espaldas a la realidad mostrenca de los telediarios, la política, el fútbol, la crisis que no se acaba nunca, Cristino, nos decía Llamazares, termina siendo un bálsamo porque, al contarte la última experiencia cósmica en busca de un arco iris doble por los campos de Ciudad Rodrigo al lado de un amigo, te libera de los agobios y truculencias en los que chapotea el mundo.

Me acordé entonces de Quico Cadaval, el gran narrador oral gallego, que hacía una reflexión parecida sobre Álvaro Cunqueiro. También recordé a Fernando Pessoa que decía que la obligación del poeta es sacarnos de aquí. El "aquí" es la actualidad, el pequeño infierno que con tanto encono persiguen los periodistas. Estar informados, conocer la verdad, dicen ellos, cuando acaso para ser un poco más etéreos, para volar más alto, lo mejor sería estar desinformados, al menos, un poco más alejados de la realidad, lejos de la ponzoña que circunda el mundo.

Pero vuelvo a Cunqueiro y a Quico Cadaval que recita sus poemas y cuenta con desparpajo alguna de sus historias subyugantes protagonizadas por santos milagreros, enanos guardatesoros, caballos parlantes, muertos que regresan encarnados en cuervos, ciudades sumergidas, paraguas animados o curanderos prodigiosos, en fin, un mundo riquísimo y fantástico que acaso no fuera sino un bálsamo contra la realidad cotidiana, en aquellos días grises de la larga posguerra, donde el hambre y el rencor campaban a sus anchas y entonces, el poeta, para salir del infierno que reflejan las fotografías en blanco y negro de su Mondoñedo natal, con la gente flaca por no decir hambrienta, vestida con ropajes raídos y cara macilentas, en fin, la tristeza y la miseria cogidas de la mano, para escapar de todo eso, Cunqueiro, como si fuera una Sherezade que tuviera que salvar, no su cabeza, sino las cabezas de un pueblo hundido, le hubiera dado por relatar aquellas invenciones múltiples que, tantos años después, nos siguen teniendo boquiabiertos y maravillados.

Los silencios de Carlos Oroza

Conocí al poeta gallego Carlos Oroza en Madrid, hacia 1970. Era un hombre menudo y elegante que vestía con ropas sobrias; la distinción le venía de dentro, de una extraña luz que se reflejaba sobre todo en su mirada incandescente. Tenía una voz con resonancias metálicas y recitaba poemas de largo aliento influido por los versículos de Witman; a veces en sus poemas se camuflaban tintes onomatopéyicos tensionando el ambiente. Qué alarde verbal aquellos juegos de palabras, "Evamé, evamé", con los que hipnotizaba al auditorio. Luego, de pronto, se callaba y se producía un silencio tajante, como si tras una violenta chaparrada, el cielo repentinamente volviera a estar azul. Tan flaco y tan etéreo que siempre parecía a punto de levitar. Así era Carlos Oroza. Una vez me lo crucé en una confluencia de senderos en El Retiro; yo arrastraba a los veinticinco alumnos de mi clase de gimnasia y los detuve para que él pasara; hizo un gesto, como si nos cediera el paso, pero le dije: no, no, los poetas primero. Entonces sonrió, como si hubiera sido descubierto

y se echó a andar con aquella elegancia escueta, que no sé por qué, acaso por las hambrunas de fondo, recordaba a César Vallejo.

Lo perdí de vista durante mucho tiempo, hasta que un día leí su obituario en el periódico. Para entonces llevaba mucho tiempo viviendo en Vigo y era un hombre con más de noventa años. Se nos ha ido el poeta que amaba las palabras, pero que, sobre todo, amaba el silencio, el poeta que quería que sembraran trigo en las fronteras.

Unos meses más tarde, en una entrevista que le hacían al poeta Manuel Rivas, apareció Carlos Oroza en una de sus respuestas. Hablaba Rivas del silencio, de la importancia del silencio para que llegara el soplo de la poesía y ponía como ejemplo a Oroza. Solía ir a pasear por los parques más apartados de Vigo, donde vivió sus años finales, porque el paseo era su fuente de inspiración. Le agobiaban las muchedumbres que acudían a sus recitales. Durante los paseos trataba de concentrarse. Pero con aquella estampa tan distinguida, Oroza era un hombre fotogénico fácilmente reconocible y, entonces, en aquellos paseos, con frecuencia se topaba con alguien que le había escuchado en alguna de sus intervenciones y fascinado, se paraba a saludarlo. El poeta, contrariado por el saludo que rompía su concentración, decía:

—Pero, hombre, ¿cómo me interrumpe?, ¿no ve que estoy trabajando.

La cayada de Sánchez Ferlosio

Industrias y andanzas Alfanhuí, aparecido en 1951, en plena grisura franquista, es un libro poético e imaginativo y su autor, Rafael Sánchez Ferlosio, uno de los escritores más desconcertantes que conozco. Después de este libro escribió una novela, algunos cuentos y, sobre todo, ensayos farragosos, ahítos de oraciones subordinadas que dejan sin respiración al lector. Alfanhuí es, por tanto, su primera novela, publicada cuando Ferlosio contaba 25 años y en ella se cuenta la vida y el descubrimiento del mundo de un niño. Por lo que he comprobado es un libro que no suele cautivar a los niños del siglo XXI, atrapados por las fantasías sin cuento de la industria cinematográfica.

Que yo sepa Ferlosio no ha escrito nunca versos. Si le traigo a colación en este recuento de gestos poéticos es por una historia que me contó mi amigo y paisano, el poeta Emiliano de Lucas, que solía pasar buena parte de la mañana escribiendo en el Café Comercial de Madrid, donde, hasta su cierre, también aparecía de cuando en cuando Sánchez Ferlosio con el gesto adusto que acentuaban sus cejas enmarañadas y boscosas.

Aquella mañana estaba Ferlosio apoyado en la barra tomando su consumición cuando se acercó un hombre desharrapado y pidió una caña de cerveza. El camarero le dijo que se largara con gesto desdeñoso. El hombre insistió mostrando las monedas en la mano. A la escena asistía en primera línea Ferlosio que ya entonces se servía de una tosca cayada de pastor para caminar.

—Una caña —pedía el hombre.

—Que te largues, hombre, que te largues —le ninguneaba el camarero.

—Sólo una cañita volvía a insistir.

He imaginado el diálogo. La petición del mendigo topándose con el rechazo del camarero.

Y entonces, me contaba Emiliano de Lucas, Ferlosio, enfurecido, empuñó su cayada, descargó un golpe rotundo contra la barra, un golpe de indignación que retembló en el café y dijo:

—¡El señor es el señor y el señor le ha pedido una caña y usted ha de ponerle una caña! ¡Eso es lo que tiene que hacer con el señor!

El camarero, sin rechistar, como si obedeciera a un dios iracundo, tiró la caña del grifo, la puso sobre el mostrador y el mendigo la bebió, la pagó y se fue.

Después de asistir a una escena tan impactante no es fácil seguir escribiendo, me decía Emiliano. Aquello fue lo más parecido a uno de esos poemas visuales que paralizan el ánimo y devienen inservible y amanerada cualquier amago de poema.

El último gesto de Agapito Marazuela

Agapito Marazuela (Valverde del Majano , 1891 – Segovia, 1983) tuvo una vida perra y conmovedora. Su biografía recuerda a la de los primeros mártires cristianos escarnecidos por los romanos. Fue el único hijo que sobrevivió de los once hermanos que concibieron sus padres, campesinos de Valverde del Majano. Y lo hizo a duras penas, con una aguda carencia en la vista que le convirtió en una persona con graves limitaciones. Uno de sus ojos lo perdió a consecuencia de una operación catastrófica que le hicieron siendo niño. El otro ojo necesitaba de unas gafas de aumento con muchas dioptrías que le acercaba la realidad envuelta en una densa niebla convirtiendo sus movimientos en erráticos e inseguros.

Como muchos ciegos, pienso en Homero, en Salinas del que nos habla Fray Luis de León o en Joaquín Rodrigo, tenía un oído excepcional. De ahí su afán por

recoger los melismas que no encuentran acomodo en el pentagrama, esas notas rebeldes que se salen por la tangente.

Republicano hasta la médula, resistió la pobreza tras el hambre y el frío que durante ocho años pasó en las cárceles franquistas. Cuando salió, la pobreza y la precariedad siguieron a su lado, aunque viviera siempre con dignidad, sin renunciar a sus principios.

Dejó un cancionero de Castilla la Vieja y un disco extraño y maravilloso, una de esas joyas que no nos cansamos de escuchar. Y gestos, infinitos gestos de su bonhomía y su integridad.

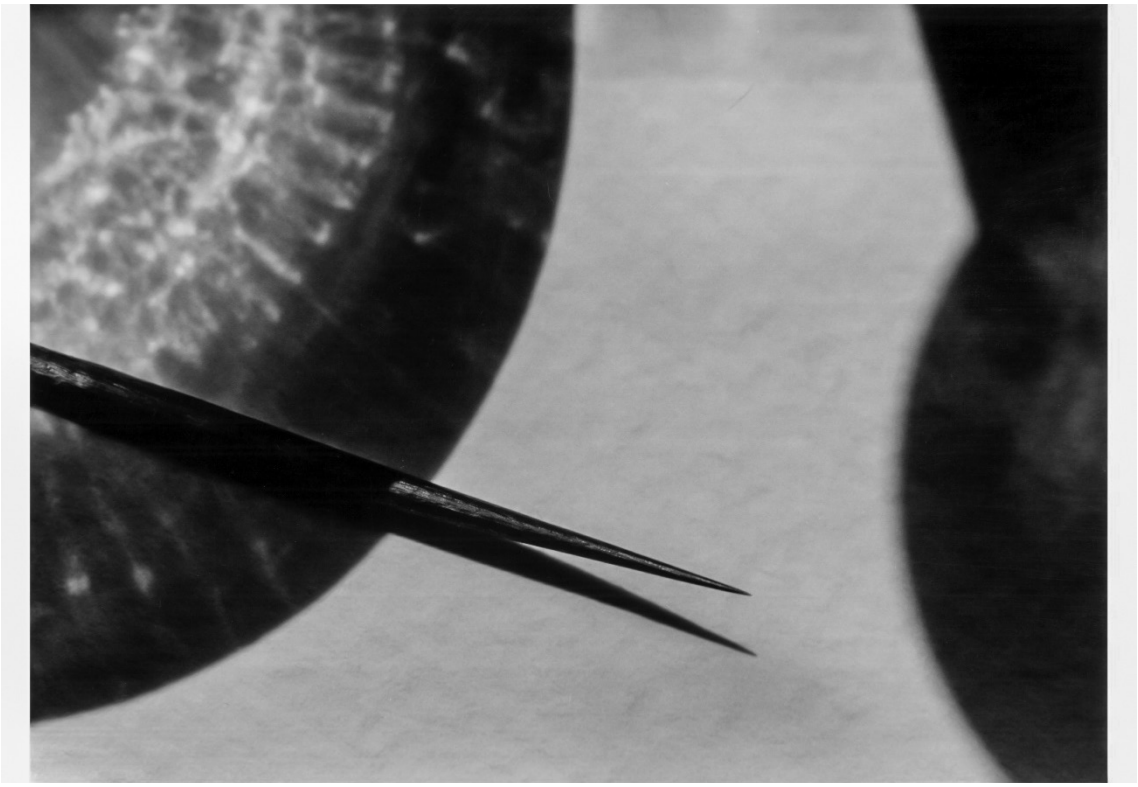
Por gratitud y admiración fui a verle al hospital de Segovia cuando supe que su vida daba los últimos traspiés en 1983.

Al traspasar la puerta de la habitación que me indicó la enfermera, me encontré con un guiñapo. Quedé tan desconcertado que no lo reconocí. Tan pequeño era que parecía que hubiera encogido. Estaba tendido sobre la cama con una camisola azulada y unos pañales que le cubrían las vergüenzas. Le habían amputado una pierna por encima de la rodilla y deliraba. Para que no se cayera de la cama, habían añadido a un lateral de la cama una balaustrada metálica como las que ponen en la cama de los niños. Una cuerda atada al balaustre le inmovilizaba la muñeca de la mano izquierda.

Daba una pena infinita. Me quedé un rato a solas, perplejo, anonadado, frente al cuerpo del maestro convertido ya en un despojo.

Pero, de pronto, en medio de sus delirios, comenzó a marcar el compás de una melodía con la mano derecha, como si estuviera ensayando cualquiera de las seguidillas o de los fandangos recogidos en su cancionero. Como si Agapito Marazuela se abriera paso hacia un reino celeste lleno de tonadas. O como si aquel cuerpo moribundo se resistiera a morir y, en su inconsciencia, en un gesto desesperado, tratara de entonar una marcha triunfal para espantar a la muerte.

Ignacio Sanz

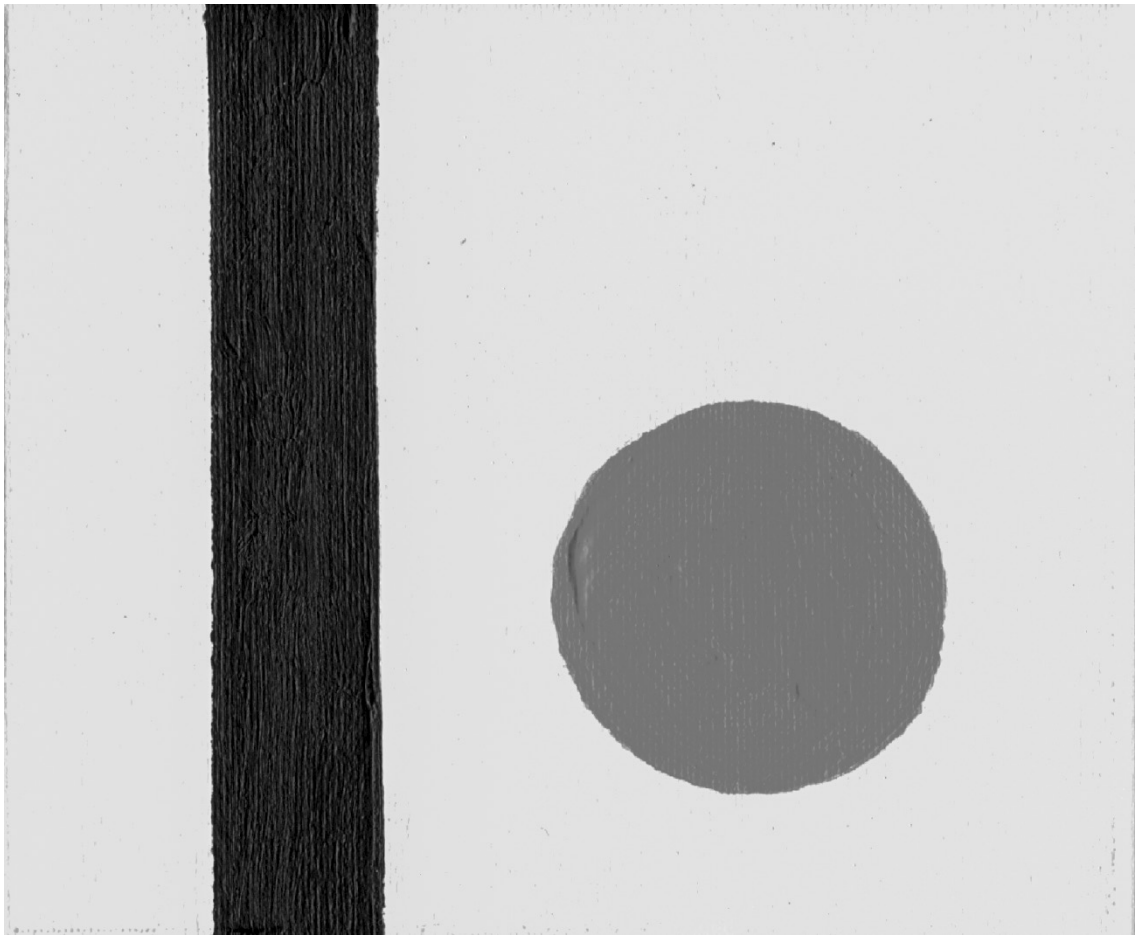


Fotografía: José Hernández "Chiqui"

Fotografía: Evaristo Delgado: *Santander, 2017*.

Noticias de...

Justo Jorge Padrón • Ángel García López • Carlos Murciano • José Corredor Matheos • José Luis Morales • Luis Alberto de Cuenca • Mercedes Agulló • Álvaro Valverde • María Ángeles Pérez López • Enrique Falcón • Enrique Gracia Trinidad • María Luz Escuín • Miguel Veyrat • Miguel Casado • Manuel Quiroga Clérigo • Juan Cruz Ruiz • Raquel Lanseros • Pascual Izquierdo • Francisco Caro • Carlos Clementson • Antonio Rodríguez Jiménez • Antonio Gracia • José Elgarresta • Rubén Martín Díaz • Eduardo Moga • Miguel Ángel Manzanas • Natalia Carbajosa • Póllux Hernúñez • Antonio Ferres • José María Muñoz Quirós • Tomás Sánchez Santiago • Iván Carabaño • J. Seafree • Susana Obrero • Javier Díaz Gil • Coriolano González • Alfonso Pascal Ros • Enrique Villagrasa • Alberto Cubero y José Luis de la Fuente • Luis Martínez de Merlo • José Miguel Junco Ezquerra • Santos Árevalo • Carlos Boves • José Iglesias Benítez • Virginia Araya • Tirsa Caja • Alberto Infante • Paco Morata • Javier Lostalé • Ángela Saiz • Alfonso Aguado Ortuño • David González • Chema de la Quintana • Gema Estudillo • Uberto Stabile • José Luis Reina Palazón • José Luis Torrego • J. Seco • José Antonio Sáez • Julieta Valero • María Ángeles Romero • Pablo Carbonell • Juan de la Cruz Romero • Valentín Gandásegui • TRECE SONETOS DE VITTORIA COLONNA (por Isabel Muñoz) • Pilar Fraile • José Daniel García • Basilio Sánchez • Rosa Lentini • Manuel Neila • Fermín Herrero • José Lupiáñez • Encarnación Pisonero • Alfonso González-Calero • Rafael Soler • Marisa Vaquero • Óscar Aguado • Máximo Hernández • Luz Pichel • Beatriz Villacañas • Teo Serna • Laura Rodríguez Galindo • Manuel Francisco Reina • Miguel Galanes • Manuel Cortijo Rodríguez • Isabel García Hualde • Pablo Jiménez • Josefa Parra • Mario García Obrero • Rafael Morales Barba • María Salgado • Beatriz Hernanz Angulo • Merxe Manso • Helena Rodríguez • María Victoria Reyzábal • Eva Yárnoz • Carmen Plaza • Ana Galán Vigo • José Luis Puerto • Rebeca Márquez • Mirta Fran • Pedro A. González Moreno • María Antonia Ortega • Jorge de Arco • Ricardo Virtanen • Chus Arellano • Laura Casielles • Santiago Gómez-Valverde • Xupe Ramírez • Olga Baselga • Santos Domínguez • Rafaela Gómez Lucena • Ernesto García López • Rubén Romero Sánchez • Carlos Aurtenetxe • Davina Pazos • Tania Panés • Federico Gallego Ripoll • Horacio Costa • Pepa Nieto • Gustavo Vega Mansilla • Esperanza Ortega • Francisco Jiménez Carretero • Matías Muñoz • Mircea Dan Duta • Cristóbal J. López de la Manzanara • Luis Felipe Comendador • Maxi Rey • Andrea Aguirre • Gonzalo Escarpa.



Francisco Peralto: *Don Quijote y Sancho.*

Justo Jorge Padrón

Somos Dios

esnuda ante mis ojos retornas del océano.
Es la hora turbulenta cuando el milagro ocurre.
¡Qué soledad sagrada hasta llegar
liberado y resuelto hacia tu compañía!

Las manzanas escuchan el latir de tus pechos
y el agua se desliza por tu piel
como una bendición que nos redime.
Prietos nos enlazamos, somos Dios.

En tu delicadeza el sol es un saludo,
la seducción más plena del relámpago.
¡Qué lección de entereza me está dando tu sangre
en el latir del día compartido!

Tener todo el coraje de soñar
y de palpar el riesgo que se abisma
en la pasión de ser el alma nuestra.
Sentir con otra sed la eufonía del gozo.

Ser la felicidad resplandeciente
de un instante elegido sin la mínima sombra,
sin esa inconsistencia que lo domina todo.
Oímos la amenaza de una nada en penumbras.

Amando eres más cierta que la noche y el día
como una paradoja vertiendo su temor,
pero al cantarte observo tu alborozo,
este ardor deslumbrante que irradias en la tierra.

Destello con tu risa y por los ojos fluyo,
sintiendo el corazón inmensamente
desde el alto desvelo de vehementes metáforas,
con ese don tan claro que me entrega tu vida.

Ángel García López

Temario oficial de las oposiciones a prefecto literario de jóvenes inclinados a lo mismo en el colegio de huérfanos de poetas ambidextros.

Desarrollo de la prueba:

Elección de un trío de temas, los cuales serán expuestos por escrito en protoverso o postmoderno, o en ambas habilidades a la vez, aunque en este último caso debe quedar en evidencia lo irreconciliable entre lo eterno y lo censurable chabacano. Recomendable, no más de cuatro horas para cada uno.

El Tribunal valorará lo "sentido" muy por encima de lo "pensado", teniendo en cuenta que el sentimiento no exige ningún esfuerzo intelectual, o tal cosa parece a los sofistas y a una opinión muy generalizada de conspicuos escritores.

En estos ejercicios no se penalizarán los distintos tipos de cacografías ni el presumible desconocimiento de la Sintaxis, la Prosodia o la Ortología, ya que, sin que nadie se escandalice, casi todos los poetas suelen huir de ellas como del diablo, al igual que de la peligrosa Ortografía..

Tampoco se tendrán en cuenta, y esto tranquilizará sobremanera, la carencia de vocabulario o la ausencia de una buena letra (manifiesta en lo parvulario de muchas caligrafías de innúmeros poetas celebrados), puesto que no todo el mundo nació con el arte y la destreza del pendolista ni los poemas se editan manuscritos. Además, para pergeñar un buen poema, no son necesarias más allá de unas docenas de palabras, que, como se sabe, suelen ser siempre las mismas. Sobrepasar esta cantidad sería un abuso reprobable y una pedantería.

El opositor tendrá que expresarse sin el auxilio de los abominables artilugios electrónicos, lo hará por su puño y letra, y sin complejos, hasta donde alcance su sabiduría y (dado que nada afecta para el desempeño de la Prefectura un nivel de instrucción determinado, sea éste autodidacto o de primeras letras, medio o superior, incluso de doctorado) sin ningún tipo de temor a que ello afecte la valoración final. Últimamente es algo manifiesto que todos estos niveles son homologables entre sí, casi idénticos en sus muchísimas virtudes.

No se entenderá como negativo el desconocimiento de la Preceptiva Literaria, materia que se aparta definitivamente de nuestros programas por quedar demostrado que con lo que hoy se denomina "verso libre", baúl en el que todo lo excelso cabe, tenemos recursos suficientes para crear textos sublimes. Sirva como ejemplo lo que sucede en muchos poetas consagrados actualmente ejercientes, sean hijos del Cuerpo (y, por tanto, antiguos alumnos de este Centro, fundación generosa de don Jorge Manrique, de la Orden de Santiago, primero entre los huérfanos) o procedan de gentes del común, fauna diversa letal y amorosamente atraída por esta ocupación tan agradable como estéril.

La puntuación para cada tema abarcará desde 0 a 25, amplitud que se considera necesaria para que cada uno de los jueces pueda valorar, con optimismo y generosidad, los mil matices y genialidades que, sin duda, habrán de producirse.

Los puntos mínimos exigidos para que el aspirante pueda alcanzar la suficiencia queda a criterio de los miembros del Tribunal, los cuales gozarán de atribuciones para, a la vista de unos resultados que por fas o por nefas atentasen contra el seguro éxito que reclama este Rectorado, poder reducir lo cuantitativo hasta donde fuese inevitablemente necesario, y ello sin perjuicio de que la calificación final vaya siempre acompañada de "cum laude".

Temario del examen:

ndar sin rumbo por la cuerda floja.
Ir al dentista de los tiburones.
Beber de un vaso sin abrir la boca.

Bajar, subiendo, la escalera rota.
Dormir despierto en varias posiciones.
Vivir con nadie y compartir su alcoba.

Nadar vestido sin mojar la ropa.
Atarse los zapatos sin cordones.
Contigo pan de oro con cebolla.

Barrer lo limpio sin tener escoba.
Ver a ciegas y en cuatro dimensiones.
Jugar a tontas y ganar a locas.

Subir hasta una nube a pata coja.
Pedirle a una medusa relaciones.
Cubicarle a una espalda su joroba.

Trasvasar un pantano a una redoma.
Rizarle el rizo a los tirabuzones.
Las páginas contarle a las milhojas.

Cuestiones añadidas, que no deben tenerse por superfluas ya que servirán para ampliación de nota:

1. *Fletar en una charca un submarino.*
2. *Dar un discurso sin decir ni pío.*
3. *Cocinar con aceite de ricino.*
4. *Descoser lo que está ya descosido.*
5. *Hallar, sin GPS, el quinto pino.*

Como colofón aclaratorio de lo anterior se incluye, destinado al conocimiento de los alumnos recién matriculados este nuevo curso, huérfanos o no (ahora extensible a los señores aspirantes a la categoría prestigiosa de Prefecto), un doble soneto pareado, originalísimo en sus catorce versos de cuartetos y tercetos invisibles, seguido de dos mínimos estrambotes, debidos a la pluma del muy laureado aeda, nuestro Rector Mayor y Huérfano Honorario, don Opalino Pasifloro,

dignísimo representante de la Poesía más excelsa escrita en estos pagos, reflexiones en las que se ponen de manifiesto, además de lo sumo de su estro genial, lo riguroso de su función rectora en lo que atañe al desarrollo de estas oposiciones. (*)

Puede bien claro: estas oposiciones
sordas están a recomendaciones.
Nada tiene que ver el sindicato
ni el Gobierno de turno, el aparato,

las fuerzas vivas ni los militares
-donde existen poetastros a millares-,
tampoco de la Iglesia los pastores
-donde, por uno bueno, cien peores-

Exentos de influencias perniciosas
pretendemos hacer bien estas cosas.
Y por eso aspiramos a un Prefecto

sin tara alguna, sin ningún defecto,
que enseñe de lo bello las señales
y lleve hasta las Flores Naturales

a ángeles y jóvenes ya ungidos,
ovinos del fervor, no pervertidos.

Oh mentes sanas, donde Dios transpira
y suena lo más bello de la lira,
tendréis un buen Prefecto, os lo aseguro;
y el será vuestro faro en el futuro!

El reloj nacarado de la aurora
nos señala una ruta seductora .
que nos hará divinos; pues se trata
de ser la crema entre la flor y nata.

Seré su amigo, le daré consejo,
su estímulo seré, también su espejo.
Con él iremos por la ruta clara

que nos aparte de la prosa ignara,
y un siglo áureo de encendidos estros
florecerá en poetas ambidextros

¡Todos con él en pro de una Poesía
libre de vicios y ramplonería!

(*) Obsérvese el tan admirable y dificilísimo periodo sintáctico empleado por el Jefe de Estudios del Colegio de Huérfanos de Poetas Ambidextros, sin duda perfectísimo, mimético eslabón que parece robado a la cadena de los de uso obstinado por el cálamo exquisito del Dr. Pasifloro, verdadera piedra de toque para medir el genio de sus émulos más fieles, recalcitrantes y tenaces. Sirva igualmente esta observación como falsilla necesaria de escritura y para entender cuál el vehículo que debe utilizar en el futuro la pólvora sagrada de los versos, prescindiendo, "a fortiore", de los otros numerosos y nefandos artificios, peligrosos por su artera apariencia subyugante, enemigos de la sobriedad y la virtud y, por ende, cómplices de los crímenes artísticos mayores.

Ángel García López

(Poema inédito no incluido en *ÓPERA BUFA*. Hiperión, Madrid, 2004)

Carlos Murciano

Para Bia, hija natural de Cosimo I de Medici, cuyo retrato sedente, pintado por Bronzino, me envió el poeta Luis Alberto de Cuenca.

Hoy has venido, Bia, hasta mi casa.
Te trajo Luis Alberto de la mano.
—Mira —dijo—, este es Carlos Murciano.
Y yo te dije: —Pasa, Bia, pasa—.

Has hecho de los siglos tabla rasa.
Quiso el tiempo dañarte, mas fue en vano.
Ahora estás junto a mí, sentada, y ya no
sé si eres tú o el sol lo que me abrasa.

Porque el sol ha venido para verte.
Se ha derramado sobre tu retrato
y hace brillar de nuevo tu mirada.

Ya sé por qué te respetó la muerte.
Para que conversáramos un rato,
yo desde el sueño y tú desde la nada.

José Corredor-Matheos

Ser un árbol

Ser un árbol, un árbol
que en invierno durmiera
con los ojos abiertos,
y para el mes de abril,
el agua de la lluvia
le dotara de fuerzas
para seguir viviendo
un año más.
¿Quién no ha deseado
ser un árbol
que, con la voz de un dios,
dijera al paseante
a dónde ha de ir?

José Luis Morales

La noche de los Goya

(Encuentro con un director)

Qué hace esta mano mía, sin permiso
saludando a quien tanto
me odiaba que quemó
su propia nave a ver si yo me hundía?

¿Qué hacen también mis labios sonriendo?

Mi memoria conserva aún intactos
episodios dolientes —golpes bajos, calumnias,
humillaciones y deslealtades—
que erizaron el mar de aquellos años.
¿Qué hace mi boca, entonces, emitiendo
su nombre y *buenas tardes*,
y mi mano apretando un *cómo estás*
después de tanto tiempo, *qué tal Tatxia*?

No tengo las respuestas, pero noto
que a sus ojos se asoma el desconcierto.

La palma de su mano me transmite
el terror que le inunda y su soberbia
convertida en sudor
da la señal de alarma. No comprende,
no alcanza, no imagina, no concibe,
no es capaz de entender
que existan corazones sin rencor,
y que uno de ellos
—quizá el que más odió, el más antiguo
de los que aún palpitan en su almohada—
haya sobrevivido a su contacto.

De espaldas ya, marchándonos
—mi mujer me acompaña—, con la mano
derecha levantada, sin volver
la cabeza —es un gesto—,
sin interés por ver qué cara pone,
le digo adiós a él y a aquellos tiempos.

Luis Alberto de Cuenca

Sueño de la giganta

De todas las mujeres que un día fueron mías
—o yo suyo, más bien— soñé con la Giganta.
Era muy blanca, rubia. Parecía del norte,
de Islandia o de Noruega. Todo lo hacía bien.
Era tan eficiente y tan perfeccionista…
El único problema que planteaba era
su tamaño: no había quien pudiera abrazarla
de una vez. Debería haberse dedicado
al baloncesto y no a la literatura.
Nunca nos acostamos, pero fuimos felices
no haciéndolo. Creíamos que nos pertenecíamos
mutuamente lo mismo que si nos acostáramos,
y todo entre nosotros era mucho más limpio
en lo que atañe a jugos y humores corporales.
Teníamos los dos otra pareja. Eso
hizo que nuestro amor se forjara en miradas
furtivas, en equívocos, en silencios, en guiños.
Solo la vi desnuda una vez. Mi despacho
se llenó de su cuerpo y no supe qué hacer
más que decirle: «Para ser tan enorme, tienes
los senos muy pequeños. Vestida, no se nota,
vete a saber por qué, pero, desnuda, canta
mucho la asimetría». No pareció importarle
mi observación. Siguió viviendo su desnudo
con fruición narcisista. No sé lo que pasó
después, porque sonó la alarma de mi móvil
y dejé de soñar aquella escena absurda.

Mercedes Agulló

Unas palabras, sólo unas palabras
las que, nacidas en el alma,
al alma llevan su mensaje; aquellas
que embellecieron nuestra vida
y atemperaron las ausencias.
Las palabras que hicieron que quererernos
fuera tan fácil como engarzar las manos,
tan hermoso como escuchar el mar
o entreabrir la ventana y ver el día.
Nunca sabré si tú las susurraste
con la misma pasión junto a otros labios
o si en tus madrugadas,
el horror al silencio te hizo gritar mi nombre.
Sé que la arena de las horas fue empañando su brillo,
que con su último eco
el dolor hizo su trabajo y se encenizó el mundo.
Ahora, que ya no cuenta el tiempo
y la melancolía es un jirón de niebla,
vuelven, como brota la sangre
dormida en una herida mal cerrada,
como palomas que reclamaran sus espacios,
ahora cuando no puede responderles
más que la piadosa lluvia de mis lágrimas.

Álvaro Valverde

Leyendo a Pablo Anadón

Nuestros hijos también están muy lejos.
Ya sólo nos visitan, aunque ésta
siga siendo su casa.
En el fondo,
sólo un lugar de paso
donde apenas descansan
entre viaje y viaje,
mientras vienen o van de cualquier sitio.
Poco importa en rigor esa distancia
que nos separa de los dos físicamente.
Esa es la paradoja:
que están a nuestro lado sin estarlo.

María Ángeles Pérez López

Haikús del alfabeto

Puzle incompleto
que en cada pieza cifra
el universo.

∞

Alfil del aire.
Ajedrez que se rinde.
Fichas en jaque.

∞

Vida mojada
por el líquido amniótico
de las palabras.

Cuerpo invisible
que en la boca del habla
besa a la esfinge.

∞

Piedra porosa
en que graban los días
cada derrota.

∞

Arma inocente
que el pintor conjetura
contra la muerte.

a R<amiro Tapia

Haikús del amanecer

Umbral primero
donde el día es la noche
y la noche, el cuerpo.

∞

Palabras mudas.
Saliva que humedece
sus comisuras.

∞

Útero que abre
con dolor los contornos
hacia el lenguaje.

∞

Sombra y derrota.
Alacranes que duermen
bajo las horas.

Herida turbia
del reloj que atenaza
la luz desnuda.

∞

Solo energía.
El empuje caliente.
La algarabía.

∞

Luz que levanta
su proa, su rompiente,
su espuma blanca.

Enrique Falcón

Sílithus (fragmento)

Tcosados por el infortunio y la blasfemia,
por las tejedoras y, después, la policía
–acosados por todo
lo que luego vino,
por Cada Uno de ellos y por los Observadores
en los bazares de tiempo cuando falta el tiempo,
acosados por las arañas esquivas de todos los teatros,
por el capataz y el frío mercader
que se harta de enjuagar sus cuchillas en los desagües de un río,
acosados largamente
por los rastreadores de hombres
los drones mecánicos
tensando las mañanas casi de improviso,
rastreados por las cuerdas deslizantes de los palcos rotos,
por varias de sus lentas
vocaciones de aviso,
largamente acosados
por los buscadores de especia al mostrarse cada noche,
colapsando con sus hambres el desorden del mundo
—también nosotros habíamos entrevisto las espléndidas ciudades cantadas por rimbaud
cañamares, riechmann, orihuela
ojo a las transparencias de los cuerpos de bacon
las manos amistosas en los versos de viejísimas poetas
habíamos inyectado en la retina piezas de dalton y de arendt
el asombro vivo de nuestras ettys hillesums
con el rictus tornasol de una firme sintaxis:
luksemburg y lenin,
erasmo y hinkelammert: ha-
bíamos aprendido
y habíamos aprendido
inflamados en las leyes del combate espiritual,
totalmente cincelados en los ejercicios masnavi de ignacio
la ley de la serenidad con las manos del buda
silbado en las colinas cantadas por ludwig
los antiguos saludos que ofrecíamos al día,
los que pintaron joplin, corlot y dalmeida
al final de la superstición con los dedos del goya.
Comíamos arp. Devorábamos bretón.
La voz iluminada de mahalia jackson procedente de otros mundos.
Curtidos en los bailes dialécticos de las Apologías
tasábamos por lo alto el valor de los hombres:
advertíamos la inclinación de las balanzas al umbral de la catástrofe:
sellábamos relatos de amor en los nuevos evangelios.

Enrique Gracia Trinidad

Cuando no tuve nada importante que hacer

Trabajé en muchos sitios imposibles,
en oficios absurdos y ridículos.

He sido porque sí:
restaurador del cuarto menguante de la Luna,
crupier en una mesa en que jugaban
a la ruleta rusa o al simple desamparo,
conservador del horizonte
—eso siempre por horas y en las tardes nubosas—,
albacea del tiempo por venir,
conductor de un ilustre carromato de feria
que perseguía la justicia,
distribuidor a domicilio de sensaciones imposibles,
pescador en un barco que se matriculó como patera,
sacerdote del dios desconocido que aún lo sigue siendo;
cocinero del hambre sin fogones ni plato ni cuchara,
monaguillo de alguna misa negra
que terminó en guateque deslucido,
ladrón de guante roto algunos viernes.
Los sábados libraba

Me desgané la vida como pude:
He vendido la droga de los sueños
a la puerta de alguna residencia de ancianos;
canté —muy mal, por cierto—
en un mariachi turbulento y triste;
zurcí suicidios y pinté esperanza,
la restauré después, al cabo de los años,
para que siga viéndose a lo lejos;
ecualicé los ruidos en un andén del metro
y el canto de los grillos en un solar de las afueras del silencio;
recogí los misterios de la vida
que abandonaban los adolescentes en las terrazas de los bares;
clasifiqué y almacené la risa, la ironía, la burla y el sarcasmo;
pregoné los poemas de la desolación.

Fui lo que nadie quiso ser, no me arrepiento.
Ahora que ha llegado la edad de jubilarme,
me niegan la pensión por inconstante.

Me ofreceré de voluntario en el Armagedón,
afinando trompetas,
o sacándole brillo a la guadaña.

María Luz Escuín

1

ezar: troquelar que respiro,
recurrir a la palabra presencial
no humanizarla,
repetir la incumbencia.

Palabra: hazme palabra
Fuego ennoviado.

Rezar, rezar un trecho
humillar lo que digo,
imposible común:
parénquima le pido yo a sus letras.

2

ios palabra:
el ruidillo es El,
si lo digo, lo creo:
oír su arrodillada
el mayor monosílabo
que existo.

Transfigurarme en yo;
entrar letras adentro
al remilgo absoluto:
intromisión adoro
el abatirme intacta.

Miguel Veyrat

Voz sobre voz

Luz sobre luz. Dios guía a Su Luz a quien quiere.
Dios llama a los hombres con parábolas
pues Dios conoce todas las cosas.
Mohamed
Alcorán, Aleya 35 de la Azora de la Luz v. 9/12

Judíos moros y cristianos serían igualmente hijos
de la su madre, perdidos en la traducción del
Padre. Y todos sus frailes… Sólo la visita de un
≠poeta nos traerá la Paz de la palabra libre.
Empar de Montferrat
De marranos i ortodoxos[1]

Decir la palabra exacta con la voz justa
Manual del adepto
Libro de los muertos Cap 1-16[2]

La voz sobre voz vociferaba

La voz sobre el halcón vocifera
sin rivales construye mundos
construye domos tronos
la voz sobre voz vuela sobre
los mundos ausentes de poetas

1. Tataranieta de Zenón de Montferrat —viejo conocido de nuestros lectores— publica toda su obra clandestinamente en Valencia en el S. XIV a cubierto de la Santa Inquisición y gracias a un sobrino canónigo lectoral de la S.I. Catedral converso para la oportunidad, cuya es la traducción que hemos reconvertido al moderno castellano por lo enrevesado de sus giros y revueltas. En "Biblioteca Vaticana", Sagrada Congregación de la Doctrina de la Fe (antigua Congregación de la Romana y Universal Inquisición) Bib. XIV/AF. Inf. 1399 a.
2. La iniciación por la palabra viene detallada en el texto llamado 'Libro de la salida al día' o 'Libro de la emergencia a la luz' conocido corrientemente como "Libro de los muertos" usado en los rituales funerarios del antiguo Egipto entre 1550 a 550 adc. María Zambrano haría de esta sentencia del Juicio de Osiris la máxima de su búsqueda de la "razón poética", asumiendo la misma exigencia empleada por los místicos españoles de los que fue la más preclara estudiosa, y la que tal vez contribuyera a explicar el proceso de sus manuscritos largamente reelaborados, corregidos, recopilados y disgregados. La luminosa sabiduría que poseen es, sin embargo, una y se debe a los mismos vectores coherentes de un pensamiento propio con el que aborda a Nietzsche, Spinoza, Heiddeger, Platón o Unamuno; pero también a personajes de la mitología como Antígona.

Quiso decir

l dijo luz sobre luz
que brilla sola
sin necesidad
de fuego. Relumbre.
O deslumbre
diz que dijo cegado
por miedo al
consagrado alumbre.

Per angostam viam

os relumbres entre sombras
oscilan
penetran la incertidumbre por
la razón
entre su bruma atraviesan por
angosta
vía en la pascaliana paradoja.

Aguerrida empresa

u corazón que no tiembla
busca el fondo oculto
en las voces de cosas
de otra forma no podría
el poeta —a la pata coja
buscar heridas del viaje
por aquellos eclipses
que en verdad y forma
del impío rayo reflejo ralo.

Dire quasi la stessa cosa[3]

sin embargo sin embargo
la voz que traduce
resalta la luz ambigua que
no ajusta a ningún
canon sagrado. Traduce el
poeta la palabra y
con ella quiere decir casi
o una misma cosa
ajustada a sinrazón poética

Turbia alfaguara

a busca entorpecían esas nubes
de polvo y hojarasca
a los arroyos sucios de una parla
exacta pronto derriba
del arzón jinete libero que justa
la voz combate desde
arriba al orden establecido en la
escritura única fuente
impaciente ocupa llama excusa
de cernícalo iletrado
pretende impedir los claroscuros

Posiciones de frontera

oesía como evidencia de la vida
acta sonora de que el espíritu
alienta ante bajo encima atrás por
dentro de las más duras seseras
altera la plácida siesta de sus
estatuas aleja el vuelo de su azor
vence su divina impertinencia
con voz clara y palabra imprecisa

Migue Veyrat

3. El título del poema se adhiere al de un libro numinoso de Umberto Eco sobre sus esperienze di traduzione. En Bompiani, Milano 2003

Miguel Casado

Hay una vida plena fuera de la ley",
escribía en su ruso músico, "no ser dócil
ni servil". Sacaba a veces del bolsillo
trocitos mínimos de papel, como las notas
arrebujadas para echar a la papelera,
arrugadas letras trazos. Con los años
y la mala salud se le iba haciendo difícil
componer –así decía– sus poemas
en la cabeza. Ni dócil ni práctico,
desconocía el arte de los pasillos,
los halagos como una lluvia;
su propio hermano tuvo una casa y coche,
y el capricho de una cámara de cine
en la vejez. Él hacía mucho
que había muerto en el campo, el
revolucionario de la familia,
la tierra negra y la libertad
del nomadismo, las balsas
por el ancho río.

Manuel Quiroga Clérigo

Amores imposibles

Amores imposibles escalan la memoria,
se cobijan indemnes en la gloriosa nada,
instalan su dolencia en oscuros silencios.
Son sus protagonistas alocados poetas,
trovadores eternos arco iris antiguos
los mismos que vivieron capítulos de lluvia,
de tiempos infelices y adolescencias torpes,
es decir, soledades, retenidos incendios,

caminos obturados por el sopor de agosto
o vidas sofocadas por tristes ventanales.
Esos amantes quietos inventan mil perfumes,
organizan batidas contra cualquier desánimo.
Son aves fugitivas recorriendo las playas,
vanos acuarelistas de la belleza intensa
como ángeles que huyen del paraíso ajeno.
Espían desde lejos a la amada difusa,
aquella que no espera ni caricias ni flores
porque tal vez ignore que un amor imposible
se aloje en los aleros de su balcón cerrado.
¿Qué harán cuando, después, regrese la mirada?

Juan Cruz Ruiz

En fin

(Una declaración de principios)

No soy de las patrias,
Soy de las personas.
Hoy, esta mañana mismo,
Me desperté húngaro
Y estuve leyendo el horizonte
Por si era Budapest.

A lo largo del día puedo ser también
De Santander o de Calafell,
Puedo ver Chinchón,
Asistir por la tarde a una fiesta de niños
En Somalia,
Y cuando anochece me gusta San Peterbusrgo
Porque allí los rusos empezaron a comer
Con tenedores.

Me gusta soñar con países
Que no tienen delirios de grandezas
Ni siquiera fronteras.

Los países son como niños
Soñando,
Y más aún, quisiera ser un país
Entero
Para regalárselo a un niño que cree en las patrias.
Cuando abra el país entero y vea dentro
Sus agallas rotas,
Sus puños cerrados,
Su crueldad hecha añicos,
Amortajada tristemente
En una bandera descolorida,
El niño sabrá que la patria es eso,
Un despojo.

Mi patria es el mar húngaro, Bolivia
Sin mar, el acento de todos los países
Guardado en una botella que reside en todas las casas
Y se abre a cada hora como un soplo
Pacífico
Como una canción
Extraordinaria

Vi a una mujer llorar mientras cantaba
En un patio de helechos muy tupidos
Y siempre he sentido que esa es mi patria,
Mi madre llorando mientras canta.
Mi patria es el sonido
Misterioso de una atarjea cuando ya se acabó el agua,
Un niño riendo en el desierto,
Los dientes blancos de una mujer que ríe
Por nada
En el desierto en el que el niño juega

La patria es, o lo será,
Ese niño riendo en la soledad de su cuna,
La carcajada mínima de la infancia feliz
Que no mide ni la mitad de un metro,
La cuna hecha a su medida
Azul como las estrellas recién estrenadas.

El cielo qué es,
Le pregunté a mi madre,
Y ella dijo, quiso decir,
Una patria extraviada.

Estuvimos tan inundados por la palabra patria,
Por sus pedazos,
Era tan obligatorio el vocablo,
Tan azul, tan prepotente,
Que preferí entre todas las palabras
La palabra cielo o la palabra oasis,
O la palabra madre,
Preferí la palabra madre,

Imaginar las cenizas de la patria
Metidas en el cuenco por el que soplaban
Los aborígenes
Para alertar con su silbido
A los pájaros salvajes que venían de África.

Mi patria es la sombra de un árbol
En el centro de La Gomera,
En Garajonay,
Y es también la ola chiquita llegando
a donde yo me resguardaba
como un muchacho enfermo
debajo de unas sábanas azules o tristes
a lo lejos y en la playa

Mi patria no es nada,
Una flor en los dedos,
Lo que se seca y queda mustio
Después de agosto

Mi patria es el mes o el año o la vida
En los que no murió nadie.

Mi patria es la vida,
Su grito.

Odio la palabra patria,
Y la odio tanto
Como odio la palabra Odio,
Y es porque con la palabra Patria
Hicieron una pistola
Y una espada
Y un garrote
Vil
Y una cimitarra
Y una cárcel
Y unas esposas
E hicieron una bandera para besarla
Y para que no la besaran otros.

Escribo Patria
Y escribo Frontera
Y por eso la tacho
Y abrazo la bandera que no diga nada
Que sea la mano de un niño
Diciendo ola como dice el mar
Al llegar esa palabra maravillosa
Que te acaricia los dedos de los pies
Cuando tú no sabes ni siquiera
Qué quiere decir Arena o Beso
O Bienestar o Madre.

Déjame besarte, madre,
Tú serás mi patria.

Juan Cruz

Raquel Lanseros

Promesas que cumplir

Nací en el sur de Europa, donde todos los pueblos se quedaron.
Soy hija del camino, el azar y la distancia.
Amo el decir callado de los que piensan hondo
y el tintineo feliz de quienes sueñan.
En cada surco encuentro una nueva llanura
en cada madrugada semillas del crepúsculo.

Defiendo la memoria como la patria íntima
el único dominio con vino de justicia.
Reniego del rugido de expertos bien pagados
al servicio de réditos que nunca son el nuestro.
No tengo fe en la cháchara de este tiempo de máscaras
me ocasiona urticaria la versión oficial.

Soy partidaria
del fuego que consume, pero también calienta.
He aprendido que todo en la vida tiene un precio,
con dinero se paga el de la bisutería.
Me gustan las palabras cansadas del camino
ésas que a vida o muerte se empeñan en decir.

¿Soy épica o hermética?
¿Versicular o clara?
¿2.0 o mística?
Quién sabe. Nadie es buen sastre propio.
Escribo porque intuyo que mi ambición mayor
es volver a nacer.

A veces me he atrevido a asomarme a la sima
la oscura, la lejana, la misteriosa: yo
y ha llenado mi ánimo una certeza insólita
yo no existo -es verdad- pero el tiempo tampoco
sólo es ausencia limpia en un cielo de arena
indiferente a mí que día a día se ilumina.
Allí quiero que mires cuando yo ya esté lejos
para gritar con fuerza *todo vuelve a empezar*.

Pascual Izquierdo

Fachadas inmóviles y calles ateridas

Recorres los preámbulos, la densa
extensión de la llanura,
atraviesas la noche y sus enigmas,
y después de explorar un cerrado laberinto
de lámparas opacas y luces mortecinas,
desembocas
en la dársena de los pueblos dormidos y las fachadas átonas.

Ni una sola luz, ni un solo rectángulo encendido,
ni un solo parpadeo de luciérnagas
tras la barrera del cristal.
Nadie sabe que pasas por las calles desiertas,
con el corazón atribulado y las manos heridas,
nadie sabe que existes,
nadie sabe que vagan tus ojos
por la dormida inmensidad de la geometría
a la búsqueda de una sílaba amiga,
una espiga amorosa,
un nombre que se trence con el tuyo,
un latido que vibre y que te llame.

Por eso recorres las calles ateridas
y contemplas el retablo de fachadas inmóviles.
Por eso deambulas una y otra vez
por las aceras apagadas y las letras caducas
y no encuentras otra cosa
sino el eco callado de tus pasos y el latido de tu propio corazón.

Nadie va a abrirte las entrañas o los amplios vestíbulos,
nadie te va a mostrar los gozos de la medianoche.
Nadie te va a abrazar a contraluz
o a despertar tus párpados dormidos con un beso de almidón.

Nadie va a entornar los íntimos zaguanes de su carne
para invitarte a gozar de los pétalos más tiernos,
nadie va a entreabrir las vidrieras de la dicha
y te a va a ofrecer el temblor de las libélulas y la policromía del cristal,
nadie te va a llamar con voz apasionada
para cubrir ese hueco vacío que se ha abierto
en la vasta y eterna soledad de las sábanas marchitas.

Nadie.

Vagas sin rumbo por la noche ensimismada y las urbes desiertas,
vagas sin rumbo por una línea interminable

a la espera de un parpadeo luminoso,
de un guiño de cristales que no se va a producir jamás.

Porque has sido deportado a la región del frío,
a esa áspera y dilatada provincia donde no soplan
los aires cálidos de la aproximación,
a ese territorio inhóspito donde sólo florecen
las espinas
que se alimentan de lejanía y desamor.

Pascual Izquierdo

Francisco Caro

Recado de volver

Hoy que no eres
sino otro que huye o que resiste, vuelve
a donde fuiste en ocasiones niño,
donde durmió
contigo el miedo o te sentiste
alguna vez amado

a donde la quietud
lo recompone todo, lejos de la ciudad,
a la aldea que fuera de los bardos,
al tiempo en que los bardos
dejaron a la tierra, con desdén, su liturgia

a donde hierve
la luz o hay abandono

a las chozas de barro, a los hogares
donde traman vencidos
esqueletos de sal las últimas techumbres,
y sobreviven
animales de Huidobro que a tus pasos se asoman.

Hoy que nadie te urge
a ser lo no contado o ser la dictadura
de las publicaciones, vuelve

ahora que
nada imaginas, hoy que aún
no conoces que toda la poesía ha muerto
y solamente allí
se curarán tus manos la inocencia.

Carlos Clementson

Al tilo de Johan Persson en su isla de Hanö

Y un tilo es mi árbol predilecto;
R. M. Rilke

Para Mía y Johan Persson,
allá en su isla, en su lejana Suecia,
tan cerca de nosotros.

l estaba ya aquí
antes de que viniéramos
todos nosotros a cobijarnos a su sombra.
Tal vez fuera la criatura más alta
y antigua del lugar,
la más fiel y enraizada en estas costas.

No acostumbra a cambiar nunca de sitio
como hacemos nosotros,
tanto ama el viento salino de estas olas,
el perfil de estas rocas, sus amigas,
y el mar innumerable y permanente
con su música eterna.

Señal de que se siente
perfectamente bien dentro de sí mismo.

Cuando nos ve llegar cada verano
suele agitar sus brazos
y de su espesa fronda
sale a saludarnos una nube de pájaros
que duermen en sus ramas.

A veces por las noches
parece que no duerme
y que habla con el viento en sus rumores.

Por la mañana le dan los "buenos días"
las olas de la orilla
y un bando de gaviotas
parece ir dibujando en torno de su frente
una blanca corona
de alas, de luz y gozo.

Desde lejos, cuando nos ve llegar
ya en los veranos
alza al cielo sus brazos, dando la bienvenida,
y nos regala,
como un don de los dioses,
las ondas de su aroma,
pues bien sabe que somos sus amigos

y que nunca, en nuestros pensamientos,
lo dejaremos, ni un instante siquiera,
solo en la noche.

E incluso en el invierno,
cuando la nieve lo viste de un silencio
blanco y unánime,
sabe que, aunque de lejos,
en él pensamos
y estamos de él tan cerca
como sus olas.

Respira con nosotros,
nos mira con sus hojas de dulce parpadeo,
y también da las gracias
cuando la lluvia
un invierno tras otro
lo cubre con su túnica
de agua purísima,
como un bautismo,
para purificarlo del trato con los hombres
y así salvaguardarlo
de los males del mundo.

Por eso es inocente, igual que un niño,
y parece tener la misma alma ligera,
de alas y hojas,
que tienen esos pájaros a los que ampara
y pósanse en sus ramas,
igual que si estuvieran en su casa.

Se llama "tilo",
pero también podría llamarse
con todo su derecho
hermano nuestro.

Cuando estoy triste,
o en los días inciertos, llenos de niebla,
me abrazo a su recuerdo,
y su presencia,
como una luz muy pura,
me llena de certezas.

Los días de verano, cuando estoy a su lado,
su aroma hace sentirme
una nueva criatura,
medio árbol, y humano al mismo tiempo,
o casi un dios,
como si por su aroma y su verdor tranquilo
fuera más noble el mundo,
y aún más hermoso.

Carlos Clementson

Antonio Rodríguez Jiménez

Saber perder

Maldita incertidumbre que aprisiona
la garganta y la enfría.
Caer y levantarse, vivir y morir luego.
Ser y no ser un ciudadano.
Desesperadamente sentir que el tiempo se evapora.
Alargar la esperanza
de la existencia rota.
Enhebrar definitivamente la aguja de los años
para sentir lo fútil.
Agrupar islas de conocimientos que provocan náusea y el vacío
de aquel tiempo perdido matando alacranes en la hierba.
Cuando la sabiduría, como un balbuceo,
asoma su sonrisa,
el cuerpo ya no existe
o apenas es visible para el resto del mundo.
Todos queremos inútilmente, para enmendar la historia,
volver a ser aquel muchacho.

Gestos en un tiempo de desesperación

Cincelas los bronces, las piedras, las rocas, los frágiles papeles.
Intentas atrapar tu mundo en un gesto de penuria.
Eres ingenuo si crees que puedes detener el instante para inmortalizarlo.
Toda una vida golpeando en el yunque, cien años en la misma pirueta.
Intentas acariciar tu esfinge en un gesto de esperanza.
Eres blanco como la diosa aquella que amabas cuando eras puro y joven.
Eres radiante como aquel trozo de lava seca con el que hacías malabares.
Una existencia empeñada en describirlo todo en un viejo diario.
Intentas abrazar tu pasado en un gesto de tristeza.
Eres osado como esos ignorantes que no sienten vergüenza.
Eres alegre como las pantomimas que desfilan en los carnavales.
Eres esperanzado como esas estrellas fugaces que aparecen cada noche.
Decenas de años sin importarte siquiera la belleza de la celebridad.
Intentas olvidar tu futuro en un gesto de aislamiento.
Eres bueno como esos mamíferos lentos que se suben a los árboles.
Eres perverso como esas culebras que se tragan a los niños del bosque.
Eres frágil como la hoja de la morera que se comen los gusanos.
Eres ruin como los malvados que caminan descalzos por el fuego.
La ironía del fracaso se refleja en el ojo postizo de cristal.
Intentas confundir el tiempo en un gesto de desesperación.

Antonio Gracia

La construcción del poema

Estaba yo sobre el papel, armado
con la pluma, mirando el firmamento
del futuro poema que abriría
un libro prometeico. Las estrellas
giraban en mi mente como versos
buscando identidad. ¿De dónde nace
la voz que reverbera en una obra
constituida en universo fértil,
sino desde el dolor y resiliencia,
la ascensión de las sombras a la luz,
la transfiguración de la desdicha
al convertir en himno la elegía?
Yo indagaba en las prístinas honduras
de la clarividencia, vislumbraba
urdimbres luminosas, claros predios
de la creación verbal. Petrarca, Horacio,
Garcilaso -también El Bosco y Wagner,
y todos los autores de la Historia-
miraban por encima de mi hombro
cuanto yo rubricaba, pretendiendo
enriquecer con su arte mi escritura
para que urdiese esencias perdurables
del hombre universal, no del poeta.
Pero nada lograron el impulso
creador en su vislumbre ni, tampoco,
las hordas literarias agrupadas
durante tantos años en mi pluma.

Un poema es la transustanciación
de la materia cósmica en humana:
la invasión del sinántropo, los dédalos
clarificados, desenmascarados
por la palabra noble y sentenciosa
del corazón sintiente y reflexivo
convertido en lumínica estrategia:
la tradición es un camino que anda.
Y allí quedé, luchando con la savia
que manaba de mi experiencia: vida,
libros, artes, espátulas inútiles.
Entonces comprendí que la alta hazaña
de nombrar con precisa idoneidad
cuanto sentimos, solo algunas veces
consigue transformarse en un diamante
tras una sabia pulimentación:
al ungirla un secreto sortilegio
que dicta, en su demiurgia inescrutable,
el rostro de la inefabilidad.
Y que el deber de todo autor consiste
en trascender su tiempo: conciliar
lo disímil, fraguar eclecticismos,
escuchar los colores, ver la música,
crear con la palabra el Universo:
semillar la alegría.

José Elgarresta

Ladrones de sueños

Me gusta dialogar con el viento,
así me olvido de que soy hombre,
las pequeñas miserias cotidianas,
la mediocridad, el odio acumulado,
la cobardía, la ratonería,
la herrumbre que el paso de los días
deposita en las cañerías del alma.
Me voy a bailar a tierras lejanas,
donde nadie puede
arrastrarme como una bayeta
por el sucio suelo de esta sociedad
de lagartijas que escalan
los muros del sueño,
de ilusiones que matan.
Me voy a bailar
como un loco
que comprende demasiado bien
de qué va toda la inteligencia,
todo el sentido común y la elegancia
de los carteristas que nos mandan
y nos roban los sentimientos.
Voy a hacerme uno con el aire,
amarillo con el Otoño,
blanco con el Invierno,
verde con la Primavera,
caluroso y rojo con el Verano.
Voy a convertirme
en el susurro
que cada uno
había olvidado
dentro de su alma de niño.
Hay que viajar muy lejos
para encontrarse a uno mismo.

Rubén Martín Díaz

Extraña sencillez

Piso la nieve y oigo cómo se rompe
tan frágil bajo el pie,
mas nunca supe qué misterio oculta
la cara oscura
del blanco,
ni el cielo tumultuoso que ahora yace
con la exacta apariencia
de una alfombra de nubes,
ni las hojas del tilo que dormitan
escarchadas de bruma
junto al seto abrasado por el frío.

Qué extraña sencillez la que aparentan
las cosas en invierno;
parecen despojadas de arrogancia,
como dispuestas
a dar sentido a eso que nos duele
por tan hermosa y firme inconsistencia
de vida.

Yo miro cómo buscas luz de lluvia
cuando dices tormenta,
cuando dices nostalgia o dices sueños,
y una risa muy niña y muy sentida
te asoma desde el fondo mientras danzas,
giras y giras dando
vueltas bajo las gotas
que arden de luz en su desplome: lágrimas
del cielo de los párpados
absortos de una frágil perfección.

Eduardo Moga

[La piel se resquebraja…]

La piel se resquebraja se desmaya entra en erupción la nariz sigue recta y fina no se ha deformado en chaturas ni abombamientos las orejas pequeñas sin apenas lóbulos los labios delgados como siempre pero la piel se luxa se embarra de tiempo se derrama como el agua que aún alcanzo a beber pero en la que me ahogo la piel es la destinataria del tiempo cede como el silencio cuando nos amamos embarullados en el cuerpo del otro encenagados de presencia y deshacimiento amamantados por la muerte ceden también los huesos purulentos adelgazan se desmaterializan como el embate con el que quiero complacerte pero que apenas araña tus lindes el tiempo arría los huesos hasta volverlos transparentes no obstante los busco como busco el perfume de tus hogueras la benevolencia de tus uñas el sabor diamantino de tus oscuridades ataco los alcores de tus pechos me abrigo con tus escaras se te desnudan las pupilas destrenzado su brillo marcial el espinazo de la lengua que me acogía como una madre era la lengua de mi madre que no deja de envejecer que ya es solo una vieja que ya es solo un recuerdo aunque no haya muerto todavía se desvirtúan las nalgas en las que me hincaba deseoso de convertirme en derramamiento ahormado por la entereza del fuego con el que me recibías pero sin saber si saldría de su estrechez o si permanecería allí desguazado de luz hoy doblegas mi empuje desoyes las manos desmientes los labios que aún dicen tu nombre y el nombre de tus hijos y el nombre de aquellos a los que has amado y ya han muerto porque los labios se pintan de sombra sombra roja sombra exánime sombra que acoge las horas desmembradas y sus muñones febriles el patrimonio infructuoso de las cosas sin cuerpo las hemorragias de niebla con que nos desangramos en una casa que es una tumba el ruido tan triste que nos envuelve cuando compartimos la desesperación cuando sentimos como propia la soledad del otro hierves de melancolía te maniato con caricias dolorosas caminas hacia donde no hay pies ni cuerpo ni caminos los pezones tiritan como si ya los hubiera besado la muerte todos tus tejidos se asoman al pozo ensangrentado de la nada y en el brocal que ya incorpora el vacío al que nos precipitaremos advertimos el desfallecimiento la sonrisa deforme la mugre de los años los escombros de cuanto creíamos indestructible el estupor de envejecer nos alejamos de los humedales de la esperanza renunciamos a la agilidad con que escapábamos de la lluvia desistimos de las dentelladas que nos construían de las atalayas desde las que divisábamos nuestras honduras sucumben las fibras del cuerpo que son las fibras del mundo y condescendemos a la apatía al declinar de los volúmenes al ensañamiento veo la superficie cuarteada de tu presencia y la quebradura y la lasitud y la demacración que signan tu presencia y veo también el enmudecer de tus pechos y el encanecer de tus ingles y el desmoronarse de tantas cosas inexpugnables y sin embargo ruedo hacia ti abrazo tu rodar como lava que fuese también nube me adentro en tu caída para capturar los jugos que destilas cayendo hay en la pérdida un sol hay un rapto que no sabe de inclemencias que abraza con pasión las inclemencias como si solo ellas dieran sentido a lo incomprensible comprendo todavía el significado de tus caderas huelo la savia que exudas la savia que eres de un tronco sin más raíz que el cielo en la piel caediza se agruma la belleza la busco en cada poro en cada torcedura de la sangre sé que en esa piel aterrazada pervive el asombro sé que viaja el vino de la avidez exacerbado por la certidumbre de extinguirse por la destemplanza de tanta noche el espasmo ahuyenta al espanto los muñones recrecen el frenesí marchito ilumina otra noche otra piel que acaricio con paciencia de vigía la piel se deshace pero yo me sujeto a ese deshacerse porque en sus rebabas estás tú la piel se aduna con la suavidad de un movimiento sin propósito no hay rincón tuyo del que no quiera beber en el que no quiera estar como un extremaunciado en un hospicio lo que ardió se ha consumido pero sigue ardiendo en el sopor de hoy alienta la excitación de ayer me sujeto a tus bridas laxas para galopar en tu abandono aferrados a la piel indecisa nos aferramos a un mundo en el que aún conservamos lenguaje y memoria en el que nos desprendemos de lo que nos escarnece de lo que no sea nosotros de los

sudarios en los que se imprimen nuestros rostros jóvenes y olvidados encomendado a tu piel morderé el abismo que ya eres el clamor de que existas encendida aún de ti encendiéndome proclamando tu no muerte tu acabamiento imposible desacato al tiempo hurgo en ti soy en ti soy aunque perezca tu derrota es mi victoria porque la poseo como a una casa que enramara como a un árbol que edificásemos desfallecer me construye tu ceniza es mi abono tu fragilidad mi arquitectura no hay pechos más altos que los tuyos no hay lengua más deseable que la tuya no hay más ser que tú.

[Poema XI de *Tú no morirás,* inédito]

Eduardo Moga

Miguel Ángel Manzanas

Seis minutos

En la cama, Pessoa se revuelve, se enreda
en hilos de saliva y métrica crucial:
las seis de la mañana y —sálvese quien pueda—
su enfático resuello despierta Portugal.

¡*Dormirse,* —piensa él—, *levítica vereda,*
hoy que mis nervios vibran con virulencia tal!
Por su cabeza fluyen pirámides de seda,
y guerras imposibles, y lunas de coral.

Y entonces, la memoria le rescata:
en el bolsillo diestro de su bata
le queda un cigarrillo por fumar.

Y ya no hay metafísica ni duelo:
apenas seis minutos de consuelo
en los que no tener en que pensar.

Natalia Carbajosa

Entrar en una noche sin luces

Entrar en una noche sin luces
donde a cada paso había que palpar
el vacío del trecho siguiente y donde
cada voz, libre de rostro,
vibraba bajo el velo de una leve
y mecánica
distorsión;
entrar en una noche así, con la emoción
y el temor a un tiempo
de un niño que por primera vez
se asomara solo
a una calle
desconocida…

hoy que nada escapa
a los contornos impuestos,
perpetuamente impresos
--como un castigo bíblico—
en hordas de retinas indefensas,
es difícil recordar cómo era entrar
en el grado absoluto de la noche:
la fuga del espacio
y del tiempo, y del cuerpo mismo;
la inquietud poblada de volúmenes y voces,
aun si reales, imaginados;
y la fructífera espera
de una luz que nunca era gratuidad
y sí reverso necesario;
de una luz que, entonces,
era siempre promesa.

Poema

Cada vez más
se parece menos
a una página o un libro. Si aletea
en los bordes, es mantel.
Le apacigua el pan, el vino,
la coreografía de manos
celebrando su estampado de viento.
Si nos ignora, planta.

Le basta su color y su humedad
al dibujo de formas
precariamente concebidas, y a nosotros
su embeleso indiferente. Zapato
si se ajusta a un sueño
y finge que anda, solo o junto a otros
cuando en realidad
interpela a las nubes
con la suela, se posa, las besa
su áspero caucho un instante
disuelto, sutil, gelatina
de altura; todo ello
sin dejar de ser zapato
o poema.

Metamorfosis —por agregación—
de los estados líricos.

Natalia Carbajosa

Pollux Hernúñez

Salmantica docet

Para Javier La Orden

Si vienes a aprender a Salamanca,
cruza, viajero, el puente con el toro,
sube por donde Aníbal, pisa el oro
que la lasciva catedral se arranca;

tuerce bajo la parra de Unamuno,
deja atrás a fray Luis y la fachada,
el bastión de exegetas de la Nada,
la playa vertical que soñó uno;

por el Corrillo leve entra en la Plaza,
desoye en diagonal su algarabía,
baja hasta San Julián y, en un segundo,

sobre el muro trasero de su traza,
en pizarra de escuela, dura y fría,
verás la ciencia toda de este mundo.

Antonio Ferres

La muerte y el olvido

"Cuando yo me muera
enterradme con mi guitarra
bajo la arena
¡Ay cuando yo me muera¡"

Federico García Lorca

Lo mejor la muerte
sea olvidar que naciste
alguna vez
olvidar que amaneciste
una mañana blanca
quizás sea como caminar
por tierras desconocidas
cerros que no terminan
en los que se oye un eco
indescifrable.

Quizás la muerte sea
ese eco perdido

como el sueño olvidado
en la tarde lejana
de la siesta de un verano

La esperanza todavía

No sé cuál el relámpago
del que nace la vida

cuál el relámpago de la muerte
y de los sueños.
No sé hasta que lomas brillantes
llegan los breves cantos
de la juventud
hasta que atroz y oscuro espacio
alcanza el sonido de los clarines.

No sé cuál el relámpago
del que nace la vida
como una orden de alguien
que no entiendo.
No sé nada y espero todavía
en estas extensas llanuras
del mundo.

***Escribo estos versos el 31 de diciembre casi ya año 2018…porque no sé qué hacer. A.F.**

José María Muñoz Quirós

Creación

Nada será ya nuevo, nada eterno.
Ha desflecado el eco su doliente
ingenuidad callada, y el nenúfar
adulto de las fuentes con su gota
de amor sobre las aguas nada espera,
Será ya nuestro el sol y la distancia,
nada acariciará más luz de asombros
indomables y huecos, pasajeros
del dolor de la vida en sus heridas.
Pájaro sin volar. De nada fluye.
En la nada también deja su aliento
desmadejado de ascender sin rumbo.
Sobre el color intacto es pluma ardiente
que se transforma en fuego necesario.

El vuelo

Dominando la tarde un punto negro
ha desnudado su fragancia intacta
sobre la hierba donde se consume
quien asiste a la luz en sus recodos
y alcanza en los peldaños del instante
la presencia reciente de una mano
que acaricia ese hallazgo. Dentro, al fondo,
en las entrañas de ese verde brotan
quienes persiguen el misterio, el alto
vuelo del sol, la tenue encrucijada
del laberinto del silencio. El alma
sedienta en cada forma, en cada limpio
destello en esa brasa nace y brota
en perfecta armonía con el mundo.

Tomás Sánchez Santiago

Configuración del verano

a José Enrique Martínez

I

Ahora sí, ahora sí,
dentelladas flamantes…

la de la luz de julio sobre el río,
emplumándolo de agujas y de joyas veloces,

la del sudor y sus ondulaciones
húmedas sobre los cuerpos saqueados
por los pactos del calor,

la de los gritos impuros de los niños
en lo alto de la noche,
vivos y tardíos
entre dos patios aún calientes

entra ahora el verano
con su mugido hermoso
y arden sin sueño los seres
y la nobleza corta de las noches

dame a mí del manto de tus días
una orilla sin ánimo,
un puñado de hilo de asustadas sustancias

cosas de poco amparo
donde nunca habrán de llegar a beber
esos otros animales, los que traen hirviendo
entre los dientes
la lenta gelatina de la desolación

II

or el cielo, qué ruido
de astas sucias
la tormenta…

deja enferma la luz
al final de la tarde
un brillo de limones sumergidos

viene a por ti
el verano

¿y tú? ¿darás la espalda
a su cromo lujoso
de jardines candentes y de abejas bravías?

no, esta vez no

quémate en su aventura
de metales nocturnos y de túnicas
rojas, desabrochadas
a favor de los cuerpos

entra
en la onda dormida de la carne
y abrásate despacio allí,
junto a todos,
junto a todo

en la respiración incandescente
de perros, de frutas y medallas
que abrasan
el pecho de las niñas maldormidas

Tomás Sánchez Santiago

Iván Carabaño

El silencio se necesitaba

Siempre hay algún tipo,
me refiero al Viernes, hablo de las ocho,
que parte hacia el oficio del silencio
mientras otros van a los convencionales
trabajos de la vida: el que repone la fruta,
el profesor de las clases creativas,
el corredor de seguros,
la pediatra de frases elocuentes,
la que da los cafés más amables del mundo.

Ya sabes de quién te hablo: puedo ser hasta yo,
puedes ser hasta tú una de aquellas mañanas
donde la música vital no fluye,
y el trabajo es callar.
Un callar incandescente, feliz
por encima de otras convenciones,
una alegría digna de salario,
pero metida hacia dentro.
Una risa limitada a los ojos,
y con las gafas puestas.

De eso de trata:
este es el sol interior que hoy viaja en metro
y llega a la oficina para no discutir,
para apretar clavijas en la empresa
de los violoncellos, para soldar
flores azules a las bicicletas,
para inventarse las rayas de las camisas
que luego se pondrán los hijos difíciles.

Ese señor de bigote
que sale de las tuberías,
ese chaval amargo
que emerge del metal de las trompetas,
ese cuarentón de cara grave
que surge de las piedras del camino
marca el principio de una época.

Porque -esa es la verdad-,
como la hormiga de los domicilios,
el silencio se necesitaba.

Repartidores

un los egoístas,
con su cara de muchos cuervos,
son repartidores de cosas.
Parece que hubiésemos nacido
para llevar la furgoneta
hasta miles de hogares,
pues en las casas se les necesita
como el dragón al fuego.

Por eso,
llegamos desde nuestra convicción
de humanos con camisa, y aparcamos
las piernas bajo los plataneros.
Venimos de la nada de la empresa
hasta dar con tu chalet y que nos digas hola.
He ahí el trabajo.
He ahí el oficio.
Una labor con recompensa,
con salario de pobre, pero qué más se quiere:
igual que las plantas aromáticas,
sólo necesitamos un abrazo de sol
y unos gajos de lluvia.

Esa es la naranja de los repartidores.
Esto es lo que reciben a cambio del paquete.
Eso es lo que se firma
en la colmena de los albaranes.

Y luego se van hacia ese lugar impreciso
donde los ubica el tiempo,
junto a otras carrocerías llenas de óxido,
plagadas de intemperie.
Allí donde recibirán
nuevas llamadas de teléfono
marcadas por robots
o por chicas con las uñas pintadas,
o por sorpresas vitales
con plumas de gaviota.

Iván Carabaño

J. Seafree

Sobre sus tumbas

Se encienden los focos,
el público asistente los aclama con exaltación,
salen *Siniestro Total al escenario*
y cantan una y otra vez la misma canción:
bailaré sobre tu tumba, bailaré sobre tu tumba,…
y uno se acuerda de dos tipos tontos, muy tontos.

Canto una y otra vez esa misma canción,
imaginándome sobre sus tumbas,
aquel director de la honorable caja de ahorros,
aquel otro subdirector de la honorable caja de ahorros,
dos tipos tontos, muy tontos.

A uno le gustaban mucho los toros,
el otro era experto en traslados forzados,
bailaré sobre sus tumbas, bailaré…
No me apetece perdonarles la vida.
Las nubes están hoy cargadas de pólvora.

(Abril 2017, en Chapinería)

También de noche

Mientras tengamos más sueños que recuerdos
seremos jóvenes. O, al menos, que el puñado
de sueños, que con cada uno convive,
pese más que todo lo pasado,
que todos los años vividos
aunque éstos se cuenten por décadas.

La noche a veces parece una pecera,
transparente, abierta, tan grande
y tan frágil como haga falta.
Una pecera en la que saciar la sed
de cada lengua de nuestra conciencia.

Todas nuestras lenguas, todas nuestras gargantas,
nuestros ojos, todas las manos que reponemos
a diario en nuestro cuerpo, esa multitud
de vestimentas que nos arropan, nos cubren
y también nos ocultan… todas y todos,

ellas y ellos aparecen ante los espejos
bendecidos por la luz de tantas velas,
de la desmemoria y de la cálida espera.
Un solo cuerpo cargado de varias lenguas,
más de una garganta, infinitos ojos,
tantas manos, tantas… en un cuerpo único,
hilo de tiempo con pasos inciertos,
ambiguos constantemente, premura en horas felices,
pesadez y ensanche de las jornadas tristes.

Alejémonos de esa pecera pero conservemos en la memoria
su transparencia, su boca abierta. Y, grandes o frágiles,
que los sueños nos desvistan, nos inmortalicen
y que su sed, la nuestra,
fluya también de noche.

(San Martín de Valdeiglesias, enero 2018)

J. Seafree

Susana Obrero

Cosas que andan vivas por ahí

El frío trae agua y la tristeza de acabar la montaña mágica.
Me gustaría injertar un árbol frutal
¿cómo vivo sin saber esa técnica?
Tampoco sé hacer pan
ni sillas
ni jabón para lavar.
Suspender la opinión.
Nos pasamos la vida adivinando.
¿Y si las flores no quieren ir a los cementerios?
Hay un fluir y un dar saltos a la vez.
Se puede silbar una obra de Mozart
ser tan viejo que ni te huelan los pies.
¿Es posible aburrirte intensamente?
Hay pájaros que cierran los hijos como si me hicieran una fotografía.

Llevo toda la tarde
pensando como cuidar a un copo de nieve.

Javier Díaz Gil

Su casa

(A Teresa y José Luis)

uestra vida
se construye de recuerdos.

Los que permanecen para siempre
en nuestros ojos:
los dulces y tristes,
los que abrieron caminos porque cambiaron
tu piel y tu mirada.

Algunos segundos fueron suficientes
para hacer de nuestro corazón
su casa.

En la memoria se afirman
los recuerdos que marcan
el inicio de una vida,
los ojos de una niña y la fiebre
preguntándote quién eres,
si formas parte de su mundo.

Permanecen los abrazos que llegaron
en el momento justo,
las palabras de amor y de consuelo.

Hay paisajes y rostros,
gestos y labios,
silencios que guardo para siempre.

Respiro profundamente
y os pido que guardéis estas palabras.

Cada uno de nosotros hará eterno
este instante en la memoria.
Vuestras manos enlazadas,
el buen amor y la felicidad.

Nuestro corazón,
vuestro corazón,
sabedlo,
es ya su casa.

No sabe el frío

o sabe el frío de la profundidad del agua.
Tiene ojos de niño y labios de quimera.
Recuerdo un río y a mi padre
y los cangrejos escondiéndose en las piedras.
Eso fue hace ya demasiado tiempo.
Ahora el sueño es sombra y diente de sirenas.

Venimos del agua o de la tierra.

Tengo la mirada triste por culpa de las olas.
Amanece en lugares que nunca llueve.

Los silencios tienen la piel ajada.

Me reconozco en la carne y en el viento.
Lo raro es recordar y no haber muerto.

Sales de la palabra como si el aire fuera un grito.
El aire quieto, ardiendo como un niño.

Es imposible detener las agujas lentas de las esferas.
Las esferas azules bajo el agua,
bajo el manto grave de las estrellas.
No he visto luciérnagas.
Decidme dónde habitan.

Las olas crecen si tú las nombras.

El cielo desaparece y las ramas y los hombres.

Arrojadme desde los muros del agua.

Javier Díaz Gil

Coriolano González

Cumpleaños[1]

Hoy habrías cumplido setenta y dos años.
Naciste casi de casualidad:
un hermano había muerto muy niño
y era preciso un varón.
Una muerte te trajo y la muerte te llevó
sin envejecer,
sin permitirte siquiera un achaque,
como si pagaras la deuda por haber sobrevivido
a la enfermedad en tu adolescencia.

La isla sigue creciendo y hay lugares
que te costaría identificar.
Sin embargo, la semana pasada recorrí
la vieja carretera del sur
y cada curva resultaba conocida
como si otra vez me llevaras
al encuentro con la tierra.
Este invierno está siendo frío.
Llueve mucho y recuerdo
cómo salías de casa con tu sombrero.

Te vamos olvidando
de la misma forma rutinaria
con la que todo se sitúa nuevamente
en su lugar
o en otro que se impone;
sin embargo, aún no he arreglado
la luz del baño ni la cerradura.
Ya he dejado de encenderte velas,
aunque guardo un paquete sin estrenar
por si fuera otra vez necesario.
Llevo unos meses intentando
no reconocerme en ti
pero confieso que aún siento
cómo tu mano se apoyaba en mi hombro
mientras caminábamos
y las palabras exactas
cada vez que nos despedíamos

1. Este texto es deudor del poema Padre de Ted Kooser.

Padre

Padre, vengo a matarte.
El recuerdo no puede seguir sosteniéndose
sobre una vela que cada noche se enciende
solo para iluminar tu fotografía.
Ayer, mientras rebuscaba en la herramienta,
me encontré con tu destornillador.
Y, no sé muy bien por qué, me llevó a otro recuerdo.
Te contemplé -y también te olí-
pocos instantes después de tu muerte.
Te besé en la frente en aquel cuarto mortuorio
y aún en ti había tibieza.
Les dije a los empleados de la funeraria:
"Mi madre no puede verlo así".
La boca abierta, rendida la cabeza,
los ojos aún vigilantes, entrecerrados,
el pelo sin orden.
Ya no eras tú
y pensé que te hubieras avergonzado
de que cualquiera pudiera mirarte
en ese momento.
Con la profesionalidad
de quien se maneja hábilmente
en la muerte cotidiana,
me aseguraron:
"No se preocupe. Lo arreglaremos".

Luego, en el tanatorio, ya sonreías
y el pelo había vuelto a cobrar forma.
Te habían rellenado la boca
y forzado una mueca para que sentenciasen:
"Pobre, murió en paz".
Y me tendría que callar
y llenarme de rabia cada vez que alguien
te destapara el rostro para despedirse.
¿De qué? ¿De quién?

Mientras, el calor de aquellos días de agosto
te amarilleaba la piel y aceleraba
la descomposición de tu cuerpo.
Te salía la barba, pero yo solo quería
que acabara todo y regresar a mi soledad.

Ahora, padre, sigo encendiéndote una vela
todas las noches. Y, cuando viajo, busco
lugares donde hacerlo.

Hoy, luna nueva, hace ya siete años.
Acabo de cambiar aquella cerradura

que quedó pendiente,
sin embargo, llevo dos años escribiendo
este poema, temiendo siempre llegar al final.

Pero tú ya no existes. Ni tu cuerpo.
¿Debería mantener tu imagen detenida
en tus sesenta y cuatro años
y aguardar a llegar a tu edad
y mirarme al espejo para saber
si me reconozco o te reencuentro?

Por eso, padre, vengo a matarte.

Coriolano González

Alfonso Pascal Ros

El hada

Detalle de su profesión,
fruta prohibida,
que no pone reparos a quien paga
ni si amenazan con salvarla
después de aquella noche.
Todo lo bueno es blanco, certifica,
encargo de cazador,
y esto es lo que parece, señorita,
que yo pago deseos clandestinos
y dueño de mí mismo al fin y al cabo,
la ropa interior limpia
por venir de familia encantadora
con esclavos y títulos y todo.
De mí dirá la Historia lo que quiera,
centro de gravedad o negligido,
paradero no sabe o no contesta,
decúbito supino
y en mi contra hasta el ángel de la guarda
con sus horas previstas,
lo que usted quiera, ya le digo,
pero si me ha ofrecido así sus labios
qué no le habrá ofrecido usted a otro.

Joderse cae en viernes

De mañana encerrado,
aquí vas a encontrarte como en casa,
y que eso teme,
incumplir al espejo reverencias
que había prometido.
Por lo menos que no le peguen tanto
por buscar las esquinas de los peces
manchado con la harina
de las vocales medias
por mucha explicación de que es de tontos
ir con la cara blanca por la calle
preguntando si alguno, porque es viernes,
ha encontrado una O que él ha perdido.

Todos visten ahí dentro el mismo traje
y el más listo le avisa que en el patio
con la estación más seca
se ponen la chaqueta del revés
los de un equipo.
Los números por dentro, no te olvides,
que luego se van todos por los suelos.

Mañana, le convocan, el gran día
donde debutará de guardameta.
La loca de pamela y perro
ha corrido la voz que un año de estos
con las últimas voluntades
por buen comportamiento director
si sobra presupuesto va a comprar
en mercado de invierno una pelota.

Enrique Villagrasa

A Cuadernos del matemático, en su 30 cumpleaños

I

La has visto, en cada verso,
cuándo el sueño y su luz,
a la hora en que el amor arropa
a esa vieja araña húmeda que está
en el ángulo oscuro de la noche?

Todo es como la magdalena
tras el horno de la incertidumbre:
compleja, misteriosa y mutante.

El terror no está marcado en mi frente.
Todo se repite y el miedo acaba
con el resplandor de la mañana.
Voy a seguir, voy a volver,
viviré sin temor, abandonaré el convento:
aunque el epitafio final no está escrito.

II

Un rescoldo de fulgor remueve
el saber telúrico del poema.
Tus restos no quedarán perdidos
en el osario de Burbáguena.

Así, pues, adiós viejas palabras,
pues nada o poco significan,
tras las puertas de septiembre,
en la casa del pueblo: donde se
siente el frío nocturno y oscuro
del siempre laberinto extraño

Estaba de pie en la terraza, un noveno,
y de no coger tu mano abierta, Poesía,
habría caído sin que nadie me empujase.

Así vago por los montes y los ríos al amanecer.
Al sol desnudo de mis días en Unha.
En la noche de los caballos idos.

Alberto Cubero y José Luis de la Fuente

Poemas del “tensó”

La clarividencia de los derrotados crece hacia las desapariciones. Urge la alquimia.
[Lugar del agua, de la cólera
que salpica. Hay un cuerpo enfermo en los equidistantes vacíos de la madera. Los párpados se
[agolpan en breves
disturbios.

Queda un afuera.

Una sustancia fallida se aloja en la incertidumbre. Tiene bordes. Su deformidad es cercana, casi admirable.

Hacia allí te diriges: enclave envuelto en penumbra espirales de delirio.
Cada paso, una huella intraducible.

Cada paso, un enjambre de imágenes en tu aproximación a. Y esa expectativa rociada de temblor.
Rociada de.

Qué te impulsó a iniciar este camino.

Extraño:

balancearse en un todo
para acariciar la absoluta
nada.

Lejos de la pandemia del yo, del sapo que prostituye la palabra. Allí, donde el desconocimiento encuentra la respuesta, donde el goce comulga con el espino.

Boca-ruina.

Obligado descenso al perímetro, a los invertebrados versos de la duda.

uizás sea donde te aproximes: a la duda: nódulo, multiplicidad de haces que tiemblan, se [estremecen ante.

Tan extraña esa expectativa rociada de púas estériles.

Cómo no abrazar la ruina, lo efímero, las esquirlas de lo que no llega.

Tu marea quebrada.

rcaico ahogo del silencio.

Énfasis.

No es tormenta, sino el acertado arte de la negación: fluido que se adentra.

La carencia habita bajo la lengua. Presa de las interrogantes, de las estructuras pragmáticas del vuelo. En el centro, el dolor comulga con los amoniacos.

Digerir la claridad, don de los náufragos, pinzamiento.

Lejos quedas tú.

entonces el vuelo, sí, caricia ensimismada en su desnortado reflejo. En la tarde en que los [hipócritas se abrazan.

Cómo olvidar el mercurio que llovió sobre la habitación donde nos desconocimos definitivamente.

Y entonces, sí, tú, la baba encriptada que escupe el deseo, los espejos astillados hablando el idioma del [laberinto.

El perfil pétreo de tu doble.

Alberto Cubero y José Luis de la Fuente

Luis Martínez de Merlo

(Allogenes)

No vengo de otro sitio,

no, de aquí soy yo:
de esta tierra dura que mecen las auras y el huracán azota,
de esta tierra apretada que agosta las canínula y el aguacero
anega,
de esta tierra con fatigas surcada,
medida por pasos y por pasos a los míos iguales.
Uno más de entre vosotros, sin tasa, soy
castaño, igual que tú;
igual que tú, larguísima jirafa, la extravagante, que
mordisqueas por arriba de todos;
igual, igual que tú, despacioso, viscoso caracol, que
con tu hambre amenazas los huertos de los hombres,
reo, pues, de exterminio, no diré si justo o si injusto;
también igual que tú, tú, el hombre allá tan alto,
el pastor del silencio,
el erigido en las nieves;
también igual que tú, que tú, la como yo vagabunda,
la fétida mendiga a la que eché -qué podía yo hacer- de
mi escalera
una noche fría ya de diciembre
y después otra segunda noche;
y como vosotras, mujeres que os besáis ahora ahí, en el
rincón del bar, un poquito patéticas,
y que acaso os améis, como he amado yo mismo, mas que sin
duda os deseáis como yo mismo he deseado.
Porque de aquí mismo soy yo.
De piedra inerte soy,
de esa agua bulliciosa que se escurre entre las piedras,
de esa fibra verdísima que ya conoce los senderos de la luz,
y los ámbitos del aire, ilimitados,
y las lujurias de los florecimientos;
de palpitante carne que aletea, que se desgarra en un cepo,
que en la duna abrasada serpea,
que fosforece fantástica en lo hondo,
o que en el sol se estira, ahita ya de otra carne, e inocente.
De aquí soy yo,
fruto muy delicado de este girar, del Tiempo y de los números
del incontable Tiempo,
fruto muy sazonado en su linde,
fruto, ay, ay, de igual manera perecedero.

No vengo de otro sitio,
no, no vengo de otro sitio,
creo que me encamino, sí, hacia otro sitio,
y que lo mismo vosotros
por vuestra propia vía.

a Noche lo sabrá,
la negra Noche
porque guarda la Noche en su seno profundo las raíces de todas
las acciones que han sido ya emprendidas
la simiente secreta de todos los aconteceres.

La flecha está en el aire
el terreno abonado
barajados los naipes,
las órdenes dictadas,
las redes extendidas
encendida la mecha

Lo que ha de ser, será
lo que será está siendo desde su hondón remoto
en todo gesto, aun vago -en este de ahora tuyo- algo hay
que se consuma, o que ha dado comienzo
Quien haya de venir ya está puesto en camino
ha contado una a una su jornada la negra, la sagrada, la sabia
Noche
La Noche lo conoce
La Noche habla con misteriosa voz y pronuncia letra a letra
su nombre
Quien haya de venir está diciendo "adiós"
quien haya de venir ya se ha marchado.

Luis Martínez de Merlo

José Miguel Junco Ezquerra

La mujer de blanco

Se sentaba frente al balcón
y escribía árbol en el cuaderno
Así como era un árbol
con la savia y la raíz del árbol
con el tronco del árbol
y las ramas del árbol.

Y se le llenaba de árboles el cuaderno
de hojas se le llenaba el cuaderno
y hasta de bosques y de pájaros
y de nidos se le llenaba.

Después ella tenía que ir poniendo comas
entre los árboles y puntos y comas
y puntos suspensivos y paréntesis
y dejar un espacio donde iban los espacios.

O escribía noche en el cuaderno
Pero noche como de verdad era la noche
con sus misterios y sus lunas
con sus estrellas disecadas
con sus aullidos y sus lobos.

Y se le ponía la noche en el cuaderno
y se le llenaba el cuaderno de estrellas
y se oían los aullidos de los lobos
y ella tenía que ir puntuando los aullidos
y poniéndole comas a las estrellas.

O escribía mar en el cuaderno.
Pero mar como era el mar
con todo el oleaje y el salitre
con sus barcos y peces de colores

Y se le llenaba de mar el cuaderno
de peces se le llenaba el cuaderno
de barcos se le llenaba.
Y ella venga a ponerle comas y puntos.

O escribía sobre la vida
Así como es la vida
con sus venturas y sus desventuras
sus luces y sus sombras
sus diástoles y sístoles.

Y toda la vida se le volcaba en el cuaderno
mientras ella iba poniendo comas y puntos
y puntos suspensivos y paréntesis
y dejando espacios para coger aire.

Después guardaba aquel cuaderno en la gaveta
con árboles y pájaros y aullidos en la noche
y mares con sus peces y barcos que zarpaban.

Y se desvanecía en la inquietud del sueño
Así como es un sueño
con sus comas y puntos suspensivos
sus interrogaciones sus paréntesis
sus muchos despertares sus tiempos sus espacios.

Santos Fernando Arévalo Ávila

Cantohincado 28

Para Alex Colmenar Arévalo

Es otoño y aquel niño
va repechando la cuesta
de la calle Cantohincado
llena de grama y de piedras;
jugando con sus amigos
cuando sale de la escuela,
ve a su abuelo sentado
en el quicio de la puerta.
Está cantando una copla
mientras lo abraza y lo besa,
tiene la boina calada
y la chambra recién puesta,
la garrota da el compás
al contacto con las piedras,
la abuela tejiendo encajes
los vencejos sobrevuelan.
Flores de no merendar
han inundado las eras,
en los cerros hay madroños
y se escucha la berrea;
las coplas siguen sonando
junto al calor de la hoguera.
Huele a bellotas tostadas
y tiznao para la cena;
un día se hizo el silencio
de una tarde macilenta;
la silla quedó vacía
y la casa tan desierta;
no cantaban los petines
en la parra ni la higuera,
la abuela con su congoja
llena de luto y de pena.
Hoy el niño está mirando
el cielo sobre las tejas,
está cantando unas coplas,
de algunas ya no se acuerda;

y la calle Cantohincado
no tiene grama ni piedras
el niño con el cabello
plateado de luna vieja.
Flores de no merendar
están saliendo en las eras,
vuelan bandos de estorninos
y se escucha la berrea,
un niño sube corriendo
va repechando la cuesta,
el abuelo está sentado
junto al umbral de la puerta.
Está cantando unas coplas
que aprendió la tarde aquella,
al compás de la garrota
junto al fulgor de la hoguera;
el niño le da un abrazo
y sonriendo lo besa,
el abuelo está llorando
de alegría y de tristeza.

Carlos Boves

Susurro cósmico

El universo bulle en la inmutable sopa primordial
ahora como en el origen yendo y viniendo
por la serena progresión de los ciclos
y fluctuaciones fósiles del ruido de fondo.

Es el susurro del cosmos narrando su nacimiento
con música de cuerdas en diez dimensiones
es la inflación eterna en la plenitud del vacío
es la refracción de la luz del telescopio de Galileo
dibujando el fulgor de una estrella que ya no existe
es la delicada monstruosidad de Frankenstein
es el viaje en bicicleta de Albert Hofmann
es la garganta rota y esperanzada de Billie Holiday
es la sexta partida de Fischer ante Spasky
es la mano de Anna Bertha atravesada por el rayo
es la luminosa cacería del bosón de Higgs
es el ciclotrón recreando fugaz el universo
que desaparecerá en colosal burbuja de energía.

El insondable sonido armónico del Big Bang
aún resuena en las ondas de iones
que recorren el axón de las neuronas
en las pisadas fósiles de Laetoli
en las delicadas excavaciones de Olduvai
en las manos estarcidas de las cuevas
en los precisos golpes del cincel de Fidias
en la serena ironía de Sócrates bebiendo cicuta
en el éxtasis rítmico de un verso de San Juan de la Cruz
en la sonrisa escéptica de Voltaire ante el rey prusiano
en la Venus de Botticelli emergiendo seca del mar
en la velada inspiración de Bach temperando el clave
en los fantasmas del año sin verano de Villa Deodati
en el segundo viaje del bergantín HMS Beagle
en los rotos jeroglíficos del papiro Edwin Smith
en la huella de Armstrong sobre el Mar de la Tranquilidad
en la insatisfacción informada del procesador Core i9

El cataclismo imparable de dos galaxias devorándose sigue vibrando después de miles de millones de años luz en las cuerdas del arpa con que una chica angelical ameniza la cena de mafiosos en un restaurante tres estrellas Michelin de Nueva York.

Síntesis de un gesto como luz cuajada
que adorna el firmamento con la Estrella Polar
la nebulosa de Andrómeda y la Vía Láctea
ofreciendo la seguridad matemática del orden
que llega de la nada y se convierte en todo.

Puede que el espíritu sea tan solo una leve contracción del tiempo
y espacio describiéndose a sí mismo en la ecuación de Einstein
materia transformándose en energía
el bien en mal
el odio en amor
el paraíso en infierno
el egoísmo en cooperación
lo infame en lo excelso
la razón en fanatismo
el horror en asombro
el desasosiego en calma
el ser en suceso.

Somos pompas de un campo escalar que todo lo llena
la epopeya del concepto abriéndose camino
entre los 3.200 millones de bases
como un cigoto tanteando a oscuras
la siguiente división celular
en el túnel de entusiasmo y angustia
donde danzamos sonámbulos
como diosecillos engreídos
agentes perversos de un nuevo
principio carente de principio
demasiado orgullosos del presente
como para tener algún pasado.

Pero acuérdate de dónde vienes:
del punto inflacionario fundacional
de la quieta serenidad de Buda
de la sublime sabiduría de Platón
de la humilde rebeldía de Cristo
del alegre éxtasis de los sufíes
de la sucia lámpara de Aladino
de la hoguera en la que arde Giordano Bruno
del expeditivo bisturí de Jack el Destripador
del dolor de todos los esclavos
del sudor de todos los obreros
de los pies alados de Margot Fonteyn
bailando el temblor melódico del arcano
ante el frío espejo de las apariencias.

Somos fruto de un minúsculo defecto
imitaciones defectuosas del original
entusiastas con ojos desorbitados
fruto fortuito de una sutil imperfección
efecto de una leve asimetría frenética
resuelta en transitoriedad permanente
que dura ya miles de millones de años.

Llevo toda la tarde
pensando cómo cuidar a un copo de nieve.

Carlos Boves

José Iglesias Benítez

Díptico de tierra y luz

A Santiago Castelo, in memoriam

I

Este soneto tierra que te escribo
me araña como tierra, entraña adentro,
huele a tierra mojada y en su centro
abriga un corazón al rojo vivo.
Un corazón de luz desmesurada
que la tierra arropó en su desvarío.
Un corazón que ahoga el suelo frío
y lo apaga y lo empuja hacia la nada.
Hoy te llora mi voz, huérfana y sola,
y añora aquel clamor de caracola
que supo darnos en tu voz consuelo.
…Y el soneto se queda desvalido
porque no estás aquí, porque te has ido,
poeta de la luz, dulce Castelo.

Lección de historia

"…las cosas se hicieron primero
su para qué, después."

José Hierro

Fue primero la piedra.
Aprendió el hombre a golpear y dijo:
–Hoy ya sé para qué sirve la piedra.
Y abrió el cráneo de otro hombre.

Luego inventó la lanza, el arco, la ballesta…
Y destripó animales.
Y destripó enemigos.
Se dijo:

–Ahora sé
el para qué del palo, la madera, la piedra y el metal.
Luego inventó el vuelo de la pólvora.

Como un grito en el aire
puso en el cielo estrellas de colores.
e imaginó que estaba creando el universo.

Pero volvió la oscuridad. Se dijo:
–Este universo es falso. La pólvora no sirve.

Cuando inventó el fusil
supo al fin para qué sirve la pólvora.

Pudo entonces matar a sus hermanos
sin mirarles la cara, sin verles la expresión
del horror y del pánico.

–He domado a la muerte.

Soñó con artefactos que lanzaban misiles
inteligentes que arrasaban, ciegos,
ciudades en la noche.
Amasijos de escombros y carne macerada.
El anciano y el niño abiertos en canal.

La mujer penetrada
por un trozo candente de metralla
y el odio desatado.

Y el hombre fue feliz, a salvo de las fieras.

Ya la muerte domada descansaba furtiva
en la panza del átomo, en el vuelo brillante
de misiles nocturnos,
en el rencor sin tregua de los nuevos metales,
en las cosas dormidas con sus nombres poéticos
que ayer les puso el hombre
cuando quiso ser ángel

y dejó de ser bestia.

José Iglesias Benítez

Virginia Araya

Qué mágico momento
cuando llegan las cuatro
y una rama es vista
por alguien que pasea
como la del árbol de nieve
de otro invierno distinto
y hace el gesto de ir a coger
el hielo prendido de las hojas.
Confunde el verde del musgo
con el tronco desgranado por un frío
y un viento que ya no sopla.
De pronto, despierta de su engaño:
comprueba que los mirlos cuando pasan,
al contrario que entonces, se detienen
sobre las blancas hojas.

Caminan cogidos de la mano,
pasan frente a la valla del jardín
después junto a la fuente.
Cortan el paso de antiguos cuchillos
de cabezas de halcones dibujadas bajo el agua
y rosales grabados en la piedra.
Para burlar el camino entero,
tienen tiempo de ir a morir
junto al paisaje del mar.
Ahora, es suyo todo el pasto,
la nieve circular de las aceras,
el vendaval que se acerca por el oeste
y es vigilado por un satélite.
Si no hay canto de grillos
es otra noche distinta,
los rubios dedos gangrenados,
dormir sólo una parte
del sueño
que se lleva el lenguaje.
Pasean. Cogidos
de la mano.

Hacia el morir del mar.

Tirsa Caja

Oh adrede Carrefour y todas las grandes superficies
de mi inservible corazón

Álvaro Pombo

Cuando cierran los hipermercados y las grandes áreas comerciales
campea por los aparcamientos
el miedo impersonal de no tener a donde dirigirse.
En los escaparates a media luz
las maniquís incuban un feto de plástico en sus vientres
y las perchas tantean a oscuras la piel de los trajes.
A esa hora nosotros, vacíos de contenido,
solos por las aceras,
entre restos orgánicos que hace poco han dejado de latir,
bajo los soportales,
por calles que desembocan a otras calles,
huimos
a los cines, a las casas, a los brazos
de cualquier transeúnte.
Nosotros indigentes.

Aguántate las ganas de llover
egrega la paciencia infinita
por el tronco hecho fósil
por la miel del agave
debajo de la piel calcinada
sujétate
raíz del algarrobo
al borde mismo de la torrentera
hazte coraza espora animal de desierto
eremita en tu cáscara
mata de esparto hincada de uñas
en la costra caliza
resiste
no te permitas transpirar siquiera

Alberto Infante

Mare Nostrum

Para Marco Magoa, que representó lo innombrable.

Descalzarse, ponerse la manta,
hablar del miedo,
decir huele especial,
decir acaso penséis que somos muchos,

preguntar nombre, edad, religión,
preguntar por la familia,
los parientes, los hijos,
recordar huele a gas, a polvo, a explosivo,

pudo ser el último día
pero fue el último invierno,
frágil, cruel, solitario
y, pese a todo, hermoso porque era presente
y esto no sé lo que es,

no tiene rostro, ni cuerpo, ni manos
si acaso un agujero en el pecho,
el negro boquete por donde el alma huyó,

me la robaron
cómo, entonces, contar la verdad,
cómo, entonces, convencer de escucharla.
Queda sólo calzarse, llorar, ponerse en pie,
recrear el alambre y la balsa,
la humedad, el frío,
la inesperada, ingrávida flotación en el mar,

descubrir, por fin, que estoy muerto,
muerto,
y que, sin embargo, sueño,
veo vuestros ojos
y, sin embargo, sueño.

El fondo es blanco,
tan oscuro, tan rojo y tan blanco
como lo que se fue
y ya no tendremos.

Partimos, viajamos, morimos,
algunos llegan,
pero la verdad
¿en serio queréis saber la verdad?

Paco Morata

Imagino una guerra
la guerra primitiva de espadas y de hachas
guerreros enzarzados cuerpo a cuerpo
mirándose a los ojos
percibiendo el olor
adivinando el miedo del soldado enemigo
el que te mata o muere
la equidad absoluta de una vida en pago por la otra

La desolación del paisaje después de la batalla
las sombras alargadas de la tarde de repente rotas
por un reflejo del sol que muerde de soslayo
los metales bruñidos de armaduras y espadas

Unos niños descalzos caminan sobre manchas de sangre
se inclinan tratando de encontrar su rostro reflejado
en las pupilas sin brillo de los muertos
en busca de consuelo

Un cortejo de frailes murmura letanías
amontona cadáveres y heridos
sobre una plataforma arrastrada por forzados

Una piara de cerdos acude a devorar
las tripas de un cadáver que los frailes han pasado por alto

Un pelotón del bando victorioso
va despenando a punta de cuchillo a los heridos
los despojan de túnicas espadas escudos sandalias
de todo lo que pueda cambiarse en el mercado
y de la vida

(Del libro inédito ***Pinturas de guerra)***

Javier Lostalé

Soledad

La soledad es siempre horizontal
para que ojos en calma se eleven
hasta tocar una imagen
desvelada en su tiempo más transparente.

La soledad sabe el secreto más hondo
de la lengua con que habla el silencio,
y conjuga el verbo ser
en la absoluta compañía
de lo que no amanece

Callada transcurre la soledad
dentro de su cicatriz de aurora,
sin otra aventura
que la de responder a cuanto no llama
pero que dentro de ella no deja de crecer.

Busca su sitio la soledad
sin conquistar lugar alguno,
pues dentro de sí misma
encuentra su mejor espacio.

Es alta la soledad
mientras inventa su cielo,
y profunda cuando conoce
la imposibilidad de su sueño.

No basta pronunciar su nombre
para alcanzar algo de su verdad,
sólo quien la abraza sabe donde está

Clausura

Las venas de esta hoja
se recluyen en lo absoluto de su luz
para negarte cualquier mirada
provista de memoria.

Una rosa recluida
toca tu pecho
con su emanación secreta,
sin que puedas descifrar
el movimiento celeste
de lo que sin ti se inaugura.

Todo se recluye
para que al respirar su enigma
tu corazón se purifique
en el incendio más solitario.

Ángela Saiz

llueve tanto
y tú… bajo la fronda amarilla
escurres las alas tiritas el olvido
tenaz cadencia palabra
por palabra gota
a gota.

llegar sin ir
y no poder volver
insiste
ausencia aleteando contra mi
pensamiento cada segundo ahonda
su agujero ser contigo mi
extraño.

Alfonso Aguado Ortuño

Cuento de otoño

Qué belleza tiene el otoño.
El sol,
cálido y tierno, me cierra los párpados
y me comenta: «sentiré
frío cuando la tierra
se extinga».
Las hojas caídas ¿por qué
me conmueven? Al verlas tristes
les explico que la vida es bonita,
pero que el viaje, en ese tren
hacia el otro confín,
es lo más hermoso, porque nos lleva
a la esencia del todo.

Las hojas que penden aún de las ramas
prorrumpen en sollozos

mientras las lagartijas desde el muro
me acusan de cuentista.

Tiene ochenta años y sigue sin comprender la vida.
«¿Estamos aquí únicamente para perpetuar
la especie?». Y como fuera de noche, bajó la estrella
y le explicó que ella ya no era, que era sólo luz.
El calor invocó al mosquito. El anciano sintió
su picadura. «¿Por qué lo haces?» –masculló–. «Succiono
tu sangre –replicó el insecto– para alimentar
a mi futura descendencia. ¿Entiendes la vida ahora?».

David González

Confesión

iempre triste
especialmente
cuando sonrío:

mi vida
en todo caso
no es fruto

de mi imaginación:

Mucho tiempo después

ucho tiempo después
cuando se empañan
los cristales de mi ventana
todavía me muestran
solo cuando se empañan
tanto tiempo después
los mandalas que Conga
me dibuja con el dedo
una mañana de lunes
extremadamente fría

mientras da saltitos
como para espantar al invierno

y ríe con ganas
feliz
echando chispas
por sus ojos de esmeralda:

es mujer
está enamorada
y es

correspondida:

Chema de la Quintana

Evohé

Evohé
Regresaron en manada
los cascos hacían retumbar la tierra
furia desatada
ahí junto a la calle
un poco antes del alba los escuchaba
en Madrid, un monte quizás
vajillas y vajillas de platos, cuchillos,
vasos, tenedores,
frío, mucho frío
América no
Evohé, evohé
El canto ebrio de las ratas
corriendo bajo los soportales
del Zócalo
en busca de una estrella.

Para Elvira Inés

Cada vez que bebía
para olvidar su caballo blanco
éste aparecía
por entre la selva y los cafetales
de su imaginación
Cada vez que bebía
había una niña durmiendo, soñando,
una mesita a su espalda y un bolso con sus collares
recién hechos por ella
y el frío
Sí, esto era todo
digámoslo así
Y volvía a beber y tomar
como si dentro del vaso o la botella
existiera el olvido y la recogiera
así desaparecerían las risas, los menosprecios,
el daño, la maldita indiferencia.
Y un año, dejó de beber.

Gema Estudillo

Oscuridad

a mi padre

uelves a la oscuridad
al brillo de la niñez
y a las risas
a la voz del panadero
que te atrae presuroso
hacia la cerca
sueñas
y el balido del carnero
te devuelve hasta la fuente
vas sintiendo
el calambre de tu pierna
ahora más intenso
y un sudor extraño
cala
hasta la caña
el hueso
se lo has dicho
y una arruga nueva
ha aparecido en su frente
sueñas
y en la noche has escuchado
el canto del vencejo
es ahora su mano
la que huele a leche fresca
fuera
la luz alborea
ladra el perro
pero aún hay tiempo

Regreso

egresar al barro
a la miga de pan caliente
a la tierra arada bien
temprano
regresar al vientre
alimentado por la sangre
y ser semilla latente
herida
surco
punto de luz
fuerza primigenia
inagotable
que arde en combustión
infinitamente
es volver a nacer

Uberto Stabile

Cuba Libre

ací el año que triunfó la revolución cubana,
durante 57 años he vivido y crecido
entre la duda y la excepción,
entre las canciones de Silvio Rodríguez
y las contradicciones de Calvert Casey,
entre el bloqueo y la represión.
A los 20 años me leí los Diarios
del Che Guevara en Bolivia
y todos los libros que mi padre traía de Cuba,
sobre Bahía Cochinos, el asalto al cuartel Moncada
o el viaje del Granma desde Veracruz.
Peregriné al Café Habana en México
entre la Morelos y Bucarelli,
donde Fidel y el Che se reunían,
pero ya solo quedaba café.
A los 48 años fui a Cuba
para conocer un paraíso que solo era trinchera
una escasez poblada y hambrienta
en una isla inquebrantable.
Hoy la noticia me sucedió en Colombia
como si de cerca la realidad fuera otra
que nunca fue del todo.
Ni el triunfo de Trump me roba los sueños
ni la muerte de Fidel aplaca mi hambre
a mí, como escribió León Felipe,
me han dormido con todos los cuentos,
y sé todos los cuentos.
Ando ahora empeñado en hacerme
un hueco en mi propia vida
en construir un lugar común
en compartir y empeñar el tiempo que me queda
corrigiendo con cuidado y mucho mimo
la certeza de todos mis errores.

José Luis Reina Palazón

Für Friederike Mayröcker

El lector de poesía

Tú te lees a ti mismo,
a ese que buscas tú
y siempre creas,
el que te dice las sombras de las letras,
el que te invita al descifrar del canto,
el que tú no conoces y habita en ti,
siempre que vas leyendo tu ternura,
tu cuerpo, tu loca fantasía hacia otro nombre.
Y siempre habitas tú en ese olvido
y al saberlo de ti te reconoces:
eres el alma del poema.

Lost in translation

Allí, donde cantan auroras,
en los bolsillos hilvanados de los ejecutivos,
donde toda luz es signo prometido,
y todo amor caído inexacta ilusión,
en los bulevares sin olor ni silencio,
entre los cuerpos de plástico sin pena,
en los insomnios fluorescentes,
en la patita rota de la paloma soledad,
allí canta también la nieve del alma,
un cristal siempre roto a la verdad,
una ficción de nieve.

Los restos, siempre los restos,
su deletreo callado,
su mínima verdad,
el esplendor que escribe
un corazón de entonces.
Manos, signos, manos,
signos, signos, otra verdad,
vieja, nueva verdad,
nunca verdad, nunca
nada, nada, nada,
resplandece.

II

así el amanecer. Un despejar
la fiebre, la secreta locura, el candor,
los huecos trasladados de la nieve.
Alma. Labios que anuncia el alma,
signos que son de amor, mano
que vive alzada por un saber o ser
del sentimiento, sí, del sentimiento,
sentimiento del tiempo, revelación,
eso no más, tiempo entregado,
traslado de figuras en la nieve.

III

iempo. Tiempo. Y tú te irás.
Algo llevas de mí. Ese silencio
no roto aún. El resto de la pasión
que envuelve sin cesar, por la distancia,
por el secreto de cada muda expresión,
por cada gesto que no se pierde en nieve.
Sólo impulsa el cristal, el fuego humano,
que comunica en ciernes como un ave rapaz
que esperara en el cielo para arrasar,
pero su ojo nada puede ante el asfalto del silencio.

La paciencia es su fin. Ella hila la sombra
de esa espera que reluce más tarde como un dios,
allí donde lloran los ejecutivos su decadencia letal,
donde el color del *whisky* es la flor del deseo,
donde el aire es ausencia y la ausencia verdad,
donde el gesto se acaba entre espasmo y realidad,
donde muere la muerte de su falta de azar,
allí donde los cuerpos viven sin cuerpos,
donde la estupidez vital disuelve el alma.
Sí, allí, donde destellan tu amor
y mi silencio, perdidos
en el vidente laberinto de la soledad,
entrañados entre signos
de cristal y pasión,
transparente presencia,
como si hubiéramos entrado juntos
en la escritura, sí: *lost in translation.*

José Luis Reina Palazón

José Luis Torrego

ELIot, ELIot, LAMA SABACTANI?

I

En nuestra mano ya no hay cartas
de navegación que preserven nuestra nave del escollo
sólo cartas al azar y boca arriba
de una torre de un ahorcado de un marino
fenicio que naufraga en un tarot
del Sternbergersee nobiliario y encrespado

a quién si acaso a alguien le importa?
Madame Sosostris baraja indolente
sus naipes sin lustre pegajosos
por el uso y el poso sudoroso de los lustros
y los vahos que sedimentan el alcohol de los vencidos
en una pensión de Ginebra
en un lago de Ginebra
en un vaso de ginebra en un beso
marchitado de la reina Ginebra a Lanzarote
que se fue
de punta en rojo
rumbo a su *lac*, su *lai*, su *loin*

II

El ahorcado del tarot reza
en la vasta extensión mínima entre muerte y nacimiento
ese instante respirado entre dos inexistencias
apenas si hay un sueño azul bajo tanto escollo a oscuras

una noche de jacintos oh doncella en el jardín de los amantes
y toda una vida luego en que te llamen la Chica de los Jacintos

la soledad se interna en un laberinto de arrugas como una detonación
la soledad se interna
en un laberinto de arrugas

como una detonación

oh mi niña qué te he hecho? se lamenta Horacio
pobre niña dicen los poetas renacentistas del Carpe Diem
y los barrocos y los malditos y los visionarios ingleses de los muelles opiáceos

las palabras gastadas apuñalan unicornios si son nuevos los oídos
y ensangrientan azucenas que iniciaban su caricia

José Luis Torrego

J. Seco

Te miraba desde el tragaluz y tú me devolvías la mirada tras la cabeza de aquel desconocido que te aplastaba contra el suelo

Inacción: resultado y efecto de no hacer.
Sería un excelente género artístico.

El amor se carga de sentido y se aligera de pasión con el paso del tiempo. Pero eso lo sabe cualquiera que sea viejo

Veleidosas las palabras!
Para cada uno muestran un significado.

Tratad de imaginar: Trópico, fiesta campestre, churrasco de amigos, sol y palmeras; paisaje de Viajes Halcón. Sillas de plástico y los pies sumergidos en el agua tibia de la *lagoa*.

Ella sale del agua chorreando vida; cadencia de raza negra, piel brillante de canela y sándalo y ese brillo en la mirada que a todos, alguna vez, alguien nos ha dedicado. Contornea a su hombre y se acerca mórbida para comer algo.
Después se sienta en sus rodillas: —*Qué es que u qué vocé come, o meu amor?*— le pregunta él arrobado y ya borracho. Y ella, Venus Divina, abre su bocaza gostosa para enseñarle la carne a medio deglutir.

José Antonio Sáez

I

Ut pictura poesis

Da alas al pincel, contenlo, y quién
conduce esta mano, quién la seduce,
tan diestra en libertad y en señorío
que el lienzo ha de surcar, y con qué fuerza,
por la vasta planicie en donde espero.
Que la inspiración venga laborando,
dejándose llevar en tal concierto
que el esfuerzo propicie, con maestría,
el logro superior del ser divino.
Son los dedos de un dios los que discurren,
el ingenio que rompe, en su demencia,
los límites que impone el ejercicio
que la gracia convierte en desmedida.
Mezcla el color su sangre con la mía:
esto es amor, el dar cuanto poseo
por admirar los ojos que esperaron
el milagro que en ellos se forjase.
Pintura, esa alta dama que flirtea,
en devaneo aparente y necesario,
con la escultura mágica y la música.

II

Horror vacui

¡Ah, delirio de manos que laboran,
la marea de dedos que moldean,
forjadores de formas en la nada!
Manos como herramientas productoras
que el martillo tras el cincel empujan,
sabias manos que buscan la silueta
y, con vigor, desvelan su secreto.
Nada con más nobleza en la tarea
que las manos buscándose vacías,
y a la nada recrean y enamoran
con la forja que engendra su constancia.
Es el alma quien dicta la figura
con el ingenio que la pone en marcha.
Es la imaginación y son los sueños
quienes dan luz al vuelo de los ojos.
Sueña el hombre en ser dios en cuanto crea
y los sueños en lo eterno lo ubican.
No existe mayor gozo en la criatura,
ni siquiera tormento laborable
para quien, febril, en el delirio gesta
la creación de manos escultoras.
Manos ungidas, dedos más leales
del orfebre que en la magia florecen:
¿acaso fuisteis tormento de un dios
en la zozobra, en el hostigamiento
y para la desazón, aún inquietas;
huecas manos que extraen de la nada
el desafío inerte a que dan vida.

(POÉTICA DEL ARTE)

Julieta Valero

Equidistante de tu cuerpo y el mío, Nos espero.
Es obvio el deseo. Tan obvio lo que hace, significa.
Un huevo, un espejo sin antes ni tiempo yo me siento
a comerlo en el banco de una calle vacía por si fuera tu casa.
Me pregunto por tu cuerpo que me imanta de esta manera qué
comprensión, desde cuánta altura, se me está vedando.
Tu cuerpo no sabe que viene hacia el mío, el mío teme y estraga.

Que se rían los niños, siempre, los súcubos, los sabios desde sus afueras.
Lo primero que se funde cuando el mundo cesa es el drama. El único
lugar que existe es el cuerpo, los cuerpos, el tuyo y el mío también así tomados
no te creas

El mandato, habitarlo: tú encima, yo debajo y al revés. No te rompas.

Con el firme propósito de estar vivas tan vivas que se rehaga el círculo venga

y vaya la muerte no me dé miedo alguno subir a un avión.

María Ángeles Romero

Hijos sin padre

Acaban los gritos con un golpe seco.
Fuerte el último golpe. Pero no en ella.
Lleva en los brazos a su bebé. Sólo suyo.

Los padres no merecen a los hijos, los padres no merecen a los hijos, no merecen a los hijos.
No los merecen.
Los hijos no merecen la ausencia de los padres, los gritos de los padres, las palizas a sus madres de los padres.
No lo merecen los hijos.
Los hijos merecen solo madres que les libren de los padres que no merecen, que no merecen, que no merecen ser padres, tener hijos como éstos, hijos con madres que merecen. Madres que merecen hijos que merecen madres.
Jamás padres que no les merecen.
Los hijos no merecen los genes que les llevan a ser padres de hijos que no merecen y que asesinan a golpes a las madres, a los hijos, a las madres, que no soportan no haber merecido tener un padre como aquel, ni ser un padre como éste, que esta misma mañana se arrojó con su hija por la ventana para matar a la madre.

Pablo Carbonell

A Pedro Reyes

Pedro Reyes sabía que tenía un don
Porque le provocaba la risa a su sobrina
sin trampa, ni truco, ni red ni cartón,
sin disfraz, decorado o bambalina.

No necesitaba contarte un chiste
porque le rebosaba de la chistera
la burla que persigue al payaso triste
que tropieza detrás de su quimera.

Bailaba desnudo al salir de un pastel
como una cabra al son de una ocarina.
Cantando a los cerros de Luis Buñuel
la pedrada que en su frente abrió una oficina.

Pintor de brocha gorda pero artista.
En su paleta de lo excelso a lo burdo
hacía saltar un destello surrealista
si mezclaba la velocidad con el absurdo.

Romántico hasta bordear el abismo
entre sus lecciones de amor destaca
que el tilín por una mosca es lo mismo
que la pasión que desata una vaca.

El astracán lo cerca pero él lo abraza
ya venga como un guante a su cuello
el único alfiler que no cabe en la plaza
o el futbolista que defiende a degüello.

Llegó el último a la rifa de caretas
y mandó a todos los complejos a la porra.
Y fue el primero en calcular las pesetas
que caían como el maná en su gorra

Juan de la Cruz Romero

A Pedro Reyes

Aquí nos tienes Pedro, tú dirás.
Borrosos, solo tres, desdibujados;
¿por ausencias?, ¿por ruina?. Resignados.
Estamos solos. ¿Dónde los demás?

Solo treinta y cinco años, nada más
y los techos, paredes, decorados
se sienten, viejos, vencidos y ajados.
Ayer ingenio y hoy polvo hallarás.

¿Esto qué es?: ¿esto qué es? me pierdo:
Tarzán y el pobre Ernesto con la hebra
del diente de si te vi no me acuerdo.

Aquí estamos el último terceto
sentado en las butacas de la quiebra
en el verso final de tu soneto.

Valentín Gandásegui

Pedro

Ahí viene Pedro.
Ahí llega Pedro con su libreta
y le acompañan el pirata Manolín, Juanito guardia-policía,
tres piratas, no, no, cuatro
Woody Allen
Salvador Távora
y el camarote completo de los hermanos Marx.

Es sábado y en media hora comienza la función.
¿Qué vamos a hacer hoy?
¿Trajiste los cartones?
Tú serás un aviador.
Píntale las ventanillas al avión.

Este es el espectáculoooo…
Vamos a diver, divertirnos
con esta maaaraavillosa función…

Mi infancia son recuerdos
de la puerta de un teatro
y seis amigos atrevidos
cautivados por el genio
de un científico loco:
tubos de ensayo y probetas
en el laboratorio creativo de Pedro.

Regalo del destino,
escuela de vida y creación,
comunión con el maestro
e ilusionado entusiasmo.

Gracias amigo Pedro
por llevarnos de viaje
al país de la fantasía.

Trece sonetos de Vittoria Colonna (1490-1547)

(Versión de Isabel Muñoz)

Vittoria Colonna por Sebastiano del Piombo (1520)

Vittoria Colonna

Vittoria Colonna (Marino, abril de 1490-Roma, febrero de 1547), marquesa de Pescara, fue una poeta e influyente intelectual del Renacimiento italiano.

En 1509, cuando todavía era una niña, su familia concertó su matrimonio con Francisco Fernando de Ávalos, noble napolitano de origen español.

El matrimonio se instaló primero en Ischia y después en Milán.

Su marido, por el que llegó a sentir un gran amor en el que fue correspondida, murió a consecuencia de las heridas sufridas en la batalla de Pavía y ella cayó en una profunda depresión que superaría con la ayuda de sus amigos.

En 1539 regresó a Roma donde entabló una apasionada amistad con Miguel Ángel Buonarrotti, sobre el que ejerció una gran influencia. Miguel Ángel, por su parte, le tuvo una gran estima y por ello le dedicó varios de sus *Sonetos* y la retrató en numerosos dibujos.

Entre sus amigos se contaroan ilustres literatos como Pietro Bembo, Luigi Alamanni o Baltasar de Castiglione. También tuvo relación con reformadores entre los que destaca Juan de Valdés.

La obra literaria de Vittoria Colonna comprende poemas de amor, dedicados a su marido, las *Rimas*, subdivididas en *Rimas amorosas* y *Rimas espirituales*, inspiradas en el estilo de Francesco Petrarca, y composiciones en prosa de tema religioso, entre las cuales están el *Pianto sulla passione di Cristo* y la *Orazione sull'Ave Maria*. Sus obras se imprimieron por primera vez en Parma en 1538, pero poco después aparecieron nuevas ediciones: en Florencia y Venecia, respectivamente.

Isabel Muñoz nos regala esta estupenda versión en castellano de un ramillete de sonetos de Vittoria Colonna para celebrar los 30 años de *Cuadernos del matemático*.

Qual digiuno augellin, che vede ed ode

Qual digiuno augellin, che vede ed ode
batter l'ali a la madre intorno quando
li reca il nudrimento, ond'egli amando
il cibo e quella si rallegra e gode,

e dentro al nido suo si strugge e rode
per desio di seguirla anch'ei volando,
e la ringrazia, in tal modo cantando
che par ch'oltra il poter la lingua snode;

tal io, qualor il caldo raggio e vivo
del divin Sole onde nudrisco il core
più de l'usato lucido lampeggia,

movo la penna, mossa da l'amore
interno, e senza ch'io stessa m'aveggia
di quel ch'io dico le Sue lodi scrivo.

Cual pajarillo hambriento que ve y oye

Cual pajarillo hambriento que ve y oye
batir las alas a su madre cuando
le lleva el alimento, y él amando
ambas cosas, disfruta y se compone,

y dentro de su nido le corroe
el deseo de ir detrás volando,
y agradece, de tal modo cantando
que a su capacidad se sobrepone,

así yo, cuando el rayo fuerte y vivo
de ese divino Sol que me alimenta
más claro brilla de lo acostumbrado,

muevo la pluma, y sin darme cuenta,
pues el amor interno me ha guiado,
de ese que hablo Su alabanza escribo.

Quand'io scorgo, dubbiosa, il fango e l'ombra

Quand'io scorgo, dubbiosa, il fango e l'ombra
del cieco mondo, e i lacci, e quel possente
van desir d'alto acquisto che sovente
sotto falso piacer d'error n'ingombra,

io mi rivolgo al bel pensier ch'adombra
la cara effigie entro l'accesa mente,
tal ch'al cor la riporta, onde l'ardente
raggio d'ogni timor tosto il disgombra.

Vien lieto al gran bisogno, e pone in bando
quant'ignoranza sì folle vaghezza
forse avea posto a men saldi penseri;

ond'io m'onor felicemente amando
lo spirto alter, che con soave asprezza
fuga i falsi piacer mostrando i veri.

Cuando flaqueo entre el fango y las sombras

Cuando flaqueo entre el fango y las sombras
del ciego mundo, y su ficción, y el fuerte
deseo de infinito afán que a veces
bajo falso placer de error me colma,

acudo a mis fantasmas que conforman
su amada efigie en mi fogosa mente,
y al fin al corazón se la devuelven,
y el fulgor de su luz el miedo arroja.

Feliz viene a mi afán desafiando
la confusión que fáciles promesas
confinó en mi el deforme pensamiento;

por lo que yo, feliz, me honro amando
al alma que con frágil fortaleza
funde el falso placer y forja el cierto.

Sovra del mio mortal leggiera e sola

Sovra del mio mortal, leggiera e sola,
aprendo intorno l'aere spesso e nero,
con l'ali del desio l'alma a quel vero
Sol, che più l'arde ognor, sovente vola,

e là su ne la sua divina scola
impara cose ond'io non temo o spero
che 'l mondo toglia o doni, e lo stral fero
di morte sprezzo, e ciò che 'l tempo invola,

ché 'n me dal chiaro largo e vivo fonte
ov'ei si sazia tal dolcezza stilla
che 'l mel m'è poi via più ch'assenzio amaro,

e le mie pene a lui noiose e conte
acqueta alor che con un lampo chiaro
di pietade e d'amor tutto sfavilla.

Por encima del cuerpo, ágil, ligera

Por encima del cuerpo, ágil, ligera,
rasgando en torno el aire espeso y negro,
el alma con las alas del deseo
a ese Sol, que la enciende, a veces vuela,

y aprende allí en su divina escuela
todo lo que ni temo ya ni espero
que el mundo quite o dé, y al dardo fiero
mortal desprecio, y lo que el tiempo roba,

que en mí la inmensa, clara y viva fuente
donde él se sacia tal dulzor destila
que la miel se me antoja ajenjo amargo,

y mis pesadas penas, que a él ofenden,
sosiega cuando envía aquí un relámpago
de compasión y todo de amor brilla.

Assai lungi a provar nel petto il gielo

Assai lungi a provar nel petto il gielo
di noiosi pensier ch'apportan gli anni
alora er'io, ché 'n tenebre ed affanni
mi lasciasti, o mio Sol, tornando al Cielo.

Indegna forse fui del caldo zelo
onde tu acceso apristi altero i vanni
infiammarmi a schivar l'ire e gli inganni
del mondo e sprezzar teco il mortal velo.

Tu volasti leggier; io sotto l'ali
che tu spiegavi avrei ben preso ardire
salir con te lontana ai nostri mali.

Lassa! ch'io non fui teco al tuo partire,
e le mie forze senza te son tali
ch'or mi si toglie il viver e 'l morire.

Lejos estaba de probar el hielo

Lejos estaba de probar el hielo
de la rutina que los años traen,
cuando triste y en sombras me dejaste,
¡oh mi querido Sol!, yéndote al cielo.

Indigna fui quizá del vivo celo
con que, altivo, las alas desplegaste
y de apartarme de engaños y embates,
y despreciar contigo el mortal velo.

Ligero tú ascendiste, yo atrevida
bajo tus amplias alas alejarme
debí entonces de todo lo malvado.

¡Pobre de mí!, al no irme en tu partida
son mis fuerzas sin ti ahora tales
que ni viva ni muerta aquí me hallo.

Come superba suol fiamma sovente

Come superba suol fiamma sovente
correr licenziosa, ond'in brev'ora
quanto s'adopra a spegnerla divora,
tal che del suo rimedio altri si pente,

così dal foco mio chiaro ed ardente
ove l'alma si strugge, ove s'onora,
quante lacrime il cor li manda ognora
contra se stesso consumar le sente.

Né solo il pianto si risolve in danno,
ma quanti io formo liberi penseri
nel servo mio desio converte Amore,

e quasi infermo ch'omai si disperi,
che attende al cibo e pur manca il vigore,
contra la mia salute anch'io m'affanno.

Como la llama que soberbia suele

Como la llama que soberbia suele
arder sin freno y en escasa hora
a lo que osa apagarla lo devora
y de su auxilio uno se arrepiente,

así por ese fuego mío ardiente
donde el alma se quema, donde se honra,
las lágrimas que el corazón le otorga
contra sí mismo consumir las siente.

No sólo el llanto se resuelve en daño,
que cuantos libres pensamientos tengo
en mi servil deseo Amor los vuelve,

y cual enfermo ya desesperado,
que, sin vigor, el alimento quiere,
contra mi vida yo también me afano.

Le braccia aprendo in croce, e l'alme e pure

Le braccia aprendo in croce, e l'alme e pure
piaghe, largo, Signor, apristi il Cielo,
il Limbo, i sassi, i monumenti, e 'l velo
del tempio antico, e l'ombre, e le figure.

Le menti umane infin alora oscure
illuminasti, e dileguando il gielo
le riempiesti d'un ardente zelo
ch'aperse poi le sacre Tue scritture.

Mostrossi il dolce imperio e la bontade
che parve ascosa in quei tanti precetti
de l'aspra e giusta legge del timore;

oh desiata pace! oh benedetti
giorni felici! oh liberal pietade
che ne scoperse grazia, lume, amore!

Abriendo en cruz los brazos y las puras

Abriendo en cruz los brazos y las puras
llagas, noble Señor, abriste el cielo,
el Limbo, los sepulcros y hasta el velo
del Templo, los espectros y las sombras.

Y nuestra mente entonces tan oscura
iluminaste, y derritiendo el hielo
la sumergiste en un ardiente celo
que luego abrió Tus santas escrituras.

Mostróse el dulce imperio y la clemencia
que parecía oculta en los mandatos
de aquella ley estricta del temor;

¡Oh deseada paz! ¡Oh, afortunados
días felices! ¡Oh, piedad espléndida
que nos otorgaría gracia, luz, amor!

La bella donna, a cui dolente preme

La bella donna, a cui dolente preme
quel gran desio che sgombra ogni paura,
di notte, sola, inerme, umile e pura,
armata sol di viva ardente speme,

entra dentro 'l sepolcro, e piange e geme;
gli angeli lascia e più di sé non cura,
ma a' piedi del Signor cade sicura,
ché 'l cor, ch'arde d'amor, di nulla teme.

Ed agli uomini, eletti a grazie tante,
forti, insieme richiusi, il Lume vero
per timor parve nudo spirto ed ombra;

onde, se 'l ver dal falso non s'adombra,
convien dar a le donne il preggio intero
d'aver il cor più acceso e più constante.

La mujer fuerte, a la que, triste, abraza

La mujer fuerte, a la que, triste, abraza
tan gran deseo que el temor expulsa,
de noche, sola, inerme, humilde y pura,
armada solamente de esperanza

en el sepulcro entra, y llora y clama;
ni en ella ni en los ángeles se ocupa,
y a los pies del Señor cae segura,
pues nada teme el corazón que ama.

Y a los hombres a tanta gracia alzados,
fuertes y en grupo, esa Luz divina
por el miedo os parece espectro y sombra;

pues, si el engaño la verdad no enloda,
las mujeres tendrán toda la estima
de un corazón mas firme y esforzado.

Quel bel ginepro, cui d'intorno cinge

Quel bel ginepro, cui d'intorno cinge
irato vento, né per ciò le foglie
sparge né disunisce, anzi raccoglie
la cima i rami, e poi se stesso stringe,

l'animo stabil mio, Donna, dipinge,
combattuto ad ognor, ma, se discioglie
Fortuna l'ira, ei la raffrena e toglie
sol vincendo il dolor che la sospinge

con chiudersi e coprir ne' gran pensieri
del Sol amato, nel cui lume, involta
da l'aspra guerra, altera l'alma riede.

A quell'arbor Natura insegna a' fieri
nimici contrastare, e a me la molta
ragion vuol che nel mal cresca la fede.

Aquel enebro fuerte al que violenta

Aquel enebro fuerte al que violenta
ventisca azota, no por eso lanza
y dispersa sus hojas, sino que alza
las ramas a la copa y las aprieta,

a mi espíritu firme representa,
Mujer, siempre agredido, pues si lanza
la Fortuna su ira, él la desarma
y vence el sufrimiento que lo aqueja

sólo con encerrarse en los deseos
del Sol amado, en cuya luz, envuelta
por la cruel guerra, el alma se ennoblece.

A aquel árbol Natura a sus violentos
enemigos a resistir le enseña,
y en mi alma con el daño la fe crece.

Quando senza spezzar né aprir la porta

Quando senza spezzar né aprir la porta
del bel cristallo, ov'era chiuso intorno,
volse uscir fuor per far al mondo giorno
quel Sol, che sempre gli è fidata scorta,

la castità, benché si fosse accorta
che l'era onor e non vergogna o scorno
il Suo venir, pur timida al ritorno
le si fe' incontro pallidetta e smorta;

ma la fede la tenne, e disse ch'ella
guardasse Apollo, il cui raggio lucente
rende col suo passar ciascuna stella,

e che questo più chiaro e più possente
mentre toccherà lei sempre più bella
risplender la farà di gente in gente.

Cuando sin que se abriera o se quebrara

Cuando sin que se abriera o se quebrara
la puerta del cristal que lo envolvía
quiso salir por dar al mundo el día
el Sol, que siempre fiel la acompañara;

de que honor era y no se avergonzara
de ello la castidad fue prevenida,
no obstante le dio miedo Su venida
quedando sin color y muy turbada;

mas la fe la alentó y le dijo que ella
mirase a Apolo, cuyo rayo ardiente,
al pasar, brillar hace a las estrellas,

y que más claro éste y más potente
cuando a ella la tocase aún más bella
resplandecer la haría entre la gente.

Con che pietosa carità sovente

Con che pietosa carità sovente
apria il gran Figlio i bei secreti a voi,
Madre divina, e con qual fe' ne' Suoi
precetti andaste voi più sempre ardente!

Il vostro santo amor prima fu in mente
di Dio formato, e in carne qui fra noi
ristretto, e 'n Ciel con maggior nodo poi
rinovato più saldo e più possente.

S'Ei nacque, s'Ei morì, s'Ei salio al Cielo,
per compagna, rifugio, ancella e madre
Seco vi scorgo con umile affetto;

ed ora il dolce sposo e l'alto Padre
col caro Figlio a voi rendon perfetto
guiderdon de l'acceso vostro zelo.

¡Con qué gran caridad frecuentemente

¡Con qué gran caridad frecuentemente
sus secretos el Hijo os descubría,
y en Sus preceptos Vos, Madre divina,
con cuánta fe anduviste siempre ardiente!

Primero vuestro amor santo en la mente
de Dios formado fue, preso sería
aquí en la carne, y luego se ataría
en el cielo con nudo aún más fuerte.

Al nacer, al morir, al irse al cielo,
cual guía y protección, virgen y madre
con Él os veo con amor rendido;

y ahora el dulce esposo, el alto Padre
y el tan amado Hijo os dan cumplido
premio por vuestro fervoroso celo.

Mentre la madre il suo Figlio diletto

Mentre la madre il suo Figlio diletto
morto abbracciava nel fido pensero
scorgea la gloria del trionfo altero
ch'Ei riportava d'ogni spirto eletto.

L'aspre Sue piaghe e 'l variato aspetto
l'accresceva il tormento acerbo e fero,
ma la vittoria de l'eterno impero
portava a l'alma novo alto diletto,

e 'l sommo Padre il secreto le aprio
di non lasciar il Figlio, anzi aver cura
di ritornarLo glorioso e vivo;

ma, perché vera madre Il partorio,
certo è che infino a la Sua sepoltura
sempre ebbe il cor d'ogni conforto privo.

Mientras la madre a su Hijo preferido

Mientras la madre a su Hijo preferido
muerto abrazaba, en su fiel pensamiento
descubría el honor del triunfo excelso
dado a Él por todo espíritu elegido.

Las llagas y el semblante desvaído
su tormento aumentaban hondo y fiero,
mas la victoria del eterno imperio
al alma dio un placer desconocido,

y el secreto le abrió el eterno Padre
de no dejar a su Hijo, y ventura
hacerle de tornarlo excelso y vivo;

mas, porque lo parió como una madre,
la verdad es que hasta su sepultura
fue del dolor su corazón cautivo.

Scribo sol per sfogar l'interna doglia

Scrivo sol per sfogar l'interna doglia
ch'al cor mandar le luci al mondo sole
e non per giunger lume al mio bel sole,
al chiaro spirto e a l'onorata spoglia.

Giusta cagion a lamentqr m'invoglia;
h'io scemi la sua gloria assai mi dole;
per altra tromba e più sagge parole
convien ch'a morte il gran nome si toglia.

La pura fe', l'ardor, l'intensa pena
mi scusi appo ciascun; ché 'l grave pianto
è tal che tempo né ragion l'affrena.

Amaro lacrimar, non dolce canto,
foschi sospiri e non voce serena,
di stil no ma di duol me danno vanto.

Escribo sólo por calmar la angustia

Escribo sólo por calmar la angustia
con la que el mundo al corazón oprime
y no por dar más brillo al Sol sublime
a su espíritu noble o su figura.

Mi temor surge de una causa justa:
sentiría enturbiar su fama insigne;
que su gran nombre de morir conviene
que otro clarín lo aleje y otra musa.

La pura fe, el ardor, la intensa pena
mi excusa sean, que el dolor es tanto
que ni con tiempo ni razón se frena.

Amargo sollozar, no dulce canto,
tristes suspiros y no voz serena,
me elevan no en estilo sino en llanto.

Per cagion d'un profondo alto pensero

Per cagion d'un profondo alto pensero
scorgo il mio vago obietto ognor presente;
sculto il porto nel cor, vivo in la mente
tal che l'ochio il vedea quasi men vero.

Lo spirto acceso poi veloce altero
con la scortta gentil del raggio ardente
sciolto dal mondo al Ciel vola sovente,
d'ogni cura mortal scarco e leggiero.

Quel colpo che troncò lo stame degno
ch'attorcea insieme l'una e l'altra vita
in lui l'oprar e in me gli effetti estinse;

fu al desir primo e fia l'ultimo segno
la bella luce al sommo Ciel gradita
che sovra i sensi mia ragion sospinse.

Por causa de un profundo pensamiento

Por causa de un profundo pensamiento
siempre a mi hermoso amado veo presente,
tan grabado en mi pecho y en mi mente
que parece más vivo estando muerto.

Luego, mi ardiente espíritu, ligero,
rápido, con la estela del potente
rayo, del mundo al cielo asciende
sin carga, libre del afán terreno.

El golpe que rompió ese digno lazo
que nuestras vidas juntas mantenía,
águila en él mató y en mí su nido;

según lo deseé, a lo más alto
subió su luz, al cielo, y suspendida
mi mente se antepuso a mis sentidos.

Vittoria Colonna. Dibujo de Miguel Ángel (1540)

José Daniel García

Abisina era el blanco, ya no

Entré en la web de *Harrod's*,
encargué una escafandra
serigrafiada
con palabras y ejemplos
de un diccionario escolar
monolingüe
y me sumergí,

buceando a pulmón,
en los caladeros de la lengua inglesa;
también en sus acuíferos
y en sus ríos
atestados de *slang*.

Endurecí mis brazos echando redes
sobre preposiciones y perífrasis;
para los verbos irregulares,
caña de pesca y cebo

de tres días.

Los fonemas fueron capturados
con técnicas de arrastre
en embarcaciones diminutas.

Pero la prosodia es un arte difícil.

¿Atrapar un acento sin arpón
y una pipa entre los labios?

Improbable.

Pilar Fraile

1

Olor el tacto

esa leche rugosa de la corteza por la sangre esa amante rugosa
[por la piel central

de las arterias por el vacío entre sístole y diástole por el aire que sale y entra del cuerpo de los árboles por el vacío

del aire por su entrega al borde de la atmósfera la epidermis del aire por el vacío

como las cuentas de cristal rodando en el espacio así el reguero desecho todo lo que duele que una vez fue casa.

2

Porque la nieve era la sed y la sed era tu cuerpo

Tu cuerpo hecho de hormigas de tablones viejos de
helechos girando
hasta formar preguntas
hemos conseguido algunas piñas para el
fuego vamos a verlas arder
vamos a oler la resina
a escuchar cómo estallan
dentro del hueco de la
chimenea vamos a verlas
arder
tus manos ese calor que sale del interior de la tierra
del sol de ninguna parte del corazón
vamos a verlas arder
acercando nuestros cuerpos
alejándonos en la noche contra la
noche

Basilio Sánchez

Esperando las noticias del agua

XIV

Asciende con el aire,
fertilizada por el sueño,
la alegría de los tristes

Con el viento,
se desata en el bosque,
entre las ramas de los árboles,
un ruido inesperado,
un restallar confuso de cuadernas,
como de embarcaciones golpeándose
al compás de las olas
en un puerto marítimo.

Si el mar es anterior a la luz,
como creemos algunos de nosotros,
el mar es la invención de la noche,
la expresión de un deseo,
de un impulso de tanta intensidad
que no ha necesitado la ficción de la luz.

Los guijarros
con que pavimentamos nuestras casas
guardan en su interior el oleaje,
retienen en sus grietas la memoria
de la movilidad,
la mansedumbre
del temblor de la luna
sobre la mecedora del principio.

XXXI

ún altos en la noche,
despojados de hojas,
apacibles
en la melancolía de su herida,
los árboles se mueren hacia adentro:
no hay más duelo
que el de sus propias ramas
resistiéndose erguidas
ni más llanto que el de sus gorriones.

Bajo una luna roja
que remansa su luz en los cercados
que han quedado desiertos,
los miro, silencioso, como lo harían conmigo:
sin moverme,
como si en este instante
no pudiese haber nada ante mis ojos
con tanta dignidad
y con tanta grandeza.

La vida nos enseña a soportar la intemperie.

Pasaremos nosotros
y los árboles
seguirán siendo fieles al horizonte y a la luna.

(De *Esperando las noticias del agua*, de próxima publicación por Pre-Textos)

Basilio Sánchez

Rosa Lentini

Última visita

Con su elegante mano sobre el bolso
la casi casi viuda convence al médico
de que ha llegado la hora
que ella no puede hacer más
su figura arqueada sobre la mesa se arrastra hasta él
como un ofidio
las escamas
brillantes
"… dejar la medicación" alcanzo a oír "… mi familia agotada"

Mi protesta es en vano, ella sin mirarme se dirige
a los ojos bajos del neurólogo fijos en el escritorio
el lápiz y el bloc de las recetas inmóvil

En un rincón alejado
la niña que llora en silencio
sus lágrimas como inútiles saetas
atraviesan el cuerpo alto moreno frío animal
de la que habla y decide
mientras el cuarto da vueltas
en un vértigo infinito

Con unos ojos distintos
miro la escalera
enfrente un pasillo a la izquierda una salita
hay allí un hombre solo con la cabeza ladeada
los ojos aletean por la habitación sin rumbo
como polillas atraídas por reflectores enfrentados
un buen chico esperando su muerte
las manos apoyadas una sobre otra
las alas mutiladas de ángel caído
te acercas y agarras sus tobillos
tiras de los dos esquejes abandonados
sin decir palabra
ese ser
frágil frágil frágil
y amenazado
se gira hacia ti
mi padre
.....

El soplo del diablo 2

"¿A quienes perdí a quienes conservo
los defiende una estrella apacible en un cielo
sin emboscada?"

Rose Ausländer

Un tiempo inclemente reduce
el vuelo de las gaviotas
a círculos bajos sobre el paseo marítimo

En el embarcadero una densa bruma
vuelve fantasmal la oscilación de las barcas
y nos recuerda que los espigones están ahí
líneas de rocas adentradas en el mar
con aristas que se pierden mirándose
a distancias sobrehumanas
parecidas a otras vidas

Al final de la calle desde una ermita restaurada
un mendigo, en cuyo rostro
se sobrepone el de mi padre,
se acerca
me lanza intensas bocanadas
de azufre
y mis años de frustración y dolor caen
un millón de kilómetros
hacia el centro de la tierra

Quiere a cambio el contenido del bolso
que en un gesto mecánico vuelco entre las venas minerales
de un banco de piedra,
sin preguntarme
adónde va lo que se pierde
o por qué su sexo se abulta ahora, ostentoso
y exigente,
cuando yo solo consigo rodar
como una botella por un baldaquino
bajo la lluvia

El oleaje acerca cenizas a la costa
se mueve como si el arado de la garra del diablo
rastrillara flores negras en la orilla

La codicia del ángel anuncia mi última oportunidad
y me exige también la llave de casa

… pero yo no se la doy, así que nada obtengo

Él restablece mis dificultades
y desaparece
mientras la noche esconde en la noche
su lámpara de hielo
y pende una vez más sobre nuestros nervios
estrellas como plomadas luminosas

En ninguna hay emoción
solo abismo
peso
y el mensaje
de todo lo que vivió

(Del libro inédito *Hermosa nada*)

Rosa Lentini

J. Seco: ***Cuando el último árbol haya sido talado.***

Manuel Neila

Sendas de Bashô

(VERANO)

No busco el camino de los antiguos. Busco lo que ellos buscaron.

Matsuo Bashó

I

La noche breve
de junio… Y en el cielo,
lluvia de estrellas.

II

Puente romano:
los vencejos se cuelan
entre las piedras.

III

Cielo de puesta:
transparencia de alas,
las golondrinas.

IV

Nubes de lluvia.
Una hilera de hormigas
cruza el camino.

V

Noche de julio:
el vaso de agua fresca
sigue vacío.

VI

Sala en penumbra.
El vuelo de una mosca
rompe el silencio.

VII

Quietos y firmes,
los álamos se yerguen
en las acequias.

VIII

Muñeca rota:
el agua la acaricia
entre los juncos.

IX

Luna de agosto.
En las charcas y acequias
croan las ranas.

X

Sueños ardientes
con el cielo por techo
toda la noche.

XI

Claro de luna.
Las plantas de los pies
en las baldosas.

XII

Temblor de luces.
Las nieblas de la noche
se desperezan.

Fermín Herrero

(Fotografiada por Walker Evans)

Debiste ser hermosa,
con tu sonrisa triste, Annie Mae;
toda la vida sin parar, trajinando
descalza. El chotacabras canta
por el bosque, a lo lejos, alzas
los ojos. Siempre estás cansada,
Annie Mae, entumidos los pies
en el pedal de hierro fundido
de la Singer; olvida el miedo
a los nublados y el sombrero
de plumas que se arruga
en el cajón; no me lo enseñes,
Annie Mae.

Ahora te has lavado la cara,
las manos y las piernas, debiste
ser muy guapa, Annie Mae.
Te recoges el pelo y te pones las medias
negras, del algodón que recogiste,
el vestido estampado, los zapatos
de un solo botón, el collar de cuentas
de vidrio y el sombrero sin arrugas;
muy hermosa serías, Annie Mae.

Sin colorete, ni carmín, ni cuello
fruncido, tu silencio, tus andares,
tus ojos tímidos, el porte estirado,
el escote profundo para dar el pecho,
la falda estrecha y larga;
qué hermosa te vería, Annie Mae.

Si has traído el candil y me has puesto
delante de la lumbre que has echado
bizcochos grandes sin tostar,
guisantes con tocino, huevos fritos,
mermelada de moras y cuajada;
si me das de comer, por qué te apartas,
por qué callas y no me miras,
por qué lloras tantísimo;
debiste ser hermosa, Annie Mae.

José Lupiáñez

Fiesta en la aldea

Los viejos lo dijeron anoche,
pues sintieron su aviso
en la extraña fatiga de los huesos:
"pronto vendrá la lluvia".
Lo supieron por los pequeños crujidos,
por las raras opresiones de los huesos.
Y es cierto, aquí nos llega hoy su redención.
Aquí acude y moja la tierra ávida y comparece
para ungirnos a todos, para empapar los campos
tras la calamidad del estiaje.
Por eso danzamos como aturdidos,
felices como niños, porque repiquetea
sobre nuestras testas torturadas.
Aquí ha venido, sí, y nos cala
en medio de esta brusca intemperie.
Cómo no chapotear en el barro,
a su amparo, bajo los lentos cortinajes
que oscilan a merced del viento.
Con sus gotas se funden nuestras lágrimas.
No hay perlas más valiosas. ¡Ah la lluvia,
quién no resplandece enardecido!
Algunos mueven escuetamente sus cabezas,
la saludan y sonríen. Otros la contemplan
desde las negras bocas de las tabernas,
brindando por la nueva promesa,
por las nuevas semillas de la revelación.

Viento del sur

No sé si lo que el ruge es el mar, aquí cerca,
o el invierno furioso que derriba los árboles
y fustiga nuestras vidas con saña.
No sé si es éste el resonar del caos,
el metal de su voz, o el temblor
de su opaca amenaza apremiante.
¿De dónde nace este azote agresivo?
¿Vendrá desde los piélagos remotos;
de los recodos, de los abismos del cosmos,
por el que vamos dando tumbos?
¿Qué fuerza ciega va desgranando
sus repiques sombríos? Sí, este fragor,

este estruendo que nos invade, ¿qué es?
Oigo como un estertor de la tierra,
como un crujido que espeluzna y golpea
de tiempo en tiempo y sobrecoge.
Tanta ráfaga que nos sacude,
tanta arena en los ojos. El mundo
es un lugar turbio donde todo se desajusta.
No sé qué pasa: voy a salir volando.

José Lupiáñez

Encarnación Pisonero

Oroscenio irreal
la biblioteca de un palacio,
la nave central de una catedral,
el *débir* de un templo antiguo.
Por sus puertas abiertas
un torrente de agua
derriba
estatuas, muebles, muros, …
Por la ventana
se adentra una nube
que navega sin remos.
Los libros de los estantes
los devoran las aguas.
Cielo y tierra se acoplan
como fieras en celo.
El faro de la nostalgia
nunca llega a la orilla.
En la floresta de la vida
hay delirios de llanto.
No puedo imaginar
que llegó el cataclismo,
el fin de los tiempos,
la destrucción de la belleza.

Alfonso González-Calero García

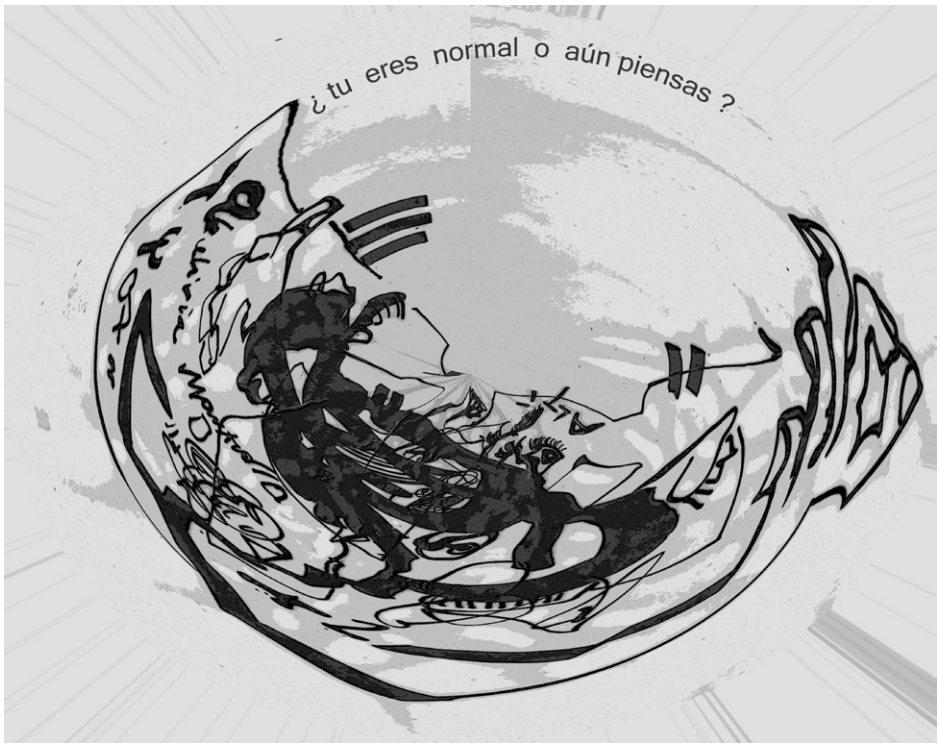
Este placer sin esperanza
Antonio Gamoneda

Este picor del tiempo en la garganta
Ese sentir la carne, señalada
Esa presión glacial sobre el costado

Son signos de dolor, uñas que crecen
Hacia adentro
Estrías rozadas por el tiempo-acero
Clavos que en el zapato te acompañan

Si el tiempo arrastra
También el barro borra
Las huellas anteriores

Si el tiempo sube
Contigo los peldaños
Todas las escaleras son finitas



J. Seco: ***Arte y trastorno mental.***

Rafael Soler

Wanted

apa dura
buen gramaje
ciento veinte páginas
distribución ay garantizada
brillante colofón que dice

EL CELO DE LOS TIGRES
se terminó de imprimir el día
18 de enero de 2029
en el 220 aniversario del nacimiento de
EDGAR ALLAN POE

autores interesados favor enviar
ochenta poemas alto vuelo
que nada mencionen de la infancia
y en absoluto contengan las palabras
pómulo pupila primavera

ochenta poemas alto vuelo
es una forma alegre de pedir
ochenta poemas impecables

tiempo queda
así que esmérense.

Marisa Vaquero

stoy unida al aire de la tarde,
a los días de marzo con ventisca,
a todo lo que acecha sin descanso
por cremalleras, botones, imperdibles.

Nada se opone en su largo camino,
nadie detiene su loca carrera
por alcanzar la cintura, este viernes.
Estoy unida al aire.

Viento Aziab

o todas las calles
son calles de paseo,
pero hay pasos que inventan
nombres en las esquinas
y cuelgan en sus vidas
farolillos de fiesta.

El amor no respeta
estas calles tan solas
y las llenan de besos
y las riegan con vinos
formando un largo río.

Óscar Aguado

Nadie quiere ver a una familia que se esconde en mi poesía

El niño hecho pedazos llueve paraguas
mientras la madre llora lentejas
el padre viene de trabajar con su corbata de faldas estrechas
la madre cocina padres
el padre se folla a madres
y el niño se inventa amigos de peluche

el niño hecho pedazos duerme paraguas el alcohol
crece en la casa donde no hay nada
donde solo existe el aire
la madre busca cubiertos para cenar telenovela
el padre busca el amor en una puta y a su madre en una esposa

y lo peor de todo no ha llegado

lo peor llega cuando el niño crece paraguas
el padre cuida la calle esquina a esquina
y descuida su casa palmo a palmo
la madre la madre ya no llora lentejas

dos tristes hamburguesas son el brillo de sus ojos
aun lloviendo durmiendo y creciendo
paraguas el niño se moja.

Máximo Hernández

Haikús del camino

odos los días
un día se nos muere
sin aspavientos

…

Mientras se estira,
muerde el cemento el árbol
de la ciudad

…

Al más allá,
de la camelia el alma
presta el perfume

…

Mira la rosa
desde el rencor amargo
del condenado

…

Viñedos secos.
Se emborrachan de olores
las amapolas

…

Blanca nevada.
Madrugada de invierno.
Tirita el gallo

…

Redonda helada.
Estalactitas cuelgan
de las castañas

…

Bailan cipreses
en la puesta de largo
del cementerio

…

En el calvero,
el bosque se hace fuerte.
No se retira

…

Sin miedo alguno
paseo por el soto.
Mas canta el tordo

Luz Pichel

El sur mamá María

l sur no te he llevado ni a la estación del sur
para que vieras planta 0 planta 1 planta 2
vista xeral
los precios los mapas los recorridos las
páginas del sur las noticias la cruz tan guapa

he de ir un verano contigo al cielo a ver la cruz del
sur mam
el sur en todas las linguas do mundo tu nombre
de madre en todas las estrellas en todas
las vías de la leche
na nosa lingua ruín bonita nai
sur en francés escucha bien sur la table

sobre da mesa do sacrificio abríase a rapaza aquela

sur le pont d'avignon
l'on y dance l'on y dance

sur-face
que fan?
quen fai o sur?
quen constrúe o sur? quen aproveita o sur?
quen se aproveita?

les beaux messieurs font comme ça
et puis encore comme ça
(bang bang bang
un gesto guarro)
sur le sable se arrastraba la cobra del miedo
sobre la arena dejaba grabadas sus eses

vista general mama estas serán las eras de la memoria
l'on y dance tous en rond
les militaires font comme ça
(bang bang bang
un homicidio un niño)

e puis comme ça
les beaux messieurs et les militaires

construcción del sur mamá patricia mare mâe
el nuestro el de ellas les belles dames
les belles dames dansent

elles font comme ça
et puis encore comme ça

o sur mamá eva mamá álvaro rafa guadalupe
francisca
rosalía alfonsina federico emily luis
mamá manuel
mamá manuela/
onde medraron as túas canelas migratorias
fracas na tabla do sacrificio

un día vamos a ir todas juntas allá hasta el sur mamai
aún nos han de ver danzar sobre la ese de la cobra
e puis encore danzar
vamos a ser todas unas bailarinas de primera mamá
noelina

e os músicos farán así e así e así
e despois aínda si es caso
outra vez así *comme ça*

Luz Pichel

Beatriz Villacañas

Seducida

Me persigue el asombro,
que me seduce a pecho descubierto,
y ya, en cuanto le nombro,
como en un libro abierto,
me da noticia cierta de lo incierto.

Me seduce el misterio
que estalla a todas luces cada día,
soy sierva de su imperio,
así es la vida mía:
el asombro me llena de energía.

Así de contagioso
es el misterio de la vida ésta,
que no nos da reposo
y elude la respuesta
mientras nos llama a todos a su fiesta.

El enigma me tienta
y nutre mi palabra. Os lo digo:
le gusta que le sienta
como amante y amigo,
seducida por él yo le persigo.

Teo Serna

Dos poemas de un bestiario

1
Perro corriendo

De mi cuello la correa
y allí su mano,
allí su brazo
y luego el hombro
y más arriba la cabeza,
la boca, la nariz.
Sus ojos.

Tira de mí la correa
y corro
porque la correa tira de mí
y mi cuello se estira
y allí su mano,
su brazo allí.
Y su cabeza más arriba.
Como sus ojos.

El camino es recto,
no acaba en el horizonte,
siempre hay más.

Y corro porque me tira la correa,
porque ahí está la mano,
el brazo,
y su boca gritando más arriba.

El camino no tiene fin,
la lengua cuelga de mi mandíbula
y una baba cristalina
escribe en el polvo
que ahí está su mano
y la correa
que tira, tira
de mí.

2
Gusano en la manzana

Seré paciente,
no me queda otra
en esta prisión perfecta.
Mientras, espero su boca,
sus dientes de princesa,
su perfil de cuento.
Mi muerte vendrá
mientras devoro el corazón
de una manzana.
Comprended mi silencio:
esperando alguna luz
sólo recojo las sombras de una sonrisa.

Laura Rodríguez Galindo

De Ángeles...

e dicen que no llore,
Que ahora eres un Ángel.
Que no hay que llorar:
Eres un Ángel.

Y yo bato mis alas en duelo.

Llanto

oy al Cielo
Se le ha escapado
Una lágrima con tu nombre,
Clara,
Y las palabras *papá* y *mamá*
Quedan vacías,
Y los que fueron Papá y Mamá
Quedan vacíos
Sin ti.

Hoy al cielo
Se le ha escapado
Una lágrima con tu nombre,
Clara.

Y te ha inundado.

Manuel Francisco Reina

Génesis

Dicen que Dios creó el mundo para que dos se amaran pero, antes de eso, todo era caos, y silencio, y el verbo como un pájaro desconcertado, sin que se pronunciase su vuelo ni su nombre, aleteando sobre las aguas. Fue la soledad el principio. Esa es la realidad insonora de la que nadie habla ni escribió en texto sagrado porque está prohibida para lo vivo. Es la inexistencia: el no ser y estar. Luego el creador dio poder a Adán para nombrar las cosas. Para poseerlas con sus sonidos y la articulación primera de su nombre, de su natura, de su esencia más neonata; pero la soledad, esa soledad primigenia, negada, abandonada, proscrita, seguía en él, también en él, como una huella, como un eco mudo de su primera existencia. Quiso el padre que su criatura no estuviese sola y le entregó el amor. Le dio ese fuego que calienta sin llama y por quien el jardín y sus seres tenían sentido, y puso a la perfección la mácula de la serpiente, que no es la prohibición, ni el pecado y su manzana, sino la vulnerable consciencia de saber que nuestra dicha, nuestra vida, la creación entera, depende del otro, aunque el otro no lo merezca y ponga en riesgo todo, hasta a sí mismo con un puñal de sombra silenciosa y abandono.

Lamentaciones de Adán

Pongamos que, al principio del mundo, al principio al menos del mundo nuestro, hubiéramos sido Adán y Evo. Un paradigma inédito en el jardín de amor de siempre, sin herir suspicacias de género ni mitos rancios. Pongamos, como digo, que vivimos la arcadia dorada de la dicha amante. Que no fue mi costilla tu matriz primera, aunque sí mi palabra, y mi ser vedado en tus oídos y a cada día, el material de construcción de tu realidad buscada, de ese jardín floreciente en cada compromiso, en cada verso aprendido o entregado, en cada risa brotadora que hacía construir un espacio, un lugar ameno desde el que nos contemplaban reptantes los ofidios, rencoroso siempre con lo que se alza en vuelo, con lo que se yergue y germina… Pongamos que estábamos hechos el uno para el otro como todos creyeron, incluso yo, que me había descreído de todo hasta conocerte. Pongamos que todo lo creado, lo nombrado, lo dicho y escrito no fuese en vano… ¿Por qué me siento en efecto un Adán estúpido? Un Adán de Adanes. Un imbécil por antonomasia que no supo ver cómo en realidad eras. Un necio y desnudo cordero para el sacrificio ¿Para qué la palabra dada si tú no la sentías? ¿Para qué tanta prisa en acortar las distancias y cercarlas en dos anillos? ¿Para qué tanto esfuerzo en dibujar un mundo y alrededor de él estrellas, constelaciones y galaxias? ¿Para qué tanta maravilla puesta en peligro desde el inicio, decididamente marcada para no durar?

La Manzana

Tenemos la culpa los poetas; hemos dado lustre a la traición primera con el laurel versificado de premiar la rebeldía y, sin embargo, en la manzana está el símbolo de la ingratitud mordida. El frutal encanto del gusano larvado que lleva dentro todo juramento de amor y lealtades. Todo el mal comenzó con un mordisco. Con un juego de tentaciones arbóreas mientras mi sangre fluía por agujas y probetas como un sacrificio previo a tu perfidia de mal compañero. Tantos años en el jardín edénico sin que el áspid te mirara, Evo infiel, y en mi ausencia leal te conquistó su bisbiseo de animal reptante y entregado al enemigo. También para mí toda la maldición empezó por un deseo de manzanas. Por el icono de esa fruta mordida en un teléfono. Por un mensaje a un príncipe rubicundo y embozado como la serpiente del árbol. Fue este como podría haber sido cualquier otro que satisficiera tu ebriedad de reflejo, el hambre acumulada de prohibición, el exvoto a ese monstruo de vanidad ocultado en los desvanes del paraíso… ¿Podría llamársele pues, al príncipe de las mentiras, príncipe de las manzanas? ¿Es familia política de la madrastra de Blancanieves? ¿O es garzón o García de los campos que regaron sus mayores con la sangre de los inocentes de la mano izquierda? ¡Ay, espejito, espejito, cuánto daño nos ha hecho la literatura! A mí por creer que la palabra dada era un lacre irrompible. A ti por disfrazar de amor con tus mentiras, lo que sólo era una escala para conseguir un reino y destruirlo. Ahora los dos, díscola costilla flotante, y varón burlado, estamos al este del Edén, pasando frío, mientras la serpiente se calienta en las ascuas de un jardín incinerado.

Príncipe de las Mentiras

"Y Jehová Dios dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo"

Génesis,2,13.

A JJ García Campos

Qué curiosa aristocracia la de la serpiente. Príncipe también aunque maldito, aunque reptante y venenoso como la perfidia. Como la mirada rubia del engaño. Regio en su tratamiento de señor de las mentiras, de tentador cambiapieles para amoldarse al deseo del tentado y permanecer oculto, no expuesto en la blandura banal de su malicia. Qué irónico que el príncipe de la creación cayera por amor en la trampa y la condena de un ser de sangre fría; porque gélido es el sentir del que logra su dicha causando el daño en el corazón de otro.

(De ***Variaciones sobre tema bíblico.*** Poemas en prosa inéditos de un libro en construcción)

Manuel Francisco Reina

Miguel Galanes

Encantamiento y grandeza de la niña coja

A esta sazón, pasaron acaso por el camino una tropa de caminantes a caballo, que iban a sestear a la venta del Alcalde, que está a media legua más adelante; los cuales viendo la pendencia del arriero con los dos muchachos, los apaciguaron, y les dijeron que si acaso iban a Sevilla, que se viniesen con ellos.

Cervantes *(Rinconete y Cortadillo)*

Para Carmencita Ferreiro

Sólo el silencio de las siestas,
dentro de la boca del estío y entre las dos moreras centenarias del patio de la Venta de la Inés o del Alcalde, *en los fines de los famosos campos de Alcudia,* en plena Sierra Morena;
conoce los secretos de tu alma, Niña Coja: *"que ni pico ni patas tengo"*, pero que ni falta te hacen para sortear los avatares de la vida
o para inventarte cualquier cosa que te eleve, al viento y con clavileñas alas,
por encima de tartufos, jueces, políticos, intelectuales y aún más sobre el poderoso, sus caminos, los ríos cortados y sus alambradas.

Sólo el silencio de las siestas,
en el valle de lágrimas de Cardenio, tú, Niña Coja, con las trenzas de tu corazón por encima de las sombras que cegaron tu encantamiento en tu ruinosa experiencia: *"en estos cuatro días guarros…";*
plantó su mirada en tus raíces de estrella fugaz
para que pudieras vernos desde arriba.

Sólo el silencio de las siestas,
entre la ligera y leve sonrisa de tu ironía, Niña Coja, más fuerte que los riscos y las paredes de cuarcita,
a ti te regaló el aroma del romero y las llagas de la flor de la jara
para que sobrevolaras las pedrizas y aprendieras de su resistencia.

Sólo en el silencio de las siestas,
a la sombra de los bastones de durillo en los rincones de tu casa, Niña Coja, hábiles entre los vericuetos como el agua;
te vestiste con la magia y la austeridad con que las hadas te miran y tus padres te protegen.

Sólo el silencio de las siestas,
en la soledad que castillos y farallones levanta, Niña Coja, serenos y potentes como el tiempo;
te enseñó a oír desde lejos y a decir toda la verdad en dos palabras y en un instante.

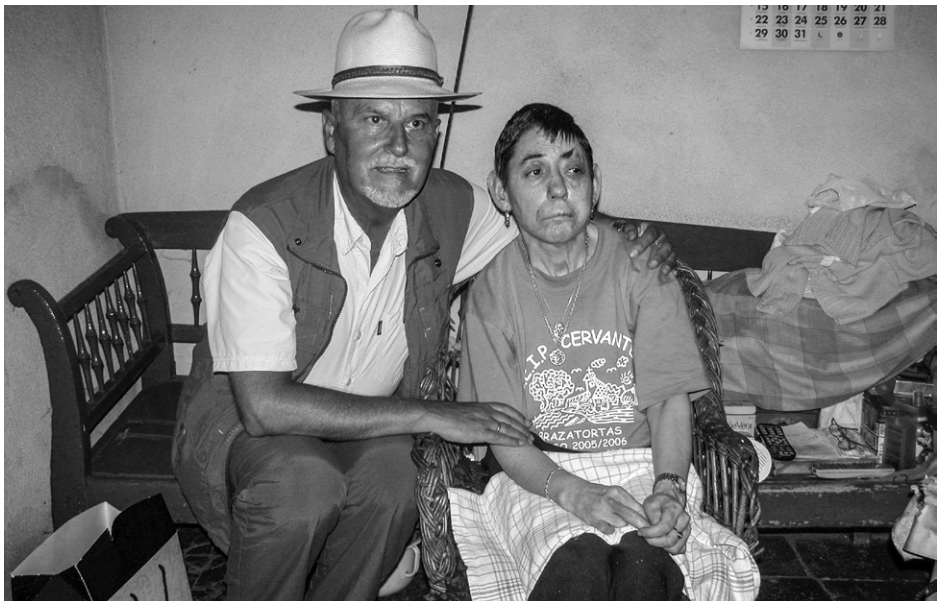
Sólo el silencio de las siestas,
como las candilejas, aun entre la maleza cotofiosa, ya en la luz ya en la sombra, son felices sin preguntárselo,
y que tú, Niña Coja, lo aceptaste igual que ellas, porque siempre aguardan a la primavera;
sabe, como tú, que el agua, maniatada tras la presa, sosegada y calma, también, arrollando al poderoso, su terrible salto aguarda.

Es el silencio de las siestas, Niña Coja,
que, cuando te recuerda a los muertos que conociste mientras vivos,
te hace temblar sobre el alambre del trapecio de los límites
y te alegra, en compañía de tu ángel de la guarda,
porque siempre, ya en lo más alto de la cumbre o en lo más profundo del pozo,
a todos nos mide por igual.

Es el silencio de las siestas, Niña Coja,
en lo más recóndito de las cuevas el que conserva la fuerza de la montaña, como en tu alma.
Ese mismo que está bajo la palabra escrita y con paciencia vence porque calla,
y que heredaste de tu madre y que te ayuda y que te fortalece frente al ruido y las voces que ahora pretenden acallarte,
donde el dolor no es dolor y es la locura entendimiento.

Sólo en el silencio de las siestas,
en la grandeza de tu sencillez y en la ruina del cuerpo que la naturaleza nos regala, Niña Coja, volátil como las bolliznas sobre las cenizas de la encina;
aceptaste el encantamiento de haber nacido en la más alta realidad del sueño sobre la hoguera de los mortales.

Miguel Galanes



Carmencita con Miguel Galanes en la Venta de Inés

Manuel Cortijo Rodríguez

Instantánea

(Luli)

Después de tantas tardes sin provecho,
sin nada que tomar de la zaguera
luz con que ciñe el día su final,
creyendo que tú eras
un acabarse entero, sin retorno,
como una estrella rota que se pierde
en un cielo de niebla enloquecida,
llega este atardecer
inacabable.

Y estás aquí conmigo, en estos
brotes de sol que van llenando
de algún tibio rescoldo los desnudos,
los huecos miradores
de la ausencia.
Y podría ser así,
que sea esta tarde única capaz de sostenerme,
esta tarde, esta luz
que tiene la estatura,
la medida sin fin de tu presencia,
que tiene el color propio
de la vida, esta tarde
en que puedo volver a caminar,
que vuelven nuestras manos a ser lumbre,
a estar juntas aquí, tener un sitio
donde guardarnos parte de la vida
o todo lo que importa, lo que cuida el recuerdo
de un vivir abrazando
la flor de lo que somos mientras somos.

Mientras esto sucede van mis ojos
apurando estos brotes de sol último,
y el alma esta emoción
que ha hecho que yo ascienda
a las ramas más altas
del poema, a su música sin límite,
para ver desde allí cómo escribe la muerte
lo que canta quien ya ha perdido tanto,
quien te ha perdido a ti
y te ha encontrado como de nuevo hacia la vida,
en el oro salvado de esta tarde,
de esta tarde en que vuelvo
a caminar.

Isabel García Hualde

Las estaciones

s el viento… ha desvencijado
puertas y ventanas
ha escudriñado los secretos
y desatado un vuelo de alondras
ha roto el ciclo de murmuraciones
(a veces las palabras no son tan hermosas
y perturban el cielo)

el viento cierra tras de sí la puerta
sin que nada se haya transformado
aún no lo suficiente
los espejos tiritan y estamos desnudos

qué lenguaje recorre el viento
cuando nadie escucha
por qué desaparece en rincones clandestinos
simulando gritos o huracanes
a quién lidera

el asombro lo arrastra
la ira lo engulle
y ahora sí
algo que era frío deviene brisa
los espejos resplandecen

dispuestos están ya los candelabros
encendidos
en el interior de nuestra espera.

Pablo Jiménez

El jardín de atrás

(Antonio López, 1969)

Marzo: la luz dudosa,
el aire adormecido y la mirada presa en un frutal de flor madrugadora, ceniciento el terrazgo
y sus elementales esqueletos
en el hondo silencio de la espera…
¿Amanece? ¿Anochece? Extramuros, el cielo lila y gris acapara
la escasa luz que alienta en lo que vemos y la acumula
en la chopera que verdece. Todo dormita en la inminencia

de una primaveral metamorfosis.

Bien, admirable Antonio;
pintado está por ti lo eterno del instante y cuanto en él concluye: la finita mirada en que nos vemos sin sabernos tú y yo —razón de ser de lo acabado—.
Como supervivientes persuadidos
de nuestra propia muerte deberíamos sacar un par de sillas

a este jardín de atrás y junto al muro sentarnos a mirar lo que tus ojos vieron, derivar las palabras que debieron decirse pero faltó el valor y pronunciarlas
ahora, entre dos luces, tú y yo, desconociéndonos.

Hablemos, por ejemplo, de la música.
Los pájaros, el tiempo
del trino, la memoria donde habita
la música… ¿Qué sabes más libre que la música? No es materia ni vínculo,
con ella ni se escribe ni se pinta,
es abstracción, como lo amado al límite.
¿Física? ¿Metafísica? La música
en sí propia reside
y alberga su contrario más sentido y recóndito: el silencio, que nunca está callado.
De ese hontanar procede, en él se vive, de su alfaguara crece y desarrolla
su caudaloso discurrir y en él finalmente reposa y se diluye.
¿Por qué, dime, el silencio en cuanto pintas?
¿Es porque amas la música? Los pájaros del niño que asolaste ¿dónde trinan?
¿En qué rama de qué árbol
de qué cuadro te anidan y persisten?
¿Por cuáles alas
transita ese pintor que te recorre en la encendida noche de tus ojos?

Yo soy el ciego
espectador que mira y no comprende y se refugia en las palabras. Tú,
con no menor ceguera, manipulas la luz de tu mirada y la traicionas en la especulación de las texturas y el artificio de color.

Mas, como el arte es largo,
la vida en él acaba acomodándose.

Y así, sin hacer ruido,
ni sinceros ni libres, recorremos
nuestro jardín de atrás hasta el momento del crudo despertar y ¡zas!: los diosecillos que fuimos
se desinflan y un paisaje sobreviene y nos toma y nos ubica
en el pais remoto de las alas cuando pasó ya el tiempo de volar.

Los pájaros que fuimos… Un buen día
el agua torna al agua, el tiempo al tiempo, el pintor al pintor y el poeta al abismo.
Al menos el color es asidero, cercana calidez, caleidoscopio de luciérnagas y fugacidades,
brillos en fin para la soledad.
Pero ¿qué es la palabra sino figuración,
mentira,
piedra contra el vencido, trono del poderoso,
condena del que nace condenado?
Y en su mejor versión, orfebre de los sueños,
¿qué palabra no labra su infortunio después de pronunciada,
agua llovida que un regato lleva a la orfandad de los significados?

Marzo: la luz dudosa, el aire adormecido,
las mimosas del tiempo con su flor amarilla que no pintaste pero están ahí…
¡Ah, qué inútil,
pintor de solitarias plenitudes, ir desvelando enigmas
como quien abre puertas a la luz! Sellada claridad y ancilar mano urdirán tu ceguera y tu pintura
mientras detrás del alto
tapial de tu jardín la primavera despereza sus ritos ancestrales.
¿La música, los pájaros?…
Tenemos
los dos la edad precisa para saber que no hay otro jardín de atrás sino el que sigue labrando la memoria.

(Del poemario ***Figuraciones (cuadros de una exposición)***)

Pablo Jiménez

Josefa Parra

Poemas ajenos 1 no time

Miro el tiempo. Su cabellera espesa.
Miro pasar el tiempo como si no importara.
Hilo a hilo, mesando sus cabellos,
expandiendo el poder de su descuido,
imparable y tenaz.
Miro en el margen
que hoy ocupo. Lo miro como ajena,
extranjera de mí, nómada acaso.
Hoy no me duele, no me mortifica.

El tiempo se destrenza despacioso,
altivamente rubio como un ángel,
como una pesadilla.
Calle abajo
camina, y yo no sigo, por un día,
sus pasos en la niebla.

(Del libro inédito **Nombre propio**)

Mario García Obrero

He estado sobre los cristales de este mar
tras el inevitable indicio de las gaviotas
una bañera pregona destinos.
Escarabajo negro, amor
un grillo que afina las clavijas agrestes de la palmera
el mar calma la ferviente mirada de hombres y lobos
sobre toneladas de densidad sigue habiendo caracoles.
Era el aire un volcán
y el soneto de lluvia gorgorea en el Olimpo.
Aquellos tan arriba que ni les llueve
solo envían estatuillas de mujer sin mariposas
y la esquela de otoños que guarda el río.
No Nino, el mar es libre desde lo pequeño
follaje sin otoño alguno rompe
cuando empujas un atisbo más de gravedad
la razón de filósofos griegos y poetas románticos recostados sobre París.
El mar es libre de la manera en que un niño comprende astros y cosmos.

Rafael Morales Barba

Mosto (Hossegor)

Con su tropo cifrado cielos bajos
y sus nubes ligeras
de musgo pasajero,
húmedas junto al lago de estío,
apenas sostenidas,
sobre las aguas del antiguo vivero
nítidas en tu vista se trenzan en el espacio claro,

y ágiles marchan

Si.

Un día claro, con su tropo
y su aire tan tibio, como un mosto
sin grumos, nada turbio de ollejos
esa tarde en tu nombre,
irrescatable.

Su fermento
todavía apremiante,

entre los arreboles torna, blandas mieles
desnuda en
su esperanza

con su pequeña hacienda.

Entretanto

Todo triste recuerda
ante el monte, caseríos de arcilla
y ganados dispersos, tu noche
con su rosa entreabierta
y el ámbar de tu boca
esperando.

Un interludio breve
ante el pobre final.

María Salgado

noche a tarde
se llenó el cielo de nubes

lírica lo llaman, creo. A
los colores

se ven cambiar, es el
directo del cambio

ni que la poesía no fuera personal
ni que no sentimental

en hong kong ayer también hubo nubes

como en ferguson una vez
como en grenoble otra
como en santiago
o gezi
etc.

a toda ciudad le llega su nubosidad

en el puente anoche se llamaban
por el nombre del color

dorado por ejemplo
por ejemplo blanco

o verde a rayo, un

himno, fluorescencia

Beatriz Hernanz Angulo

Desde ambos lados del olvido,
las nubes sonríen simples en su huida.
Con cierta voz que surge de la nada,
vigilas la mansedumbre de mis sueños ,
los sonidos que abrigan un tiempo en suspenso
donde el desamparo no tiene un hueco en el que anidar.

Fui leyendo, con lealtad antigua,
tu vida en las renuncias del aire,
perdida sin el alimento de tus ojos.

En su rostro sin rastro zozobra un nuevo atardecer
amueblado de cielos púrpuras y fiebre alta.

Pequeño ser inerte,
querido cuerpo confundido
por una sombría desgarradura de la infancia ,
un embozo de cordura amuebla el escenario de tu ausencia,
cantan los espejos mi fúnebre desolación.
Al menos
sigue susurrándome tus silencios en mi lento morir.

Merxe Manso

"Bajo el verdor con un poco de pan, vino, el libro
de un poeta, y tú cantando a mi lado en el desierto,
¡el desierto me sería un paraíso!"

Omar Jayam

A cielo abierto

Anochecer en un cielo
de estrellas palpitantes
como taladros que agujerean
el techo de la habitación.
Caminar a cielo abierto.
Igual que el corazón
sale de la madriguera
dispuesto a saltar al ritmo
del canto de los mirlos.
El inmenso techo del cielo,
nos abriga de tantos olvidos.

Helena Rodríguez

carretera N-232

Por una carretera
volvemos al lugar[1]

nuestros abuelos fueron de un lugar

no somos forasteros
¿solo veraneantes?

volvemos al lugar de la emoción

soñar toda la noche que volvemos

al sueño que anticipa la aventura del verano

soñar toda la noche con la fuente

la casa los abuelos

por el sendero ¡el río!

ortigas madriguera ¡la montaña!

por una carretera hacia el origen
por una carretera hacia el verano

y mira que es larga la carretera
podrías ir más lejos

ya en la curva

apenas quedan árboles[2]
si piensas en las pérdidas
no avanzas

¿por qué no vas más rápido?

aminora

1. Se puede reducir el lugar a un número 42º 49' 29.42'' N, 3º 32' 48.64'' W. Podrían localizarlo, pero ¿volver a ese lugar?
2. Castaño de Indias ¿ubi sunt? ¿qué se hizo de los árboles de la carretera?

prefieren
el asfalto
los chavales
para el juego
no temen
a los coches[1]

tiene esta carretera los pies lentos
se queda resonando en las raíces
en la conversación con las cerezas

hay niños
bicicletas
como ráfagas
les dicen
que no crucen
pero crecen

avanzan
hacen pausa

la verbena ha detenido el tráfico

y ahora
carretera

¿ya no bailas?

pero insiste la visión

no se va de la memoria:

para parar el tiempo un pasodoble

y mira que has mirado las montañas
qué grandes las montañas
¿habrá un mundo más grande
otra vida más grande
detrás de las montañas?

podrías
ir
más
rápido

(no quieres respiras lentitud)

del acorde de un día de verano

nace el mundo

Helena Rodríguez

1. ¿Quién puede imaginar una carretera en la que los niños juegan al tenis ignorando el tráfico?

María Victoria Reyzábal

Desdobles

iscutibles los símbolos
que componen el universo
social
sobre la unión
de tristán e isolda
desdoble artístico
de un solo ser
que desea completarse
fraseología del acorde
minuciosos los actos
y sus emociones
narrativa de amor
como esfera mágica
plena de promesas
y muerte
esquiva la mañana
irreversible la noche
atormentador el no tiempo
en su lirismo extremoso
nada es catártico
salvo los reencuentros
del resto
todo es paréntesis

Poema prosaico

ué es necesario
para conseguir un país
en el que no hagan falta
puertas con llaves
se camine por las calles
sin atarse el bolso al costado
ni temer por la integridad
se sepan disfrutar
las pequeñas cosas
las grandes amistades
la naturaleza no domesticada
y que la riqueza esté distribuida
al igual que las cargas
por lo que la equidad
resulte real
en trabajo ocio género
los niños y los ancianos
mantengan su derecho
a ser ellos mismos
el pueblo se muestre solidario
las autoridades responsables
y todos asumiendo mejoras
sin exclusiones
ni aislamientos
nadie desee suicidarse
ni robar ni violar ni matar
ayudar es un privilegio
acoger un deber
demostrar afecto un placer
que nadie quede desprotegido
nadie sin escuela
sin asistencia médica
la contaminación sea un recuerdo
el bienestar social impere
al igual que la honestidad individual
principio ineludible
para que nos apetezca
vivir entre nosotros.

Eva Yárnoz

Niégate a ti mismo
Lucas 9:23-26

pendiente

oz en la sien, arranca ahora con la palabra esos hilos rotos
que penden
y escucha, sin el miedo que abraza los contenidos, una sola voz
una sola voz que percute la tierra, tierra blanca que se diluye sin sus formas
abrazo inmenso en su huecos

niégate a ti mismo, niega al yo que sabe y soluciona, ese yo que ilusiona con los nombres que dicen saber la hora
no hay nada más allá del nombre que percuta,
silencio llano para no pensar
yo sin el mí sin manos sin nombre en un no lugar

sien partida, hilo disoluto de partículas, no
esperes más si la hora ya se dio mil veces con círculos infinitos

Iconcéntrico el nombre que gira y no dice
vuela alto el ave que traspasa lo informe
silencio pequeño, mundo avisado que percuta. puedes palpar las costuras que te constriñen

Carmen Plaza

Amante

Ningún amante tan entregado y fiel.

Abrazas con la furia
del animal herido,
cubres el lecho
de cercanía y de distancia,
como en los sueños del amor prohibido.

Te encontraré tendido entre mis sábanas
con tu mano en mi frente,
cubriéndola de ausencias.

No sufras, mar amado.
Ya sé que no podré sobrevivirte

Deseo

Si no fuera
por todo lo aprendido y olvidado,
por el catón que guardo en el pupitre
con rayas afiladas que acribillaron
a los buenos propósitos,
por tanta acera
muerta y sepultada,
si no fuera por las mesas servidas
con huesos de poemas,
si no fuera por tanto desconcierto
sentiría un deseo feroz
de morder la manzana y el gusano.

Ana Galán Vigo

Punto y aparte

Cuántas veces enderecé la pluma
para que no curvaras el sendero.
Amaneció líquida cada hebra de añil,
los puntos suspensivos por señal…
Mis dedos te ofrecieron todas las palabras.

Se encendieron los surcos,
nutridos, blancos, luminosos.
Sin tiempo para los matices
tus manos no acababan de expresarse.
Solo un boceto sin tildar,
la línea más átona entre dos.

Un latido profundo
me arrancó las mayúsculas.
La tinta ardía en cada letra,
no podía escoger final.

Hoy sé que fuiste apunte de esas hojas
que arranqué del cuaderno..
Ahora escribo en folios sin pautar.
Si es preciso, enseguida cierro guion,
pongo punto y…

Me aparto.

José Luis Puerto

Si quedo indemne

i salgo de la sombra y quedo indemne;
Si la luz traza en mí sus cordilleras,
Su fiel topografía
Con la que abraza el aura de las cosas;
Si puedo pronunciar aún las sílabas
Con aliento cordial,
Con esa melodía que del aire
Extrae los aromas de su música;
Si puedo aún sentir
El latido del mundo
En las plantas dispuestas de mis pies
Y advertir cómo asciende por mi cuerpo
Hasta llegar a fusionarse
Con el que el corazón
Teje y desteje en mí
Con sus hilos de sístole y diástole,
De venas y de arterias,
De sueño y realidad, de vida y muerte;
Si resisto a la fiera
Que entabla en mí combate
Contra la mansedumbre
Que teje en mis estancias
El ángel de la luz y del cuidado;
Si me atrevo a decir: Sí, hágase,
Yo quiero celebrar lo que trasciende
La terca mezquindad de cada día,
Florecer en las flores,
Vibrar entre las hojas con el aire,
Sentir la comunión cuando una mano
Nos entrega el fulgor
De la fraternidad en un saludo;
Si vivo en plenitud y en la luz ardo…

Nada la muerte
Podrá ganar en mí
Pues todo lo que teje el ángel en mi alma
Le habrá sido por siempre arrebatado.

Rebeca Márquez

ació
en una esquina el pecado.
Unos ojos sin noche
Un hogar donde cabalgan los cobardes.

a espera constante.
La pérdida del hábito.
Una de-construcción palpable.
Las manos que se dan,
quien no las recoge.
Una voz asustándose.

La perfección tiene un nombre ingrato.

n ese pedazo de cielo que nos contempla nace la lluvia.
La ruina de las aves, y su llanto. El cabello que se derritió al mirarte.
Un gris de espera. Siempre espera.
La posibilidad de rendición es alta. Mas quién soy yo para no dudar.
Las venas se escarban entre ellas mientras otros se recorren.
Cuál sea la edad del alma y las flores que aún me entierran.

El misterio está desnudo.

Mirta Fran

himno pedía

Stravaganza *para los matemáticos corsarios*

Íbamos tan llenas cuales sabias de amor y nos comíamos con imágenes la vista, el horizonte; los árboles en hito cuadraban nuestra marcha, el coche deslizaba su ruido entre las tardes. quizá fuera de playas y sorbos, de cigarros y risas, de dichas compartidas, de alegrías varias como pliegues de acordeón si suena.

con gracia pizpireta jugábamos a lenguas: de la música creábamos como desde un concepto la palabra satinada que viva al día; calor de digitales en las manos y en las vulvas, dedos que se excitaban con fruición de roce; era un árbol o una señal de tráfico -preguntabas mientras desconducías con ese brazo absorto en mis medidas, ya sin medias, ya.

assai la carretera no nos detenía, pues avanzaba en permanente rito de hitos, líneas blancas, baches, latas y bolsas y colillas, casas de paisaje, casas feas, muy feas, tremendamente feas -sí, esto es un guiño a otro poeta-, ¿eso era una bandera?; y pensamos en la expresión "hasta los cojones" -vale por igual "coño"- y decidiste que era exabrupto a fiftis, pues quedaba todavía medio cuerpo al descubierto, sí; aunque -antepuse- está linda la margarita.

ripiábamos en linde de un retorno a casi siempre: besabas mi boca, trampa también de vuelta de la succión del fumeteo, como si en el amor bastasen las vocales, y yo en rima te limitaba toda, citemos repetidas -te ofreciste-, terraplenes, agua, luz, ¿eso era -qué fuerte- otra bandera?

y en un final de desensueño se sucedían bloques y bloques de inolvidable fealdad que alardeaban con los dichosos trapos y, allí mismo, alguien, creo que nosotras mismas, se cagó en la mierda, redunda redundancia, de banderas y en sus himnos de tan guarra esencia y, ya puestas, en sus reyes por partida doble. y no había escapatoria, era para siempre, mierda.

Pedro A. González Moreno

Hilos

A mi madre, absorta en su costura

En un dedal
cabía todo el tiempo sin bordes de la infancia,
y en una antigua caja de latón,
entre un desorden íntimo
de acericos, carretes y bobinas,
cabían casi todos los colores del mundo.Pero tú el hilo rojo
preferías sacarlo de las llamas más altas
o del lento goteo de las viejas heridas.
El azul lo arrancabas de los zócalos
y, en finísimas hebras,
lo trenzabas con flecos de horizonte
y jirones de cielo recién amanecido.
El verde, hecho con hojas y savia de la higuera,
lo cogías del patio; el marrón húmedo
de la tierra recién arada; el blanco
lo amasabas con cal, con un poco de harina
y la sal de una lágrima.
Sacabas el dorado
de entre la luz madura de las mieses,
y el hilo negro, ay, el hilo negro,
lo extraías del pozo de agua agria
de tus recuerdos.

Y mientras enhebrabas las agujas
el mundo se quedaba detenido
un instante, a la espera
de que todo volviese a aquel orden exacto
de tus puntadas.

Con ese orden, con esos mismos hilos,
aprendí yo después, mucho tiempo después,
a enhebrar las palabras.

María Antonia Ortega

Preparativos para el viaje y encuentro con la verdad

En la mañana invernal
llena de transparencias,
azules claros
y grises suaves
que casi se pueden acariciar,
até,
cerré mi maleta,
y metí algunos libros
en la mochila
que me eché a la espalda.
Y nada más iniciar el camino
vi que en él también había
familias con aire festivo,
grupos de invitados
a alguna boda,
los amigos de los novios;
excursionistas
que se encaminaban
a alcanzar la cima
todavía nevada; escolares
en compañía de sus profesores;
afiliados a algún partido político
que se dirigían a un mitin;
una agrupación sindical,
y qué se yo.
Y a veces algunos
querían adelantar a otros.
Pero contemplé también
al borde del camino
a una anciana algo achacosa,
mas no exenta de belleza
parecida a la del muérdago,
que con su lentitud
casi nos impedía avanzar.
Me dijo que era la Verdad,
y a su paso lento
quise acomodar el mío.

Primera exclamación de júbilo

¡Es la vida la que es santa!
Pruébame con la felicidad.

Jorge de Arco

Vigilia

Por el áureo trigal de la mirada
desfilan los anhelos, los afanes
que antaño fueran
viento y zozobra
en el bajel del alma.
Junto al limo tenaz de la memoria
destrenzo muy despacio
las sierpes de aquel tiempo,
renuncio a la vigilia descarnada
que borró de mi rostro el alborozo
y al olvido le cedo
las míseras limosnas del pasado.

Y es ahora,
mientras el corazón
va diciendo su fiel desobediencia,
-y el pulso de la tarde
celebra su deshora-,
cuando vuelvo los ojos
hacia la dulce singladura
por donde amara
la piel serena de su paraíso,
el sol común de nuestro
milagro.

Ricardo Virtanen

Azar o azahar

Un corte profundo en la piel.
Un corte de nada en la luz
ha descendido,
con la delicadeza de la herrumbre,
hasta mis hombros.
Han pasado los pájaros de largo:
siempre lo hacen en mi quietud.
Se emborrona el azul del cielo cada tarde,
lentamente se apaga
como una costra enmohecida en aguas
de un color sepia.

La noche incumple horarios
y frota el tiempo
con sus alas metálicas.

A un golpe de mirada se entiende el universo
más allá de la mano,
del árbol quieto,
de la pujanza de la piel.

La realidad fotografía una mirada
y un aroma se agota siempre lejos
de nuestro alcance.

Chus Arellano

¿Cuál es la guerra?

¿cuándo es la guerra?

no preguntes

¿cuándo acaba?

¿no hay más guerras?

¿qué es la guerra?

¿por qué la guerra?

¿quién ha muerto?

dime tan solo

¿quién lo pregunta?

¿irás a la guerra?

¿es por venganza?

sí o no

¿saldrá de sí?

¿qué guerra?

¿de qué te quejas?

¿o no sabías a dónde?

¿roer la guerra?

¿resetear la guerra?

¿qué se ha roto?

sí

¿dónde es la guerra?

¿ha empezado?

ya lleva

ya lleva

¿qué ha supuesto?

sí

¿cuánto llevan?

sí

¿cómo es ella?

¿por qué preguntas?

¿hora la guerra?

¿cómo la guerra?

¿de dónde?

¿de qué te quejas?

¿quién la ordena?

tráeme las armas

¿quieta la guerra?

¿cercanamente?

¿cómo empezar?

¿ahora?

¡como si fuera tan fácil!

¿pacatx, promiscux, patizambx?

¿por qué?

¿acaso?

¿dormir a su lado?

en ti

¿entre quiénes?

hace mucho

¿estás segurx?

¿de quién dependen?

¿quién pregunta?

¿qué pasará?

¡qué!

¿no duele?

ya

¿de dónde?

¿de qué te quejas?

ti ¿duele?

¿no hay remedio?

oh

no ¿de qué la guerra?

latente

¿duermevela?

¿quién lo sabe?

¿cómo acabar?

¡duda!

y vuelta

¿o qué?

¿temible?

no de ti y qué

Laura Casielles

Usted está aquí

Al principio, lo que algunos llaman una explosión,
otros una colisión de materia o de masa.
A partir de ahí, todo empezó a ir asombrosamente deprisa:
bolas de fuego girando
en una danza sin memoria
y la aparición de la luz y del tiempo.

En una esquina de una galaxia
apareció de pronto un mundo destinado al agua
y peces capaces de evolucionar a gente
y esa gente corriendo hacia la rueda y los milagros.

Ahí de pronto, ceniza de otras estrellas pero a la vez poetas,
cazadores
y funcionarios.

Se iba llenando todo de ciudades,
cada vez más grandes y con sus alcaldes y con sus zoológicos.
Las historias de amor y los grandes imperios.
Las guerras, los inventos, los momentos de calma.

El Universo, mientras,
se seguía estirando por los bordes
sin que nadie supiera a ciencia cierta si avanzamos
hacia la eternidad o hacia el apocalipsis.

No entendemos muy bien ni la vida escondida en las lunas de Júpiter
ni el porqué de los muertos.
La luz sigue viajando
a su velocidad intolerable.

Santiago Gómez-Valverde

Para habernos matado…

Un poema desciende de mis estanterías.
El parquet se ha teñido de mañanas y nubes,
de pateras y cisnes, de abedules y hojas,
de calles pensativas, que en sus plumieres guardan la tinta de la noche,
de páramos difuntos y Pedros solitarios,
de panes y de peces, de hormigas y guisantes,
de néctares y músicas, de fusas y redondas
plazuelas y nenúfares, de olas y de alas,
de rosas y sonrisas, de sombras y sombreros,
de hembras y de hombres, de preguntas y niños,
de aviones que quisieran ser algún día pájaros.
En un vaso de luz todo me lo he bebido.
Mi corazón frugal de vida se ha embriagado.

La vida en serio

A mi hermanoamigo Paco Ortega

Que la vida iba en serio
uno lo empieza a comprender más tarde
como todos los jóvenes, yo vine
a llevarme la vida por delante.
Jaime Gil de Biedma

Te acuerdas cuando hablábamos de tías,
cuyos nombres no eran angustias, ni dolores,
ni remedios, ni auxilio, ni socorro,
y nuestro Ibuprofeno preferido se llamaba Noelia,
la de las piernas largas, sutiles como olas,
y nuestro Lexatín era el tangazo menudo de Pilar,
y nuestro omeprazol, los senos curvilíneos de Yolanda,
y una tarde cabía en el bolsillo, como si fuera un pájaro,
y la luna en un vaso de ginebra, y nuestros corazones despeinados
jugaban, sin fatiga, al escondite con Merce y con Rocío,
y el cuco del reloj tenía forma de risa que marcaba
puntualmente las horas, los sueños, los acordes dulces de una guitarra,
y el tiempo una manzana por morder, perfumada de amigos
que se fueron, de un modo irreversible, en el árbol frondoso de la vida?
Que la vida iba en serio, a nosotros, con la que está cayendo,
nos lo va a venir a contar Gil de Biedma.

Xupe Ramírez

En tu casa doblé las agujas
de los relojes, para detener el tiempo
en los corazones más nobles.

En tu alcoba pinté lunas redondas
estrellas azules y ángeles dorados
para que crecieras con ellos.

En tu piel dibujé el cauce del río
para que tuvieran agua nueva
la tierra del hastío y las palomas.

En tus labios escribí una palabra fácil
para que las almas más viejas
no olvidaran su nombre.

En tu puerta ya no estaba el niño
que huía del humo negro de la guerra
que lloraba y lloraba de hambre.

… Después invité a cenar a un búho
para pactar que durante la noche
solo te acariciaran alas.

Dichosas las manos que perdieron la llave de tu casa
y se quedaron a vivir en un campo arado por los besos
porque nunca serán herida que llore el extravío.

Dichosos quienes detuvieron el tiempo en las páginas
de un libro y derramaron la imaginación por los bordes
porque las hojas los llevarán hasta el corazón del bosque.

Dichosos los artesanos de la sonrisa
que hallaron ese gesto en todos los abismos
porque ellos serán cómplices de tu alegría.

Dichosas las mujeres que cultivaron flores atrevidas
bajo la sombra helada del invierno que no cesa
porque ellas poseerán la densidad del aroma más fuerte.

Dichosos los reparadores de sueños
que corrigen los riesgos de un cielo en fuga
porque ellos verán tus ojos la noche de los cometas.

Ejercicio

Todos los arqueros saben que para afinar la puntería
hay que entrenar el ojo:

tú que quieres lanzar tus flechas sobre el orden del mundo
tenlo en cuenta.

Escudriña miniaturas para no perder el don del detalle.
Contempla el universo para no perder el asombro de la infinidad

Lleva tus ojos al horror para que no se engañen
y luego
observa largamente
el cuerpo amado
Lleva tus ojos al mar para recordar que lo permanente se alimenta de lo que cambia.
Lleva tus ojos al desierto para comprobar que la suma de lo pequeño hace lo vasto.
Mira la nada alguna vez.
Mira lo hermoso siempre que puedas.
Mira también a veces
lo que no hay.

Baja los párpados.
Solo desde la pausa
se entiende algo.

Luego, vuélvelos a abrir.

Xupe Ramírez

Olga Baselga

Vestal invisible

Con sol, musgo,
con luna, miel, a veces ámbar.
Tus ojos mudan,
pero tú no.

¿Quién te guió?
¿Cómo y por qué no seguiste camino?
¿A qué viniste?
Si vas a quedarte,
si puedo hablar,
¿a quién pregunto?
A ti, no.

Después de todo,
antes que nada,
tengo mil gritos desde mi sombra.
Si me callo es que estoy ronca.

He sido llantos algún trasnoche,
creyendo resollar en tu felpudo,
enroscada, fiel a tu gesto,
oteando tu perfil romano,
sin ladrar ni gemir, paciente,
casi muerta, sin collar ni risa.

Manos planchadas y deformes
entre los muslos tibios,
cada mañana sin faltar una
recé a Venus que me sugiera
bebida dulce, fresca, y simple.
Triste me miró la diosa.
Rascó mis sienes y quise vivir.

Porque sólo yo puedo verte.

Santos Domínguez

Rumor secreto

I

Era marzo en la sangre
con sol y con jazmines.
La tarde estaba en calma,
el aire estremecido por la plata del sueño,
por el brillo interior de la nostalgia
y el vuelo de los pájaros que vienen de la nieve
y se cuelgan del aire más alto, más allá
de la nube más alta.

Pero crecía en el humo
una hora azul y había
en su rumor secreto una germinación
lunar que iba cantando
muy lenta desde el fondo
circular de los astros.

II

El tiempo circular devuelve con el aire
la música sin sombra del verano
a la osamenta fría del caballo.

Nombra su luz de ahora
la luz innumerable
y brilla en la penumbra
un fuego transparente,
el puñal de la luz que abre en las sombras
la leve inconsistencia de una vela,
las noches silenciosas de La Tour
y su ámbito sereno.

Y otra luz inferior que arde y germina
bajo el ramaje negro de los días
en el signo sonoro de los pájaros
y en la playa pequeña
de una tarde de invierno.

III

En donde flota ahora
el desolado ángel azul de la memoria,
sangraba el protozoo, flotaba el polen
sobre el aroma ardiente de la tarde.

Allí laten sin vuelo
el cristal quebradizo de los sueños,
la transparente llaga de la tinta,
las dunas invisibles del recuerdo,
la luz blanca que tiembla en el escalofrío.
La que tiene su nombre
tallado en el granito.

Rafaela Gómez Lucena

Simbiosis

La fotografía me modifica:
mitad agua y mitad aire.
Contornos de lo que ayer tuvo fruto,
sombras bañadas
por el lívido germen que se intuye.

Como árboles cantamos
con el arpa del viento
al negro tronco,
cuya forma, ya seca,
obstinada se yergue
ante las puertas del velado bosque.

Incertidumbre primeriza

Despierto.
No es la mía esta fría habitación.

La casa saqueada
del afligido vientre
desprende el hedor del pescado rancio.

Mi paso torpe
se dirige al espejo inmóvil.
Es otra, la que veo allí
llorar su abrazo desnudo de vida.

Con lentitud,
atravieso el blanco pasillo estéril
que deja aturdidos los ojos.

Me encuentro ya
en la sala de minúsculas urnas
transparentes como jaulas de hielo.

Busco al durmiente ser
y temblorosa, lega,
lo acerco al cálido pecho del mundo.

Es su aroma a rocío
lo que envuelve de certeza mi paso.

Ernesto García López

Pasajero

I

s al mismo tiempo adobera
y un canal por donde se perfila el vacío de
las cosas:
confuso
antes que los signos,
descamisado de sí
en el torrente crudo
cuyos brazos masticamos mientras la aguja—

II

uiero decir:
que se aplica en nosotros ese
[apocamiento
torpe
por medio del cual el mito
y su nada
son uno—

III

icho de otro modo:
que cava la crueldad a la vez que la
[caricia
el egoísmo al mismo tiempo que la generosidad
lo mezquino y la suspensión donde se ablanda
junto a lo dadivoso y lo bello—

IV

a sé / fácil es tentar
los huesos de la memoria
una vez han pasado:
Lo difícil es quedarse en el instante
mismo
del recuerdo y no convertirse en un canalla,
en un aletazo que descarna violentamente
los fragmentos del padre—

V

uerdo la mano que me da de comer
porque llevo el espolón maldito:
Muerdo la mano que me da de comer
porque en la caída cebo la sospecha:
Muerdo la mano que me da de comer
porque estoy harto de comer, harto
de echar los papelitos de lo vivo—

VI

ucede al mismo tiempo
lo uno y su contrario:
un cedazo a través del cual
se criba la piel, el avión, la muerte
y este agujero—

Rubén Romero Sánchez

La noche ha dispersado todas las voces,
como Penélope aguardando a Telémaco
me adelgazo hasta el susurro
y tibio el tacto de los lirios conservo en mis mejillas.
hay barcos que añoran sus puertos y otros que envejecen,
refugio buscan en la sombra del océano.
tal vez no exista límite en la luz
ni frontera de la herida,
tal vez el cuerpo entero no baste para la ausencia.
acallo el grito y la lluvia someto,
así un dios renqueante pero no vencido,
ni nunca abandonado.

algún día orgulloso cicatrices desharé
en la boca de mis hijos.

Creo en el océano anhelante de naufragios
en el bosque vigilando el silencio en noches sin luna
creo en las canciones que me cantaba mi madre

creo en la dignidad del preso que se acuesta en su jergón la primera noche en la cárcel
y añora el frío de las mañanas en que madrugaba para ir a la escuela
creo en los peces de los acuarios que no se saben observados
creo en la nieve que cubría las aceras de mi barrio cuando era pequeño

creo en los zapatos que conocen nuestros refugios y nuestras heridas
en las tardes de verano cuando el cielo es púrpura y me siento diminuto en mi egoísmo
creo en mi padre llegando a las siete de la mañana tras toda una noche trabajando en El País

creo en el humo de las esperanzas que se desvanecen
en las manzanas prohibidas
en la semejanza del mal y lo hermoso

creo en las ciudades que sepultan hombres y mujeres que se creen únicos y solo son un destello
creo en la luz que emiten algunas personas injustamente mortales
creo en la arena, en las nubes naranjas del ocaso, en el incendio de las bocas

creo en los libros que me hacen creer que fueron escritos para mí
en las puertas que cerré para que no me encontraran
en los ojos de mis padres cada vez que les mentía
creo en la aurora

creo en cada minuto que tengo por delante
creo en el arrepentimiento, en la noche y en Lisboa
creo en la inocencia de mis hijos cuando los miro dormir y me abruma su belleza
creo en cada día que muere y es irrecuperable

Carlos Aurtenetxe

Las piedras y los dueños

Huye el sol
por los muros. La sombra de una mano cruza
efímera el aire, resbala
sobre un arma.
Las piedras y los dueños duermen,
y las horas,
y arriba los vilanos vigilan
en el cielo.
Qué quebrantara el sol, qué quebrantara
la mano imprevisible,
el aire,
las piedras y los dueños, las horas,
los vilanos,
y los labios al pronunciar tu nombre,
y el rumor de la fuente invadiendo los cuerpos
hechos luz,
los jardines del deseo penetrando
las sombras de la tarde.
Cuando entra la guerra, y nos ama,
y nos fecunda
como otro canto que no perteneciera
sino al viento,
no se quebranta nada, no se huye,
no se hiende pecho alguno
con la daga
que encontramos en la mano sin motivo.
Todo es uno.
Y no hay víctima, verdugo, poeta
ni monarca en aquel juego
que nos funde
en un objeto común que ni es nada
concreto, ni posee rostro,
ni transgrede ley,
frontera ni principio que nadie construyó.
Tan sólo la belleza de la arena
sobre tu vientre,
por un instante, las horas en tus ojos que no quieren
ser vencidos más que por mí,
correr por otra orilla que aquella en la que pueda
darte alcance.
Y luego descansar, besar
esa tragedia.
Tratar de despertar de otro sueño más justo
que el crimen o el amor.

La trenza

Aún estoy vivo, lo sé, pues me
[persigue la ley,
y la justicia,
y el orden de los átomos.
1817, 1908, cualquier día, yo estaba muerto
entonces,
mas ando ya recuperándome,
a borbotones,
por las lindes de los ríos, tercamente,
sin que nadie me ordenara
cosa alguna.
No hace falta. He aprendido a estar
muerto a cada lado,
desde el fondo de la vida, desde el fondo,
desde el fondo de la piedra
y de los árboles.
Ahora trenzo los cabellos de los muertos,
ya de noche al fin,
con obstinada habilidad, con oficio, sin prisa,
bajo tierra.
Ahora monto los caballos de los muertos
como un objeto propio,
con propiedad, como diría alguien, con estilo.
1817, 1908, me estoy recuperando
totalmente,
como dicen los cantantes, los médicos,
los amigos.
Por las tardes salgo un poco a distraerme
de tanta eternidad
cual es la nuestra.
Me dirán, "¡Carlos!", y yo saldré ligero de la tierra,
limpiándome la ropa, aún
despeinado,
moviendo el rabo, solícito, como un perro
de raza,
a ver qué se me ordena,
a ver qué se le ofrece a un semejante,
a que me arrojen el palo a la
distancia,
y yo, gentil, ligero, lo traiga entre los dientes.
Sólo así, perramente, uno es
un hombre.
Un hombre de provecho, decimal, enamorado,
calvo,
con rizos,
como ordenan las sagradas escrituras.
Me estoy enamorando, lo sé, me estoy
[enamorando por
momentos,
por las noches,
de todos y de todo,
muerto a rabiar de vida, calvo y feliz, lo sé,
de trenza,
de piedra, de luna, de sollozos.

Emplear toda la inteligencia en no aprovecharme
[del mundo
tal cual es
para no morir de un ataque de esperanza.

Carlos Aurtenetxe

Davina Pazos

Otro mundo

A Mónica Vaca, para aliviar su quemadura

Debe haber otro mundo
en cualquier sitio,
en la hoja de un árbol
un silencio cargado de tu nombre.

No pueden ser los días
una guerra que vuelve,
se despide y saluda.

De momento yo busco,
escribo estos poemas, y quién sabe
si sirven, pero vamos a beberlos,
nazcamos nuevamente como todos
los días, puede ser
que el cuchillo se canse de prenderse
y entonces, ya verás…

Por el momento escribo,
tú píntate los labios,
pudiera ser que otro en este instante
escriba en un papel
un pedazo de calma
y si no llega,
no pierdas los nervios,
aquí en este rincón
donde cabe un abrazo
nos hacemos un mundo
y cerramos las puertas.

Tania Panés

La cholita de los andes

Esta huella,
de pie ancestro y su apóstrofe entre el escaramujo se aleja del poblado corre como Artemisa entre los ciervos y olvida para siempre el surco en el barro mojado que ahora se yergue

ternura de lecho,
protegidos allí descansarán al caer la noche los limacos pero que las sonrisas desdentadas besen el envés de los quehaceres a la hora del café es al contrario Historia fértil

y tres cántigas,
abuelita de las cumbres como a pequeños pasitos camina de la *chakra* a la casa de la casa a la *chakra* de la *chakra* a los muertos ella ríe como céfiro circunnavegando la serranía

cholita *Mama Quilla*,
para mi asombro desconoce su edad desconoce las ruinas de Kuélap que secretizan no más ahí en la quinta montaña donde la nube con forma de perro la mujer nunca ha salido de Cocachimba

payaxmama Asiriyaku,
no sabe cuántos países hay en el mundo por el diámetro de un silencio vasto y magiquístico ella y yo nos alineamos ella delante *ttiri* común porque unos setenta años menor yo desconozco

tantas cosas desconozco,
el ritual de las gallinas la tremenda pertenencia la tortuga de su frente desconozco qué vergüenza el quechua siquiera la ablución tras el parto o la pérdida *wamanchawa*

de un hijo,
sin espejos ha crecido este árbol donde todos los animales descansan me muestra su puchero de metal el que heredará su bisnieta cuando se case cómo explicarle mi maternidad inexistente mi marido inexistente

mi hogar,
inexistente mi absoluta falta de *chakra* inusitado olor a burra por su keperina traquetean las pezuñas en línea recta lo sorprendente es que celebra mi maternidad inexistente dice qué
joven eres gringuita

esta herencia,
alcornoque y sus coloradas mejillas arremete contra mi raíz inexistente contra mi pajarillo citadino de apellido absurdo a veces paralelos contrastes como este tiran de mis miembros

la lengua polvo,
como cuatro caballos uno en cada esquina sin desmembrar siquiera el alma que es compacta como el alma de Túpaq Amaru II en la plaza del Cuzco su nombre significa víbora brava

tranquila *sumaq taruka*,
no eres ajena lo sé cuando se curten tus mejillas bajo el sol de continentes extraños y te dices
a mí también se me queman las mejillas aunque mi nombre no signifique nada

tampoco la huella,
y esta mujer sea en verdad tu madre sea en verdad tu abuela tu hija inexistente el amor
inscrito en tu genoma caucásico de euroblanca españolita su pelo de inca azabache es un sablazo en

mi gramática.

Tania Panés

Federico Gallego Ripoll

No sé si todos

Hay días en que me despierto
con siete dedos en cada mano, y días
en que me despierto con un único brazo,
y días
en que tengo la cabeza abierta por su centro
y se alza
desde ella un arbusto frondoso, y días
en que no atinan los pájaros que me trazan por dentro
a hallar mi boca o mis oídos para salir al aire,
y días
en que tienes cien puertas y ninguna llave sirve,
y días
en que han ardido las lindes de mi campo
y todo es mar o fuego sin frontera difusa.
No sé si todos, pero yo
hay días en que tengo los ojos llenos de respuestas,
y días
en que no sé frenar mi decapitación tras la pregunta.

Horacio Costa

(Dos poemas traducidos del brasileiro por **J. L. Reina Palazón)**

I

Poema abyecto

o hispánico está lleno
de abyección. Ve lo real
maravilloso, consideradlo.

Y así lo sajón.
Cf. Jekyll y Hyde.
Y apud W.S. Ricardo III.

Y no menos lo francés:
¿Qué decir de Quasimodo
frente a la bella Esmeralda?

Senz´altro dice el italiano
que calza Ferragano
mientras lee *La conciencia*

de Zeno, su hermano malvado.
Todo el mundo idolatra
antes que nada lo abyecto.

¿Y tú me quieres convencer
de que yo debo enaltecer
la mirada de resaca de

Capitu? Ahora considera
tus propios pies, filisteo, No
por donde pisaste y pisas.

Sino a través de lo que pisas.
El verbo pisar. Entonces imagina
una literatura local

hecha no sólo de miradas
sino de pisadas. Y pondera
la pata de la gacela del bueno

y viejo José de Alençar:
la genealogía que falta
tan supinamente abyecta.

II
Rompe-Rasga

eci n´est pas une
Room with a view.
No esperes, pues,
el Puente Vecchio
y después el Palacio Pitti
conmigo debajo de un
paraguas abierto
bajo la lluvia, descendiendo uno a uno
los peldaños del significado
de aquel rellano desde donde
todo se divisa
hasta el valle de los juanetes*
aún fotografiado
por algún profesional mayor
un Fulvio Reuter de ahora.

No: Se trata de escapar
o desdecir, por deporte, no,
por forma:
y toda ella cuenta
la leyenda de la feliz cohabitación,
esconde o implica un contenido.
Así este poema se erige
sobre la migaja del decir,
salero al final de un churrasco
que sabe asar
la propia muerte.
¿Porcelanas? Hay una rubia
valquiria en este paisaje
— verter continuamente agua
de un sin-tiempo anterior
a la ciudad sobre la que fuerzo
su imagen.
No fluye el poema, a pesar
del verter; incluso así
continúo. Rompe-rasga
la voluntad del decir.

Horacio Costa**

***juanetes: cada una de las vergas que se cruzan sobre las gavias y las velas que en ellas se enverga.**

<<<<<<<<<<<<<>>>>>>>>>>>>>

****Horacio Costa, poeta, ensayista y profesor de la Universidad de Sao Paolo ha escrito numerosos libros de poesía y ensayo y recibido muchos premios nacionales e internacionales. De próxima publicación en España será su libro** *BERNINI***.**

Pepa Nieto

Vuelvo a la encina

Hay tanto que no queda.
Tantas lunas que a veces me asustaron.
Y tanto quedó allí, junto a la encina.
Si la Naturaleza es sabia
como dicen,
si alguna vez guardó tu rostro,
yo te busco.
Y aunque este frío me hiela los labios
te llamo,
le llamo beso al aire.
Quiero pensar que estás en esta lluvia,
que veo tu mano en cada flor,
en la raíz del árbol,
sobre mi pie cansado.
Quiero pensar que estás en esta piedra,
toco la piedra,
toco un nombre que apenas leo.
Derramo una lágrima.
Vuelvo a la encina.
Espero.

Llama del bosque

Es una aparición vivir entre dos mundos,
ser la lluvia sorpresa de todos los
octubres,
la lluvia que te eleva,
la que te parte en dos el mediodía
mientras, muy brevísimamente,
se abre ante tus pies
el alma entera de una calle.

Cada paso es sorpresa…
En la cima el orgullo, un pueblo,
los amados silencios de las torres.
Y el árbol, enfrente el árbol,
una "llama del bosque"
fascinando tus ojos.

Lejos un huracán es dueño de la tierra.
Tibias se visualizan
las amadas montañas
que como a hijos propios
cantaron los poetas.

Llueve…
La lluvia es como un cuerpo sin retorno,
un cuerpo que te sueña…
La dulcísima mano
que tal vez cambia tu destino.
Te despiertas en brazos
de un país que amas.

Gustavo Vega Mansilla

28.05

ariposas eléctricas. ¿Cómo
escuchar los propios ojos para *decir*,
para *decir(te)*?

Nacemos del sueño, venimos del sueño,
somos sueño y, aunque nos crezcan las ausencias,
no sabemos borrar los sueños, como hace el alba,
los sueños que ayer nos soñaron,
nos nacieron.

Sueños, arte, artificio para *decir*...
la vida. Sueños, arte, artificio,
vida. Son vida.

La vida.

29.05

u piel? Ausencia. Cómo *decir*...
El fluir del Yo en el tiempo, germinal legado
de la muerte, buscando. Buscándote.

Pero siempre pasa algo que nos distrae, por ejemplo,
la estación del frío, nubes y nubes siempre distintas
a otras
nubes, una foto de despedida, la poliédrica faz
de la amenaza, un escupitajo en la frente o
un clavo clavado en la calavera que ocultamos
bajo ella, los cristales de algún
muro invisible o...

Suerte que la vida nos protege
de las propias pasiones.

Esperanza Ortega

Dos canciones

1

o ves? ¿Una silla
lo rara que es?
Te separa del suelo
y no te acerca al cielo.

Sin embargo,
si me siento en la arena,
el cielo se agacha
y me habla al oído;

luego
me siento en la silla
y escribo,

mas lo que dicta el cielo,
—¡qué pena!—
sobre la arena
lo olvido.

2

stoy aquí sola
con una paloma.
Se acerca.

Y pienso:
estoy aquí sola
con mi vieja pluma,
nadie me conoce
en esta ciudad.

Pero no estoy sola,
estoy con mi pluma
como la paloma.

Las migas de pan
sobre mi cuaderno,
miguita a miguita
así me alimento
siguiendo el camino
del verso.

Mi hermana paloma
me habla en silencio
mientras picotea
las migas del suelo.
Me dice
que el cielo
ya no está tan lejos
y que no es azul
como yo lo veo.

Mi hermana paloma
dice la verdad.
El cielo
hoy está en la blanca
hoja del cuaderno.

Y eso que no sabe
mi hermana paloma
dicen estos versos:
que vuela en mi pluma,
que con ella vuelo
sobre otra ciudad,

que pico en el suelo
del otro cuaderno
las migas de pan.

Sola estoy allí
con una paloma
que escribe por mí.

Francisco Jiménez Carretero

La mente plena

Se requiere atención, la mente plena
para marchar inédito y flotando.
Esa calma interior que voy buscando
y que tan dulcemente me condena.

Yace mi pensamiento y se serena
cuando el vacío, inmenso, observo. Cuando
noto el rubor del día mientras ando
asido a su pureza de azucena.

Y así permanezco largas horas,
encima de la nada y las auroras
donde el vivir es fuga transitoria

desde el ayer al hoy, terco mensaje:
apenas empezado acaba el viaje
que nunca es circular como la noria.

J. Seco: ***Brossa rojo***

Matías Muñoz

La maestra

En memoria de Casilda y de los miles de maestras y maestros de las escuelas de La República asesinados por serlo y que, aún, permanecen desaparecidos.

amá, mamá.
¿Dónde estará mi madre, la maestra?
Llora la anciana huérfana.
Aquel jabón de olor sobre la ropa,
un retrato,
de la mano, las dos, junto a la escuela.
Mamá, mamá, ¿por qué te empujan?
Son todos sus recuerdos…
y el miedo desde entonces.
¿Dónde estará mi madre?
Ochenta años pesa
la losa del silencio.
¿Dónde estará mi madre?
Alguien dice que más allá del río
en un hoyo, camino del hayedo:
el abrigo del bosque también se lo negaron.
Allí la buscarán,
a mi madre, la maestra del pueblo.
Mamá, mamá .
Hoy es el día.
Medio metro de tierra, pies abajo,
son quinientos milímetros de sombra.
Mi madre, mi madre.
Apenas cien paladas, cuidadosas,
para alcanzar la luz el primer hueso:
fémur de mujer,
cuarenta y seis centímetros y medio.
Allí alumbran su tibia, su cadera,
un pie completo dentro del zapato,
sus dos manos atadas con alambre.
Hay girones de ropa y un anillo.
Mi madre, mi madre.
Mamá, no volveremos a estar solas.

Mircea Dan Duta*

Hoy en el supermercado Tesco

Hoy en el Tesco la gente
se comportaba de manera extraña
me miraban como
si ocupara demasiado
espacio alrededor de mí mismo
como si respirara demasiado del
oxigeno de los demás como
si rehusara pagarles
sus compras como
si me callara cuando
ellos hablan
hoy en el supermercado Tesco
todo el mundo llevaba tejanos rosados
charlaban en polaco y
les daban patadas a los gatos
acabé por
comprarme uno
aunque ya fue
inútil.

The Day After

Soñaba
que hacía el amor con una higuera.
Besaba sus flores olorosas,
acariciaba sus brotes tiernos,
estaba subyugado por sus
elegantes raíces aéreas,
copulaba con su tronco esbelto.
Pero en la mañana, al despertarme,
eras tú quien estaba echada a mi lado
rodeada por una serpiente,
y entre nosotros, una manzana.
Y fue en ese instante cuando comprendí
por qué la higuera en mi sueño
no quería prestarme una hoja.

* **Mircea Dan Duta es un magnífico poeta rumano que escribe en francés. Estos dos poemas han sido traducidos al español por Rodolfo Häsler.**

Cristóbal J. López de la Manzanara

El poema, el poeta y sus palabras

(POÉTICA)

Sirve un poema
para dar los buenos días
a ese usuario que juega al póker
y apuesta con un *haz* de corazón.
por todo aquello que vale la vida.

Nos sirve ese poema, por ejemplo para saber
lo que albergan de cierto las palabras,
los vocablos que al poeta le muerden
el húmedo salitre en el zaguán del alma.
Palabras que se toma tan a pecho el poeta,
que no se para tan sólo un instante
en mirar los efecto secundarios
que contienen sus sílabas,
ni las incompatibilidades que presentan
con esos que en ningún momento
guardan la costumbre
de pararse a leer las instrucciones violetas de un crepúsculo,
previamente a bebérselo con el borde de los ojos.

Un poema entre sus versos precisa
un saldo de docena y media de palabras,
para amortizar pronto la tristeza,
palabras como por ejemplo:
luna, paz, o esa extraña manera de decir algo con la palabra amor.

Palabras que se caen al suelo cada día
y después recogemos sus cristales,
uno tras otro,
para no malherirnos con sus trozos de espejo
donde se observa ombligo ese mundo
que miente con trescientos cincuenta y tantos grados
para no ser estrictos con todo lo que ocurre.

Un poema escrito como Dios manda,
sí es que en estos tiempos que corren Él manda algo,
debe de procurar un buen acuerdo con todo el ancho de la vida
y llegar al rubí del corazón
un poquito y sin mucho exagerar,
debe extremar cuidado
para no herir susceptibilidades que al final le pasen factura
por no guardar decoro en los vocablos que forman su sintaxis.

Un poema tiene que servir
para salvarse del naufragio
de uno mismo en toda plenitud
cuando practica surf en la cresta de la ola
con fuerte marejada del lenguaje,
para ponerse el alma de domingo
y matarse con rosas de un disparo,
al tricotar un canto de armonía
con punto de cruz en cada verso.

Hoy que las palabras se amontonan
en silencio como las horas
que no tienen recuerdo,
hoy que al poeta le han puesto
la luna en otra parte
y anda buscando la noche como loco,
precisamente más que nunca él hace falta
para poner las palabras en el sitio más justo
en busca de aquella idea, la cual tenga que ver
con todos los centímetros cuadrados
que miden los minutos de una vida.

Cristóbal J. López de la Manzanara

J. Seco: ***París, 2013***

Luis Felipe Comendador

Mejor *no tener nada*
Me dijo.
Yo tengo a mi Rosita
sobre un colchón
que es más nido de ratas
que otra cosa
y de ahí va a la silla.

Se me cae el alma
de ver así
a mi niña…

No ha aprendido a llorar
y tiene ya ocho años,
pero sonríe lindo
si la quieres un rato,
por poquito que sea.

Yo tengo que marchar todos los días
para buscar un choclo
que sirva de alimento,
y la dejo solita
hasta que llegue
su hermanito corriendo
de la escuela
y me la cuide.

A veces pienso, gringo,
que es mejo no tener nada.

Maxi Rey

La fuerza de la naturaleza

No analices las palabras de un hombre desconocido
que te hace sentir el fuego de la piedra
bajo tus pies, la savia primaveral de las plantas
en las fuentes de la vida de tu vientre.
No son más que palabras
mientras el sol restalla sobre tus hombros desnudos.

Déjalo y vete con tus amigas
que te esperan para el descenso
hasta el valle herido por el ferrocarril.

II

He sentido el fuego de la piedra,
he utilizado con pasión la palabra
en las grandes decisiones de la empresa,
en las entrevistas de mis viajes a países asiáticos.

He luchado contra las oscuras fuerzas de la mentira
en las declaraciones a la prensa sobre los proyectos.
He asumido la responsabilidad que me corresponde
en las malas operaciones y desastres económicos.

He sentido el frío de hombres importantes
en las deliberaciones del consejo de administración.

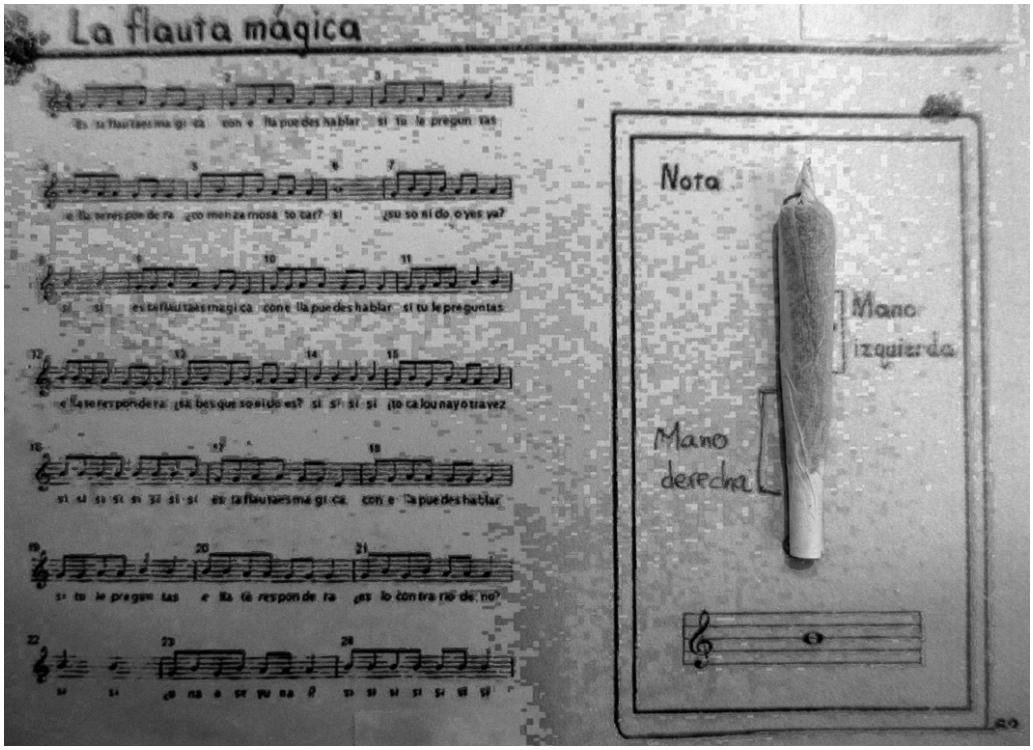
La savia, el fuego, el sol
que me trae el hombre desconocido
son míos, crecen en mí, solo míos,
aunque no se vean, por haber sido destrozados
en la soledad de los aeropuertos.

Andrea Aguirre

Contra las rocas
el mar se rasca los picores,
y sobre la orilla se abalanza
a devorar la arena que se oculta
bajos los pies desnudos de aquel
que mira al horizonte mojándose
las pantorrillas.

El olor salado detiene los minutos,
apacigua a la exaltada memoria.

Así debería ser siempre
la vida:
un puro contemplar este vaivén del agua,
esta caricia de lo inmenso.



J. Seco: ***La flauta mágica***

Gonzalo Escarpa

Abandonaos a la suprema alegría.
No está la gracia en otro espacio.
No dejéis que disloque vuestra mira
el terco simulacro del vacío.
Toda batalla está perdida.
Todo sabor es savia nueva.
Abandonaos a la suprema alegría.
Todo es error: ni tiempo ni diálogo.
Ni Shivananda ni Parvati o Shiva.
Dejad que se diluya la aspereza
y abandonaos a la suprema alegría.
¡Callad, callad! Ululad tiernamente.
Atravesad con paso lento el día.
Pues nunca pasa nada interesante
que no sea abandono y silencio y suprema alegría.
Esperanza, paciencia, todo es vano.
Mi vida es vuestra y vuestra vida es mía.
Desengañaos, desengañaos, desengañaos,
y abandonaos a la suprema alegría.

J. Seco: ***Niños luchando***

Fotografía: Natxo Peralta

El LaBERiNTo y La pEOnZa: eSpiRaL (DiSqUiSiCiÓN eN ToRNO a La MeMORiA)

¿Qué es Madrid y dónde está su ser? ¿Y si lo tuvieras que recordar —que imaginar—, di, ¿cómo lo soñarías? *Madrid es meterse las manos en los bolsillos como nadie en el mundo*, apunta sin levantar el lápiz y de un solo rasgo Gómez de la Serna —y con esto va y nos retrata. Pero ahora tenemos sólo cuatro años y, como si hubiera leído a nuestro primer vanguardista, Francesc Catalá—Roca nos acaba de fotografiar en la Gran Vía con las manos en los bolsillos. Retrato hecho con *ostinato rigore* —como pedía Leonardo— que se combina con el azar; instantánea en la que salimos casualmente de protagonistas, obtenida en un día grisáceo, tras ir a pasear hasta el Viaducto y las Vistillas y avistar sobre la acera del Palacio de la Música unos perritos mecánicos que eran entonces novedad y exhibía un vendedor, lanzándolos bajo las piernas de los niños.

Yo soy ése de boina azul marino que vemos en la fotografía, las manos en los bolsillos del abrigo y al pie de su criada, abierto el compás de las piernas (como me exigió imperiosamente el fotógrafo, que estaba ya apuntándome con el objetivo y considerando la foto cuando le descubrí: "Más, más, ábrelas más", ordenó, y yo escarranchándome) para que pasase sin chocar el juguete, que nos lanza una vez y otra el vendedor, y de forma tan frenética que el perrito había veces que se caía, dándose la voltereta.

Hablo del azar y la composición; hay en esta imagen un diseño espontáneo que aúna lo artístico con lo imprevisible. Lo que vemos sucede por encima de Callao y tiene que ver con el deseo del artista, que disparaba la cámara al tiempo que iba dándonos indicaciones, como si rodara un corto en poco más de medio minuto. ("Ponga los pies juntos", le ordenó Catalá-Roca por el contrario a mi criada. Y al niño, que metiese a su vez las manos en los bolsillos hasta el fondo, bien al fondo, igual que un príncipe, como corresponde a la madrileñidad más genuina).

Me fijo en esas piernas, puestas en contrapunto. Imitando al niño, al Viaducto (vueltos ojos del tiempo) confluimos en el presente. Y partiendo de esta escena, captada en el invierno de 1954-1955 (fotografía que desconocíamos y que descubriremos *a posteriori*, cuando buscábamos ilustraciones para estos apuntes, evocación de aquel Madrid todavía castizo, lleno de vendedores ambulantes, pues será por medio de nuestra escritura como acabemos llegando a esta imagen, para ponerla al fin de preludio, a modo de constatación), escarranchados de nuevo, abrimos nuestros pilares para que pasen ahora las palabras, escritas casi todas en la pantalla del móvil. Pues qué somos sino palabras, imágenes que nos salen al paso, significantes jugosos, relieves de las cosas capturados según sacamos fotos o vamos de paseo: signos que modificamos también un poco a nuestra guisa, apuntándoles algo imperioso sobre la marcha (aunque sea la lengua quien se manifieste y hable en realidad aquí, unida al azar). En esto, fluye el tráfico y avanzamos de nuevo por la Gran Vía, las manos en los bolsillos, de modo no muy distinto al de la foto.

)|(

Aquel Madrid… ¿Lograremos sacar de su escondite, oculta en penumbras y armarios a la Memoria? Se ha puesto a jugar… Vedla envuelta en tinieblas, en materias oscuras, entre forros y tejidos: metida primero en el sótano y luego en ese ropero en que a su vez nos escondemos y huele a nosotros mismos, a tiempo, a realidad. ¡Alza la Maya! Y lo cierto es que la acariciamos ahora en nuestro bolsillo con las yemas de los dedos y hasta la hacemos cosquillas.

Porque estamos en el presente, en lo vivaz del instante, gigantesco amazonas, inmenso aquí y ahora en el que todos los tiempos desembocan: remolino en el que a su vez resuena y se proyecta el pasado, que torna redivivo, pues lo que ocurrió vuelve y está siendo ahora y aquí… Presente en el que se sobreimprime aquel Madrid de entonces a modo de una película sensorial, de una capa sutil; un Madrid que retorna vivo y lejano, con todo lo que fue y todo lo que será, incluido lo más minúsculo.

……

Y metemos de nuevo nuestras manos en los bolsillos… Con cierta *nonchalance*, haciendo un gesto de pereza (porque somos unos vagos), buscamos el pasado y nos lo encontramos en su fondo, envuelto en ese tamo, como si durmiera en la oscuridad de la bodega o de la troje donde subíamos a jugar. La sensación es primeramente táctil, llena de espacio y de materia. Madrid cabe en efecto en nuestro bolsillos (subconsciente, foto estenopeica, compuesta por esa serie de reverberaciones que se producen cuando un poco de luz entra en la oscuridad por un agujero o desde arriba). Impresión que se traslada a la retina y se hace visual, pues en el fondo de nuestros bolsillos (semejantes en todo a la cámara oscura, pionera de la fotografía) hemos palpado a la Memoria. Memoria convertida de súbito en un trompo con su zumbel, peón que por entonces llevábamos casi siempre en el bolsillo, aunque no hubiéramos aprendido aún a tirarlo. Esperábamos hacerlo algún día y practicábamos, igual que ahora, cuando como el idiota de la familia nos ponemos a escribir y sólo nos salen esbozos y borraduras.

……

Dicen que la Memoria funciona igual que un espejo, en el que lo pretérito se recompone y poco a poco se fija y se revela, envuelto en la quietud. Memoria: brota de lo más hondo (bodega, cámara oscura, fondo de unos bolsillos) y llega a hacerse nítida, llena de relieves —y así nos lo refiere en sus *Confesiones* Agustín. Pero la mía —mal que nos pese— va unida al movimiento: no es sino una peonza loca e imprevisible. Brota vertiginosa, rauda, instantánea, hecha un relámpago, pillándome casi siempre de sorpresa. A esta otra perinola, ¿cómo lanzarla si es ella la que viene de improviso y me lanza a mí, derviche que gira y se ha puesto a bailar con ella como si estuviera sumido en un rapto?

2

eNTRaMoS eN MaDRiD cOn uN dERVicHE. SUeNa eL bOLeRO dE RaVeL

En esa España de Franco vivimos así o asá, mejor, peor, nos desvivimos… Mas de trasfondo queda ese Madrid de los años 50 y 60, ciudad mágica y de juguete, de barrios y verbenas, hecha de muy diversos madriles. Viena entre castiza y neoyorquina con sus bares siempre llenos, sus vendedores, sus serenos, el verde de las acacias, el neón relampagueando en la noche…

Así que lo primero será aprender a tirar con gracia la peonza, que sale despedida de nuestra mano, se desenrosca del zumbel que la ciñe —que la tensa y llena de energía— y, tras vibrar un instante en el aire, dar un ingrávido y agradable zumbido, cae ahora sobre la arena, la luz y sombra de las cosas, en mitad del día y de la noche, en las palmas de nuestro presente (malabarismos; vedla saltar ahora de una mano a la otra haciéndonos cosquillas en la palma), sin que por ello deje de girar y girar, en un rotar y abrirse de círculos, bucles, constelaciones, insólita fuga de espirales, tan pronto centrípeta como centrífuga,…

.....

Ritmos, arterias, fluir de ponientes y de tintas; olas de gentío, fragor de multitudes, masas humanas igual que un bosque. Y más en esos anocheceres de los domingos, tan populosos, pespunteados por alguna que otra estrella que asoma ya sobre las escaleras y las bocanadas calientes del Metro. Gritos, murmullos, olores a fritanga que salen de los bares, muchachos que pasan voceando: **¡La Gaceeeeeta, ha salido la Gaceeeeeeeeeta!!!.**

Se han encendido los escaparates, fulge el monóculo del tranvía, toca el neón un arcoiris, su xilofón de luminosos, y por Cuatro Caminos un chavea con su padre (nariz con boina negra, cuerpo embutido en el azul de un mono) venden vistosos globos de colores. Momento siempre mágico, pues agrupados los globos forman una constelación prodigiosa, congregación de verdes y rosas, naranjas y malvas, blancos y fucsias, entre gritos de fuego y de limón. Globos: vindicación del átomo formando fascinantes racimos, mundos hechos para ver y tocar y darlos leves impulsos —en voleibol— y aun cogerlos por el ombliguín. Los hay redondos y de salchicha, pero también de helio; estos suelen ser los más grandes y se echan a volar si los sueltas, tal los aerostáticos. Globos: mensajes rojos, amarillos, azules atados a sus respectivos cordeles, por donde conviene sujetarlos, dándolos tironcillos: pompas, planetas reventones que en el caso de los de helio dejamos primero prisioneros, la coronilla contra el techo, y enviamos por último al más allá. Y lo hacemos soltándoles las amarras, para ver si estallan o se pierden en el cielo, percepción inquietante y abismada, pues nosotros permanecemos fijos sobre el suelo y perdemos en ese viaje a nuestro amigo, que se aleja para arriba, que nos llama entre alegre y asustado, lo hayamos soltado queriendo o sin querer. (Hay veces en que explota rápido, causándonos gran desolación, como si fuera víctima de un atentado, pero otras asciende hasta perderse de vista, encaramándose sobre los edificios más altos, ebrio, triunfal). Añádase que hay globos recubiertos de plástico y de trapo, convertidos en muñecos y aun tiernas cabezas de gato Félix, figuras achuchables y muy pocholas, como dicen las chicas, y con los que no nos cansaremos de jugar.

.....

¿Habrá noches más hermosas que las que encendía para nosotros Madrid? Sucesión de reclamos, de luminosos, cuando triunfan las luces de neón, fulgores que a mí se me antojaban superiores a los de las estrellas del firmamento (Parque de atracciones y animaciones súbitas, con apariencias cinéticas: en rojo, azul y blanco un camarero que avanza con una botella en la bandeja y sirve una copa. Verticalidades: un mono trepa a una palmera; más allá, baja un oso y echa una moneda en la hucha —parpadean, chorrean el malva, el amarillo, el cobre y el verde…)

Corro hacia la desembocadura azul de la noche, navego por la de Madrid. Soy un niño y surco (subido al segundo piso del mi acorazado, el 4, un autobús azul y beis) los ríos de Bilbao, Fuencarral y la Gran Vía, la ensenada y el mar de Sol, que se me abren entre una jungla, galaxia de colores, fábula de luminosos en movimiento continuo. Y apuntábamos —»¡Mira!— a tal o cual anuncio dentro de un espectáculo que se disfrutaba mejor desde ese segundo piso del autobús que parecía hecho para los niños —y subíamos en efecto corriendo

sus escaleras metálicas, negras y estriadas, cuyos peldaños tocábamos a veces con la manos, como si fuésemos a gatear: cohete, rueda de fuegos artificiales en esos años en que el neón alcanza su apogeo…

Sí, Madrid como laberinto; girar de curvas, ruedas, espirales (centrípetas, centrífugas): hojaldre, bollería, bandejas de torteles y ensaimadas que salen calientes de Mallorca dejando un reguero de aroma tostado, cálido, tentador. Y que si es dulce tiene hasta un toque de sal y de brisa marina: superposición de tiempos y de espacios, recovecos, sinuosidades de la memoria: corro, me he perdido por un túnel de acacias; no sólo vuelvo sino que salto también hacia adelante y entro en otro sitio —voy más allá:

Madrid con sus bulevares y terrazas; y aquí te paras y pides leche merengada, Coca-Cola con pajitas para sorber, beber, soplar: cerbatana para fabricar burbujas (…), horchata que te embebe en su blanca y helada fruición (esa ambrosía no sé si valenciana, pero que era entonces una bebida profundamente madrileña, biberón ya de la tarde, caricia y leche maternal)…

Y adviene una sucesión de redondeles, de kioscos con sillas y con mesas, relucientes chapas de botella (por Rosales, los bulevares, el Retiro) que vamos recogiendo para jugar al fútbol, a interminables carreras ciclistas cuya ruta trazábamos con la palma de la mano sobre la arena o dibujábamos con tiza en el suelo, terraza de aquel ático de Boix y Morer que daba al Canal de Isabel II, o directamente sobre el asfalto —¡Chapas cuanto más lisas mejor y tráeme una de Martini que te la cambio! —decíamos, aunque luego ganasen las más hendidas, las de Mahou o el Águila, que frenaban mejor…Y nos topamos de nuevo con el rojo de la ruleta, la plata y el oro de los barquillos; y tiramos, damos cuerda, tiramos, ¡remolino, vértigo, acción!

Memoria, zumbel del que sale despedida nuestra peonza, derviche borracho que recogemos de nuevo en la palma y levantamos mostrándolo al público. Cazadora, dama con un manto y un alcotán azul que resuena en el paladar y trae sabor a vainilla, a finas obleas con cuadrículas de la rueda del barquillero, trompo que gira lanzado por mi mano, golpe de dedos y de dados, de madrileños (…)

.....

3

mAnZaNaS dE CaRaMELo, dON NiCAnOR tOCAnDo eL tAMbOR Y rATONcITOS

Y qué repertorio de tipos, vendedores, mendigos, limpiabotas, paletos, putas, golfos, sacamuelas…

Vendedores de dulces y juguetes: el de los **boniaaaatos calienteeees!!!** y las **riiiicas manzanas de carameeelooooo!!!**, esas rojas esferas del deseo pinchadas en un palito, como los pirulíes y piruletas: farolillos de geishas, *rêverie* del Japón. Pomas del Árbol de la Ciencia que vemos exhibirse —y que nos tientan— puestas sobre una pértiga, en un cono de círculos, de anaqueles formando redondeles como los que hace ahora mismo nuestra peonza (hélice, giróscopo: danza de nuevo nuestra memoria, la bailarina, traza otra espiral). Percha de incandescentes puntos rojos, gálibos de azúcar, que porta sobre el hombro un hombre corpulento mientras pregona por la calle su mercancía. Pregón que se cuela hasta las aulas, que estudian en silencio, poco antes de que los escolares terminemos las clases.

A la salida del colegio —y sin haber comido o merendado— nos avalanzamos sobre esas tentaciones, tropel de niños y muchachos que se arremolinan en torno al vendedor. Cae nuestro trompo y baila, lleno de música de cuerda, haciendo nuevos círculos y trayectorias: caramelo que cruje en nuestra boca, lacre candente del azúcar, a veces recientísimo, beso de carmín incandescente que te deja los morros colorados, dulces, pegajosos. Caramelo todavía caliente, que abriga y recubre al fruto, porque si la manzana está ya fría o no es reciente esta golosina —tentación sobre todo para la vista, rubor de senos y de labios, anticipo de una Eva cuyos pechos ya se insinúan y que pronto iremos a conocer— resulta que te decepciona, se queda insípida y en nada, mientras sigues lanzando la peonza por aquel Madrid de entonces, Nueva York de pueblo, Viena de juguete (lo ha dicho Umbral), donde viven Orson Welles y Ava Gardner, Franco y la guardia mora, Perón, Diestéfano y Dominguín…

Y subes y bajas por una escalera de caracol: los colegiales pugnamos y gritamos agrupados en torno a esos pecados, a todas esas pomas y muchachas (*Tiza en pizarra virgen, / no recordáis, colegio, en fila india, / mas*

para bien morir, fútbol, santo rosario…). Hijos del deseo, atraídos ahora por el olfato, olores que se escapan de unas axilas, ingles ya adolescentes, revoloteo de ninfas, aroma tibio de las manzanas…

……

O el que pasa con el Nicanor Tocando el Tambor por la plaza Mayor o junto al Rastro, por la noche luminosa de Sol o la Gran Vía (A éstos del Nicanor los vemos pulular por el centro. Hay un tamborileo de cordel y de mano que se combina con el soplar del pito, que trompetea con deliciosa sordina). Cuando lo tocan los vendedores emiten un son característico y entonan hasta pasodobles y canciones de moda, habilidad que aunque compremos infinitas veces el muñeco nunca lograremos alcanzar.

Don Nicanor —extraño ser y estrafalario señor, muñeco de papel, lata, cartón, cilindro con tambor y macillos metálicos y un pito hecho a menudo de dulce embocadura de madera, que evoca al palodú—: resonará por siempre en mí tu tono azul, esas notas del blanco, el rojo, el negro, los lunares de tu camisa, redoble, música callejera, reclamo que nos embauca como a las perdices, bagatela y aun tontísimo capricho que representa sin duda lo más efímero, lo más nimio y banal, pero que nos arrastra y trae con él la capital entera, porque de pronto brota, con ese toque, en medio del bullicio de la acera, una imagen y aun reverberación gigantesca que contiene íntegro a Madrid, hasta en su luz más tenue, su olor a acacias, la lata de Cascorro, un vaso de cerveza, el pico de una paloma o ese brazalete de luto que lleva un señor con sombrero por Bravo Murillo: Madrid hasta en su más mínimo detalle, repiqueteo azul y blanco y rojo: Nicanores tricolores, cuatricolores, pentacolores (mis favoritos, que al azul, al blanco, al negro, al rojo le añaden en el tambor y los palillos unos toques dorados y que se fabricaron hasta los años 60, y luego dejé de ver): Nicanores batientes, rompientes, technicolores, que nos proyectan como en una pantalla —pantalla de la imaginación, íntima y nítida, que supera con mucho a la del cine— todo un pasado que permanece vivo y aflora en esta duermevela…

O ese que muestra tres, cuatro, cinco ratoncitos que de repente giran y corren por la acera, cartón en gris o negro con ruedecillas (¡quiero uno!) zigzagueando por esa pista tan rápida, hasta que se esconden en la jardinera de una acacia o se le escapan al vendedor por el bordillo. Tú eres un gato malo y has atrapado varios de estos roedores, tan raudos y girovagos como tu peonza: se los regalarás a tus amigas, que gritan agradecidas y felices: "¡Éste no pica!".

O ese que arroja en una acera de la Gran Vía (vas con la criada, tienes cuatro años y llevas una boina) unos perritos mecánicos que pasan ahora mismo bajo tus piernas, que se han abierto en compás en medio de la expectación. ¡Atención, atención, no es preciso añadir más: la cámara de Francesc Catalá-Roca (que estaba ahí a la espera, vuelta azar y estilo, rigor y fatalidad) se dispara y capta de pronto esta instantánea, donde eres tú el protagonista!…

4

Lo fUGiTiVO PErMAnECE Y dUrA (VeNDEdOR dE POMpAS)

Oficios menudos, *modos de vivir que no dan de vivir*, como los llama Larra: merecerían historia y hasta almanaque particular. Pero en este Madrid de los que venden cosas interesantes e incluso sublimes al borde de la acera sin tener siquiera un mostrador, no hay para mí como el mago de las pompas. Creador de mundos y planetas: sopla en ese anillo, en ese círculo de magia (bolsa llena de gemas; destella el iris ya en el magma, en la película que forma el detergente) y salen canicas de vidrio, lunas de Júpiter y Murano, nubes de vilanos, invasiones de paracaidistas, constelaciones sensacionales de **ooooooooes** y de **OOOOOOOhhhs**, globos salchicha, cristalerías berruecas, extrañas bolas de Navidad.

En los escaparates de Aleixandre, joyería de la Gran Vía esquina a la Red de San Luis, frente a la Telefónica, donde rielan pulseras y collares llenos de carísimas estrellas, vemos reflejarse ahora estos mundos.

Pompas: vistas en ese espejo y retratadas junto a nosotros, que las contemplamos hechizados, resultan mucho más fascinantes y preciosas que todas esas alhajas. Francesc Catalá-Roca —que viene de Barcelona y pasa por esa esquina— ha disparado también su cámara hacia ellas. Y registra el milagro de la Creación en otra placa

memorable, que se encabalga con nuestros recuerdos, con la propia foto que ya hemos visto que nos dispara. (Gran Vía: Broadway madrileña donde al igual que en el cine todo puede suceder).

Pompas: mundos sutiles, *ingrávidos y gentiles* —como ellas mismas remachan presumidas— que nosotros vemos redoblar en este instante en las lunas de esa joyería tan fabulosa (suerte de Tiffanys madrileño que acabará convertido en un Mac Donald y expidiendo comida basura). Pompas: universos que aunque efímeros resultan acaso más duraderos y aun superiores a las perlas y zafiros que ahí dentro se venden.

Y salen de esa boca —intrascendentes, juguetonas, pero unidas a la creación de cualquier clase de mundos— grandes esferas de vidrio, universos de todos los tamaños, átomos coloreados y traslúcidos, cuentas de "realidad" y de "ficción". Suben, bajan, ascienden, revolotean un instante sobre nuestras cabezas y —como aquella peonza que habíamos lanzado y aun nosotros mismos, cuando con nuestros patines de rodamiento ejecutábamos un ocho en el Retiro y girábamos sobre la pista vanidosos (tienes quince años, saltan gotas de acero y de mercurio, gestos de admiración; ella se acerca risueña y te ofrece una Coca Cola donde todavía estallan y chisporrotean las burbujas, hola, ¿cómo te llamas?…)— huyen, se quiebran, desaparecen: pompas, muchachas, pompas, llenas de esplendor…

Pompas como vanidades… Y no obstante, mundos que perduran tanto dentro de uno (*me gusta verlos pintarse*) como en ciertas imágenes o palabras (*de sol y grana, volar*). Mundos que así y todo destellan en esta misma calle (*bajo el cielo azul, temblar*) y están ahora y aquí. Mundos que permanecen vivos (*súbitamente y quebrarse*), aunque ya no guardes ni los patines, que pesaban tanto, ella desapareciese (murió en un accidente, mi patinadora, la de senos diminutos y luminosas caderas) y la joyería finalmente se cerrase, transformada en un negocio mucho más prosaico. Acierta a expresarlo ante el espectáculo de Roma aquel otro poeta, viendo que todo lo que tiene pretensiones desaparece y se derrumba: *Huyó lo que era firme, y solamente/ Lo fugitivo permanece y dura.*

¿*Lo fugitivo permanece y dura*? Sí, y más que cosa ninguna, porque conteniendo al tiempo con gracia y ligereza, con gaya ciencia y sin que nos pese (vale decir: captándolo rápido y en su esencia, como cuando el chorro de la cascada queda suspendido en el aire y se disuelve el río en un estruendo de espuma, pompas y vapor), lo que consideramos efímero trasciende y va más allá de la propia temporalidad. De lo fugitivo, ¿no brota el éxtasis, vivencia que a veces hemos tenido y equivale a ir como los fotones a la velocidad de la luz y saltar a otros tiempos, a más vastos espacios, a un

más allá

del que nada sabemos y nos reclama y parece enamorado de nosotros? ¿Qué miedo he de tener? ¡Aprisa, aprisa!

Tiempo: burbuja misteriosa donde lanza su serpentina un arco iris (¿De la Gran Vía iremos a la Vía Láctea? En aquella galaxia, ¿habrá urinarios?). Materia plástica y maleable, paradójica como ninguna.

Tiempo —relatividad. Porque nada hay que cambie más si modificas tu tamaño, espacio, movimiento. Y nada cuya percepción varíe más en función de nuestros estados psicológicos y sus propias e íntimas paradojas. El tiempo es psicología, percepción, trampantojo; Einstein y la fenomenología, maravillas de Alicia, sonata de Vinteuil y madalenas de Proust. ¿Recordaré que hay muy distintas clases de tiempo y aun disoluciones y reducciones suyas sorprendentes, tiempos que son chispas y tiempos que duran milenios, y tiempos que contienen eras, eternidades, bajo la décima de un segundo? No podemos confundir el tiempo con los instrumentos que usamos para medirlo. Lo que llamamos tiempo es —más que cronómetro, historia o calendario— una experiencia psíquica y también sobrehumana (hay tiempos para los dioses y tiempos para los hombres, tiempos para el conjunto de la Tierra y del cosmos, tiempos —en fin— que pueden también llegar a recuperarse y a los que —por inconmensurables y vastos que sean— llegamos paradójicamente a través de un relámpago, de una iluminación súbita) bien que esto lo emborrone y deje impreciso y escriba en este momento como en un rapto, como si fuera en una burbuja y no tuviera tiempo, rápido, sin parar (no hay tiempo, y menos con un móvil de biblioteca y sala de lectura, con teléfono y escritorio; el tiempo se queda en nada y es un suspiro si vuelas y aprietas el acelerador).

No sé. ¿De qué estábamos hablando? ¿De nuestra infancia? ¿Adolescencia? ¿Madrid?

Tiempo: girar de átomos y planetas, de ruedas y canicas, pompas, trompos, constelaciones… Si hablo de tiempo es porque me muevo y voy hacia (por dentro o por fuera, porque el viaje puede ser interior y hacia atrás o adelante). Y también porque me *mu* y me mue(r)o, como las burbujas, que de repente ¡zas!, se quiebran y sanseacabó, aunque esta vida tan breve y esa explosión tan brusca al fin y al cabo nos guste y sea el quid de todo lo que trato de expresar.

A las que duran más de la cuenta las perseguimos con la mirada —asombrados, curiosos; hasta morbosos,

a ver cuándo; a veces hay un niño malvado que sale de espontáneo entre el público y precipita su fin. ¡Ay, desearíamos que esas pompas durasen más de lo que pueden, pero no! ¡Huy, mira aquélla, más de minuto y medio y sorteando toda clase de obstáculos, coches, cornisas, transeúntes! ¡Atiza, pero si ha cruzado la avenida y sube por los primeros pisos de la Telefónica, como en *Cinco semanas en globo*!

Tiempo: rotación, elipse con algo imprevisible e indecible. Pienso en ese éxtasis, quietud que sobreviene a la velocidad máxima, girar vertiginoso de las aspas, remolino de la luz, que traza una nueva espiral —peonza, vidriera, rosetón. Tiempo que es pues —y también— compás y agujas, vuelta del derviche, círculo y retorno, giro de bailarín lleno de ritmo que hacen de nuevo las piernas abiertas del compás (como el propio espacio, como la propia forma esférica y los movimientos rotatorios y parabólicos de la Tierra o las estaciones del año): pasado que vuelve para convertirse en futuro, futuro que nos asombra al transmutarse en pasado, en donde se hallaba escondido y deseante… ¡Ilusionismo en forma de sístole y de diástole, de progresión dinámica —vida, flujo, avance, palpitación!…

César Nicolás (Universidad de Cáceres)

[Baste este tirar de dados —de juguetes. El presente texto no son sino fragmentos de un acaso librillo en curso, a los que les hemos dado pese a todo una cierta sucesión y unidad, que en el acto de lanzar la peonza (la memoria) se tornan indispensables.]

Quique Santillán

Francisco Peralto. ***Libertad condicional***

Digresiones sobre el abstraccionismo

Antonio Gracia

1. Semillas

No hay pulsión más fuerte en el hombre que la de la inmortalidad. El instinto de supervivencia anida en los genes humanos y animales, y su insatisfacción provoca actos como el de **Eróstratos:** ese es el origen del arte: la creación de un yo inmaterial —prolongación del propio— que levite sobre el tiempo y mantenga vivo al artista creador. Para conseguirlo, el hombre inició un proceso de abstracción de su propia carnalidad hasta convertirla en espiritualidad: un día observó que otro como él yacía inerte, muerto, en un lugar inhóspito: y ya solo existía en su memoria. Con esta lo resucitaba. Así que pensó en resucitarse a sí mismo de igual modo: prolongando su ser en sus obras, dándoles la vida que anhelaba para sí. Empezó a conquistar la eternidad desde Altamira.

La conquista del mundo por el hombre ha ido desde la apropiación de los espacios físicos hasta la exploración del continente más sumergido en su conciencia: de la interpretación del mundo a la expresión de su mundo, de la realidad exterior de la Naturaleza a la creación de otra realidad u otra Naturaleza síquica, verdadero demiurgo de todo cuanto existe en la materia visible e invisible. En fin: ha logrado la comprensión de las cosas con forma y la expresión de esa otra cosa sin forma que es lo que late en la mente.

En ese camino ha llegado desde la figuración de cuanto vemos a la configuración figurativa de cuanto no vemos más que al expresarlo, escribirlo, pintarlo, componerlo: a la concreción formal de lo que carece de ella.

2. Los poderes del arte

De modo que, si saltamos desde la sabia infancia rupestre hasta los arbotantes de la cultura griega, este es un ejemplo de cómo empezó todo en Literatura, Música, Pintura; y de cómo el Arte se convirtió en creación, identidad, perdurabilidad y fascinación del hombre:

Un día de 1277 **Dante** observa, al cruzar una pasarela, a una adolescente a la que llamará **Beatriz** en sus escritos: y siente la plenitud del amor; tanto que le construirá la catedral de la *Divina comedia*. Otro día de 1503 **Leonardo** contempla un rostro que se empeña en categorizar como el de la belleza y la serenidad: y talla con sus pinceles el manantial que es *La Gioconda*. Un tercer día, hacia1800, **Beethoven** sueña con el amor de **Giulietta Guicchiardi**: y compone el diamante de la sonata *Claro de luna*.

Tres hitos, tres instantes, tres trincheras de la sensibilidad contra este mundo tan insensible al corazón. Hoy leemos la *Vita Nuova,* contemplamos a *Madonna Elisa*, escuchamos el *Claro de luna*: y, de repente, se produce el milagro: renacen junto a nosotros **Dante**, **Leonardo** y **Beethoven**: y somos ellos por un momento, se nos agolpa misteriosamente su magia y la mitología de un breve paraíso.

Ese es el poder del arte: la transfiguración de nuestra realidad cotidiana en otra con la que soñamos y que nos enjoya la existencia. Porque Dante viene acompañado de la revolución poética y filosófica del *Renacimiento*: y son **Petrarca**, **Garcilaso**, el *Siglo de Oro,* **Lope, Góngora, Quevedo, Bécquer, Juan Ramón**… quienes se instalan en nuestra conciencia para seguir viajando hacia el futuro.

Lo mismo nos ocurre con la súbita resurrección de Leonardo y Beethoven: se sientan junto a nosotros y nos traen todo su tiempo, y el tiempo que los hizo posibles, y el tiempo que ellos ayudaron a crear… esos mundos llamados **Wagner** o **Malher**, **Rubens** o **Velázquez**… ¿No es, por tanto, el Arte el mayor Dios y la mejor panacea? ¿Qué otra constelación de qué universo dignifica más al hombre? ¿Es el océano como *El mar* de **Debussy** o **Rimski-Korsakov**? ¿Son las montañas tan plenas

como la catedral de Rouen? ¿Algún viajero hay mejor que Ulises? ¿Está la vida tan viva como en *La montaña mágica*, de **Mann**? ¿Acaso existe algún cielo más divino que la *Capilla Sixtina*? ¿Algún soñador más ejemplar que Don Quijote? ¿Algún himno a la esperanza mayor que el de *La Novena Sinfonía*? ¿Algunos enamorados más fascinantes que Romeo y Julieta? ¿Un éxtasis más alto que el de **Yepes**? ¿Cuál es la realidad, la que vemos con nuestros ojos o con los del creador de cuadros, músicas, poemas?

3. Metamorfosis artísticas

El Arte es la reconstrucción de un diario de la Humanidad que jamás se escribió. En él se refleja la íntima historia de los anhelos y desengaños del ser humano desde el origen: sus devastaciones y sueños, su identidad. Cómo fuimos y cómo quisimos y queremos ser.

Ahora bien: el hombre es un ser cambiante, como su entorno, semejante a un camaleón que se adapta a él tanto como lo altera. Busca el mejor modo de perpetuarse, la mejor construcción artística a través de estéticas idóneas; se convierte en pirámide, catedral, libro, cuadro, sinfonía. De modo que, tras tan larga caminata en busca de identidad perpetua, ¿qué nos dicen las artes todavía? ¿Nos llegan sus caminos? ¿Y por qué camina el hombre tanto sino porque, además de por su afán perfeccionista, en el sendero acecha el darwinismo artístico, esa lucha por la supervivencia en la que cualquier creador con genio y ciencia puede arrebatarnos, con su mejor construcción, la perennidad, pues el futuro solo es de los mejores —y ser mejor significa matar, hacer olvidar, a los demás—? Triunfar es matar al otro, y la muerte de lo ajeno la inmortalidad de lo propio. Así, todo es un intento de edificar un *Carpe Diem* intemporal, valga la paradoja. Es un deseo de hallazgo definitivo, de perfeccionamiento que implica búsquedas y que a veces parecen pérdidas del norte perseguido. ¿Tal vez ocurre eso hoy? ¿Se ha perdido, o desorientado, el creador?

Observemos: el espectador se pasea entre los cuadros de una exposición. Busca en ellos un espejo de la naturaleza, como ha hecho la pintura desde sus inicios —salvo en el último siglo—. Pero los colores, líneas y volúmenes tradicionales se han liberado de las formas con las que representaban la realidad visible y muestran un "paisaje", al parecer, sin orden. ¿Qué ha ocurrido en el arte? ¿Ya no se puede decir de ningún cuadro que —como de *la Gioconda*— es un paradigma esencial del ser humano? ¿Dónde están las figuras que mostraban una escena campestre, retratos, o batallas? Incluso los últimos pintores antes de las vanguardias mostraban una imagen reconocible en la realidad, por muy impresionistas que fueran. Pero ahora, en los autores del último siglo, ¿qué hay que mirar, reconocer, calificar? ¿Dónde está la imagen?

La construcción de una forma, un estilo, una idea es la sucesión acumulativa y restrictiva de unos impulsos y criterios a lo largo del tiempo. ¿Qué ha sucedido desde el *Renacimiento*? Que el autor ha ido separando y uniendo libremente lo que ve y lo que siente. Ha pasado de mero espectador y reflector de las cosas a inventor, a creador de un mundo alternativo o complementario del cotidiano. Así se llega al abstraccionismo. Para ello el pintor —el poeta, el compositor— ha añadido a sus ojos los de la mente emancipada de preceptos y ha pasado a ser un visionario: ve lo que tiene ante sí y lo que hay dentro de sí. Y esto es lo que trata de expresar: la pura sensación sin apoyaturas figurativas ni equivalencias apriorísticas del mundo en que vivimos. ¿Cómo se ha llegado a tal alejamiento?

Un día **Kandinsky** regresa a su casa y observa un cuadro que le fascina. ¿Cuándo ha pintado ese resplandor de formas ignoradas y colores fulgentes, ese trueno inasible que no cabe en los cánones? ¿Cómo no ha sido consciente de tal descubrimiento? Finalmente, su esposa se disculpa por haber colocado el cuadro en una posición incorrecta: pero Kandinsky ya ha visto lo que presuponía: que el arte no tiene por qué ser una imitación de la Naturaleza, sino que es otra naturaleza: la mental; y sus elementos son una abstracción de los sentidos, que precisan su propia forma o figura, y que necesita crear, inventar su propio alfabeto (algo similar le ocurrió a **Strawinsky** cuando, ante la violencia que sentía al escuchar en sus entrañas *La Sacré*, dijo: "Puedo interpretarla en el piano, pero no sé cómo llevarla al pentagrama"; y, semejantemente a **J. Cantero** cuando afirma: "Cuando escribo traduzco desde un idioma que no conozco a otro que también desconozco"). Y se aleja de la realidad visible para escudriñar la invisible y figurativizar lo visionario, lo informe del siquismo. Los paisajes interiores deben encontrar su manifestación expresiva en el cuadro, y para eso es preciso un nuevo lenguaje, que pasa por construir desde las ruinas de lo anterior y edificar sobre ello de modo que lo expresado no se refiera sino a sí mismo. Esa falta de referencia al mundo ajeno —la autorreferencialidad— es lo que dificulta la aceptación del espectador, pues la historia de la pintura hasta ese momento se fundamenta en la *imitatio*, no en la *creatio*. Así es como empieza la búsqueda de paradigmas de la modernidad. (Y, como en cualquier otro arte, si esos paradigmas no lo son del

hombre esencial, nada valdrán por mucho que aspiren a ser cumbres artísticas. ¿O acaso una lata de coca y un urinario son algo más que fantochescos iconos de la coyuntura social?).

4. La trayectoria

¿Cuál ha sido el proceso, o la trayectoria, de ese cambio? Situémonos ante la *Improvisación* 35 de Kandinsky. Puede ser un cúmulo de objetos informes, la efigie de un ser desconocido, la metáfora de un ente conocido, un ángel que prefigura otra belleza, un monstruo que devora la sensibilidad, la metamofización de un alienígena, un apocalipsis o una parusía… pero es, en verdad, "un no sé qué que queda balbuciendo", en palabras de **Juan de Yepes:** un misterio con forma de misterio que cada espectador resolverá con su mirada. El cielo liberado del infierno puede estar detrás de estas pinturas, igual que los bisontes o los ciervos no eran tan solo ciervos y bisontes. Como digo, puede ser una Venus o una Gorgona; y no importa lo que sea si *es* un fragmento del ser humano.

La *Improvisación* 35 tiene más de música y lírica intemporales que de pintura renacentista: ha seguido otro canon: el de la subjetividad rayana en el éxtasis. ¿Sería sacrílego decir que es *La Gioconda* del arte abstracto? Como aquella, suma a sus virtudes un calificativo poco utilizado al hablar de arte: la elegancia, que es el equilibrio armonioso que hay entre lo bello y lo exquisito una vez eliminados lo feo y lo estridente. **Giorgione** creó un cuadro indefinido con *La tempestad*: pero allí sigue siendo el ojo físico el que pinta, y el del espectador el que no sabe con certeza qué contempla. En cambio, la

Kandinsky: *Improvisación* 35

actitud de Kandinsky recuerda la anotación de **Mallarmée**: *"la acción de esta obra transcurre en la mente del espectador, no en el escenario"*. Y es que la única realidad que existe es la que forja el cerebro: la sensación invasora convertida en pensamiento con palabras, colores o notas. Retrato de la magia: ese es su nombre.

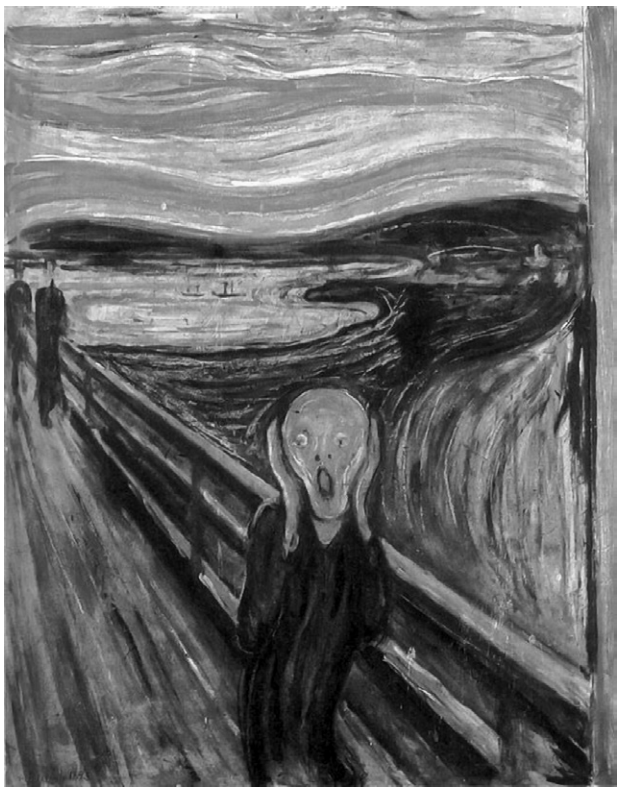
5. ¿El fin de la pintura o dar fe de otra existencia?

Como digo, en la pintura abstracta el ojo que ve ya no es solo el pincel, sino también el espíritu; y el alfabeto ya no es la línea dibujatoria sino el color y la forma, el volumen y no la perspectiva; no se expresa la figura física sino la síquica, de manera que el cuadro contiene un figurativismo sicológico errante, y es más un confesionalismo autorial que una recreación de la realidad exterior. Es una emanación del irracionalismo, una formulación del éxtasis, un autorretrato íntimo que no busca la belleza de la representación o reproducción de los objetos, sino que crea objetos, fragmentos de identidad del yo sensible, intelectual, visionario. Una creación, no una expresión de lo ya creado. Los elementos reunidos no pretenden ser fieles o infieles a una realidad existente fuera del cuadro: son la única realidad de lo que vemos. Observando la evolución de Kandinsky apreciamos el alejamiento de las formas de la realidad externa hasta desfigurarse, y la aparición e inclusión progresiva de otras formas desconocidas que sin duda pretenden moldear una realidad inédita, invisible para los ojos, pero sentida como impulso o sensación interior. Es decir: el oleaje que diluye las figuras y traza otras inéditas para la conciencia. Parece como si hubiera querido negar al **Courbet** que afirmó que "lo que no existe en la naturaleza no pertenece a la pintura". ¿No son algunos de sus cuadros una explosión del universo? Antes el autor mostraba su estado de ánimo otorgándoselo a la figura recreada; ahora la figura es su estado emocional, y por ello irreconocible o inexistente en lo que ven los ojos. Tal vez por eso **Paul Klee** afirmó: "El arte no reproduce lo que vemos, sino que nos hace ver". Eso es: la eclosión del universo interior. Cada uno de nosotros no se ve a sí mismo en el cuadro tradicional, que solo expresa lo que reproduce el espejo. Este no refleja nuestro yo absoluto. Y tratando de reflejarlo surgen esos "Cuadros maravillosos que la vista descubre al pensamiento" (**C. Nodier**). ¿Qué hay en el cuadro? Ya no hay un rostro, ni una mueca de un rostro: hay un enigma de múltiples significados; no hay una realidad sino una apariencia, un paisaje interior, un fantasma de mundos invisibles. La

abstracción busca, pues, ser un arte puro. Misticismo, teosofía y demás ciencias ocultas (el mismo Kandinsky escribió "De lo espiritual en el arte", verdadero manifiesto de sus principios), junto a la sinestésica música y la sombra de la geometría pondrán sus fertilizantes para que los frutos de la cosecha abstraccionista sean muy variados y de límites confusos. Así lo concibe el ya mencionado J. Cantero en su poema "La maravilla"**:** *Contempla la figura que surge del abismo/ del corazón del hombre. Su origen pertenece/ a la mitología de la búsqueda/ y el hallazgo afanoso del espíritu./ Los ojos anhelantes atisban en la bruma/ una efigie invisible que se va esclareciendo/ conforme la palabra, el color o el sonido/ dibujan su contorno de fantasma/ que quiere cobrar vida. Y el pincel caudaloso,/ la música silente o el verso ennoblecido/ definen su silueta de poema,/ de cuadro o partitura, añadiéndole al mundo/ lo que aún no existía y el artista le otorga/ como prolongación del universo./ Pues no hay clarividencia, sino visión y técnica,/ intuición y trabajo. Y miente aquel/ que afirma que es un dios el que sujeta/ la mano del que escribe, pinta o canta./ Lo admirable es que un hombre,/ con su esfuerzo mortal,/ sea autor de unas obras que parecen/ requerir la autoría de los dioses./*

Insisto: ¿Qué proceso ha seguido ese alejamiento, o nueva concepción, del cuadro? En el principio —por decirlo así— **Bruneleski, Donatello y Masaccio** (arquitecto, escultor, pintor) estudiando el espacio, inventaron la perspectiva, que permitía representar las tres dimensiones. Y durante 500 años la perspectiva fue la forma de ver el espacio, hasta que el cubismo mostró su falsedad (aunque no vemos cubistamente si no nos movemos: nuestra mirada no es cubista, como no es abstracta). También fue desapareciendo el tema argumental; lo religioso dio paso a lo histórico y esto al retrato de personajes vivos, animales, paisajes, bodegones (naturalezas vivas o muertas), disolución de la línea, desinterés por la exactitud del dibujo, el esquematismo, hasta pasar a primer término la preocupación por la luz y las sombras… Y al igual que **Tiziano** quebrantó los contornos de la luz y de las sombras, el pintor abstracto deforma las formas usuales, las estira, flexiona, reduce… para darles perímetros inéditos. Si antes el cuadro "contaba" una historia, ahora muestra una víscera síquica.

Y si **Van Gogh** en busca de sí mismo, o **Gauguin** persiguiendo la mujer roussoniana y el buen salvaje, fortalecen el color, aún lo subordinan al objeto reconocible —paisaje, rostro, escena familiar, interior, bodegón…—. Es Kandinsky quien independiza el color y lo convierte en protagonista de sus pinturas, en solista de sus conciertos o sinfonías de esplendores colóricos. Es el color y el arrebato lo que convierte *El grito* de **Munch**



Munch

en otro icono, manifiesto y paradigma pictórico del terror sicológico en el hombre moderno: el de la disolución de la lucidez en la locura cuando el estallido del yo desparrama el sinsentido de la existencia (como sustrato, el rostro alucinado de **Van Gogh**, y, como oposición, la serenidad de la **Madonna Elisa**).

Kandinsky sentía que la renovación del arte debía venir de la victoria del irracionalismo sobre el racionalismo, como una efusión imprescindible de la sensibilidad: efusión volcánica de andrajos cerebrales los de sus cuadros que bien pudieran provenir de la necesidad de dar *El grito*. El problema consistía en lograr que el color y la forma, libres de toda representatividad, articulasen un lenguaje de contenido simbólico: si las formas plásticas podían dar expresión externa a la vida interna. Y fue **Málevich** quien se encaminó hacia lo que llamó "un mundo sin objetos", exponiendo una tela que solo contenía un cuadrado negro sobre fondo blanco; y luego un cuadrado blanco sobre fondo blanco, como cima de la depuración. Málevich no hallaba ninguna tangencia entre la pura sensibilidad artística y la vida práctica cotidiana: "nada tienen que ver los problemas del arte con los del estómago o del sentido común". **Gabo**, en su "Manifiesto", insiste en que el arte posee un valor absoluto, independiente del tipo de sociedad: "el arte es una expresión indispensable de la experiencia humana". Y **Piet Mondrian**, buscando la máxima simplificación de la representación de la realidad, limitó su

vocabulario geométrico a la línea recta y al ángulo recto (horizontalidad y verticalidad) y a los tres colores primarios —azul, amarillo y rojo—, con sus tres "no colores": blanco, gris y negro. En cambio **Pollock** diluirá los volúmenes al chorretear la pintura para autorretratarse en fieras ramificaciones cerebrales, como un émulo síquico de Van Gogh que se regodea en su vómito o lodazal al pasearse teatralmente entre los esputos que lanza sobre suelos y paredes.

Pollock

Para Kandinsky, Málevich y Mondrian la vida es pura actividad interior, por eso querían acercarse cada vez más a la verdad de la conciencia eliminando el mundo perceptible por los sentidos. Dijo **Schoenmackers**: "queremos penetrar en la naturaleza de modo que se nos revele la construcción interna de la realidad". Se estaba modelando, con tal armonía, precisión y extraños equilibrios, un nuevo continente para un sereno —y robotizado— hombre futuro. Pero si amamos el Arte empecemos a ser implacables en nuestras opiniones: por eso permítome decir que nada significativo hay, o encuentro, más acá de la visión kandinskiana, y todo me parece una idolatría de la técnica —que debe ser un medio para el conocimiento, no un fin— y su libertino utillaje para crear becerros de oro.

6. El fundamento analógico

Puesto que el mundo es tal como lo percibimos y representamos, en el proceso o andamiaje cognitivo hay algunos estadios entre causa y efecto, fundamentadores de lo que llamamos "realidad". La mente no se contenta si no comprende, y solo comprendemos cuando hallamos lógica la relación entre causa y efecto. El Arte nace de la analogía entre dos entes u objetos: el aludido y el alusivo o aludiente: lo escondido y el escondite. Primero es la semejanza expresa, la comparación; después llega la identificación, la metáfora, que agrupa en un solo elemento los dos analógicos; finalmente, el elemento expresado solo remite a otro solamente expresable mediante la ecuación sustitutiva, libre o libertina, lejana a la lógica, visionaria: referencia, sugerencia, identificación-visión. Las dos primeras pertenecen al campo semántico de la similitud y la denotación; la tercera al de la libérrima connotación: la visión, solo perceptible por su autor y la improbable empatía de un espectador ideal.

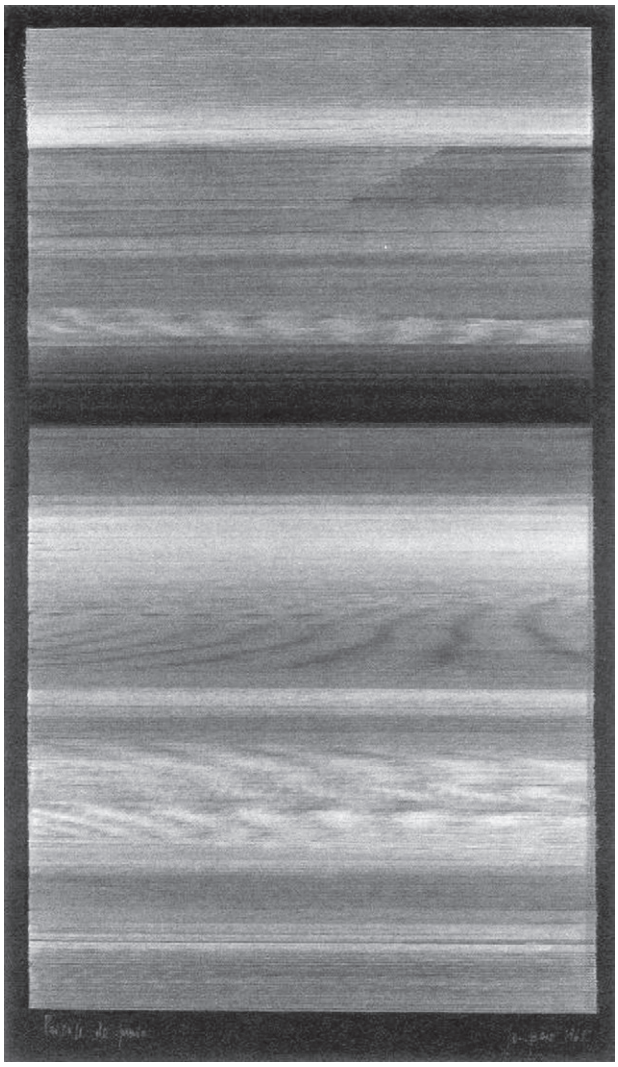
Si nos regimos por el criterio de la similitud, el objeto **B** es como el objeto **A**: son parecidos; y entonces la figura del cuadro es como la de la Naturaleza: el arte imita a esta, que existe *a priori*; es lo que ocurre, alejado de la mera reproducción, con el Rinocerhombre de **Guillermo Bellod**: en el paisaje verídico se inserta un personaje alegórico pero reconocible: todo existe en la realidad salvo la mirada del autor:

Bellod

Si es la identificación la que rige, **B** y **A** son iguales y por lo tanto **A** puede sustituir a **B**, de modo que un cuadro es una naturaleza y esta un cuadro. *Ma non troppo*: Caminando hacia la abstracción, ¿a qué apunta la siguiente obra de **Sempere**? Parecen sucesiones de colores, paralelas e imbricadas, que pueden remitir a cualquier cosa o a ninguna. ¿El título nos orienta o nos impone una realidad creada o recreada? *Paisaje de junio*: Sí; bien puede ser una formulación de la primavera, la irisación del horizonte en varias capas brumosas… Pero entonces incluso puedo afirmar, acogiéndome a la coautoría de espectador, que por esa llanura castellana acaba de pasar el mismísimo Don Quijote, aunque los malandrines encantadores impidan verlo al resto de los mortales, ciegos porque no ven lo que está. Tal vez eso

pintó Sempere —siempre que concedamos al artista permisividad en vez de libertad—.

Por último, apartándose de la referencialidad, los ojos síquicos ven otra realidad invisible que el pincel pretende hacer visible: es el objeto **C**, consecuencia de la *creatio*: hay otra realidad o naturaleza —la que existe en las sentinas de la mismidad— y es la que atisba el cuadro. Tal vez a esto alude **Huidobro** cuando afirma que no hay que cantar a la rosa, sino crearla en el poema. O tal vez todo se resuma diciendo que es el paso del objetivismo al subjetivismo absoluto. La autonomía del cuadro, la independencia de sus elementos, el fogonazo o impacto que provoca. En el arte abstracto el cuadro es exclusivamente un estado del alma, una extroversión de las sensaciones, no una versión del mundo exterior, ni una mirada a él. Al objeto **C** solo lo conocemos por el cuadro —que solamente remite a sí mismo, crea una naturaleza *a posteriori* y es autosuficiente—: es como un electroencefalograma: la autorreferencialidad de Kandinsky y toda la abstracción. Eso es lo que pretende **Pérez Pizarro**:



Pérez Pizarro

Pérez Pizarro

7. Sustrato sicológico

Varias son las razones de la metamorfosis abstraccionista, además de las pictóricas. Siempre el ser humano ha perseguido sus señas de identidad, la identificación de sus esencias y sus circunstancias para saberse único como especie, sociedad e individuo. Y como autor distinto de esas otras obras sustitutivas o complementarias de la realidad que llamamos arte; eso es la originalidad: una carrera hacia el yo iniciado entre los griegos, impuesto durante el Romanticismo y entrevisto en las vísceras del surrealismo. ¿Y no es el arte abstracto la culminación de la búsqueda de un yo eliminatorio de sus circunstancias? La búsqueda de originalidad y la fuga de sí mismo para expandirse y actualizarse, implícito en el propio concepto de obra de arte, lleva a unas estructuras cada vez más lejanas entre sí pero no ajenas, aunque lo parezcan por las batallas estéticas. Todo creador pretende crear un mundo propio, autóctono, no contaminado por los de los demás. Eso supone descreer de todas las estéticas después de haber aprendido de ellas, inventar un nuevo lenguaje con el que reconstruir el mundo y al hombre. Sin embargo, nunca se había separado tanto el arte de su tradición como con la llegada del abstraccionismo. En el crisol nutriente están las abstracciones rupestres, los diseños libres de la decoración oriental (basta echar una ojeada al arte musulmán para mostrar que lo que parecen ocurrencias ornamentales son figuraciones sin formas de la realidad, obras abstractas), la música pura de **Bach** —la que carece de indicación de instrumentos—, el yoísmo romántico, los autorretratos —mientras se autorretrata— de **Van Gogh**, los misticismos y sinestesias de Wagner o **Scriabin**, el atonalismo de **Schoenberg**… el freudismo, la escritura automática… que son, quizá, pasos en ese itinerario hacia la imagen

sin forma pero formulada por los sentidos. El arte es un camino que anda alterando su efigie pero manteniendo su mismidad porque arrastra su pasado y previene su futuro. Por eso **Gauguin** pudo decir —y pueden decirlo todos los creadores— que "ayer yo pertenecía al siglo XIX y hoy al XX". Es decir: somos lo que heredamos y creamos. Algo había en el ambiente para que **Flaubert** previese, ya en 1852, "un arte situado entre el álgebra y la música". Y para que **Apollinaire** escribiera, confirmándolo en 1913, que "la geometría es a las artes plásticas lo que la gramática es al arte de escribir".

Comoquiera, el concepto de imagen pictórica se ha ido diluyendo tras los siglos hasta desdibujarse y separarse del referente natural, como en el *Altazor* huidobriano la palabra se deshace para buscar otro lenguaje, o se disuelve la melodía en los pentagramas wagnerianos para que a partir de **Debussy** encuentren otro melodismo cromático.

¿Es "deshumanización" lo que emana del artista de los últimos tiempos? Tal vez, más escondida, hay una muy humana razón del cambio paulatino de la figuración a la abstracción: la creciente conciencia de que el hombre ya no forma parte de la Naturaleza y, por tanto, la Naturaleza ya no conforma al hombre, quien no tiene motivo para reflejarla en su obra porque es algo ajeno a su mismidad. Es el destierro, la expulsión del paraíso, la conversión del hombre en un paria del sinsentido, con su consecuente orfandad y existencialismo. El escepticismo existencialista de principios del XX creó un hombre incrédulo necesitado de creer en algo: y es esa lucha íntima, el vacío interior que deja la falta de fe y esperanza —esa necesidad de exorcizar la agonía espiritual— la que desemboca o se vomita en el cuadro: cielos e infiernos. Ese es el origen.

Así pues, la huida de la realidad desecha toda referencia a la figura real, al figurativismo; y la búsqueda de otra realidad alternativa conduce a que el único referente en el cuadro sea la propia conciencia, lo informe, no figurativo o abstracto. ¿Es el arte abstracto la configuración de otra realidad o la deformación de esta? Tal vez se llega a la primera a través de la segunda. El irracionalismo, el visionarismo, el automatismo surrealista, el deseo de matar a Dios borrando sus gestos, que son los entes del mundo … son determinantes, y el asombro que produce en el propio autor queda manifiesto en los muchos títulos indefinidos: "composición", "improvisación"… Sin embargo, la semejanza conceptual de muchas de las obras de diferentes autores muestra que el inconsciente está poblado de numerosos objetos innominados comunes que no son sino equivalencias figurativas universales: donde había objetos hay "irrealidades" o símbolos. Rige el verso de **M. Heredia**: "El nombre de la vida es Agonía".

El Arte es la representación que cada hombre y estética hace de la época en que vive. ¿Y qué vivencias tienen los hombres de principios del XX sino las de una naturaleza en guerra y unos hombres enemigos del hombre desde el **Plauto** del *homo homini lupus*? ¿Cómo no iba a triunfar el existencialismo y el refugio en las luces de la mente perseguida por las sombras? Así que el universo síquico estalla y el cuadro se inunda de los sesos del pintor, como volúmenes o lascas en desorden. De otra manera, eso es lo que ocurre con el *Guernica* de **Picasso**: un estallido interno ha multiplicado en el vacío los fragmentos desjarretados y dispersos de la realidad del hombre.

¿Quién no ha sentido como injusto un mundo en el que nacemos con ansias de vivir y morimos a pesar del instinto de supervivencia? ¿Y que el Artífice de ese mundo parece no amar a sus criaturas puesto que las somete al sufrimiento de saberse mortales? Sea un Primer Motor Inmóvil, un Big Bang del Universo o un Dios religioso, Esa Inteligencia Todopoderosa podía evitar tal sufrimiento, y no lo hizo.

Recuerdo la página en la que Robinson Crusoe, desesperado ante el mar, considera su situación y trata de convencerse de la compatibilidad de un Dios con la circunstancia en que lo ha puesto. He ahí la gran tragedia de la Humanidad —cuya autobiografía es el Arte—: saberse, a lo largo de la Historia, creada por un creador que abandona su creación al sinsentido de una existencia que en nada se parece al "mejor de los mundos posibles", en palabras de **Leibniz**. Tristemente, que este sea el mejor de los mundos posibles significa que cualquier otro sería peor, lo cual seguiría la ley de **Murphy**, la de que "si algo puede empeorar, empeorará". Y solo el arte pretende, además de reflejar la gloriosa miseria del mundo, crear otro que redima y consuele con su belleza y su utopía. El mundo es un caos en el que la vida no tiene sentido. El Arte crea un orden en el universo. Pero ese orden no puede integrarse en este mundo. Por eso el artista actual —pero también **El Bosco**, por ejemplo—, impotente ante su contumaz contumacia y utopía, acaba consigo mismo o con su arte, se bohemiza, se suicida. O sigue buscando a dios entre la niebla. O mira arbitrariamente excavando otras salidas de su laberinto.

8. Un arte definitivo

¿Es la abstracción, con sus ortodoxias y heterodoxias, el arte definitivo? El arte abstracto es tan figurativo como todos, aunque su figura no pueda hallarse en el mundo exterior o físico. La necesidad de encontrar lleva a creer que lo hallado es el verdadero hallazgo. En verdad, pintadas las esencias del ser humano, su Jekyl y Hide, poco parece quedar por descubrir. Todo arte es vida porque nace de la vida; y de poco sirve si no da vida. Parece claro, por consiguiente, que todo arte debe contener al hombre y dirigirse al hombre. Así que primero tendremos que saber qué es el hombre o qué queremos que sea. Y después preguntarnos ante la obra qué aspecto humano, visible o invisible, pretende retratar. Porque lo que importa no es si reconocemos o identificamos un objeto en el cuadro, sino si ese cuadro, figurativa o abstractamente, contiene ese objeto metafísico que es el hombre.Todo se resume en qué decir, cómo decirlo, y por qué. No es tan difícil saber cuál es el arte con futuro: basta aprender de las obras que no han tenido porvenir y solo tienen un pasado efímero; y, por tanto, de las que han mantenido su vigencia porque el hombre intemporal se ha ido reconociendo en ellas. Decir lo esencial humano del *homo sapiens* buscando la idoneidad entre lo expresable y lo expresado, huyendo de los jeroglíficos y crucigramas del *homo ludens*. Al final de ese proceso queda la belleza como edén redentor de esta existencia.

Antonio Gracia

Fotografía: Olga Valverde

Materia de España: el ensayo español contemporáneo y la era imperial

Fernando R. de la Flor

Quizá no pueda pensarse en estos momentos en algo tan aparentemente alejado de la agenda de nuestros días e, incluso, en la resucitación de una cuestión tan contraria al espíritu que debe animar este nuestro tiempo convulso, que el traer a capítulo —y hacerlo precisamente ahora— la vieja noción de "Imperio". Por más señas de "imperio español".

Se trata en este caso de una cristalización de las formas de organización del poder la cual fue efectiva, incluso admitida y celebrada en otros días[1], y que ha dado lugar en distintas ocasiones a una literatura crítica que, en lo que respecta a la organización política de la Península Ibérica, se manifestó siempre en dos modos: o bien en tanto que orgullosa de legitimar con la fuerza del pensamiento lo que a sus ojos se presentaba como posibilidad de llevar a cabo lo que Sloterdijk, recientemente, ha denominado la "primera globalización del mundo"[2]. O bien se mostraba, aquella literatura de pensamiento, como nostálgica de tan pronto haber perdido la senda de su efectuación: ello en medio de grandes quiebras para el país que lo había promovido[3].

Deberé comenzar por decir de este concepto de "imperio" —y sobre todo de su derivada formación léxica, "imperialismo"—, el que la moderna politología lo combate, allí donde su acción se muestra todavía vigente[4]. La Sociedad de Naciones precisamente nació con la intención de yugular en su base la idea misma de que una entre las naciones-estado pudiera alzarse con la antigua *potestas*, heredada del mundo romano, a la que sin duda pertenece la noción y su desarrollo práctico-jurídico.

Pero he aquí que, en el caso, siempre singular, de esa Península Ibérica, el *fantasma* del imperio y de lo imperial, la idea misma de que fue del propio movimiento expansivo surgido de la reconquista peninsular contra el Islam de donde hubiera nacido una efectiva inclinación a la *potestas* y al expansionismo político. Este inicial movimiento se habría redirigido luego hacia gran parte de Europa, América, y África (y hasta cierto punto también por el Asia), queriéndose dotar de un marco planetario para su acción y en demanda de un "gran espacio" (Carl Schmitt), recorre en estos momentos el cuestionamiento que de aquello se hace en el ensayismo histórico en la Península (y, también fuera de ella, como demuestra el

1. El mundo de los objetos, imágenes e instrumentos imperiales es infinito, como ha expresado recientemente W. J.T. Mitchell ("Imperio y objetualidad", en *¿Qué quieren las imágenes?* Vitoria, Sans Soleil, 2017). Solo una posición post-colonial puede, en realidad, dividir la historia en dos mitades: el mundo de los imperios y el que *ya* no lo es.

2. *En el mundo interior del capital. Para una teoría filosófica de la globalización*. Madrid, Siruela, 2010. Sobre los caracteres de esto que el filósofo alemán denomina "movilización", y cuya real emergencia en la Edad Moderna se produce en las talasocracias ibéricas, véase su *La mobilisation infinie. Vers una critique de la cinétique politique*. París. Christian Bourgois, 2000.

3. Un libro antiguo, el de Del Arco y Garay explora la idea de imperio en la textualidad legitimadora de un peculiar sistema español. Véase: Ricardo del Arco y Garay, *La idea de imperio en la política y la literatura española*. Madrid, Espasa Calpe, 1944.

4. En el caso americano, el imperialismo ha suscitado numerosos enfoques en los últimos tiempos. Quizá el más articulado y el más conocido haya sido el que aparece en el libro de Michael Hardt y Antonio Negri, *Imperio*, traducido en España en 2002; texto que pretende ofrecer las armas hermenéuticas para combatir esa formación política. Alejandro Colás (*Imperio*. Madrid, Alianza, 2009), por su parte, ha caracterizado negativamente el ejercicio imperialista como una mezcla de racismo, expansión territorial, militarismo y fantasías de excepcionalidad y de superioridad.

caso del hispanista Elliot). Lo cierto es que el asunto ha atraído en los últimos tiempos a algunos de los sensores más caracterizados en este plano[5].

De todo ello quisiera hablar, presuponiendo que la originalidad hispana de tal imperio estriba en la vinculación de la idea de poder político a la de la metafísica católica en la realización de una manera de ejercer la soberanía, sí, pero "católica". He aquí la peculiaridad hispana: he aquí el *pragma* del poder hispano, en cuanto ajeno a toda otra norma o dispositivo que no sea el de la efectuación de una extensión territorial vinculada a una idealidad de carácter esencialmente religioso.

Hay una indefinición manifiesta acerca de cuál fuera el sentido que conceder a la existencia de este tipo especial de vertebración política —si es que la tuvo— entre los pueblos ibéricos. La pregunta urgente por ello va dirigida hacia el pasado, aunque tiene sus indudables motivaciones en el presente. Por eso no me parecía del todo intempestiva el traerla brevemente a colación en estos *Cuadernos del Matemático*. De hecho: flota una ambigüedad ideológica detectable en el ambiente sobre el alcance y también los límites que pudo adquirir lo que podemos denominar: la *cuestión* del Imperio.

El debate permanece abierto, por una parte sobre lo que fueron los entusiasmos que suscitó lo imperial, junto con las posibilidades reales de que el propio mundo, al cabo, no fuera suficiente para la máquina de guerra expansiva hispana y para sus capitanes, los cuales pudieron por entonces acuñar un preciso lema: "A la espada y al compás: más y más y más y más"[6].

Lo cierto es que muchos pensadores de otros días, que bien podíamos dar por definitivamente pasados, se situaron ante la posibilidad de vivir en un sistema político que, como el hispano de la Monarquía Católica, estaba constituido en forma de un seno protectivo que ofrecía una "política propia", la cual se promovía a sí misma en cuanto "señora de todo el mundo"[7], dueña del "orbis terrarum". Aunque también, sobre los destinos concretos de esa empresa, pesan, para de alguna manera contrarrestarla, los *desistimientos* que la misma pudo originar en regiones de Iberia que no se vieron especialmente comprometidas con tal designio[8].

Entonces la cuestión se presenta como una averiguación sobre lo que comprometió y aquello en lo que finalmente estribaron los costes acarreados por aquel singular dispositivo político, o conformación de mundo "a la hispana"[9]. Se duda, incluso, como en ciertos autores se puede comprobar, de que existiera tal imperio[10]. La unificación de una pluralidad de mundos en uno solo, que sugiere este concepto, quizá no llegó nunca a realizarse en la España de la Edad Moderna, que sin embargo anheló dominar Europa, y, en efecto, lo hizo, ya desde el siglo XV y hasta el segundo decenio del XVIII. Intentando en este lapso temporal el asalto de Inglaterra, combatiendo a los príncipes luteranos alemanes, declarando la guerra a Francia y al turco o luchando infatigablemente contra los pueblos del Norte, en particular contra holandeses y suecos. Tiempo el cual discurre también lo que fue la difícil aseguración del control político de los territorios americanos: la parte congrua de aquel supuesto "imperio" (aunque a la postre lo fuera "de humo").

Creo que puede pensarse con acierto, el que las reivindicaciones federalistas y, mucho más, la efervescencia que conocen los secesionismos peninsulares en nuestros días, han activado en este punto la memoria de otros tiempos, y al tiempo han urgido a posicionarse frente a ellos. Esto ha llevado a ciertos historiadores y

---

5. Un testimonio de ello acaso lo ofrece la existencia de una publicación dedicada históricamente a dar cuenta de lo que supuso tal ejercicio en el Antiguo Régimen. La revista se denomina *Potestas* y aparece en el año 2010, avalada por el Grupo Europeo de Investigación Histórica.

6. Bernardo Vargas Machuca, *Milicia y descripción de las Indias*. [1599]. Madrid, Librería de Victoriano Suárez, 1892. La esfera, en tanto forma simbólica de esta clase especial de dominio, ha figurado siempre en los textos antiguos que tratan el imperio peninsular. Véase Isabel Solar, *El nudo y la esfera. El navegante como artífice del mundo moderno*. Barcelona, El Acantilado, 2012 y, también, "Los Reyes que dominaron el mundo: imagen simbólica del globo terráqueo en el teatro de Lope de Vega y su época", en A. Baraibar y M. Insúa, *El universo simbólico del poder en el Siglo de Oro*. New York; Pamplona, Servicio de Publicaciones Universidad de Navarra, 2012, 219-239.

7. Anthony Pagden, *Señores de todo el mundo. Ideologías del Imperio en España. Inglaterra y Francia (en los siglos XVI, XVII y XVIII*). Barcelona, Península, 1995.

8. Desistimiento, la palabra es expresiva y ha sido empleada para caracterizar un cierto desentendimiento de las metrópolis peninsulares acerca del destino de los virreinatos y capitanías de América. Véase de Manuel Camacho y de Ciria, *Desistimiento de la empresa imperial*. Madrid, Espasa Calpe, 1958. Ampliamos aquí la cuestión al mundo catalán y al portugués, especialmente desafectos a las políticas expansivas de la Monarquía Católica, esencialmente "castellanistas".

9. Son los costes/beneficios del Imperio sobre los que ha reflexionado la Academia. Véase, y es el ejemplo, la obra de Antonio Miguel Bernal que evalúa negativamente la relación, y saca una conclusión pesimista en torno al paso de España de imperio a simple nación. Ello en: *España, proyecto inacabado: los costes-beneficios del Imperio*. Madrid, Fundación Carolina /Marcial Pons, 2005.

10. Lo hace por ejemplo José Luis Villacañas Berlanga: *¿Qué imperio? Un ensayo polémico sobre Carlos V y la España imperial*. Granada. Editorial Almuzara, 2008.

ensayistas a hacerse la pregunta de si existió verdaderamente tal imperio, y por el signo positivo o negativo que el mismo tuvo.

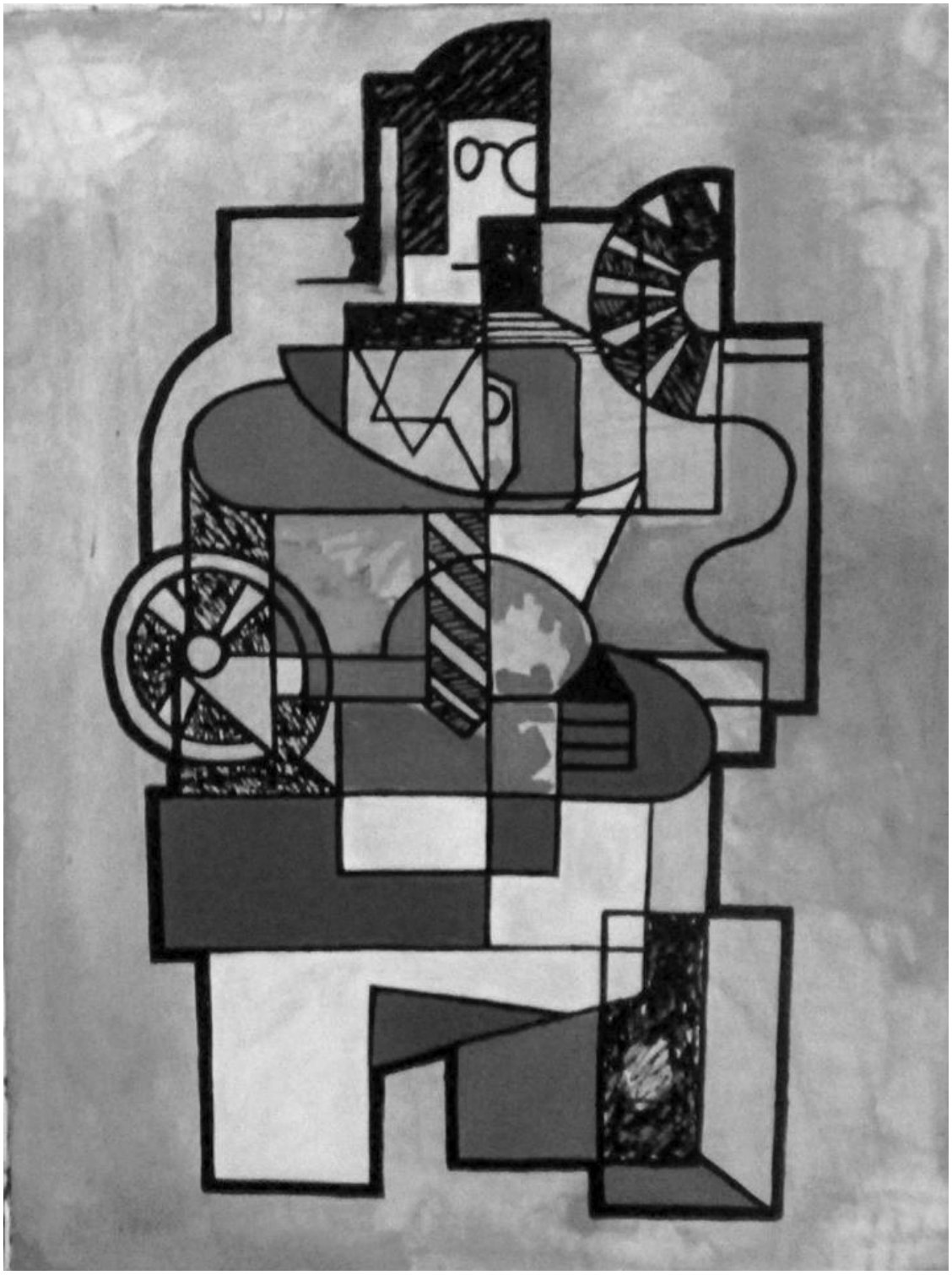
Días del imperio —repito: si es que tal formación política tuvo efectuación— que, en todo caso, corren ya remotos (y en buena medida olvidados en el relato de nación) entre los tiempos del así llamado "emperador" Carlos V, y los considerablemente más venidos a menos, que fueron aquellos de Fernando VII y el trienio liberal, momento en donde se consumó casi por entero el patrimonio imperial-colonial, hasta entonces acumulado en los territorios extrapeninsulares. La fecha del efectivo final del Imperio hispano oscila. 1714[11], la década de 1820, la de 1898[12] e, incluso, puede extenderse hasta la última posesión importante en África: 1923[13].

Acaso debamos pensar que sea lo urgente de la situación política actual la que fuerza la *retombeé* de esta idea del imperio, de lo imperial, la cual ha formado parte del imaginario peninsular desde largo tiempo ha[14]. Y que ahora vuelve para ser procesada, precisamente en este momento histórico donde parece necesario más que nunca aclarar el sentido del pasado hispano, el relato de nación que de sí misma construye. Ello da impulso a un ensayismo contemporáneo vertido sobre tal cuestión, y del que han formado parte en los últimos tiempos desde Menéndez Pidal a Gustavo Bueno, pasando por Sánchez Ferlosio, para llegar a Villacañas y a Roca Barea, que ostentan por ahora la última palabra sobre tal especiosa cuestión.

Lo cierto es que una necesidad urgente de definición retorna en este momento hiperpolítico; lo hace con inusitada fuerza, a juzgar por la recepción que alcanza. El ensayismo peninsular de carácter histórico o historicista ha dado muestras en los últimos tiempos de voluntad expresa de necesitar volver a un viejo problema que, como gran parte de los que afecta a la Península en su desenvolvimiento histórico, se encuentra probablemente mal cerrado, peor resuelto.

Fernando R. de la Flor
(Universidad de Salamanca)

11. *Las redes del Imperio: élites sociales en la articulación de la Monarquía Hispánica 1492-1714*. Madrid, Marcial Pons/ Universidad Pablo Olavide, 2009.
12. Carlos Seco Serrano, *Final del Imperio España: 1895-1898*. Madrid, Siglo XXI, 1984.
13. Sebastián Balfour, *El fin del imperio español (1898-1923)*. Barcelona, Crítica, 1997.
14. Señalemos un momento histórico en que el concepto de "imperio" volvió a ser puesto en cuestión a propósito de su final quiebra. Ello ha sido estudiado por Carlos Barriuso, *Los discursos de la modernidad, nación, imperio y estética en el fin de siglo español (1895-1925)*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2009.



Joaquín San Juan

Lo extraño en Luigi Pirandello

(Análisis estilístico de un inédito de Luigi Pirandello)

Francisco Estévez

Llegado cierto momento todo escritor vuelca su escritura hacia el espejo y trata que su pluma no desnorte en demasía lo que allí ve. Para algunos es muy al inicio de toda su obra, como necesidad imperiosa, conocer un mínimo perfil de sí para narrar el mundo circundante; para otros, parece nunca llegar y cuando vuelven la mirada sobre sus obras ven que sobre esa alteridad representada en la escritura lo único proyectado es inquietante: su propia sombra. Así es siempre, llegado cierto momento… la identidad, acaso la más grande de las preguntas trascendentes que nos rondan desde que el ser humano tiene conciencia de sí, es inevitable reflexión a la que nos sometemos con el estupor de la aporía, con la necedad de la ignorancia. Pero, allá a inicios del siglo XX, los agónicos cambios experimentados en las urbes, el aceleramiento de tiempos impuestos por el capital, las quebradizas formas de un mundo moribundo, las relucientes maneras de otro ya nuevo que surgía, marcaron un acento especial en la reflexión sobre la identidad: el edificio humano se resquebrajaba a marchas forzadas. Reflejo sintomático parece ser esa novela sobre la alienación, *El difunto Matías Pascal*, del italiano Luigi Pirandello, donde un joven decide pasar por muerto y adoptar una nueva existencia bajo otro nombre gracias a un doble golpe de azar ofrecido por la ruleta de un casino y el tragante de un molino, donde se identifica de forma errónea un cadáver. El conocido arranque nominal de la novela pone en jaque la profunda revisión de la identidad personal y social del individuo en toda la novela: "Una de las pocas cosas, casi la única que sabía era esta: Me llamaba Matías Pascal". Es una certeza cuestionable a la luz de los acontecimientos, o al menos ambivalente: Matías y no Mateo (en italiano *Mattia y Matteo* respectivamente). Una simple cuestión de acento que de algún modo provoca ya cierta deformidad nominal que sugiere la polisemia. Mattia, sinónimo en italiano de "matteza", "mattità", alude a la demencia o enajenación que sufre el personaje, quien lleva como destino caracterial la señal de la excentricidad.

No es azaroso que esta misma novela del autor siciliano represente el salto hacia la modernidad literaria y el abandono del verismo italiano. Hay una nueva manera de entender la novela como elemento cognitivo. La tesis pirandeliana resulta sutil: no podemos liberarnos con un gesto gratuito de la densa carga de relaciones que constituyen nuestro pasado y condicionan nuestro modo de ser en el presente y en el futuro. La construcción de una personalidad es vista como hipótesis absurda e irrealizable. Por ello, *El difunto Matías Pascal* es la extraña novela de formación de un carácter a través de la experiencia ya vivida que desilusiona desde la primera página las expectativas de un público ligado a unos gustos románticos y naturalistas. La novela comienza *en arrière*, con la aventura concluida: el personaje que dice "yo" se considera ya "fuera de la vida", por tanto, extrañado. El lector no esperará catarsis alguna. El relativismo crítico de la óptica pirandeliana niega desde el principio cualquier certeza consoladora y propone un personaje desequilibrado, que ha perdido cualquier sentido final de la vida. Hechos, personajes, pensamientos, proposiciones vienen descompuestos, desestructurados, sustraídos del tiempo y el espacio de la historia novelesca y anclados al limbo del discurso del narrador, que habla, interpreta, gesticula, proyecta teatralmente aquel magma que hierve en su conciencia-filtro de la realidad.

Entre la búsqueda desesperada de autenticidad y una lacerante consciencia extrañada del caos histórico-existencial se bambolea la novela. La extrañación es total, porque ha caído el mito confortante y protector de la naturaleza providencial. Según una cierta óptica antropocéntrica, Pirandello retoma las consideraciones irónicas de Leopardi en sus *Obritas morales,* acentuando la soledad del hombre en una existencia ilusoria y caótica, radicalmente desequilibrada. La novela de Pirandello

franquea el paso a futuros textos que abordan la reflexión sobre el desdoblamiento del yo y la conciencia de sí mismo como *Niebla* en 1914 de Unamuno, *La conciencia de Zeno* en 1923 de su connacional Italo Svevo, incluso *Los monederos falsos,* de Guide en el 1926. El escritor de Agrigento fue bien consciente de su importancia y poco después de su escritura, en 1908, dedica la primera edición del ensayo *El humorismo* "Al buen alma de Matías Pascal, bibliotecario" y años más tarde retoma parte de la trama para confeccionar la excelente comedia *Liolà* (*Amores sicilianos,* en español). Sin embargo, a regañadientes casi el novelista debió añadir una "Advertencia sobre los escrúpulos de la fantasía" en la reimpresión de 1921, donde cita, entre otras, una noticia de crónica bastante similar al "extraño" caso de Matías Pascal. Ciertos críticos denunciaban lo inverosímil del caso por su extraordinaria originalidad. Sea como fuere la recepción de la novela lo claro es que el protagonista, en el mismo momento de enamorarse, descubre que la vida puede ser una mera construcción ficticia que solo lleva a la extrañeza, a ser extranjero de sí mismo. Tal idea parece rebrotar en un texto que se antoja hemanastro conceptual de *El difunto Matías Pascal*. Es una página de difícil datación e inédita en español, encontrada entre los folios de apuntes y fragmentos de obras recuperados tras la muerte del escritor. Llama poderosamente la atención pues Pirandello da noticia de sí mismo, pero el narrador se ofrece como un extranjero desde el momento de nacimiento, quizá la mayor marca de extrañedad existente:

Noticia de mi estancia involuntaria en la Tierra

> No me gusta hablar a espaldas de nadie, por eso, ahora que preveo mi marcha, digo a la cara toda la información que daré, si ocurre que más allá me preguntan noticias de esta involuntaria estancia mía en la Tierra, donde una noche de junio caí cómo una luciérnaga sobre un gran pino solitario en un campo de olivos sarracenos acomodado en el borde de un altiplano de arcilla azul sobre el mar africano. Ya se sabe cómo son las luciérnagas. La noche, su oscuridad parece que lo haga por aquel que, volando no se sabe dónde, ahora aquí, ahora allí, ofrece por un momento un lánguido destello verde. De vez en cuando alguna cae y se ve entonces sí o no su verde suspiro de luz en tierra que parece perdidamente lejano. Tal y como yo caí aquella noche de junio que tantas otras luciérnagas amarillas centelleaban sobre una colina donde había una ciudad que aquel año padecía una tremenda epidemia. Por un susto que le había entrado a causa de esta gran epidemia, mi madre rompió aguas antes del tiempo previsto, en aquel solitario campo lejano donde se había refugiado. Un tío mío caminaba candil en mano por aquel campo en busca de una campesina que ayudase a mi madre a traerme al mundo. Pero mi madre ya se bastaba por sí sola y yo nací antes que mi tío volviese con la campesina. Ocurrido en el campo mi nacimiento, fue apuntado en los registros de la pequeña ciudad situada sobre la colina. Entre tantos que durante aquel año diariamente morían, uno que nacía era como una compensación a tener en cuenta aún insuficiente y mezquina. Yo pienso, sin embargo, que era algo cierto para los demás que debía nacer allí y no en otro lugar y que no podía nacer ni antes ni después; pero confieso que de todas estas cosas no me he hecho todavía ni ciertamente sabré hacerme nunca una idea. Mi madre que, entre los vivos y los muertos, entre hombres y mujeres, trajo al mundo nueve hijitos, no estuvo nunca cierta ni siquiera ella de que, además de la larga pena de los embarazos y el dolor de alumbrarlos —ella hubiera dado cualquier cosa por darlos a luz— sabía bien que la vida, quién la da, es un misterio impenetrable como en el acto común de la procreación, del que ella, aun ciegamente partícipe, permanecía ajena. Amó siempre a sus nacidos, también cuando, sin poderlo sentir, comprendía que estos no le pertenecían ya, y siempre quedó como una recién nacida también ella, niña, pero con algo de perdido definitivamente y la pena de tenerse sola a sí misma. Porque cada uno, a cierto punto, surge del misterio de su nacimiento natural, que dura todavía un rato después de que se haya nacido, y en la incertidumbre de que todo comienza a nacer solo, por sí mismo, y a formarse, como puede, la propia vida, solo: de aquella soledad de la que después se tiene la terrible consciencia en el mismo momento de la muerte.
>
> Ahora yo no diré nada de mi vida que, como la de cualquier otro, no tiene importancia alguna, al menos desde el punto en que me puse a observarla. Y, por lo demás, ya ni la veo. Ahora es, con toda la Tierra, como nada. Será esta la razón por la que quizá no pueda brindar información alguna. Apenas liberado de toda ilusión de los sentidos, seré inadvertible como aquella inadvertible eclosión imprevista en que se extingue una pompa de jabón: luz y colores, movimiento; todo será como nada. Y silencio.

Un nacimiento antes de tiempo; un nacimiento en tiempos de muerte (epidemia); un nacimiento en el campo, pero inscrito en la ciudad. Las marcas de extrañeza se

multiplican hasta alcanzar una "terrible conciencia". En su dilatado y fértil universo narrativo, nuestro escritor siciliano sufre en sus carnes la alteridad. La famosa teoría de George Steiner parece cumplirse con fiel desagrado: cuanto más internacional deviene un escritor más extranjero resulta, pues el extranjero es acaso aquel que se adapta y cuanto más se adapta menos posee. Menos raíces, menos origen, menos gravidez en su lengua materna. El núcleo que recorre subterráneamente el texto se puede delimitar ciertamente bajo una idea sintética: la fuerte paronimia que enlaza la idea de extranjero y extraño hasta hermanarlos en un núcleo de difícil delimitación llegado el caso. Extraño de sí mismo, extranjero de sí mismo.

Francisco Estévez
(Universidad de Málaga)

Las razones del lobo

(Sobre premios y prebendas)

Antonio Hernández

La historia comenzó cuando en mi pueblo de buitres y poetas me dio por leer a Lope, aquella cátedra de endecasílabos. Me dio por ahí, y con más descaro que vergüenza me eché al ruedo de los premios, concretamente a uno con nombre de pájaro: Alcaraván. De chiripas —"lo curioso de los milagros es que, a veces, suceden"— porque me dieron un accésit de rebote y en vista de que el finalista renunció al honor, deshonroso para él, de quedar segundo. Para mí fue una bicoca y, sobre todo, por la alegría de mi padre, quien no esperaba tener en casa a "un genio", lo que le soltó de sopetón en plena calle mayor de Arcos el muy señalado señor don Jesús Murciano y Lasso de la Vega, registrador de la propiedad y ocasional jurado de aquella edición del premio en que se conmemoraba al gran Lope de Vega.

A esta *requesta* de estupor, con tan notable resultado para mí, siempre la acompañó, desde entonces, el chiste del periodista que le cuenta a un colega lo que le pasó en el hipódromo cuando se vio investido con los arreos propios del que espera la señal de salida sin ser jockey. La pregunta sobre lo que hizo al verse así fue tan sorprendente como rotunda la respuesta: "Lo que pude, llegar el segundo".

Y el accésit que no quiso otro, me cayó a mí, como he dicho, para que de esa forma algo subterfúgica comenzara mi larga carrera de segundón, con alguna alegría para quienes —recuerden que soy bético— me siguen con la moral a prueba de Alcoyano. No obstante he de recordar que en ese beticismo a ultranza corre pareja humilde mi gloria: Mi Betis, fue campeón de Liga en tiempos de la República, y luego, dos veces, campeón de la Copa de España, lo que iguala mi palmarés con un Premio Nacional y dos Nacionales de la Crítica. Los trofeos veraniegos, no cuentan o cuentan poco, y ni compararse con mi segunda experiencia de segundón ya fuera de la Liga Regional: "El primer accésit del Adonais cuando, todavía en edad juvenil un servidor, estaba abierto el premio a todos cuantos no tenían donde publicar, es decir, a todo quisque enamoriscado de la lotería y sus puchereos.

Puedo decir con datos que pronto me vi en las cazuelas que aún me admiran. Y una prueba elocuente es que decidí pasarme al enemigo y escribir un libro sobre ellos: "Los premios literarios, ¿*Cosa Nostra*?" Al que, pasado el tiempo de medallas o de bronce o de consolación, no voy a tener más remedio que justificarme con otro del que ya tengo el título: "Los premios literarios, ¿*Cosa mía*?"

Es una falta de vergüenza meterse en los negocios del prójimo, aunque lo sean sucios, y ocultar los propios del mismo jaez. Es una pregunta y una aseveración, por lo que debo aclarar dos cosas por lo menos: Nunca escribí que todos los premios estuvieran dados

de antemano ni que todos fueran materia de escándalo, con lo que cierro cualquier contradicción o falta de coherencia ante el hecho de haber obtenido más de uno. Y en cuanto a mi cosecha notoria de los mismos, señalar dos cosas: No he vuelto a presentarme a premios de poesía desde que gané el *Rafael Alberti* por unanimidad de los siete miembros del jurado en 2001, y tal vez la razón estribe en que no me parece cabal hacerlo cuando figuro como tal fijo en siete certámenes, amén de los volanderos, como diría mi compadre Claudio Rodríguez, o sea, los Premios Nacionales, y los que se denominan "para libros publicados". Don Francisco de Quevedo, aquel tahúr adivino, nos dejó dicho, contra conducta propia tachable, que "menos mal hacen diez delincuentes que un mal juez". (Conste: a ninguno de los premios que he ganado últimamente me he tenido que presentar).

¿Y quién sería ese mal juez? ¿El que es juez y parte? ¿El que es juez y parte en qué? ¿En narrativa, en poesía, en ensayo…?

Anda un proverbio por ahí, que no es precisamente lugar ibérico como cabría suponer, que nos empuja al recato y la prudencia, dos hermanas mellizas de nuestro idioma, tan rico en sinónimos. Lo escuché en uno de mis viajes a Italia, a Sicilia concretamente: "Desde la ventana es fácil asustar al toro". Como responsable del hipotético susto, ¿es una forma de soliviantar al editor que se juega los cuartos?

Tengo la sensación de que ya hemos llegado al acuerdo de que los grandes premios de novela están dados de antemano. Y de la mano del clásico, cuyo nombre ahora no recuerdo, que "Más enseñan de mesón tres / que de Salamanca diez" ¿O es que lo que no da natura no lo otorga la ciudad del Pisuerga?

Cuando me presenté al Planeta —año en que ganó Vargas Llosa y tuvo a Savater como accésit— me quedé de mármol porque se me dijo que mi novela era la mejor escrita, y que si se había quedado a las puertas del cheque fue porque los que me superaron en la votación iban a vender mucho más que yo.

En efecto, no se me dijo que mi novela fuera la mejor, sólo que era la mejor escrita, con lo que me conformé pensando que Vargas Llosa había escrito la peor de las suyas y yo la mejor de las mías, si no de qué.

Mi sensatez y la grandeza de Vargas Llosa hicieron la paz en mí como tenía que ser. El parche de Savater fue un libro, en principio destinado a una colección sobre personajes históricos, al que sólo hubo que cambiarle el título, *Yo, Voltaire*, dando al lector gato por liebre, como suele suceder en este *plateado* premio. A mí, se me contentó con una migaja que alentaba a ponerse en la cola de una mayor recompensa.

Lo demás, me lo guardo y no porque tema la represalia de "quien se juega su dinero" sino porque los perros se pelean entre sí pero se lo piensan si se trata de incomodar al lobo. No es mi caso, aunque si no hubiese perros, no me gustaría la vida. No es mi caso, aunque sí el de algunos de mis colegas, tan poco dados a las solidaridades peligrosas.

Antes, la atracción del peligro era el fondo de todas las pasiones profundas. Ahora, los camaradas han vuelto a misa.

Antonio Hernández

Medardo Fraile o el arte de narrar breve

(Recuerdo: Madrid, 13 de marzo de 1925, Madrid- Glasgow, 9 de marzo de 2013)

Pedro M. Domene

Los niños de la guerra

La década de los cincuenta proporcionaría a la literatura española, acabada la Guerra Civil y asentada una humillante postguerra, una promoción de escritores bautizada como "Los niños de la guerra". Universitarios o con intención de serlo, en sus primeras publicaciones apuestan por una literatura reivindicativa, y otorgan al cuento el respeto por un género distintivo, convertido en peculiar para los nuevos tiempos que se aproximaban en literatura. Los integrantes del grupo se erigen como adalides de un género de escaso prestigio y, transcurrida esa euforia inicial, la década siguiente, del "experimentalismo", devolverá al relato a su lugar previo, porque los cuentos, escritos y publicados por la mayoría de sus componentes, sirvieron de entrenamiento para la novela, género de la década siguiente.

El grupo generacional estaba compuesto por Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio, Carmen Martín Gaite, Alfonso Sastre, Josefina Rodríguez y Medardo Fraile, aunque la historia literaria incorporó a Juan Benet, Ana María Matute, Juan García Hortelano, José María de Quinto y José Manuel Caballero Bonald, entre otros. Conviven con la generación posterior a la contienda, Camilo José Cela, Gonzalo Torrente Ballester, Juan Antonio Zunzunegui, Álvaro Cunqueiro, Darío Fernández Flórez y Miguel Delibes, autores que procedían de un realismo tradicional y se encontraron con una nueva percepción en la forma y un sentido específico de la literatura. Los influjos estéticos provienen del compromiso sartriano, la actitud crítica de la generación maldita norteamericana y del neorrealismo italiano. Solidarios con los problemas del hombre, vehículo esencial de la promoción fue *Revista Española* en cuyas páginas el erudito Antonio Rodríguez Moñino publicó a casi todos los autores jóvenes de la época. Coincidieron en las aulas universitarias de Salamanca y Madrid, y su literatura se relacionó con una problemática intimista sin optar por complejas formas de experimentación, aunque culturalismo y un sentido personalista del relato provocaría ese distinto arte de narrar de la generación.

Los años de Madrid

Medardo Fraile nació en Madrid el 21 de marzo de 1925, ciudad donde transcurrió su infancia y vivió la Guerra Civil; estudió Filosofía y Letras en la Universidad Complutense y se doctoró en 1968. Sus comienzos literarios fueron teatrales, formó parte del grupo de vanguardia experimental de posguerra *Arte Nuevo,* que fundó, en 1945, con Alfonso Sastre, Alfonso Paso y Carlos José Costas, dirigidos por José Gordón, un periodista apasionado del teatro. En dos años estrenaron veintitrés obras breves, entre ellas cuatro de Fraile: *El hermano,* fue su mayor éxito.

El grupo se matriculó en la Facultad de Filosofía en el curso 1946-1947, y allí coincidieron con el resto de la generación, un círculo de amistad aglutinado en las tertulias del Madrid tabernario y cafetero: Café Gijón, Café Lyon D´Or (La Ballena Alegre), Café Teide. Los primeros relatos de Aldecoa y Fraile aparecen en *La Hora, Alcalá, Clavileño, Ateneo, Correo Literario, Revista Española, Cuadernos Hispanoamericanos.* Fraile redescubre su vocación de narrador, iniciada a los cinco años en un banco de la calle Princesa de Madrid. El profesor y crítico Sanz Villanueva afirma que "su obra narrativa refleja, en términos generales, una realidad exterior y, en cierto sentido, puede hablarse de un escritor testimonial". Sus relatos muestran un profundo

sentimiento de tristeza, de nostalgia y de soledad, paliados casi siempre con humor. Alguna vez irrumpe la alegría, pero lo normal es que sus personajes se sientan incomunicados, queden reducidos a un presente poco satisfactorio y limitado, quizá porque Fraile ha preferido ceñirse a la dimensión personal de los individuos desde una postura humanitaria, muestra de esa actitud entrañable del desvalimiento de las personas.

Los doce relatos de *Cuentos con algún amor* (1954) muestran muchas de sus características: la frase corta, sencilla, de notable adecuación al relato, prosa descriptiva animada por el vigor de las imágenes, estructura simple, narrado en tercera persona, no se excluye la aparición esporádica de un narrador protagonista o testigo en primera persona. En 1956 obtiene el Premio Sésamo por "La presencia de Berta" y sus relatos aparecen en otras revistas como *Monteagudo* de la Universidad de Murcia, creada y dirigida por el gran conocedor del cuento Mariano Baquero Goyanes, y en *Ágora*, fundada por Concha Lagos en 1958, de la que fue subdirector. En 1959 aparece su segundo libro, *A la luz cambian las cosas*, en la Colección Cantalapiedra, de Torrelavega (Santander), y el mundo narrativo del escritor madrileño se confirma en esta nueva colección.

Los años de Glasgow

"Una mañana me fui al Ministerio de Asuntos Exteriores y un poco neurasténico de no sabía qué, quizá de todo, solicité un lectorado en Europa (…) Poco después surgió Southhampton y, sin pensarlo dos veces, hice la maleta y me fui". Ocurría en 1964, y en aquella Universidad permaneció durante tres años. Desde su llegada a Inglaterra, Fraile escribe nuevos relatos, su obra se expande por el ancho mundo: *Cuentos de verdad* (1964) recibió el Premio de la Crítica, la noticia le sorprende al autor al volver de un paseo por el Jardín Botánico de Londres. En 1967 se traslada a la Universidad de Strathclyde, en Glasgow, donde vivirá las reediciones de su obra y escribe la mayor parte de ella: *Descubridor de nada y otros cuentos* (1970), *Con los días contados* (1972), *Ejemplario* (1979), los *Cuentos Completos* (Alianza Editorial 1991) que incluye todos sus libros de relatos hasta el momento, y veinte más aparecidos en publicaciones periódicas.

Publicó *Autobiografía,* en 1986, su primera y única novela; texto que el lector puede leer de varias formas, siguiendo a Fraile: pensando, más o menos, en el autor; pensando, más o menos, en él mismo, o las dos cosas porque cualquier español podrá reconocer a muchos de los tipos y personajes que desfilan por estas páginas. Sin embargo, el resultado es un relato eminentemente novelesco, no autobiográfico. El narrador no hace ostensible su intención de contarnos su vida, utiliza esta para construir una novela, es decir, una obra literaria que se sostiene por sí misma. De sus casi cincuenta años de estancia en Inglaterra ha dejado constancia en *La penúltima Inglaterra,* publicado en 1973, las impresiones de un español en aquel país; y *La familia irreal inglesa* en 1993, que no es una crónica de la Familia Real, sino como esa otra familia, irreal y distinta, que forman los británicos. No dejará de mirar a su país, y en 1988, publica *Entre paréntesis,* una antología de artículos sobre la realidad española, sus inquietudes y la visión que le otorga la lejanía escocesa. El escritor afirma que sintió una desmedida ilusión por su país, seguido de un desencanto ante el devenir de la Historia reciente, sobre todo por esa "democracia que hace años ha iniciado un fuerte tirón hacia abajo, con una vulgaridad y una normalidad que no concibe discusión alguna sobre sí misma (…) Vulgaridad, mediocridad…, todo ello como síntoma de una corrosión moral". Esta denuncia de una amoralidad, de una corrupción social es lo que se transparenta de los casi cien artículos reunidos en *Documento nacional* (1997), libro de protesta y testimonio que alude a la identidad personal del autor y a la variable circunstancia en la que han vivido y viven los españoles en la actualidad.

Los cuentos

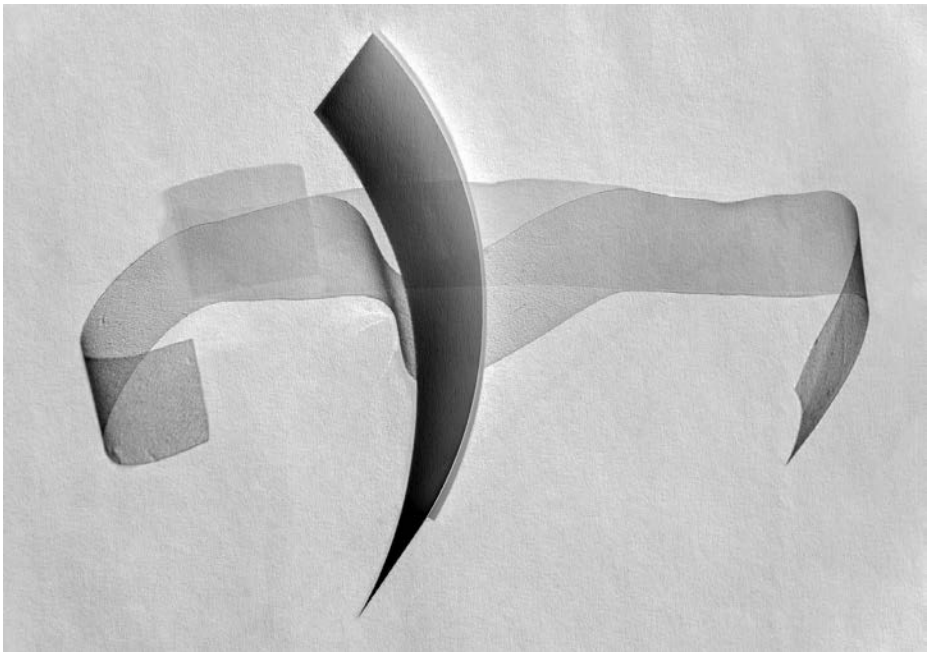
"Los cuentos de Fraile constituyen, según José López Rueda, uno de los conjuntos narrativos más valiosos de la segunda mitad del siglo XX en España, y, por otra parte, un testimonio imprescindible de lo vivido por las mujeres y los hombres de la generación de los niños de la guerra". Sus relatos surgían "bellísimos, implacables, finos, perfectos, es decir, acabados, escribe Josefina Rodríguez de Aldecoa en *Los niños de la guerra;* eran como tesoros, tan ajenos a los modos y modas sociales, no sociales (…) Cuando leíamos sus cuentos (…) teníamos sensación de *extrañeza,* en el sentido de una originalidad, diferencia, peculiaridad literaria difícil de encontrar". Medardo Fraile se había propuesto escribir un tipo de cuento que trascendiera la anécdota, y concebido de esta forma se sitúa en el extremo mismo de la expresión narrativa donde no cabe error posible. Su cuentística oscila entre el realismo de Chejov y el minimalismo de los cuentos de Carver, ese denominado realismo sucio norteamericano. "Los cuentos se acercan (…), más que a la *historia*, a la confidencia fugaz

angustiosa o ilusionada, al *timo* de la entrega, al ser del hombre, al último reducto humano de esperanza o protesta, a la euforia o frustración colectiva, al momento raro, pero real, a la soledad pensante al servicio de todos", teorizaba Fraile en una nota «Al lector» en su libro *Cuentos de verdad*. Posteriormente, y con el paso de los años, ha seguido insistiendo en estas reflexiones teóricas sobre el cuento, y citaba seis aspiraciones para su narrativa: un estilo llano y natural, la carencia de un artificio, tanto en el lenguaje como en la escritura, la brevedad, la humanidad y sensibilidad en el tratamiento del tema, unidad de fondo y forma, y amenidad. En la textura de sus cuentos se muestra su especial capacidad para la evocación y su aptitud sugerente que nos lleva más allá del relato; elude la descripción directa y explícita de emociones, sensaciones o sentimientos fuertes, todo está implícito para que el lector se embarque en la imaginación y la sensibilidad adherentes al cuento, y cuando el escritor se ve descubierto, emplea el humor y la ironía como armas distanciadoras.

Contrasombras (1998) ofrece recuerdos de melancolía inevitable, historias de soledad y decadencia. Producen el efecto de la espontaneidad y de la integridad, características que siguen emocionando al lector por su eficacia. La lucha por la libertad es lo que pregonan las buenas y pobres gentes de *Ladrones del paraíso* (1999), meros aprendices en el arte de sobrevivir, delincuentes "voluntarios e involuntarios", como afirma el autor, de ciudades tan dispares como Madrid, Murcia, Nueva York o París, las raterías de ladrones de poca monta. El humor y la ironía traspasan la crítica implícita que, como en otros casos, quieren ser fragmentos de una realidad marginal a la que vivimos cada día, tan efímera como intemporal. Después han seguido, *Años de aprendizaje* (2001), sus memorias, *El cuento de siempre acabar* (2009) y *Antes del futuro imperfecto* (2010). La editorial Páginas de Espuma publicó *Escritura y verdad. Cuentos completos* de Medardo Fraile en 2004, en una cuidada edición y un excelente prólogo-estudio de Ángel Zapata, que recogía la totalidad de las colecciones publicadas por el madrileño en los últimos cincuenta años, entre 1954 y 2004; es decir, el conjunto de la totalidad de su obra breve, y el mismo Ángel Zapata, ha sido, también, el editor de la segunda edición de los definitivos *Cuentos completos* (2017), en cuyo estudio previo afirma, una vez más, que Medardo Fraile es uno de los grandes estilistas en castellano del siglo XX.

En su atalaya escocesa donde vivía con su esposa Janet y su hija Andrea, con sus libros y los pájaros y ardillas que se asoman por su jardín, una mañana de sábado, un 9 de marzo de 2013, el escritor se durmió para siempre de una manera apacible, y mientras sus libros y sus personajes continúan viajando por este singular mundo de la literatura, y su presencia se perpetúa en lugares como España, Portugal, Reino Unido, República de Irlanda, Francia, Suiza, Canadá o Estados Unidos porque Medardo Fraile cinco años después sigue siendo el indiscutible maestro del cuento.

Pedro Domene



Fotografía: José Hernández "Chiqui"

Fotografía: Evaristo Delgado: *Hipódromo*.

Donde la vida se doblega, nunca

(Antología poética, selección y prólogo de Susana Rivera)
Valparaíso Ediciones, Granada, 2017

José Luis Morante

Caminar por el legado poético de Ángel González es recorrer una playa mediterránea y hallar en su calidez huellas firmes. El escritor, nacido en Oviedo en 1925, personaliza uno de los recorridos más perdurables de la generación mediosecular. Pertenece por edad a una nómina creadora cuyos integrantes aguantan con solvencia las acometidas del tiempo; siguen sólidos los magisterios activos de Jaime Gil de Biedma, Claudio Rodríguez, José Ángel Valente, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo, Francisco Brines, o José Manuel Caballero Bonald. El balance del conjunto no diluye los valores personales de cada sensibilidad.

Más allá de la lectura circunstancial, quien se acerque a la actividad creadora de Ángel González refrendará un perfil clásico, capaz de sobrevivir a la persistente dialéctica entre tradición y ruptura. El trayecto biográfico está marcado por la dictadura de Franco, los picachos grises del nacionalcatolicismo, y un orden social repleto de prejuicios, tras una severa censura tutelar.

En 1973, en el último tramo del franquismo, el escritor fija su residencia en Estados Unidos con un contrato temporal como profesor de literatura española en las universidades de Utah, Maryland y Texas. Desde 1974 reside en Albuquerque y ejerce la docencia en la Universidad de Nuevo México. Allí conoce a Susana Rivera, joven estudiante con quien establece una larga relación personal que perdura hasta su fallecimiento en Madrid, el 12 de enero de 2008.

Cuando se cumple el primer aniversario de su muerte, en la presentación de la antología *La primavera avanza*, Susana Rivera reúne una muestra de los poemas más significativos de Ángel González; así emerge una galería de espejos interiores con varias capas de significación, precedida de una lúcida indagación crítica. Aquel texto sirve de base al prólogo de *Donde la vida se doblega, nunca*. En él la profesora universitaria recorre los magisterios del poeta, su ideario estético, el contexto histórico que empañó su biografía y las piezas más notables del taller creador.

El trayecto despliega al paso una voz propia. La entrega *Áspero mundo* amanece en 1956. Recrea una atmósfera urbana sentida y vivida como un escenario que concede a los poemas un carácter testimonial. Pero el trasfondo histórico se impone y el rasgo social aparece de inmediato; el poeta participa en 1959 en un acontecimiento generacional emblemático: el viaje a Colliure de 1959 para el homenaje a Antonio Machado en el vigésimo aniversario de su muerte. Poco después, en 1961, publica *Sin esperanza, con convencimiento* en cuyos versos late el proceso interior de la conciencia. En su tono sencillo y directo se cobija una intensa reflexión sobre ideas de contornos difusos como la esperanza o el porvenir colectivo. La escritura es un continuo ejercicio de actualización; junto a los trazos secuenciales del intimismo, el diálogo coloquial y el sesgo amoroso, germinan también el didactismo, la ironía y la parodia, formas de resistencia del lenguaje que enaltecen el sentido crítico. Los poemas de *Grado elemental* reconocen el magisterio de Antonio Machado. El tránsito existencial es una sucesión de contrastes que oscurece la linealidad del discurso: en su contundencia expresiva, las palabras son lecciones de cosas, llanuras y repliegues.

El aserto de un poemario muy breve, *Palabra sobre palabra*, que integra cinco composiciones amorosas, y ve la luz en 1965, servirá en el tiempo para reunir toda la obra. Su primera edición, fechada en 1968, contiene

un hito creador, *Tratado de urbanismo*, editado en el Bardo un año antes; es un trabajo maduro que fusiona con admirable celo recursos personales como la denuncia social, y una ironía casi extremada hasta la plenitud verbal del sarcasmo.

Con *Breves acotaciones para una biografía* comienza un nuevo ciclo escritural que integra tres títulos; junto al citado, abarca *Procedimientos narrativos* y *Muestra corregida y aumentada de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan*. En ellos se configura un renovado personaje poético y se enaltece el uso de fórmulas y rótulos estilísticos. Ángel González escribe con mayor libertad expresiva y se intensifican rasgos antipoéticos como el prosaísmo, la ironía y el humor.

Las confluencias entre pensamiento y voz crepuscular dan pie al evocador lenguaje de *Otoño y otras luces*; la experiencia de la realidad invita al pesimismo; se intensifica el tono elegíaco. El discurrir acentúa los matices entre vitalismo y fugacidad. El ensimismamiento del sujeto germina en melancolía y cada vez resulta más audible la voz de la resignación y el escepticismo; el largo viaje se aproxima a la estación final y la proximidad de la ceniza no puede evitar evidenciarse con un rumor severo y trágico. En N*ada grave*, título póstumo del poeta, el discurso lírico está contaminado por la llegada a la última costa. Quien habla entre los versos tiene el dolor aprendido del tránsito, lleva en la piel la insistente caligrafía de la experiencia. Quedan lejos la ternura del recuerdo, la ironía y el escepticismo y la afirmación elegíaca. El ahora es un espacio lastrado por el pesimismo. En el fondo de la noche el vacío revela sus contornos. No se niega la contundencia de la vejez, la pérdida del impulso vital o la carencia de razones para afrontar la amanecida, cuando todo es caminar por las aceras de la senectud.

Susana Rivera entiende el libro con un carácter más diáfano. El caos de la vida "cuando se desvanece definitivamente se hace sueño, y lo que queda brillando para siempre en la oscuridad de la nada es el amor, si tú fuiste capaz de darlo. Por eso consideraba que su ingreso en la nada no era grave y aceptaba el trance final con tranquilidad, aunque no exenta de melancolía" (pág. 30)

Abordar la permanencia de una obra con claridad cartesiana es una utopía. Cada voz literaria es una síntesis de lecturas y experiencias vivenciales que se va gestado en un recorrido muchas veces oculto e inadvertido. Queda por tanto, como método de estudio, el rastreo de los rasgos estructurales y vislumbrar esos paréntesis temporales en los que es una presencia fuerte: por tanto, la poesía de Ángel González enlaza con las poéticas de la introspección. Son estratos creadores que recurren al anecdotario biográfico y que focalizan la presencia del yo, un aporte neorromántico que tiene en el ahora status atemporal. En esta poesía se hace norma el lenguaje realista y enunciativo; un verbo coloquial y cotidiano que deja en el receptor una impresión de cercanía. La reiteración de núcleos argumentales subordina la originalidad a la indagación profunda. De ese modo se reiteran los acercamientos a la identidad subjetiva como portadora de un destino temporal y transitorio; ese sujeto escindido casi siempre del yo biográfico habita en una plaza social que refuerza el papel cívico de la palabra.

En Ángel González es palpable la ausencia de proclamas programáticas; sus paseos por laberintos metaliterarios son mínimos ya que considera que el centro motriz de la escritura es el poema y en él dormita su justificación teórica. Esto no borra un conocimiento profundo de la geografía consensuada del canon, ni le impide considerar al signo lingüístico como portavoz desvelado de una realidad más honda.

En el volumen *Donde la vida se doblega, nunca*, con selección y prólogo de Susana Rivera, se describe con diáfana precisión "un pleno dominio de la alquimia del verbo que posibilita trasmutar las palabras en ritmos y sensaciones para crear varios niveles de realidad" (pág. 24). Ha transcurrido una década desde la llegada de Ángel González a la oscura cartografía de la inexistencia, pero sus poemas siguen latiendo alrededor, hospitalarios y atemporales, anclados en el río de Heráclito.

José Luis Morante

Las dos pantallas

(Un paseo crítico por los mundos del cine y la televisión)

Pedro Felipe Granados

Nacido como un proyecto que el editor Herralde encarga a Juan Cruz, periodista de El País, *Yo nací con la infamia* es una selección de los mejores artículos publicados por Juan Cueto en diarios y revistas como *El País*, *Triunfo*, *Cuadernos del Norte*… e incluso en recopilaciones como *Exterior noche* o *Pasión catódica*; un libro que conmemora los 70 años que Cueto cumplía el mismo año de su edición, hecho que convierte este texto en una singular muestra de su prosa, al tiempo que en un homenaje emocionado de quien se considera su discípulo.

La presente antología, ideada como miscelánea de artículos sobre el arte cinematográfico y el género televisivo, acaba convirtiéndose en algo diferente de los textos que la conforman. Ambos han subyugado desde siempre al autor asturiano, por lo que, además de aportar un documentado y crítico testimonio, este haz de reflexiones se aproxima a lo que sería una breve y heterodoxa historia del cine y la televisión hasta 2012, año de edición del libro..

La pantalla de tela

Los textos sobre cine nos acercan una información variada sobre los orígenes de la pantalla grande, sus hitos señeros, sus héroes y heroínas, sus géneros destacados, el maridaje con la técnica y el arte de la fotografía y el sonido, su relación con la literatura, la historia y la sociedad contemporáneas… El cine se presentó en su día —nos dice— como la menos interesante y práctica de las máquinas del siglo XIX, pues no resolvía ninguna de las eternas aspiraciones del ser humano, como volar, navegar bajo las aguas, ser invisible o iluminar permanentemente las sombras, pero se descubrió su valía cuando se supo al fin que servía, nada más y nada menos, para contar historias y dar testimonio de la aventura del hombre.

Si la mayoría de pensadores y literatos decimonónicos mantuvieron una distancia crítica frente a los inventos industriales de la época, eso mismo ocurrió con el cine y más adelante con la televisión. A estos pensadores, mayoritariamente procedentes del ámbito de las letras, se refiere como intelectuales inmersos en "la cerrilidad jardinera del asfixiante microcosmos literario español". En su defensa de ambos medios, hace una reprobación de la intelectualidad española, siempre ajena a los avances del progreso, a pesar de que el cine ha dado siempre testimonio de los adelantos del ser humano, mientras que no ha ocurrido así con la literatura, alejada de ellos con excesiva frecuencia.

En *La máquina de contar historias*, el cine aparece como un arte en sintonía con su tiempo, capaz de construir máquinas maravillosas al servicio de la narración fílmica, la emoción y la sorpresa, máquinas hechas por Fritz Lang, Tavernier, Spielberg, Resnais, Lucas, Kubrick… para viajar por el espacio o el tiempo, para torturar, para clonar personas o dominar el mundo.

Entiende que no es esencia del cine la seriedad que le atribuyen los intelectuales, y quiere derribar ese mito de la trascendencia de la gran pantalla y el consiguiente desprecio por lo que tiene de espectáculo y diversión, una concepción que, procedente del 68, sigue haciendo estragos en España. Juan Cueto, en sintonía con lo que se atrevió a expresar Gabriel Celaya —el niño que descubre que el rey va desnudo— en un coloquio en el Festival de Cine de San Sebastián: 'el cine no es serio', cree que sus virtudes radican en ser espectáculo e invención, pasatiempo, fascinación, mitomanía y aventura delegada, ociosidad, seducción, y no está convencido de esa gravedad desmesurada, aunque confirma al mismo tiempo su radical importancia en el aire cultural y sociológico de nuestra época.

Por aquí pasan los besos famosos del celuloide, los de Burt Lancaster y Ava Gardner, Gregory Peck y Jennifer

Jones, Cary Grant e Ingrid Bergman… y también el memorable y más cercano de setenta y cinco segundos, los del cine clásico duraban de diez a veinticinco, entre Cibill Shepherd y Bruce Willis al ritmo de *Tu serás mi baby*, en la televisiva *Luz de luna*. Y del relato de célebres y apasionados besos se eleva a consideraciones sociológicas superiores. El cine fue, comenta, una escuela de costumbres para las generaciones de postguerra, que con él aprendieron a besar, como también contribuyó a deshacer las teorías del fascismo español (*Los héroes ya no dan la talla*) sobre la superioridad de la raza y la potencia de nuestros genes cuando los españoles de 1'53 centímetros, la estatura media de los reclutas, se topaban con los más de 1'85 de los galanes de Hollywood que entonces hacían furor en la pantalla: los Stewart, Peck, Fonda, Cooper, Grant o Mitchum. Nos faltaban, concluye, más de 30 centímetros para poder besar a la húmeda rubia de la Metro Goldwyn Mayer.

La pantalla de cristal o plasma

Su análisis de la televisión, a la que alude en el irónico título del libro: *Yo nací con la infamia*, es de los más certeros que puedan leerse. En efecto, con el término *infamia* se sitúa, a fin de desacreditar a quienes lo proclaman, en el punto de vista de muchos intelectuales que desprecian la pantalla de cristal porque está demasiado cerca de las masas a las que ellos, como élite ilustrada, también repudian.

He aquí, pues, a un furibundo defensor de la televisión, convencido de su influencia omnímoda sobre la sociedad contemporánea, sus gustos, su pensamiento y sus modos de ver la realidad. El mundo no es ya, ni lo será, el que era antes de la televisión. Cierto es que la pantalla de cristal comporta elementos negativos: las guerras y la muerte, la miseria y la delincuencia, las catástrofes de todo tipo se contemplan en tiempo real, con el riesgo de banalización o de confusión con la fantasía. Pero no puede negarse que con ella ha cambiado la forma de mirar el entorno, aunque conlleve riesgo de alienación y manipulación, al convertirse en argumento de autoridad para multitudes desinformadas, inermes ante bastardos intereses. Sin embargo, también ha contribuido a la información universal, a denunciar la ignominia, situando a los espectadores en mitad del mundo, aunque el mundo no siempre sea un lugar hermoso ni recomendable.

Aunque no lo pretenda el compilador, lo cierto es que estamos ante una historia, asimismo heterodoxa, del Ente en sus escasas cinco décadas de existencia. Aquí habitan sus héroes y heroínas, presentadores, actrices, directores, sus series más celebradas —incluidas las norteamericanas, que sigue fielmente—, sus azafatas, sus hombres del tiempo y sus bustos parlantes, sus personajes secundarios y repetidos, como los notarios que dan fe en los innumerables concursos, sorteos, loterías, certámenes y competiciones. De todo ofreció puntual noticia e hizo certero análisis, con frecuencia al día siguiente de su proyección, en las páginas escritas de la prensa.

Juan Cueto entre pantallas

Este libro, que sobrevuela varios géneros, nos ofrece una singular autobiografía intelectual y sentimental del autor, a través de numerosas calas en su trayectoria como hombre de letras y cultura, casi siempre vinculadas al celuloide y la televisión.

En todo momento se muestra radical, diferente, libre, ajeno a los escenarios culturales donde pastorea la progresía mal reciclada, y se jacta, tras militar en la vanguardia de la cultura, de no haber acabado siendo famoso, diputado o funcionario del Estado o de la crema del estamento cultural.

En "*La era de las ideas*", conferencia de 1992 en el Club Siglo XXI, tras repasar los "ismos" caídos en nuestro siglo y su sustitución por tendencias cuyo nombre anteponía el "post", y después del análisis sobre la Transición española de los ochenta, que ocultó los cambios exteriores a nuestro pequeño mundo provinciano, dice que la gran y última revolución actual es la de las comunicaciones. Una revolución que no es como las anteriores sino que tiene lugar en el laboratorio del propio hogar, donde se concentra, merced a los medios electrónicos, buena parte de la información, el trabajo, el ocio, la diversión y las relaciones personales que hasta ahora transcurrían fuera de él.

Adentrarse en estas páginas depara el gozo de recorrer la intrahistoria del cine y la televisión, mezcladas con su propia peripecia vital. En relación con aquél, Cueto nos relata su iniciación en las mugrientas salas de barrio de programa doble, impregnadas de ilusión y melancolía. Frente a él, quienes aprendieron el cine en los "*clubs de hostia y martillo*", es decir, los *cineforum* parroquiales o los cineclubs universitarios, una versión especial de las dos Españas trasladada al cine.

La escritura candente

Tan subyugante como los contenidos es la forma expositiva, para la que crea una prosa extraordinaria, aliada a los más refinados recursos del humor, esa cualidad tan rara de la que emana la inteligencia. Maestro de la ironía, al general censor —entre otras ignominias— que tanto daño hizo al cine, evita nombrarlo denominándolo '*el marido de Carmen Polo*'. Dominador de la paráfrasis humorística (*Yo nací con la infamia* lo es del célebre verso de Rafael Alberti *Yo nací* ¡respetadme!- con el cin*e*, en el poemario *Cal y canto*), numerosas frases y artículos juegan con títulos de películas y canciones, frases célebres y obras literarias: *El colesterol ciega tus ojos*, *Testigo de encargo*, *El Cuarto Reich*, *La chapuza nacional*, 'la *porrización* de las masas'…

En la invención de palabras muestra otra de sus habilidades expresivas, volcadas con naturalidad en neologismos irónicos como *progresemas*, *narratimos* y *narratedios*, *vedetariado*, *entrevistocar*, *progretariado*…Si narra los orígenes del cine adopta un tono épico de resonancias bíblicas diciéndonos que aquel invento sin importancia se convirtió en la más formidable máquina de inventar sueños y "*desde entonces el cine habitó entre nosotros*".

De la significación concreta de una palabra (en *No más zapping*) se eleva a conclusiones universales: el *zapping* no es sólo el pedante neologismo inglés sino una manera de ver la televisión: a saltos, fragmentariamente, sin profundidad, con un interés único en la seducción de la imagen y con escasa atención por el contenido. Y ese es el signo de nuestra época, un síntoma de cómo la cultura se entiende como acumulación fragmentaria e inconexa de informaciones, como un paseo desganado por la diversidad, de lo que se deduce un conocimiento no degustado, un entretenimiento diletante, ajeno al compromiso y la identificación que lo bueno y lo bello exigen del ser humano. Sin embargo enfatiza que, aunque no hayamos podido hallar un término equivalente en castellano, es ese un daño menor frente a las revolucionarias posibilidades del acto de eliminar —y el mando se empuña y se dirige a modo de pistola— lo pretendidamente serio, lo aburrido, lo detestable, la propaganda política y tantas otras maldades que en el medio concurren.

Final

Este libro es, por otro lado, un homenaje a la mirada (el subtítulo es *La mirada vagabunda*), esa manera natural de conocimiento y gozo. Aunque cine y televisión sean también música, entrevistas, diálogos, invención literaria, creatividad, el autor se centra sobre todo en las conquistas de lo que él llama 'la mirada distraída', que va más allá de lo que hay enfrente de los ojos para captar lo que queda relegado en los rincones abandonados de la vida, en el extrarradio del interés general, una mirada valiente que analiza con pasión y hondura lo existente.

De la aplicación del género ensayístico al arte cinematográfico y a una de las formas modernas de la comunicación y el ocio, la televisión, nace un libro sugerente, divertido, profundo, en el que brilla la inteligencia de Juan Cueto, el primer periodista que se atrevió entre nosotros (ya en 1969) a inventar la crítica de televisión, un medio al que los intelectuales de supuesto *pedigree* minusvaloraron desde sus comienzos. Como dice el prologuista: "el resultado de su pesquisa es tal que ni siquiera el tiempo ha sido capaz de romper el equilibrio […] que él le dio a su recreación de la televisión como una de las bellas artes".

A pesar de ser un hombre de dudas más que de certezas, Juan Cueto se muestra en todo momento como un pensador de su tiempo que ha luchado con fuerza y convicción, con audacia no exenta de riesgos, contra los convencionalismos, lo que no excluye una cierta visión melancólica sobre la imposibilidad de mejorar las luces y las sombras del mundo en que vivimos.

Pedro Felipe Granados

Rafael Martín: ***Soria, 2017***

Parecidos razonables

Juan Luis Calbarro

Jorge Rodríguez Padrón, Katherine Mansfield y Alonso Quesada. Ser una de esas islas. Rivas-Vaciamadrid: Mercurio Editorial, 2016.

Un viejo y querido profesor de mis años de facultad, experto en hacer pensar a sus alumnos, propuso en cierta ocasión, con un guiño travieso: "¿No va siendo hora de estudiar la influencia de César Vallejo en la obra de Quevedo?". La idea, tan aparentemente peregrina, ofrecía todo un programa desestabilizador que a algunos nos resultaba sumamente atractivo. Lo más parecido a esa sensación que he experimentado en los últimos años procede de mi reciente lectura del ensayo *Katherine Mansfield y Alonso Quesada. Ser una de esas islas*, de Jorge Rodríguez Padrón, en el que el canario coteja las obras de dos autores perfectamente desconocidos entre sí. La neozelandesa Mansfield (1888-1923) y el español Quesada (1886- 1925) nunca se conocieron y es imposible que jamás se leyeran. Las coincidencias entre ambos son, no obstante, muy notorias; y el hecho de que Rodríguez Padrón recurra a la literatura comparada, tremendamente infrecuente en la crítica española, tan asida a lo castizo. Pero lo había dejado escrito Claudio Guillén: "Si la poesía es la tentativa por reunir lo que fue escindido, el estudio de las literaturas es un intento segundo, una metatentativa, por congregar, descubrir o confrontar las creaciones producidas en los más dispares y dispersos lugares y momentos: lo uno y lo diverso". Ese es, aquí, el trabajo de Rodríguez Padrón, tan interesado siempre por lo que ha llamado "memoria literaria europea" del siglo XX. Efectivamente, desde el punto de vista biográfico, tanto Mansfield como Quesada son isleños; ambos, coetáneos casi perfectos, efectúan incursiones frustradas en el exterior y son descritos por Rodríguez Padrón como "rebeldes e intransigentes" a la par que "frágiles y solitarios"; de una u otra manera —vital, literariamente— ambos maduran de vuelta en la insularidad; y los dos se ven determinados de forma implacable por la enfermedad –la tisis en ambos casos. Los dos separan su yo vital de su yo literario y lo marcan mediante el correspondiente pseudónimo. Las coincidencias son a veces asombrosas; pero si el ensayo se limitase a una enumeración de paralelismos vitales, por muchos y sutiles que estos sean, su cotejo no sería más que un divertimento biográfico. Rodríguez Padrón se acerca a sus obras, que conoce bien, y extrae conclusiones nada caprichosas en el territorio de lo supranacional literario.

Excluida la idea de intertextualidad en sentido estricto, la relación que pueda existir entre las obras de Alonso Quesada y Katherine Mansfield solo puede atribuirse a una intertextualidad en un sentido muy lato, derivada de compartir circunstancias similares en una Europa literaria común. No hablo de la vieja idea romántica de la unidad de la literatura europea, basada en un concepto casi genealógico del caudal ideológico común o de la historia compartida, una idea que impregnó el origen del comparatismo pero nunca pudo oscurecer el hecho de que, frente a lo uno y compartido, existe lo diverso, lo individual e intransferible, lo que precisamente hace de cada creación una obra única e inimitable y un objeto de interés crítico. No: hablo – habla, más bien, Rodríguez Padrón– de una actitud especial ante la literatura y de unas consecuencias textuales concretas que comparten, particularmente, Quesada y Mansfield frente a la gran masa de sus autores coetáneos. En ambos escritores existe una conciencia *moderna* de la identidad rota, eso que —decíamos— la poesía aspira infructuosamente a recomponer. Y, por tanto, su escritura es, independientemente del género al que se adscriba (los relatos de la de Wellington, los poemas y novelas del canario) de carácter eminentemente poético.

La perspectiva literaria de Quesada y Mansfield, nos dice el ensayista grancanario, se basa en el "debate con las formas consagradas por el siglo XIX que sobre ellos gravitan", a saber, respectivamente, el costumbrismo español y la novela victoriana. Su "voluntad de diferencia",

sin embargo, no los conduce a incurrir en los *ismos* tan en boga en su época. No son, ni Quesada ni Mansfield, escritores de vanguardia, militantes que asuman postulados colectivos; su ironía, su desdén hacia las convenciones sociales y literarias no les permite, tampoco, caer en nuevas convenciones. Intentarán "poner en cuestión la escritura literaria convencional de su tiempo" y, en ese camino, sacudir "los órdenes de la lengua en que esa última escritura se encierra"; pero recurre el autor del ensayo a Joseph Brodsky cuando rechaza el discurso de la ruptura de las vanguardias por suponer una nueva atadura: "porque en ellas no es el escritor el que elige la manera, es la propia cultura la que acaba por imponérsela: una mera alternativa estética". La clave de la subversión de Quesada y de Mansfield no sería, por tanto, meramente estética, sino moral y existencial.

Rodríguez Padrón desvela algunas características compartidas de la escritura de sus dos objetos de estudio: la forma eminentemente dramática, el uso de la personificación, los signos de la narración reducidos al mínimo (son sus propios personajes los que transmiten el pensamiento de los autores); el aislamiento y la extrañeza de esos personajes y su capacidad de representar la "conciencia escindida, fronteriza" tan siglo XX de sus autores; la sintaxis narrativa sincopada y fragmentaria —su querencia cinematográfica, casi fotográfica—, que implica también una noción contemporánea del tiempo… Si Mansfield califica lo que hace de "prosa especial", Quesada hará de su narrativa otra forma de poesía. Ambos terminarán ciñéndose a la infancia allá en el Pacífico (ella) y al contexto insular (él), pero no para refugiarse en el pasado, sino para adquirir debida distancia de la realidad que críticamente retratan. Y el resultado es una siempre fértil manifestación de la incertidumbre, un hondo elemento existencial: la ironía, la conciencia de la mortalidad sobre la que tanto y tan bien escribió Octavio Paz. De ambos escritores afirma Rodríguez Padrón que no son ya, por tanto, siglo XIX. A esa *moderna* incertidumbre se añaden la crítica social y moral; la deshumanización; el sobresalto vital que se refleja en "la respiración de la prosa"… Como ejemplo de soluciones similares aporta, entre otros pasajes, sendos fragmentos del relato "En la bahía" de Mansfield y de la novela *Las inquietudes del Hall* de Quesada. Los dos son de 1922.

Y todo nos lo cuenta Jorge Rodríguez Padrón con su estilo habitual: una prosa barroca, fluida y caracoleante, pero humilde y muy explícita, que no renuncia a ninguno de los índices de la reflexión, como si se estuviera dirigiendo oralmente a un público o, aún mejor, comunicando sus meditaciones, en un ambiente tal vez discreto y acogedor, a una compañía de amigos por los que sintiese el mejor de los afectos. Con ese respeto suyo a la inteligencia que un buen lector tanto aprecia.

Desesperada belleza

Juan Luis Calbarro

Diego González. Planes para no estar muerto Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2016.

Planes para no estar muerto es el cuarto título de Diego González (Villanueva de la Serena, 1970), que ya había publicado una novela ganadora del Premio Felipe Trigo en 2006 y dos poemarios. Se trata de una novela breve de tema y tono orientales que difícilmente escapa al calificativo de poética. La anécdota en que se basa se puede contar en escasas líneas y el número de sus personajes cabe en los dedos de una mano; pero a lo largo de su cuidada estructura espiral se encuentra el desarrollo de todo un espacio psicológico y simbólico que atrae al lector, sin remedio, hasta su vórtice final.

Mediante el empleo de un lenguaje conciso y contenido, a ratos sentencioso y casi siempre lírico, de un ritmo moroso pero constante, González consigue hacer

avanzar la acción hacia un desenlace de decepción existencial; pero el mérito de esta novela no estriba en la anécdota, sino en ir apuntalando, a través de símbolos y fraseos de raíz oriental, una lúcida visión universal de la realidad. *Planes* es un planto moderno; un hermosísimo canto al desarraigo que hace residir la identidad en la memoria de las cosas; mejor, en el *no olvido* de las cosas. La alienación radical que acarrea la conciencia de la muerte no supone en este texto duda, incertidumbre ni ignorancia; bien al contrario, no hay mayor certeza en él que el hecho de que la muerte llegará, y la única escapatoria que se concede al protagonista –a la voz poética que narra esta novela– es la de procurar que la identidad de su *partenaire* no desaparezca: que la muerte de su cuerpo no se produzca antes que la muerte de su memoria.

La desmemoria aparece, así, como muerte en vida o como primera muerte; y la salvación es una salvación en la alteridad, que en nada afecta, sin embargo, a la identidad propia: "¿Quién cuidará de mí —se pregunta, en fin, la primera persona— cuando pierda la cara?", siendo la cara en el contexto simbólico utilizado trasunto de esa identidad individual. En efecto, el procedimiento que los personajes y su tradición urden para eludir la mortalidad –cierto ejercicio de escritura– no tiene por objeto convocar la propia memoria, sino conjurar el olvido ajeno y, como todo lo demás, tiene también su plazo: la caducidad del signo es la caducidad de la memoria, o sea, la caducidad del hombre.

La novela es suma de dieciséis fragmentos que podrían funcionar por sí solos, desde el punto de vista narrativo (como microrrelatos) pero, sobre todo, desde el estético. *Planes* es, pese a desarrollarse básicamente en un espacio psicológico, o tal vez precisamente por ello, un libro muy visual: una serie de secuencias —frecuentemente en primer plano— de enorme potencia sugestiva. La disposición narrativa en círculos casi concéntricos en los que los motivos van y vienen, se repiten, se atisban, se omiten o se amplían demoradamente, permite que, antes de aproximarse al desenlace, el lector se encuentre sumergido de lleno en ese contexto simbólico e ideológico. Como sucede con la poesía, hablamos de un libro que no puede leerse una sola vez: tras la primera aproximación, el lector vuelve atrás para disfrutar de ángulos reveladores, de pasajes cuya importancia se le ocultó pero que, en segunda lectura, adquieren tintes visionarios. La eficaz combinación de recursos narrativos y líricos redunda en el efecto persuasivo y no deja al que lee otra salida que dejarse arrastrar irremisiblemente, como los personajes de esta joya que es *Planes para no estar muerto*, al fondo de un pozo de desesperada belleza.

Unos ojos en la travesía

(O LA TRAVESÍA DE UN HOMBRE CORRIENTE CON PENSAMIENTOS CORRIENTES QUE HA AMADO A UNA PERSONA)

Gonzalo Franco Blanco

> No soy nadie especial. Solo un hombre corriente con pensamientos corrientes… He amado a otra persona con todo mi corazón y eso para mí ha sido suficiente.
>
> (El diario de Noah, de Nick Cassavetes)

Luis Ángel Lobato (Medina de Rioseco —Valladolid—1958), ha construido y sigue construyendo una de las más coherentes —y ya dilatada—, trayectorias poéticas de finales de siglo XX y de inicios del siglo XXI de la literatura española en castellano. Si la antología *Sentados o de pie, 9 poetas en su sitio* (seleccionada por Antonio Piedras), pretendía establecer un canon de la

poesía de Castilla y de León con poetas nacidos a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta del siglo XX, autores que se bregaron poéticamente en los años de la movida, el desencanto, y la apertura al mundo, sin duda Luis Ángel Lobato es una de las voces señeras de esa generación poética. "Generación" que desdeñaba, curiosamente, cualquier atadura generacional, pero que reunida en un volumen, expresaba un aire de época, unas influencias comunes y, sobre todo, una voluntad unitaria de libertad en la creación. Como explica el mismo Luis Ángel Lobato, sin que muchos de los autores se conocieran, o se hubieran leído, había elementos en su poesía comunes, voces distantes que entonaban un canto neosurrealista o neorromántico desde la conceptualización del hacer poético.

La obra poética de Luis Ángel Lobato, ya amplia, se enumera a continuación:

Galería de la Fiebre. Fundación Jorge Guillén (Colección Cortalaire), Valladolid, 1992. *Pabellones de Invierno*. Diputación Provincial de Granada (Colección Genil de Literatura), Granada, 1997. Prólogo de Jesús Torbado. *Regreso al tiempo;* L. F. Ediciones (El Árbol Espiral), Béjar, 2002. Prólogo de Gustavo Martín Garzo. *Lámparas;* Ediciones Tansonville, Valladolid, 2010. *Sentados o de Pie, 9 Poetas en su Sitio* (Antología poética —Generación de los años ochenta de Castilla y León—). Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 2013. *Dónde estabas el día del fin del mundo*. Editorial Cálamo, Palencia, 2014. *Poetas Siglo XXI (Antología Poética Universal)*. Editor: Fernando Sabido. *Brillante*. Editorial Playa de Ákaba, Madrid, 2016. *Generación Subway* (Antología poética, Volumen III). Playa de Ákaba, Madrid, 2016. *Poesía en vivo* (Antología poética). Editorial Páramo y Editorial Maxtor, Valladolid 2017. *Unos ojos en la travesía*. Editorial Playa de Ákaba, 2017.(Así mismo, tiene escritos otros dos libros de poemas —inéditos por poco tiempo— como son *Ritual de Náufragos* y *Cambio Disperso*).

Lámparas, Brillante y Dónde estabas el día del fin del mundo, componen una trilogía denominada por el autor "Del amor y del desamor". Por mor y capricho de los tiempos editoriales, *Dónde estabas…* fue publicado (2014) con anterioridad a *Brillante* (2016) —reseñado en *Cuadernos del Matemático,* nº 55, 2017— pero el orden de lectura lógico es el antedicho para poder captar la evolución del tono poético y de la anécdota que subyace en los tres libros y que alcanza, o cree alcanzar, su conclusión en *Dónde estabas…*

El autor de estas líneas sostiene que la poesía de Luis Ángel Lobato compone un único y largo "Poema de Amor y Desamor" que fluye, como un río, desde su primer libro y que está lejos, si cabe, de haber finalizado, aunque sí se ha ensanchado con la introducción de nuevas materias. Por eso, en un artículo publicado en el diario *La Voz de Rioseco* (2014), osaba afirmar: «¿Qué quedará de nosotros/ cuando el amor se haya ido? ¿Qué será/ de nuestra muerte cuando el amor/ se haya ido?". Son las interrogaciones casi finales del libro, aunque un ruego se infiltra entre los intersticios de la desesperación: que el poema, los poemas, no establezcan un alcance, una distancia, inaccesible con la amada, pues "de la dulzura solo tú"››.

Unos ojos en la travesía, tiene dos partes diferenciadas: en la primera, titulada "Tiempos tangenciales", se hace un repaso, a través, de varios niveles temporales —que a veces chocan en un determinado punto— a momentos de la vida del yo poético que marcan la historia de amor que se entrevé según van avanzando los poemas. "Y que sí remite, ciertamente, a lo declarado en los tres poemarios de la anterior trilogía del amor y desamor", dice el poeta en una de sus últimas declaraciones. "El tú poético que anida en esta primera parte de *Unos ojos en la travesía* es el mismo —quiero creer— que el de los nueve libros de poemas que hasta ahora he escrito", concluye.

La segunda parte del libro se titula "Días contemporáneos" donde el poeta "pretende insistir aún más en lo cotidiano, tanto en lo íntimo como en lo social, y transcenderlo".

El elemento autobiográfico del yo poético se convierte, si cabe, en fundamental, pues esta parte es un diario poético: "siete poemas que se corresponden con siete días, aunque no configuran una semana única, sino que representan los trabajos y los días comprendidos entre 2011 y 2015". En estos poemas aparecen personas y acontecimientos muy cercanos a la vida del poeta: alumnas, camareras, muertos, bares, calles, libros, películas, personajes imaginarios…

Unos ojos en la travesía es, pues, un libro de poemas que surge independiente, tanto en voluntad como en su realidad, finiquitando su antología del amor y del desamor, cambiando el tono poético, aunque no el estilo, e introduciendo en su poesía nuevos asuntos anecdóticos hasta ahora tangenciales.

"Comienza/ ese derrumbe/que bloquea el corazón:/ la ciudad sin ti". Este es el inicio desolado del libro, que enlaza sin solución de continuidad con *Dónde estabas…* y que finaliza en esta primera parte con: "¿Dónde se deshace/ el núcleo/ de la posesión, el arma letal/ de tus sentimientos." Quizá nunca tenga el poeta respuesta a esta pregunta desesperada, aunque el tiempo haya degradado el amor pero no la memoria del amor. "Tus ojos/ cruzando por la amnesia/ de aquella travesía". Cruce

de ojos en la travesía de la amnesia, podía ser un título alternativo de este libro, travesía y ojos que llegarán, seguro, al próximo libro como memoria inextinguible.

En el prólogo del libro, el novelista Gustavo Martín Garzo detecta sutilmente que en la poesía de Luis Ángel Lobato: "la belleza es un peligro, una amenaza para los seres que la poseen: un don y un castigo a la vez. Sus poemas están llenos de hermosas y perturbadoras rarezas, por eso suelen provocar una sensación de vértigo, como si leerlos fuera andar por senderos inciertos que no sabemos adónde nos pueden llevar".

Este último libro de Luis Ángel Lobato, *Unos ojos en la travesía*, inaugura una eclosión del "posamor", como podríamos denominarlo —en estos tiempos de "posverdad"—, pues ese "Gran Poema de Amor y Desamor" que alcanza ya los nueve libros y que parecía agotado, sigue un curso extraño, pantanoso, deltaico, más allá de su destrucción en *Dónde estabas el día del fin del mundo*, acompañado de ese otro mundo alternativo que está surgiendo en forma de diario poético y que nos dará, seguro, nuevos días y poemas en el futuro.

Gonzalo Franco Blanco

Juan Carlos Elijas, el poeta nómada

Juan González Soto

«Entre la vida y el poema, la escritura». Son palabras de Juan Carlos Elijas (Tarragona, 1966) en el mínimo párrafo con que se inicia la solapa de *Balada de Berlín* (2017). Es mucho más que una declaración de intenciones. Es la lacónica expresión de toda una poética: Primero, lo vivido, lo respirado y lo sentido, lo imaginado y lo experimentado; después, el trabajo, la ardua tarea de la voluntad diaria, el combate, singular y feliz, sí, pero esforzado, valiente también, pero no menos sudoroso; finalmente, el poema, la consecución, el logro, el fruto entre las manos, los versos uno a uno. *Poeta é um fingidor*, escribía Fernando Pessoa; «El poeta es un trabajador» escribe ahora Juan Carlos Elijas.

Y es ya abundante su obra poética, prácticamente una veintena de libros. Tan abundante es que incluso publicó, en 2014, no aún una obra completa, pero sí una amplia antología, precedida por un enjundioso prólogo de Javier Peñas Navarro y seguida por un epílogo no menos jugoso de Pilar Gómez Bedate. El título es, el lector no esperaba menos, un juego de palabras iniciando una sonrisa: *Ontología poética (1998-2014)*.

Ahora aparece *Balada de Berlín* en la colección Versos Sueltos, de la editorial zaragozana Los Libros del Gato Negro, nombre alejado de los malos augurios, cercano a la mejor literatura, aquella que es capaz de atreverse con el poeta de otros mundos, aunque todos en este, Edgar Allan Poe.

No son pocas las sorpresas que depara la lectura de la obra poética de Juan Carlos Elijas. No es esta la ocasión para nombrarlas todas. Me ceñiré a una sola, a la que viene al caso para iniciar esta invitación a la lectura del poemario. Ahí va esa sorpresa: El poeta ha ido tejiendo en diversos libros una suerte de geografía lírica. Ahora llega una mínima demostración. En 2005 publicaba *Camino de Extremadura* (Zaragoza, Gobierno de Aragón), que es, esencialmente, el libro de un viaje, un viaje imaginario, sí, un viaje interior, claro está, pero un viaje a un lugar, a la Extremadura de sus entretelas y de su corazón. En 2009 aparecía *Delfos, me has vencido* (Barcelona, El Bardo). Enrique Badosa, que firma el epílogo del libro, escribe en él que se trata de una periégesis, esto es, un itinerario geográfico, un tanto

particular, sí, ya que recoge información sobre la historia y las costumbres, sobre los pueblos y la mitología de los lugares que atraviesa, pero itinerario al fin y al cabo, un viaje, en definitiva, el detallado dibujo de una geografía, íntima en esencia, pero no menos exterior. También de 2009 es *Cuaderno de Pompeya* (Zaragoza, PUZ), que es, además de otras muchas cosas, lo que nombra el título, la arribada a un lugar, el paseo subjetivo, que es también una visita objetiva, la permanencia en un lugar, la vuelta al punto de partida. El año 2011 publicaba *Lisboa blues* (Tarragona, Cuadernos de la Perra Gorda). Se trata de un libro de amor en el que todo desemboca en Lisboa, y en su gran río llegando al mar, acaso inaugurándolo.

Extremadura, Delfos, Pompeya, Lisboa… Ahora el poeta entrega *Balada de Berlín*. Nombra de nuevo un viaje, y una geografía. Pero hay mucho más, evidentemente. De cuanto hay en este nuevo y feliz poemario da mesurada, exacta cuenta Eduard Wald en el prefacio. «Las aguas que aún no reconoces» es su título. Informa sobre la gestación del poemario, el nacimiento de su escritura, las secciones que lo componen. La primera de ellas está compuesta por siete poemas y es la que da título al libro, «Balada de Berlín». Se trata de una sextina de endecasílabos blancos. Todos ellos acaban con las mismas palabras, las seis palabras que para el poeta designan la ciudad, nombran Berlín: 'arte', 'Bertolt', 'lago', 'muro', 'puerta', 'agua'.

El libro se inicia con un poema prologal, que es más que una obertura, una suerte de fe de vida lírica. El poeta se nombra a sí mismo y se define en el mismo título: «Los códigos del nómada». Así es, el poeta decide ser viajero sin fín, cantor ambulante, nómada lírico. Ahora este lector entiende la larga secuencia geográfica en los libros de Juan Carlos Elijas. Se halla en la secuencia de tercetos y cuartetos blancos de ese poema liminar: *Aquí la condición humana enseña | sus colecciones de segunda mano | y pregunta si fue verdad la vida*.

El poemario continúa con «Elegías de Weissensee». Al título rilkeano, también poeta trashumante, le siguen poemas en que se entrelazan los paseos por las calles y las visitas a los museos. El lector, ya acostumbrado a estos trasiegos tan del gusto del poeta, no puede menos que aplaudir el entrecruzamiento de los hallazgos líricos con las sorpresas inusitadas. Así, Nefertiti *pasa pedaleando suavemente tras la aurora | calma*, o, poco más adelante, *en el ayer de los tranvías viajan ángeles | decapitados*.

En «Trilogía de Spree River», el poeta detiene su paso y su mirada en tres cementerios: *Dicen que en los cementerios vive la historia del arte. | La imaginación seduce, la constatación no inventa*.

En el corazón del nómada habitan cuantas personas con él compartieron, y en el recuerdo siguen compartiendo, viajes y fatigas. Habitan la memoria muy particularmente. Al poeta le acompañarán, ya para siempre, entrelazando nudos y poemas. Así nace y crece «El cuaderno de Eva Schenk»: *Las casas acumulan la edad en sus arterias* es el verso que abre y cierra sus siete poemas de alejandrinos blancos.

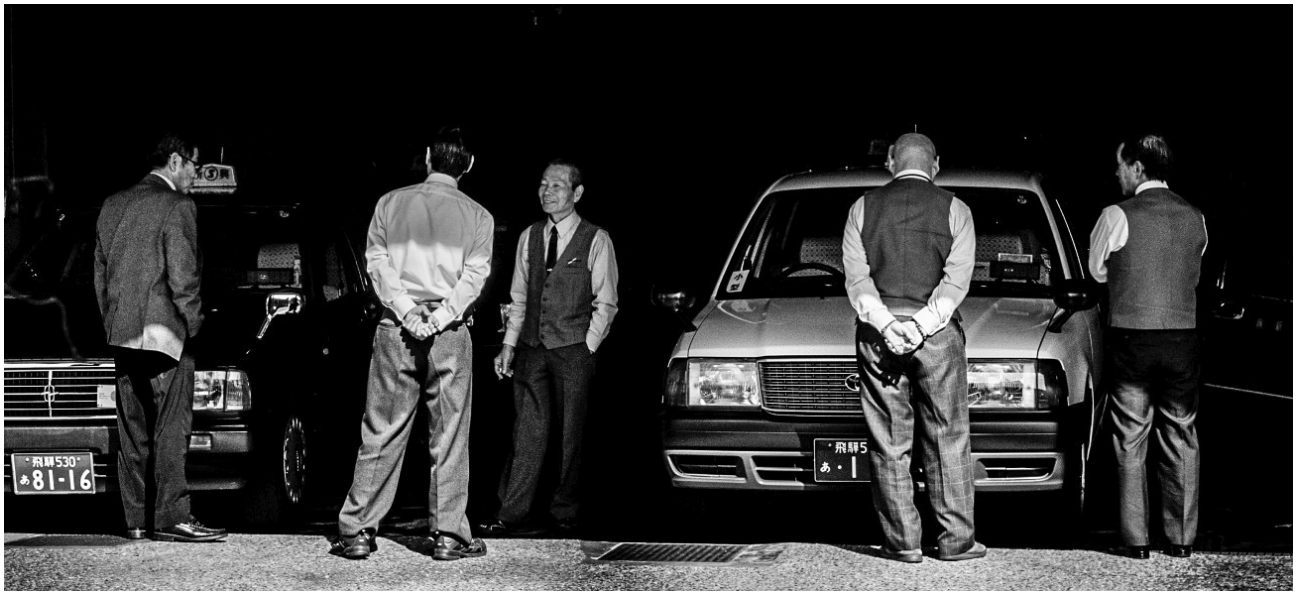
Sigue «La noche del cazador», un único poema de lectura compleja, aunque musicalmente precisa, de avance en imágenes e intermitencias, aunque de gran belleza. El poeta nómada parece subir y bajar decenas de escalones en busca del doctor Caligari, o acaso huyendo de él, *porque este era el poema entre escaleras rotas | las heridas protestan, la cicatriz descansa*.

«Oda sinfónica para una víscera» muestra al poeta nómada deambulando por las calles de la ciudad en que habitan la ignominia y la injusticia, la degradación y la pobreza: *Mi corazón rompe sobre muñecos de feria, | las heladas noches de este corazón*.

Finalmente, la parte que cierra el libro, «Coda» es su título. Presenta un único poema, «Las aguas que aún no reconoces». *El nómada ha dejado Berlín, | deshabitado el verso, la maleta | dispuesta*, así empieza. Es el poema de la vuelta, que no despedida, sino canción compartida y unánime. *Cántanos, corazón*, escribe el poeta.

El lector encontrará en *Balada de Berlín* versos y poemas, no pocas veces complejos, de dificultosa comprensión, pero siempre compuestos con intensa musicalidad. Sabe el lector que Juan Carlos Elijas, el poeta nómada, el cantor trashumante, no ha cedido ni un ápice. No ha buscado nunca el verso accesible o sencillo (búsquense metros diversos en el poemario, pero ninguno fácil). No ha permitido enmascararse bajo un lirismo cómodo o alejado de la mirada crítica. No ha hecho de su viaje de ida y vuelta un mediano devaneo turístico. El lector, bien lo sabe —no puede hacerlo de otro modo—, habrá de decirlo con las palabras del poeta: *Todo nació por lo invisible, la conciencia | feroz, cabal de espectador, el corazón | sin las palabras dadas, solamente intuidas*.

Juan González Soto



Carlos Escribano

Lecciones de vida para tener en cuento

Juan Carlos de Lara

Juan José Sayago Robles. Teresino, un burrito en el camino, Apuleyo Ediciones, Huelva, 2017.

Hay libros que llegan a nuestras manos, que se leen con mayor o menor interés y que luego se olvidan. Otros, sin embargo, se quedan para siempre con nosotros. Este es el caso de "Teresino, un burrito en el camino", un cuento que ha publicado Apuleyo Ediciones y del que es autor mi buen amigo y compañero Juan José Sayago Robles. Y es que, desde la rima inicial de su título, esta pequeña obra en extensión pero grande en sentimientos va llamando nuestra atención para hacerse querer a través de una historia tierna y sencilla que supone todo un bálsamo en un mundo editorial en el que hoy están de moda, cuando las obras se dirigen a los más jóvenes, relatos más fantásticos y extravagantes.

El libro, el primero que publica Juan José Sayago, que es también el autor de sus ilustraciones, cuenta la historia de Teresino, un burro cuya existencia, que había consistido en dar vueltas alrededor de una enorme rueda dentada de madera, cambia radicalmente cuando su amo lo cree acabado y prescinde de sus servicios. En ese momento, el desconcertado animal emprende un nuevo camino lleno de aventuras y descubre, como se nos dice en la propia cubierta del libro, "que la vida es más, mucho más, que aquello que pasa a nuestro lado mientras que otros se empeñan en que nosotros hagamos otras cosas…".

Juan José Sayago, que afirma que su primera lectura fue "Platero y yo" y que desde entonces ha sido su libro de referencia, también inicia su obra presentando físicamente a Teresino. Y aunque la blancura del burro de Moguer es sustituida ahora por el color azabache, qué duda cabe que esta misma palabra supone uno de las numerosas maneras con las que el autor trata de conectar con la voz juanrramoniana.

Manteniéndose fiel a los libros que desde siempre han conformado su personal universo literario, Sayago lanza a su protagonista a deambular por los caminos en un itinerario casi cervantino. Y como un nuevo Don Quijote, Teresino se dedicará a resolver entuertos "a dentelladas secas y calientes", tan desesperadas y decididas como las del célebre verso de Miguel Hernández. De este modo, se enfrentará en lo que supone su aventura principal a la crueldad de un circo que nos produce un desasosiego similar al que de niños nos provocaba ese otro que aparecía con sus titiriteros en el célebre "Pinocho" de Collodi. Qué duda cabe que, con sus referencias literarias, este cuento defiende en última instancia que la lectura y la vida no son únicamente realidades intercambiables o complementarias, sino auténticos vasos comunicantes.

En "Teresino, un burrito en el camino" nos encontramos, ciertamente, con una historia muy bien contada. Rebosante de ternura y simpatía, su prosa es ágil, entretenida, estimulante y de una naturalidad tan sabia que nos llega a sorprender. A su sencillez contribuye, por una parte, el carácter esencial de una puesta en escena donde no se hacen alusiones que permitan identificar una geografía concreta y, por otra, el afán que demuestra por ir acumulando una serie de experiencias básicas: la soledad, el compañerismo, el deber, la amistad o el amor. En el fondo subyace la idea de que en la simplicidad habita lo más profundo de la existencia, transmitiendo sus páginas, aunque sus protagonistas sean unos pocos burros, toda una vibrante lección de humanidad.

El libro que Juan José Sayago pone en nuestras manos no sólo nos conduce a reflexionar en torno a las conexiones entre la Literatura y la vida, sino también sobre el grado de compromiso y acción que nos reclaman las circunstancias difíciles con las que a veces tenemos que enfrentarnos. Es la eterna pregunta del qué debo hacer. Desde esta perspectiva, se hace evidente que la licenciatura en Filosofía, que nuestro autor hizo tras

acabar Magisterio, impregna el argumento de la obra, deslizándose en una de las páginas más hermosas una referencia a la ética kantiana. Se trata del instante en el que a Teresino, tras levantar sus ojos hacia el cielo estrellado que había sobre él, algo que no sabe definir muy bien le impulsa a mirar al interior de sí mismo, hacia la voz silenciosa de su conciencia moral.

Maestro de primaria antes de ser profesor de Lengua castellana y Literatura en el Instituto La Rábida de Huelva, Juan José Sayago sabe muy bien cómo trabajar la inteligencia emocional de los niños al tratar en este cuento unos temas de profundo calado de una manera tierna y conmovedora. De hecho —y es aquí donde se multiplica su incuestionable valor y autenticidad—, "Teresino, un burrito en el camino" surge de los dictados que les iba haciendo a sus antiguos alumnos en el colegio "Alcalde J. J. Rebollo" de San Juan del Puerto.

Este afán pedagógico es, a poco que se hojeen sus páginas, una de las señas de identidad de esta verdadera fábula, porque así puede calificarse este cuento donde los animales hablan con una nítida finalidad moralizante. Y es también, con las actividades que el taller de lectura incluido al final del libro nos propone, una herramienta muy útil para los profesionales de la enseñanza a la hora de encauzar todo aquello que bulle en el mundo interior de los niños, contribuyendo en la tarea de poner en orden sus emociones.

"La enseñanza, la poesía y la amistad son tres maravillosos caminos que, algunas veces, se cruzan entre sí". Con esta frase comienza la entrañable dedicatoria que me dejó Juan José Sayago en el ejemplar que tengo de este primer libro suyo. "La enseñanza, la poesía y la amistad". Con qué pocas palabras ha trazado, sin pretenderlo siquiera, un ajustado resumen de su propio cuento, las aventuras de su burro Teresino, que, como el Platero de Juan Ramón o el rucio de Sancho Panza, ojalá trote por las librerías y los colegios durante mucho tiempo.

Raquel Lanseros, como lluvia torrencial

Antonio Moreno Ayora

Raquel Lanseros. Esta momentánea eternidad. Poesía reunida (2005-2016)

Es Raquel Lanseros una de las poetas actuales que con más fuerza —por su personalidad, humanidad y valía literaria— se está adueñando de la escena lírica del momento. En medio de su constante trajín de lecturas, viajes y recitales acaba de dar a la luz el libro *Esta momentánea eternidad. Poesía reunida (2005-2016)*, que pronto ha acaparado el interés de la crítica y de las páginas de las revistas especializadas. Al margen de ellas vamos a realizar nuestra particular lectura del volumen (Madrid, Visor, 2016) buscando claves, relaciones y particularidades de una poeta que abre su libro advirtiendo —y ahí está su presentación para el lector—: "Siempre he sentido que todo lo que tiene que ver con la poesía es, de algún modo, un acto de amor".

Comencemos avisando que *Esta momentánea eternidad* es, según su título, un volumen antológico que agrupa cinco poemarios, por muchos de los cuales su autora ha recibido prestigiosos galardones (muestras son un Accésit del Adonáis o el Premio Antonio Machado en Baeza) más otros poemas sueltos aparecidos en revistas e incluso algunos totalmente inéditos. Es de aquellos, el primero del año 2000, punto de arranque de la recopilación. De su llamativo título, *Leyendas del promontorio,* va a ir trascendiendo poco a poco hacia el lector una

poesía sencilla pero cargada de símbolos de una vasta cultura literaria, acogiendo unas veces reflexiones sobre conductas personales ("La gravidez del odio"), otras sobre sentimientos como la duda, la melancolía, el amor, si bien en la lectura se advierte que la poeta trasvasa su emotividad con una delicada sencillez que cae sobre el lector como una lluvia revitalizante.

La poesía brota en los versos de Lanseros como una necesidad de comentar la existencia, de comprender momentos de candor o de misterio, alguna vez para ironizar incluso sobre lo artificioso y falso. Estos puntos de vista se sostienen claramente en el libro de 2006 *Diario de un destello*, que entre otros rasgos de estilo confirma cierta predisposición a repetir versos que parecen un estribillo que remarca una idea importante para el poema y desde la cual se estira y ahonda, como puede observarse en "Yo nunca resistí las despedidas" perteneciente al título "En ocasión de todos los finales".

Creo que debe apuntarse que este libro *Diario de un destello* incorpora, al menos por lo que puede juzgarse por esta recopilación, textos líricos de carácter humanitario o social, como el titulado "Yago Bazal se deja ver dos horas", más extenso que otros y con el que se rememora la historia cruda "de un hombre declarado clandestino", según remarca el segundo verso. Y junto a ese detalle socio-histórico destellan, recurrentes, varios poemas sentimentales que quedan anunciados por afirmaciones del tipo "He soñado con fuentes de tu piel esta noche", o "Si conocer es verte sin que te vean los ojos, /… / Entonces, te conozco".

Y esa punzada social que emergía en *Diario de un destello* va a verse igualmente denotada en el próximo de 2008 *Los ojos de la niebla*, donde la mayoría de los títulos contienen los términos *hombre* o *mujer* ("El hombre en la cima", "El hombre desnudo", "Una mujer acude a la oficina"), y en el primer poema "Un joven poeta recuerda a su padre" se escuchan varias reflexiones sobre la vida ("que la belleza abrupta del vivir cotidiano /… / es en esencia tan mágica y rotunda") que pueden entenderse como base de cuanto van a contener los posteriores. El ámbito sentimental femenino ("La mujer que reza", "La mujer insoportablemente leve") va a constituir uno de los soportes líricos del poemario, y se la ve como ser desengañado por el amor, o como alma dolorida ante la muerte, o como habitante de una bella tierra en donde se ha consumido su valentía y su lucha… Mujeres son estas descritas con máxima delicadeza y respeto, circundadas todas por una dura realidad de la que, para muestra, puede aportarse la de Beatriz Orieta, que alzó su vocación de maestra nacional entre la miseria, el idealismo literario y la herida del amor. Mujeres por un lado y hombres por otro, hasta nueve composiciones se acercan al mundo masculino ofreciendo retazos de su vivir, de sus sueños, de su esperanza y de su belleza (véase "El hombre desnudo"). Por eso hay en el libro dos mundos que se complementan y a veces se entrecruzan, dejando atrás una estela que solo la magia del amor sabe crear, bien sea entrevista desde la orilla del hombre que "cantaba en el oído / de una mujer dorada como el barro", o desde la de la mujer: "Ella quiso a uno de ellos más que a sus propias manos. / Pero ya no lo ama". Magia, sutileza, penetración y ahondamiento emocional son constantes en el libro, que entre otros deja versos tan metafóricos como este de "Las campanas son / las lágrimas del viento".

En 2009 aparece *Croniria* y con él un modo intenso, íntimo, visceral y a la vez epidérmico de sentir la vida. Los versos van surgiendo con una originalidad que sobrecoge al lector y a este le llegan intuiciones, afirmaciones, raptos ante la sorpresa agradable de la existencia. Muchos poemas contienen insinuaciones y deseos —expresados por ello a veces en imperfectos de subjuntivo, como "pudiera", "contuviera"…—; la mayoría se ensanchan a partir de lo menos esperado y se expanden por derroteros igualmente increíbles, incorporando conscientemente expresiones culturales llamativas, como "cautiva y desarmada" o "Pero me gusta" (*But I like it*). Es más, la dosis de imaginación y de ficción a que impulsan las imágenes aparecen alguna que otra vez contrarrestadas por aprendizajes referentes a la muerte o al tiempo, como puede apreciarse en el título "La serpiente", la mayoría de cuyos versos parecen una ingeniosa remodelación del tema manriqueño sobre la sorpresa que el tiempo nos reserva (véase el apartado "El éxodo de las nubes"). Si surge el amor, entendemos que lo trastoca todo (de hecho, "Declaramor de ación" es un juego continuo de palabras dislocadas por la fuerza del amor), y sin duda su pasión es poderosa fuerza de la vida: "me confieso deudora de la carne / y de todos sus íntimos vaivenes / que me hacen más feliz / y menos libre". De este tema amoroso y pasional se destacan varios poemas como "Amor contra corriente" (que comienza de esta manera tan bella: "En el tálamo terso / como el hielo dormido de un estanque / dos cuerpos que se aman melancólicamente / se saben fuente y lluvia"), o el de tono tan erótico y lascivo como "Tradición oral"; todo sin olvidar que entre los versos se erigen diferentes tonalidades amorosas, como el olvido ("Sobre una cama helada"), las diferencias entre las costumbres amatorias ("El espíritu de una época"), la loca necesidad del otro ("Perdonen la tristeza"). Y añadamos aún lo que son ilustraciones líricas sobre otros poetas (Machado en "22 de febrero": "Dicen que desde entonces en Collioure /

no ha dejado jamás de ser invierno") o sobre la idea de Dios ("El creador del creador").

Croniria es sin duda un libro excepcional, con una dicción y unas imágenes excepcionales, con unos acercamientos a la existencia, sus fantasmas y el amor igualmente únicos. Por eso puede considerarse que ya, por cuanto contenía de emoción y aprehensión, estaba anunciando otro libro que seguro significó la consagración definitiva de Raquel Lanseros como poeta verdaderamente dotada de una fuerza irresistible: *Las pequeñas espinas son pequeñas* (La Isla de Siltolá, Sevilla, 2013).

Este que acabamos de citar es el más reciente poemario de Lanseros, que lo presenta dividiéndolo en cuatro partes: "Cuanto sé del rocío", "Cónclave de mariposas", "Croquis de la utopía" y "El pasado es prólogo". Así, su primer poema es estremecedor, centrado en la identidad, la importancia de la palabra y el deseo de eterna compañía. En otros siguientes la protagonista se inunda de naturaleza hasta llegar "a ser ola a la vez que miro el mar"; se empapa de amor (ahí está "Propósito de enmienda", tan sincero) y anota el paso de la edad tiñendo la memoria. También ahora los versos de Raquel son sorprendentes en su bella simplicidad; parece como si ella tuviera el don de decir las cosas, de descubrir las verdades con toda la intensidad de una voz aún no escuchada hasta oír la suya: "llega por fin, mira cómo te busco / en esta momentánea eternidad".

Lo que elige Raquel para poetizarla es la realidad más variada y sutil, a veces lo escondido o aquello en que no pensamos hasta que ella lo deletrea y construye: "Bastan cinco fonemas para seccionar / el amor en dos cuerpos" (en "Adiós"). Su mundo es filosofía –a veces machadiana, como en "La subrogación perceptiva", es palpitación de intuiciones amorosas, es recuerdo fecundo que regresa las sensaciones y la felicidad que antes aturdió.

Lanseros busca ocasión para bucear en la historia a fin de intentar comprenderla y amarla, como si fuera heredera "de la eterna codicia de unos pocos". También bucea en el contexto literario para plantear una intertextualidad creativa ("La incesante metamorfosis"), y lo mismo habla una y otra vez de la finitud o la pérdida ("Todo aquello que amé y tuve por mío / hoy me contempla con indiferencia") que de lo que representa lo vivido ya hecho nuestro. Precisamente el último apartado de los cuatro indicados se titula "El pasado es prólogo", que ya contiene el simbólico poema "Faros abandonados", pero que es urdimbre para muchas de las personales, originales e inesperadas reflexiones de la autora, que lo mismo desentraña la verdad ("Duele el dolor, decías, pero si uno es valiente / las pequeñas espinas son pequeñas") que se aferra al presente abrazando su dicha infalible: "Sé que tengo sentido porque vivo, / y sé que no hay dolor ni menoscabo / que puedan inmolar esta fortuna / de ser en el presente, de existir, / de sentirme el orfebre del instante". Dese cuenta el lector de las muchas veces que Raquel Lanseros utiliza la forma *sé,* prueba del convencimiento de sus propias intuiciones y de sus más veraces asertos sobre la existencia. Es eso, al fin, su poesía: un bello aserto que cada poema plasma de modo diferente pero con una recurrente seguridad en la palabra cálidamente dicha y ardida en tantos sinceros versos de plenitud reflexiva, duda, alegría y amor.

Quien no hubiera tenido ocasión de descubrir o de leer antes a Lanseros, la tiene ahora en esta magnífica *Poesía reunida (2005-2016)* de Visor, en la que como último apartado que no constituye libro hallamos los titulados "Poemas exentos/Poemas inéditos", fechados entre 2008 y 2016, unos publicados y otros inéditos pero teñidos por impulsos con los que el lector se emociona ante ciertos latidos impregnados de biografía familiar, o ante la importancia concedida a la palabra, o ante la magnanimidad de ilustres hijos de España (véase "Sigue doliendo España"), o ante la fina ironía que despliega mezclando historia y fútbol en el único soneto de este libro, "Nuevo cantar de gesta". En estos poemas el sueño, las incógnitas, el presente acuciado por la muerte son asuntos que los relacionan con otros poemarios anteriores a 2016 y señalan orientaciones que adquieren fuerza y contenido en esta extensa recopilación en la que la palabra "eternidad" es clave, porque todo —aunque pasajero y pequeño y súbito— "y seguirá girando, gravitando, alejándose, / cumpliendo su deber de eternidad". Este concepto se ha adueñado de los versos de toda la recopilación, tras cuya lectura nos damos cuenta de que Raquel Lanseros es una poeta marcada por su género de mujer única, imprescindible en su lirismo, unificadora de muchos de nuestros más necesarios y recónditos sentires. Creo estar seguro de que a ella se le pueden aplicar sus propios versos —véase "Lluvia", poema exento de 2008— en la convicción de que "De vez en cuando nace / una voz transparente, insobornable, / tibia como el sabor de una promesa. / Entonces escuchamos la melodía del agua / y al fin nos damos cuenta / que está lloviendo a cántaros". Una lluvia torrencial, fuerte, vigorosa, que limpia el ambiente con su lirismo y lo purifica filtrándolo hacia nuestro interior con emoción es la poesía de Raquel Lanseros. Atentos a cuanto cree y publique a partir de ahora, que ella es muy activa y receptiva, y convierte pronto su observación y sentimiento en materia poética de alta calidad.

Antonio Moreno Ayora

Evaristo Delgado: ***Museo del Prado***

Córdoba deviene símbolo. Comentario a Córdoba, ciudad de destino de Carlos Clementson

José María de la Torre

Córdoba ha sido cantada a lo largo de la historia por una legión de escritores de todas las latitudes y épocas: desde Strabón y Julio César hasta Séneca y Lucano, desde Iben Hazm y Abul Beka de Ronda hasta Alfonso X el Sabio, desde Juan de Mena y Góngora hasta el Duque de Rivas, desde Rubén Darío, los Machado y Unamuno hasta García Lorca, por no nombrar a autores más cercanos a nosotros como Cela, Aquilino Duque, García Baena, Ricardo Molina… Todos ellos nos presentan una Córdoba distinta, singular, con enfoques particulares, que la enaltecen. Sin embargo, es Carlos Clementson, hasta donde mis conocimientos alcanzan, el único poeta que nos muestra una Córdoba plural pero armónica en sus distintos cantos o poemas. Justifica esta aserción mía su vario, polifónico y diverso libro *Córdoba, ciudad de destino*.

El poemario, nos advierte el mismo autor, no es un libro de historia sobre Córdoba, sino "un viaje a la historia de nuestra ciudad, de la mano de sus hijos más ilustres", como reza la dedicatoria que tuvo a bien brindarme el poeta, cuando me regaló el libro. En efecto, a través de sus sesenta y cinco poemas (si he contado bien), C. Clementson nos pone delante de nuestros ojos sesenta y cinco focos de nuestra "celeste Córdoba enjuta", tanto por sus múltiples formas de decirlos o cantarlos, cuanto por la agudeza de la mirada encerrada o contenida en ellos. Quiero decir que en el libro *Córdoba, ciudad de destino* el lector no se va a encontrar un ritmo raquítico ni una música monótona, parca y severa, sino grata, diversa y múltiple, pues anchos, amplios y caudalosos versos (en ocasiones quebrados) exquisitamente acordados conviven con otros metros de remansada, embridada, armónica melodía. Prueban lo primero las dilatadas y extensas estampas de "Palabras de Séneca", "Nueva epístola a Lucilio", "Un sueño en el sur", "Encuentro y despedida", etc. Ejemplos del verso heptasílabo, octosílabo (romance), endecasílabo en todas sus variantes (enfático, heroico, melódico, sáfico), alejandrino, etc., son "Soledades", "Antepasados", "Ciudad de destino", "Iluminación de enero", "Colonia patricia", "Sombra de Lucano", "El collar de la paloma", "Paseo de la Ribera", "Aun"…

Pese a ser un periplo a todas las direcciones y tiempos, en el fondo, el lector se halla ante todo delante de una amplia subyacente elegía, mas modulada sin nostalgia, sin resentimiento por algo perdido o algo perecedero, huyendo de la palabra huera, altisonante, como harían los peores románticos españoles, sino siguiendo los pasos de la suprema escuela española o inglesa romántica, pues Clementson constata la fugacidad de la belleza y del goce, y del tiempo ido y de la caducidad de cuanto nos rodea, sin plañido, con actitud vital, con voz jubilosa, como revelan los siguientes versos:

El sol arranca un frío destello a su corriente…/ y sí, está ahí, aún sigue,/ aún sigue el puente oyendo narrar la vieja historia/ al agua que desgrana su secular salmodia/ y déjase jirones de espuma en sus sillares/ mientras bajo los ojos del puente el tiempo pasa,/ pasa bajo la piedra,/ y queda, como el río,/ y aun es Córdoba eterna.

¿De dónde nace esta actitud sosegada que el lector percibe en la lectura de muchos de estos poemas? En mi opinión, brota y germina de saber convertir

alternativamente lo fugaz en inmóvil. Es decir, en *Córdoba, ciudad de destino*, el narrador o cantor se ha convertido en un narrador narrado, porque ha opuesto con sabiduría poética el tiempo concebido como *Kairos* (momento presente) al tiempo interpretado como *Aion* (tiempo eterno) y estos, a su vez, enfrentados al "tiempo que pasa". Léase, por ejemplo, el poema "Ciudad de destino" y se comprenderá a la perfección la antítesis temporal acuñada tanto en los adjetivos con significado "inmóvil" como en los verbos de sentido de "cambio" o "devenir": *eterna, anclada, tiempo quieto, queda, tu estar,* etc. *vs. tiempo que pasa, discurre, río del tiempo, pasas*, etc.

Junto a ese rasgo, en *Córdoba, ciudad de destino*, su autor nos ha proporcionado finas notas de ironía que encienden versos para que el lector se percate de la otra realidad subterránea en el poema:

Brama un ciclomotor con atroz estrépito/ de estulticia y chatarra. Embota los sentidos/ el tráfago monótono de autocares nocturnos/ por toda la Ribera. Y mira, allá en la Ermita/ de los Mártires,/ la triste y soñadora sombra peripatética/ de Ricardo Molina -el libro bajo el brazo/ parece desertar de este fluvial paisaje/ doméstico de antaño, […].

O repárese en estos otros versos:

Venid aquí los que con fe angustiada/ /queráis soldar los bordes de la herida./ La deidad que aquí tiene su morada/ nunca por otra ajena fue vencida.

Por otra parte, como es de suponer, un poemario que se escribe con unas intenciones muy concretas y desde unas posiciones dialógicas con el pasado, o con el presente, el lector se encontrará con un ámbito eminentemente culturalista. Mas no se piense que el culturalismo es frío en manos de este poeta, sino ardiente, acertado, que inspira admiración. Yo lo percibo como una lucha armonizante de amor e inmortalidad. Carlos Clementson blande su pluma con elementos claros u ocultos de Roma, de Atenas, de Jerusalén, de Persia, Bizancio…, en definitiva, de Oriente y Occidente, y siempre en antítesis vigorosa y fecunda. Por esta razón, aunque el poemario se pueda leer sin más asidero que el texto mismo, quien no posea una cumplida base humanística no podrá ni exprimir ni beber el rico jugo encerrado en estos opimos frutos, ni entrever los verdaderos entresijos del poema, ni asimilar la carne del verbo, ni gozar este bosque de palabras alígeras e infinitas. Fíjese en el hermoso y culto poema *Una ciudad y un pintor* donde adoba el poeta una historia de personajes del pasado y del presente para sumergirnos en un mundo de artistas, poetas, pensadores, lingüistas y psiquiatras atraídos por esta Córdoba perfumada de jazmines y aromada de almenas. Del mismo modo, verbigracia, si no se sabe que Bernabé Fernández-Canivell fue amigo, a partir de los 50, de los poetas del grupo "Cántico", y que publicó libros a algunos poetas de la generación del 27, no se podrá entender a qué vienen en el texto poético los versos:

…También allí acudía/ maese Bernabé, el impresor angélico/ de los altos ingenios de su tiempo, dilecto/ de los poetas todos, […].

En fin, en conexión y correspondencia con el punto anterior, Clementson trabaja muy bien la intertextualidad, puesto que mantiene un diálogo permanente en sus textos con otros textos, ya sean contemporáneos o anteriores. Por ello, el nuevo texto creado introduce un contexto diferente al anterior, que influye tanto en el momento de la producción poética como en la comprensión del discurso. Así, si no se conoce el famosísimo soneto de Góngora, que comienza *Mientras por competir con tu cabello,/ oro bruñido al sol relumbra en vano; /mientras con menosprecio en medio el llano…* y toda la larga tradición del tópico "carpe diem", iniciada en Horacio, y continuada por Ausonio en su formulación del también lugar común "collige, virgo, rosas", y seguida por Garcilaso, Ronsard, etc., nos quedaremos un poco ayunos y no despertarán en nosotros la emoción incorporada que en el discurso poético de Clementson es patente: el cruce de tres elementos: la belleza, el tiempo y el goce vital, pero mirados desde su perspectiva personalísima. Asimismo, los versos en cursiva del poema "Iluminación en enero", que se vinculan a la estrofa XIV de la "Fábula de Polifemo y Galatea", de Góngora, son traídos por el poeta a su acto creador porque le recuerdan una posible explicación que de los mismos hubo de llevar a cabo un profesor a sus alumnos, a quienes descifra el sentido de dichos versos. Esta intertextualidad puede transformarse incluso en una adaptación en este poemario del autor de *El fervor y la ceniza*. Es el caso de los versos resaltados del poema "Monólogo del último retrato", como en nota pertinente nos avisa el mismo poeta.

Este arduo trabajo de entretejer voces distintas llega a alcanzar, a mi entender, al léxico y componente semántico. Resulta llamativo el empleo del verbo "fatigar" no en su sentido actual, sino con el valor gongorino de "hollar", "pisar", como deduzco de estos versos, sacados de "Antepasados":

donde aun cerdos salvajes y leones y gamos/ fatigan su espesura, serán eje del mundo,/ serán centro y latido luminoso del orbe.

Si hasta aquí hemos analizado que la intertextualidad es un rasgo fundamental en el poemario de C. Clementson, no es menos cierto que nuestro poeta es también un maestro en neutralizar los subtextos. Esto es, si Clementson no ha tenido ningún reparo en avisarnos

a las claras sobre las fuentes de su inspiración-emulación-imitación, otras veces —las menos— los orígenes son invisibles. De donde se deduce que el subtexto es un texto de espejos imperceptibles, como manifiestan sintagmas como *Venid aquí los que…* (eco de "Venid a mí todos los que estáis fatigados y cargados, que yo os aliviaré" —Mt 11, 28—), o los poemas "Calle de los judíos", "Barrio de Córdoba", "Nocturno andaluz", "El extranjero" —en cierto grado—, "Silencio en Córdoba", etc., etc.

En resumen, y para no cansar más al lector, recordaré que Córdoba, en este *Córdoba, ciudad de destino*, se ha transmutado en símbolo y mito porque por mucho que nos empeñemos nunca llegaremos a entenderla, aunque la adivinemos. También es símbolo porque de cítara en cítara Córdoba ha inspirado y seguirá inspirando mágicos textos de imágenes brillantes, como este de Carlos Clementson, quien, desde el alminar de esta "ciudad de ciudades", de esta "perla occidental", nos envía melancólico, elegíaco y gutural son y un bel mirar. Sin exagerar, pues, cuando Azorín, en su obra *España. Hombres y paisajes*, en el capítulo "Horas en Córdoba", se pregunta: "¿Dónde está el artista —tornamos a preguntar— que recoja el alma de esta ciudad? Al hacerlo tendría que expresar este concierto profundo de las cosas, esta compenetración íntima de los matices, esta serenidad, este reposo, este silencio, esta melancolía", yo me atrevería a responderle que ese artista ha sido C. Clementson, porque, pese a sus inevitables desfallecimientos y dardos punzadores, ha sabido escuchar los rumores vagos de sus predecesores, porque ha arrancado notas sublimes a su lira y porque ha huido de los tristes suspiros y de las luces que se apagan con argentina voz.

Córdoba, 5 de noviembre de 2017.

Rodrigo Sancho Ferrer y su poemario *Vaho*

Luis Arrillaga

Este poeta valenciano, nacido en Canals en 1982, compagina su profesión de arquitecto con diversas actividades musicales, literarias y editoriales. Hasta ahora solo había publicado un poemario, *Los paisajes* (finalista del premio Adonáis 2013), si bien ya ha cosechado diversos galardones tanto en poesía como en narrativa.

En *Vaho* (Ed. Rialp, Col. Adonáis, Madrid, 2016), nos hallamos ante un libro que posee una gran riqueza de tonos y registros, con algunas descripciones que a veces se aproximan a la prosa, a partir de una inquietante cita inicial de W. G. Sebald que preludia el carácter misterioso de estos poemas y explica en parte el significado del título, *Vaho*. Se trata de una poesía frágil como un jirón de niebla de un lienzo impresionista. Véase el poema "Técnicas pictóricas", de gran originalidad plástica, en el que precisamente el poeta define lo que son la "niebla" y el "vaho": aquélla es capaz "de hacer desaparecer ciudades", y éste "se instala en cuanto puede en ventanas y espejos", porque una y otro son "el óleo y la acuarela de los pintores celestes", bella y original metáfora.

En "Duda prólogo", primer poema que es toda una declaración de intenciones, aparece el *leit motiv* de la obra: poemas que "quisieran ser como un ancla", es decir, una sujeción a la vida, pese a ser "vaho o niebla" que debemos leer "con las lentes empañadas". Vaho que es "la huella dactilar del alma" ("Efectos personales"), el "aire" de los pulmones, el hálito que preserva la vida o "los vientos subterráneos". Esta sensación de levedad se agudiza en "Vapor", donde "el ulular del viento" nos indica "un alma cubierta de niebla". Este "viento" es sinónimo de vida o fuerza vital en "Coreografía", que es un relato escenificado con gran plasticidad: "…llegó el viento / y fue levantando lentamente / la sábana de cenizas…" Aquí apreciamos cierto paralelismo con ese "viento" bíblico designado por el término hebreo "Ruagh", que significa el Espíritu de Dios, es decir, otra forma de expresar vida o fuerza vital.

Pese a todo ello, tal vez el tema predominante del libro sea el pesimismo existencial, presentando diversas incógnitas vitales para el ser humano. Por ejemplo, "cuántos quilómetros dura una tristeza" ("Impedimenta"), bella metáfora de espacio-tiempo indicadora de que en la vida humana hay más desgracia que felicidad: "¿Dónde va todo este dolor?", "¿queda adherido a la memoria…?", "¿seremos aún nosotros…?" (págs. 19-20), nuevas incógnitas estremecedoras. En esta misma órbita, el poema "Estaciones" presenta otra bella metáfora simbólica de lo que es el declinar de la vida: "Que el otoño fuera descosiendo / como cada año los árboles…"; y en "Los infinitos" aparecen algunas disquisiciones filosóficas sobre lo que supone el tiempo, con una sabia sentencia final que nos recuerda a la estética del haiku: "En el reloj, / el tiempo no es la muesca de la manecilla / sino el arco invisible que no ocupa", es decir, algo sutilmente inmaterial e inaprensible, planteamientos que aparecen de nuevo en las págs. 32-33.

También merece destacarse "Montaje", meditación de filosofía humanista en la que la vida humana sería una farsa al estilo calderoniano de *La vida es sueño*. A propósito del humanismo, hay momentos que expresan una depurada sabiduría, como en el críptico poema "Almerías"; e igual en "Bestiario", en el que aparecen animales mitológicos, una gran verdad acerca del pasado- "Cada uno llena de fantasmas / … / lo que no puede abarcar"- y una actitud final de esperanza.

Algunas de aquellas incógnitas vitales aparecen vinculadas a una original atmósfera onírica, como los poemas de las págs.27 y 30: "Suelo preguntarme / cómo atraviesan esos gritos / las paredes del sueño…", con una solución final, aunque parcial, al enigma: "…baste una mano, / levemente encogida, / dando forma a una caricia". Las recreaciones oníricas a veces también alcanzan a los sueños infantiles ("Galope") o, tal vez, a otros momentos del pasado (págs. 52-53).

Otro registro de interés es un culturalismo igualmente impregnado de disquisiciones filosóficas, especialmente en lo que respecta a la geografía y la historia: "El Gran Cañón del Colorado", "Los espejos" (pintura e historia), "Otro amanecer" y "Salvadidas", así como otros poemas en los que el culturalismo abarca literatura, teología, ciencia y cine. Véase "Noche adentro", que presenta conexiones con cierta escena legendaria de la vida de san Agustín de Hipona, y "Ceniza Epílogo", último texto del poemario que presenta algunas resonancias del libro del Eclesiastés (en 3, 1-8).

Destacan también algunos poemas de un delicioso contexto bucólico y ecologista, así como la interesante poética desarrollada en las págs. 41-42, cuyo "poema iceberg" trata de romper esquemas y descubrir la verdadera realidad oculta tras la apariencia: "…el poema vale / por lo que no dice / o no se ve…"

Finalmente, sería interminable detenernos en las cuestiones de estilo en una poesía que se sitúa al margen de la métrica, pero que adopta un lenguaje de gran precisión, con acertadas imágenes, metáforas, anáforas y prosopopeyas, todo lo cual hace de *Vaho*, junto a los numerosos registros ya señalados, una valiosa propuesta estética y humanista digna del Premio Adonáis que obtuvo en la convocatoria de 2015.

Luis Arrillaga

Joaquín San Juan

Juana Rosa Pita y su hacer lo que nos hace ser

Pietro Civitareale

Juana Rosa Pita. *Se desata el milagro/ Si scatena il miracolo.* El Zunzún Viajero, Boston, 2016

No se cuentan ya los libros de poesía que, en varios países del mundo, Juana Rosa Pita (cubana de nacimiento, pero residente en los Estados Unidos y entusiasta e irreductible amante de Italia, de la que incluso ha hecho suya la lengua) ha publicado desde 1976 hasta hoy; a saber, desde *Pan de sol,* precisamente del 1976, a *Se desata el milagro / Si scatena il miracolo* del 2016, del cual nos ocupamos en esta nota (1). Veintisiete títulos (de los que varios en edición bilingüe italiano-español) en cuarenta años de vida, que son el índice de un intenso fervor creativo y al mismo tiempo testimonio de una voluntad totalizante de vivir e interpretar la propia existencia. Únicamente Emily Dickinson, si no recuerdo mal, puede certificar una dedicación tan exclusiva y absoluta a la poesía. Sin embargo, esta fecundidad, lejos de disminuir su impulso creador, de debilitar su tensión lírica, la refuerza, la alimenta, y el "milagro" de la poesía se renueva, es más "se desata", aún cada vez, como sugiere el título del poemario que nos ocupa.

En el prefacio a *Cadenze*, un poemario publicado en Italia en el 2000 por el Editor Bastogi, escribimos que la poesía de Juana Rosa Pita "se diviniza, en una contemplada y contemplante trascendencia, síntesis iluminadora y preñada en el rigor cultivadísimo de la palabra y de su sustancia más secreta". Eso no solamente está en línea con la centralidad que la poesía ha ocupado siempre en su acontecer biográfico y literario, sino que es además un horizonte pedagógico que indica a sus lectores como sistema de vida: un horizonte pedagógico confirmado también en este último libro con mayor fuerza y con determinación más explícita, si es posible: "en el vivir atentos y de cara / a ese caudal inmenso de infinito / que hay en hacer lo que nos hace ser" (pág. 88).

Entonces la palabra (y consecuentemente el lenguaje, vehículo y símbolo consustancial de la poesía) se vuelve un *habitat* ideal, una residencia transfigurada en trascendencia, "…dar / voz al verso / del que parte esencial somos tú y yo / sin saber si inconsciente o voluntaria" (pág. 58) y, al mismo tiempo, "un imposible reto/ y precisamente por eso el único / que nos vale la pena acometer" (pág. 96); y en torno a este principio, a esta ontología de la creación, se arremolina la cosmicidad del existir: la "pasión del espíritu / que es en fondo el amor", "la armonía originaria del milagro", la belleza de las cosas que "nos arma el alma / con el intento de abatir la muerte" (pág. 106) y, por tanto, la fe "en un futuro no lejano" del cual "se extraerá, para la vida, el agua" (pág. 112).

Poesía, por tanto, la de Juana Rosa Pita imbuida de un lirismo religioso apasionado, de entusiasmos espirituales, de conmoción intensa ante la belleza de las cosas del mundo, las contemplaciones del alma, pero sin un voluntario cierre hacia la temporalidad (con todo aquello que de vivible e imaginable ella comporta), que adquiere más bien un particular relieve y una particular coloratura, en que descripción inquieta de lugares y afectos, ahondamiento meditativo, contemplación de la belleza, sentido de la historia y sentimiento amoroso, se mezclan transformándose en nociones de sabiduría, de fe en el futuro y de consuelo espiritual; "nuestros poemas salpicando a otros" … "luego en alto, grandiosa, la armonía / entre naturaleza y símbolo: Masaccio" (pág. 146).

De tal manera la palabra poética, fuera de la cual nada puede ser percibido, se vuelve instrumento y símbolo de conocimiento, así como medio de oposición y de resarcimiento de cara a las dificultades que la existencia nos pone por delante. Receptáculo

de armonía y de pensamiento, ella consiente afrontar y amansar el dinamismo de la realidad, emanciparse de los dilemas de la vida, de las intrigas del mundo. La poesía, en suma, concebida como victoria sobre el tiempo, como expresión unitaria y definitiva de pasado, presente y futuro. Anoto dos estrofas del largo poema que da título al libro:

En la Torre la espera del poniente,/ campanas dando sombra, verdecidas/ como aquella llanura de Viñales/ de cuando era muchacha: el milagro/ la única lengua que la Plaza habla.// Por un instante huimos al reloj:/ juegos solares con la luna en puerta,/ ventolera del mar en lejanía,/ gozo infinito y justo ese momento/ llegó a todos la orden de bajar. (pág. 22).

En un ámbito tal vienen reafirmados también la dialéctica y el misterio de la esperanza que vive del futuro y en el futuro, los horizontes de sentido que residen en ella, renovándola continuamente en el signo del amor y de la fe en lo divino. Sin embargo su poesía jamás se precipita, a propósito, en el *hortus conclusus* de la plegaria, sino que inclina hacia el territorio del sueño, el cual, respecto de la temporalidad, es capaz de gozar de un privilegio particular a saber, el ser independiente del fluir del tiempo y condensar, en un instante, un contenido perceptivo superior al del propio pensamiento, en un constante centelleo de la poesía en el alternarse de las palabras y de los eventos, en el identificarse y el contradecirse de las ideas. Por ejemplo, en el poema "Piedra ardiente" nos dice:

Al fin se apaga todo en este mundo:/ solo el fuego invisible del alma/ es inmutable y capaz de forjarnos./ A la piedra encomienda su fulgor el alma/ para arraigarnos juntos, enlazados/ apasionadamente en lo eterno. (pag. 56).

De esta forma, la poesía de Juana Rosa Pita se sitúa fuera del irracionalismo nihilista de nuestra época que vive en el presente y del presente y penetra en el territorio de la utopía, mas de una utopía imperfecta, en cuanto toma los movimientos de lo existente, de los que capta la idealidad, sacándoles motivo de elevación sentimental y espiritual.

La voz reunida de Máximo Hernández

Juan González Soto

Felizmente, se publica, en una edición magnífica, la poesía reunida de Máximo Hernández (Larache, 1953): *Entre el barro y la nieve* (2016). Acaso el lector, sin él mismo saberlo, reclamaba esta reunión poética. No es frecuente en estos tiempos encontrar versos con una voz tan lúcida en la introspección, tan cautelosa en la búsqueda del poema, a la vez luminoso y sombrío, una voz discreta y atenta hacia lo íntimo y esencial, vigilante y reservada frente a lo llamativo, profunda en la indagación poética, una voz tan sabia como cuidadosa en la modulación rítmica, en sus sugerencias, sus ecos, sus significados.

La edición, realizada por Juan Luis Calbarro (Palma de Mallorca: Los papeles de Brighton, 2016), contiene los poemarios y las plaquettes que Máximo Hernández ha ido publicando desde el lejano 1995. Contiene también, recogidos en el apartado final, «Exentas», cuantos poemas no fueron escritos para formar parte de un conjunto mayor o de un libro. En cualquier caso, se muestran en esta poesía reunida, lo que puede considerarse

la obra completa, por ahora, recopilada y reordenada por el propio poeta.

Además, a la totalidad de la obra reunida va precedida por muy valiosos documentos: Un cuidadoso estudio, haciendo las veces de presentación, firmado por Juan Luis Calbarro, un largo poema en endecasílabos blancos de Ángel Fernández Benéitez (*Tú cantas el dolor, Máximo amigo, | en la distancia justa*), un extenso estudio firmado por Eduardo Moga, otro más que suscribe María Ángeles Pérez López, dos breves pero útiles comentarios de Juan Manuel Rodríguez Tobal y de Tomás Sánchez Santiago. Siguen a todo lo que ya va dicho una detallada información bibliográfica y unas palabras previas del propio poeta. En definitiva, el lector atento no puede sino agradecer cuanto tiene ante sí, cuanto queda reunido en el voluminoso *Entre el barro y la nieve*, de manera tan completa y tan rigurosa, tan adecuado desarrollo filológico.

Fue *La eficiencia del cielo* (2000) el primer poemario que yo conocí de Máximo Hernández. Me sorprendieron la precisión métrica, la intensa brevedad, la concisión descriptiva, la exactitud lírica. El lector discurría, poema a poema, a través de aquella eficacia subrayada en el mero título. Las mínimas cosas de la casa, personajes de cómic, las estaciones del año, objetos y juegos de la infancia, sensaciones humildemente allegables, las pequeñeces diarias, todo, o casi todo, se congregaba en pequeños poemas que iluminaban cuanto nombraban.

Después conocí el que había sido el poemario inmediatamente anterior, *Matriz de la ceniza* (1999). Me sobrecogió su perfecta geometría. Aún más me estremeció el comprobar que estaba enteramente dedicado a la muerte, a la muerte como colofón perfecto, como fulguración magnífica. El título ya era, en sí mismo, la precisa culminación de cuanto el poeta diría luego, verso a verso, y con tanta sabiduría: Las palabras «matriz» y «ceniza» se aunaban en un equilibrio muy preciso.

Leo ahora el poema «¡Lázaro, sal fuera!». Me conmueven el puntual avance de los endecasílabos y los alejandrinos, el mesurado, y a la vez contundente, monólogo del resucitado, su ligero, meditado, resentimiento, sus palabras de hombre en paz en su sepulcro y ahora, y de repente, incomodado a voces en el título: *Ahora que ya conozco la levedad del aire | a qué otra vez la densidad del cuerpo*.

Vuelvo a leer el poema que cierra *Matriz de la ceniza*, «Último gesto de Cesar Pavese». Percibo cómo el poeta, sabiamente, logra alejarse de la noción de muerte como equivalencia de dolor y negación: *Basta ya de palabras vacías como hombres*. Percibo cómo el poeta, hábilmente, y mediante la palabra poética, logra superar la muerte como fatalidad irreductible: *No quiero una palabra transformada en sudario | con que enterrar al muerto que llevamos encima*.

El lector atento sabrá recibir a este poeta cuya obra reunida ahora a todos convoca. Bienvenida esta reunión *Entre el barro y la nieve*, esta gran poesía reunida de Máximo Hernández. La lectura de su obra completa suscita el enigma de cómo un poeta que habla de los lugares concretos en que habitan los seres y las cosas, del universo inmanente, provoca, sin embargo, tan profunda sed de trascendencia.

Juan González Soto

El verso, en formación de combate, desintegra el discurso dominante

Rafael Carvajal

Juan Carlos Alda. *El verso, en formación de combate, desintegra el discurso dominante*. Amargord Ediciones.

Juan Carlos Alda y su libro bilingüe *El verso, en formación de combate, desintegra el discurso dominante,* con prólogo de Jesús Urceloy y traducción al inglés realizada por mí, son náufragos abandonados en unas frondosas islas tropicales.

El libro está compuesto por versos de variopintos orígenes, que tan pronto parecen piezas de Espronceda o Garcilaso, escritas en verso clásico, o cantos de desesperada modernidad simbolista que entroncan con Ezra Pound o bien malabares léxicos del creacionismo huidobriano.

La península Ibérica entera y sus islas caben en el poemario porque es una esponja y un agujero negro, un cuaderno de viaje y un manifiesto. También una serie de palabras disparadas como balas de plata contra el licántropo de la ignorancia y del prejuicio. En fin, es una guía de viaje al universo en que todos vivimos y pocos tenemos en cuenta.

Juan Carlos es moderno en el sentido de que sus poemas respiran el aire de los microchips y de Internet y el de la Europa de la Merkel y la estafa hipotecaria, así como el de los chatarreros espaciales que veneran a los dioses del Olimpo.

Alda es clásico en su respeto por la lírica y por la unidad literaria tanto del poemario como del poema. También en la práctica de la aliteración… Su vocabulario es extenso y abigarrado como la interminable colección de mercancías de un zoco dentro del Kasbah de una ciudad musulmana.

Las palabras aparecen como si un vendedor desdentado, antiguo como la noche, y sabio, nos sacara una joya insólita que quisiera vendernos y que compramos y que volvemos a comprar porque nunca hemos visto tal cosa, bella y a la par extraña.

Los poemas de Alda agarran a la imaginación, despiertan la curiosidad y una sonrisa cómplice. A medida que se lee entra el hambre de leer más y más para desentrañar mensajes ocultos tras los espacios. Y esas peculiares formas de algunas estrofas que parecen vasijas modeladas por la mano de un alfarero.

JC Alda es un prospector en distintos campos. El semántico, el literario, el social… No cesa en su búsqueda del conocimiento, de la verdad, de la razón y del sentido oculto de las cosas y los actos de los hombres, pero por el camino no olvida sembrar belleza, de regalar sonidos e imágenes de espectacular contenido estético. Tiene cosas que decir y las dice sin tapujos pero con arte, un arte que bebió en las vanguardias del siglo XX y ha madurado en la era de los viajes a la Luna, por los miles de canales de tv por cable, por el tsunami de la información digital. Un arte que no olvida a los maestros del siglo de oro y no perdona la vida a los pazguatos y rufianes que intenten menospreciarlo.

Con El verso, en formación de combate, desintegra el discurso dominante, JC Alda nos brinda espectacular miel poética que produce en su colmena repleta de fervor obrero. Solo queda untarla suavemente en nuestros paladares y disfrutarla.

PARLAMENTO

(VOLUNTAS-VOLUNTATIS)

Gustavo Vega

La belleza del pictopoema: el vuelo de la libélula

Pedro García Cueto

Isabel Flors&Damián Retamar El vuelo de la libélula.. Colaboración de Adolfo Barranco Aparicio. Amargord Ediciones, 2017.

La editorial Amargord ha publicado este año un libro muy interesante de la poeta valenciana Isabel Flors Aparicio, con ilustraciones, realmente hermosas, de Adolfo Barranco Aparicio, con la colaboración de Damián Retamar que ha ilustrado la portada. Retamar es un gran artista que demuestra en este libro su arte pictórico, ha participado ya en múltiples exposiciones y tiene un largo recorrido en la pintura.

Con estos mimbres, el libro tiene notable interés, los poemas de Isabel vienen acompañados de los dibujos de Adolfo, que va dando forma a ese sentir especial que transmite la poesía de la escritora valenciana, a través de la libélula que incesante vuela a través de los espacios y que va dejando una mirada honda y verdadera, hay una metamorfosis de la poeta en insecto, todos los somos, porque volamos en el mundo observando el devenir del tiempo, su eterno transcurrir.

Poemas como "Estruendo de fe" ya nos señalan ese poder del insecto en su vuelo, hay una fuerza contraria que impide ese incesante volar pero también una fe en la vida, en la escritura latente que se desarrolla en este bello libro:

""Estruendo roto / es el interior de la libélula. / El quejido asciende sordamente / desde el abdomen, el cerebro / y la garganta del insecto azul…/ Hoy violeta ausencia. / Violada su condición volante / arrecia la tormenta interior / que se vierte en lágrimas de paz"

Esa "tormenta interior" del ser que vuela, que encuentra a su paso la violencia del mundo, su transcurrir, pero, es su fe, la del amanuense que va copiando las palabras, como la poeta, los versos, en su fe por el lenguaje. Sin duda alguna, es la libélula el ser que va rociando todo, enamorando nuestros sentidos a través de este libro mágico (porque habla también de meigas y de brujas) y enigmático.

Estos pictopoemas son un espejo de seres que viven el amor interior, el paso del tiempo, su transcurrir y vive el Mediterráneo, cuna de nuestra poeta, como dice el poema "Tiempo":

"La noche nos envuelve, / tul de color memoria. / Gotas del Mediterráneo, / con olor del pasado / gotean / segundos; / iluminan / un sentimiento / que se desborda / entre las miradas / hundidas / en el recuerdo".

Las gotas de ese mar amado donde vive los seres invisibles que pueblan el universo fantástico de Isabel Flors, ese Mediterráneo amado que es su cuna y su infancia añorada. También la poesía está presente en el poema, porque es esta la que sirve para redimirnos de cualquier vacío, plenos entonces de voces y de ecos luminosos:

"La poesía se encarna / en tonos y semitonos / de ese tiempo errático / que construimos".

Poemas como "Esperanza", "Contrapunto", "En Julio", van componiendo esta sinfonía que es libro de Isabel Flors donde reside el amor, su desencanto, la Naturaleza, el paso del tiempo, la creación, todo a través de palabras y dibujos que van explicando aún más la intensidad del verso, como el dibujo que aparece en el poema "En Julio", con dos cuerpos abrazados, en un fondo naranja y marrón que parece decirnos que los cuerpos son nuestro espejo, en él nos miramos y en el afecto cobramos nuestra verdadera dimensión existencial, la ilustración de Adolfo nos conmueve y hace aún hermoso el poema de Isabel.

En este poema concretamente, vemos la historia de amor que da tema al libro, el motero y la libélula, seres errantes que se encuentran y que representan lo que se

va, lo que se escapa de las manos, como nuestro tiempo y su paso fugaz sobre nosotros.

El libro habla de "alfabetos del desamor" porque son estos donde vamos componiendo el rompecabezas de nuestra vida, entre afecto y desafecto, entre el ser y el no ser como dice este poema, aquí sobrevuela esa poesía que es fantasmagoría, que se presenta, pero que se desvanece, como aquello que es mágico en realidad.

En los poemas que inician el libro "Entre Atlántico y Cantábrico" con la ilustración de un mar tempestuoso, vemos el mar que es en realidad Isabel Flors, derroche de calma y de furor, como ese mar en el que nos miramos y que es nuestro verdadero espejo, trasunto de la vida que pasa, como el rumor de las olas que rompen en la orilla.

Bello libro, sin duda, de esta poeta que ha entendido el sentido del tiempo y del amor, con bellas ilustraciones, la de la portada (magníficamente ilustrada por Retamar) está llena de misterio, la mujer que piensa, los libros que están en la mesa y el mar de fondo, quizá todo lo que resume el libro, una mujer amada y desamada, unos libros que son espíritu de creación y nos alimentan cada día y el mar, un enigma que no podemos descifrar. Un libro, sin duda, para recordar en nuestra retina para siempre y, por ende, en nuestro corazón.

Pedro García Cueto

El alumbramiento de la conciencia en *Gadea*, de Domingo Nicolás.

José Antonio Sáez Fernández

Domingo Nicolás.Gadea, Talavera de la Reina (Toledo), Col. Melibea CXIV, 2009 (Premio "Rafael Morales", 2008).

Gadea es un libro claustral, una voz en clausura, un flujo de conciencia, un monólogo interior. ¿Quién es ese tal Gadea al que el poeta se dirige? ¿Acaso no tiene que ver con el *Dios deseado y deseante* de Juan Ramón Jiménez; esto es: con la propia conciencia? ¿Con quién habla, a quién se dirige el poeta Luis Rosales en *La casa encendida*? ¿Acaso no se enfrenta a sus propios demonios interiores, a su íntimo desdoblamiento? La conciencia se confunde a menudo con la esencia y sustancia del ser mismo, con el espíritu y hasta con el mismo dios/Dios; a pesar de que, en su discurrir, generalmente se utilice la segunda persona, como si se tratase de un desdoblamiento de personalidad, y acaso lo sea. Aquí todo es fluir, proceder con sumo tacto y delicadeza para no perturbar, para dejarse hacer, porque es el pensamiento poético el que fluye, la conciencia que navega por los ríos procelosos de la mente.

El poeta anda como de puntillas sobre los versos que integran los textos de su *Gadea* y en ocasiones parece que lo suyo es un balbucir acordado, nunca un galimatías incomprensible. Tiene sentido ese balbucir por la inefabilidad que supone el hacer comunicable lo que es tan difícilmente comunicable. Domingo Nicolás habla consigo mismo, discurre por las aguas de su propia conciencia, indaga y se enfrenta a sus propios dolores, sus propios conflictos y naufragios a través de

un examen de conciencia en el que busca afanosamente una absolución, el perdón, la misericordia, una salida y todo el amor que cabe en el vuelo del espíritu. El poeta tiene plena conciencia de su ser espiritual y con él se sitúa ante el universo y ante su propia muerte. El ser espiritual es componente esencial de la naturaleza humana desde los orígenes de nuestra especie sobre este planeta. Afrontar con valentía y verdad ese ser espiritual significa indagar en los más ocultos rincones de la conciencia humana, ese ámbito inmaterial contra el que todo se confabula hoy, por su destrucción y por su aniquilamiento. Porque un ser humano sin conciencia no es tal, sólo su vacía y hueca apariencia. La demolición de las conciencias avanza a pasos agigantados en nuestra sociedad, como si se tratara del derrumbe de edificios en nombre de la falacia que supone, tan a menudo, la defensa a ultranza del progreso y la prosperidad como algo necesariamente provechoso para el bienestar o la felicidad de los seres humanos; cuando tras ella no se oculta otra trampa que la ambición y la depredación de intereses espurios.

Gadea es un espacio de silencio, de vaciamiento interior, en algo contemplativo y en mucho intelectivo, cuanto menos sensitivo. Hacerse al vacío para hablar consigo mismo, en un estado de fecunda introspección, es el ejercicio que realiza Domingo Nicolás, que asciende por las vías purgativa e iluminativa hacia el encuentro consigo mismo y con su propia conciencia de ser y estar en el mundo. Por eso, el proceso en que se forja este libro hubo de resultar harto complejo y dificultoso, porque se trata de una aventura de enfrentamiento, de andar a la búsqueda de la más honda y esencial verdad revelada; en este caso: la verdad poética que emerge de la conciencia, tras un largo proceso de búsqueda espiritual.

Decía al principio que me parecía un libro claustral, una voz en clausura, para hacer inteligible la esencia de este poemario. Posiblemente, algo de monacal hay en él, como algo de la espiritualidad de las escuelas coránicas que se ubicaron en aquella república de marinos que formó el valle de Pechina en el Medievo, o de los santones y sufíes que se retiraban al desierto de Tabernas. En el Valle de Los Naranjos de Pechina tiene Domingo Nicolás su retiro, pues no en vano la naturaleza es un reflejo del aliento celestial y divino, una llama de amor del Creador que la anima. Y también la aridez del desierto, donde el alma no puede hallar otro refugio que no sea en su propia luz y en la desnudez o el desamparo que alrededor de ella se prodiga; en el desasimiento, donde todo es superfluo y se desvanece, donde nada hay a lo que pueda acogerse o distraerse y los sentidos se anulan, desistiendo de la compensación física, corporal o material. El camino del despojamiento es extremadamente arduo y esforzado y *Gadea*, que es desdoblamiento del autor en su propia conciencia, trasiega por él.

Domingo Nicolás se introdujo en esta andadura de accésit tras la sacudida que supuso en su alma *Malola*, su primer poemario, nacido desde el dolor por el fallecimiento de su hija, ángel de tan sólo tres años. En posteriores entregas, el poeta no ha dejado de hablar, confidencial, amorosa y emocionalmente, con sus hijos y con su esposa Marilola, consciente de que ellos forman parte insustituible de sus afectos, de su ser y estar en el mundo. El poeta vive por amor y en amor, desde la experiencia del amor habla, desbordada y dolorosamente; pues no hay amor que no provoque un gran dolor. La vida y la experiencia humanas están hechas de paradojas (¿A qué si no éstas de la vida y la muerte, el amor y el dolor, la verdad y el engaño, lo efímero y lo eterno?)

Gadea es un continuo balbucir o balbucear, un continuo atropellarse y soltarse la lengua en busca de lo inefable, en un terreno inexplorado o difícilmente explorado, en donde el poeta se ha iniciado, se ha adentrado y ha quedado perplejo con el deslumbramiento de quien se ve sorprendido por un hallazgo sólo a veces intuido y, por tanto, imprevisible. Insondables son los caminos que conducen al desvelamiento del ser y es posible que sólo hayamos de alcanzar aproximaciones a su revelación. Este poemario de Domingo Nicolás nace con el sello de la heterodoxia, de lo estigmatizado, de lo inhabitual e infrecuente porque el poeta ha sido conducido, llevado o arrastrado a él y a su forja, aunque no haya dejado de participar en su escritura él mismo. Y aún con harto esfuerzo de sus facultades intelectivas, como habríamos de escribir parafraseando a santa Teresa.

Antonio Gómez

La vida a medias

Ruth Miguel Franco

Avelino Fierro, *La vida a medias*. Eolas Ediciones, León, 2017.

Vi a Avelino Fierro (Chozas de Arriba, 1956), a quien conozco desde hace unos años, poco antes de que presentase su último libro, *La vida a medias*. Se trata del tercer volumen de sus diarios, precedido por *Una habitación en Europa* (2014) y *Ciudad de sombra* (2015), todos de Eolas Ediciones, la editorial que mima Héctor Escobar. Con Avelino conversé, entre otras cosas, sobre archivos y bibliotecas antiguas, sobre todos esos centros donde se acumulan siglos de sabiduría, datos, letras, música, poemas en cuaderna vía, tratados teológicos, inventarios y novelas de caballerías; en suma, donde se acumula la cultura. Pues bien, *La vida a medias* es parecido a esos archivos, sin polvo, sin telarañas (o con pocas), sin ese retrogusto a moho y a vino de misa rancio que desprenden las bibliotecas poco frecuentadas. Dicho de otro modo: los diarios de Avelino son una despensa de cultura.

Por supuesto, no me veo capaz de aventurar una definición de "cultura". En realidad, ni siquiera creo que pudiese definir "despensa". Pero, si hacemos caso a los teóricos (y conviene hacerles caso, entre otras cosas porque suelen ser muy divertidos), de manera muy resumida y obviando toda ortodoxia metodológica, podríamos decir que la cultura es un hecho fundamentalmente colectivo, con dos vertientes: una, los usos, costumbres y creencias de un grupo humano; dos, el acervo de obras y manifestaciones relacionadas con el arte, las humanidades y las ciencias, la "alta cultura". En modo semejante, si lo aplicamos al terreno individual, podríamos decir que la cultura de una persona es no solo su conocimiento, sino su amistad con las ideas, los textos y los objetos que componen la cultura. Y eso es lo que tenemos en las páginas de *La vida a medias*.

Por los diarios de Avelino desfilan novelistas, poetas, cineastas, músicos, pintores y escultores. Cuando habla de la nieve, cita a Rilke, Zagajewski, Antonio Manilla, Rodrigo Olay, Blas de Otero, Thoureau, Miguel d'Ors. Cada una de estas referencias, lejos de formar un archivo sombrío, es una declaración de amistad y es, sobre todo, un regalo para la no multitud de los "lectores severos" (cito a Avelino citando a Leila Guerriero). Él mismo afirma: "Las anotaciones de un diario tienen que estar pintadas de verosimilitud —y hasta de grosera realidad— y lo único que las lleva a vivir una doble vida, a caer en la ensoñación, es el estar acompañadas por las citas de los maestros".

Y es que *La vida a medias* es la intersección entre la cultura de las pinacotecas y las sinfonías y el vaso de vino en el bar de toda la vida; la intersección entre un proyecto global, casi renacentista, como el que se vivió en la Europa de entreguerras, y las pequeñas escenas de consultas en hospitales donde Avelino valora la conversación más que la atención médica, las llamadas de Greenpeace para que salve las ballenas o la moqueta pringosa de los hostales de mochileros.

Es importante esa palabra, intersección: un terreno intermedio, una zona neutral. Avelino describe espacios insignificantes como calles nocturnas, estanterías, bares. Recordemos que es en terreno neutral donde se puede negociar y dialogar. En *La vida a medias*, Avelino dialoga consigo mismo, con el lector y, sobre todo, dialoga con el tiempo: en el fondo, es ese el diálogo que mantiene con unas calabazas que pinta y que se derriten, dejando sus muebles cubiertos de polvo de colores. Pero, en el arte de la conversación, es crucial saber escuchar. El autor del diario se pregunta para qué escribir y trata de escuchar la respuesta en las cosas, en esas calabazas y en otra multitud de objetos. Nos preguntamos con él por el paso del tiempo, por el sentido de las variaciones en las cosas. O, más bien, el autor pregunta y todos quedamos esperando la respuesta.

En el plano del análisis teórico, la conversación se rige por máximas igual de complejas e inasibles (si no más) que aquellas que gobiernan la ficción. El yo que

dialoga es, en esencia, menos yo que un yo inventado. Cuando hablamos de diarios, no hablamos necesariamente de la escritura del yo, sino de la escritura de un yo. El yo no pertenece al autor, sino que es autor, y está sometido a las leyes implacables del diálogo con la página y los destinatarios de la página. Y, en estos diarios de Avelino, los destinatarios de la página pasan, alternativamente, de espectadores a habitantes del yo. Quizá la cultura de la que hablaba antes consista en amoldar el yo a otros yos más grandes y a deslumbramientos más pequeños, como los que desfilan por las páginas de *La vida a medias*: "He estado esperando a que la luz del exterior sea más tenue y a que esta música que ahora escucho, y que suele servirme de compañía, me traiga de nuevo al rincón del sentir, que es como decir a cierta disposición de ánimo, a un estado de incertidumbre o de alerta, a la escritura. Sí, ahora que el último sol viene filtrado por una gasa de las nubes del este y unos pájaros alocados ultiman sus quehaceres, recuerdo. Sin esa luz exangüe que amortigua los contornos del mundo y entrecierra la mirada del espíritu, que te hace fruncir el ceño y te lleva al recogimiento, no sería capaz de escribir ni una sola línea, de someter a escrutinio los días ya idos, de ir tanteando entre memoria y olvido; algo parecido a pasar el trasmallo del corazón por las aguas turbias del río de la vida. Quizá por eso escribe Blanchot que el diario es el ancla que raspa contra el fondo de lo cotidiano".

Ruth Miguel Franco

Memorias del abuelo de un punk de Ezequías Blanco

Ángela Reyes

Ezequías Blanco. *Memorias del abuelo de un punk*. Editorial Huerga & Fierro. Madrid, 2017.

Ezequías Blanco, poeta y novelista zamorano afincado en Madrid y director de la prestigiosa revista literaria *Cuadernos del Matemático* (una de las pocas revistas que ya van quedando en papel), ha presentado el año 2017 la tercera edición de un libro de relatos que lleva por título *Memorias del abuelo de un punk*. El título, por sí solo, ya nos indica que vamos a encontrarnos con una narrativa de humor y de lectura fácil. Y eso es así, pero, claro, hay mucho más. A lo largo de la cuarentena de historias que componen la obra, el lector se da cuenta rápidamente de que está ante una narrativa que recoge una forma de vivir y, sobre todo, algunos dramas humanos, sin dejar a un lado la fortaleza de los protagonistas que los padecieron y la fe en sí mismos que tuvieron para sobrellevar la vida difícil que les tocó vivir. Las historias, algunas de ellas relacionadas entre sí y otras libres, llevan el denominador común de la nostalgia, el gusto por revivir los valores de un mundo ya pasado. No en vano el libro comienza con estas palabras: *Como no acaba de llegar el tiempo que la esperanza nos promete, crece el pasado dentro de nosotros.*

Ezequías Blanco, escritor que goza de una pluma sutil, nos transporta a una infancia algo lejana para muchos y desconocida para los jóvenes de hoy, por estar ubicada en los pueblos de aquella España de entre guerras y demasiado pobre, una España que amanecía siempre

en blanco y negro, llena de tabúes, pero habitada por gente trabajadora, sufridora y muy sabia. Las historias son breves pues, salvo unas cuantas, ninguna de ellas sobrepasa la hoja y media y todas están narradas con un poso de ironía o socarronería, tono tan característico de la gente que vive en nuestros pueblos y aldeas. También podríamos decir que se trata de la chispa especial que solo ellos saben ponerle al difícil arte del vivir.

La obra está escrita en pasado, puesto que es el abuelo fallecido, Atilano Díaz, quien remite desde el cielo las páginas de sus memorias, pero poco a poco éstas dejan de ser personales para convertirse en las memorias de todo un pueblo, Abranosa del Río. El intimismo desaparece cuando entran a formar parte de la narración una serie de personajes que, si bien la naturaleza y la falta de estudios no les favorecieron, sí fueron dueños de una mente aguda y despierta. Aparte de las historias que nos cuenta el abuelo Atilano, lo mejor es el lenguaje directo, sencillo, alimentado con nombres de aperos de labranza, trabajos y oficios hoy día desaparecidos, apodos de personas tan propios de nuestros pueblos, palabras mal pronunciadas, chascarrillos, refranes y "tacos". Y en medio de este rico universo está el niño de quien, Ezequías Blanco, ha resaltado la libertad que gozó, mucho más libre que lo es el niño de hoy día, si tenemos en cuenta que aquél, aunque lleno de privaciones, fue el rey de la era, del río, de la calle, del campo.

Memorias del abuelo de un punk es sobre todo un conjunto de sentimientos humanos, donde conviven situaciones de verdadera hermandad entre familiares, vecinos, amigos, como también algunos dramas relacionados con la muerte, el desamor, el dolor de cuantos tuvieron que dejar familia y casa en plena juventud con el fin de buscar una vida mejor en otro lugar.

Está claro que Ezequías Blanco ha resumido en este libro por lo menos dos de los varios objetivos importantes que debe tener un libro para ser catalogado como interesante: amenidad para enganchar al lector que no le permita abandonar el libro hasta el último capítulo y veracidad, verosimilitud o coherencia ante el tema que desarrolla. Dos objetivos que desde luego se dan en esta última publicación de Ezequías Blanco.

La disidencia solidaria de Antonio Hernández

José Luis Esparcia

El don creativo no solo no está reñido con la disidencia que da esquinazo al aliento burgués y al sucedáneo intelectual, sino que en gran parte proviene de esa disidencia. Porque, respecto al don que da identidad a toda una obra artística, se puede decir que sin alguna de las hojas cotidianas que la habitan, la rama de la obra pervive; pero sin la hoja del don, la rama, o no crece o se seca con celeridad.

La rama de Antonio Hernández, crecida sobre la fortaleza arraigada de árboles emperadores (Rafael Alberti), frescos e inmensos (Luis Rosales), resistentes (José Hierro) y renacientes (Claudio Rodríguez), entre otros, añade su cosecha propia, su estudio minucioso de las taraceas técnicas del poema, de la narración y, sobre todo, su don insondable pero fulgente en cada obra parcial o total que ha creado.

Un don y un dominio del mensaje lírico que no ha ocultado nunca su preferencia por el ser humano colectivo, especialmente por el que sufre las consecuencias de la puesta en práctica de infravalores. De aquí que en sus libros de poesía —también las novelas, aunque no sean tema de este artículo— se distingan, entre otras, tres vertientes fundamentales: la lírica fluida, como resultado de su dominio de la técnica constructiva; la

filosófica, como aplicación de su interés y práctica del proceso intelectual, y la disidente, como enérgica y solidaria intencionalidad con que, en el mensaje, asume su condición de ser humano individual y colectivo.

De esta asunción viene su tangencial estoicismo, incapaz de solapar su compromiso, pero patente en su concepto del recorrido vital: "Todo, inmisericorde, un centelleo", escribirá en *A palo seco* (2007). Un libro, este, que comienza desvelando la idea de dios: "Loado sea por siempre y alabado / aunque no le podamos perdonar / tanto y tanto dolor", pálpito claramente disidente, y que es visión heredera del hábitat filosófico que eligió muchos años atrás, y precedente de lo que vendría, en alas cada vez más recias, sobre *Nueva York después de muerto* (2013) y *Viento variable* (2016). Y lo que vendrá es lo que nunca se apagó, aunque durmiera cierto agotamiento: el Antonio Hernández encaramado por su don poético e intelectual al compromiso con la belleza lírica inapelable de su escritura: *Si la diosa te elige / procura emocionar / pero con arte: el agua / se derrama sin copa*, escribe en "Cuestión de estilo". Y a comprometerse, sobre todo, con una poesía que, tanto en *Nueva York después de muerto* como en *Viento variable* trepan por el ser humano más global: el de las manifestaciones estéticas, mitología incluida, y el de la necesidad ética. Por ello, la gran emulsión en su obra de perfiles identificativos de lo que todos acordamos han de ser los valores de convivencia, condiciona la forma, algo que asume y sobre la que Hernández ejerce un dominio privilegiado. En *Nueva York después de muerto*, tras una serie de mensajes que dan cobertura al concepto de antiimperialismo de todo signo, siembra, en tono lorquiano, cuatro versos que contienen miles de páginas teóricas: "El juez mayor de Manhatan / por entre la niebla viene / con todos los dividendos / que al sudor le pertenecen"[15]. No puede haber mayor compromiso y, a la vez, mayor disidencia, que se refleja en uno de sus conceptos de poesía vertido en este libro: "-la poesía es la máscara / que nos descubre-". Una adhesión no solo a la difusión del testimonio, sino a la claridad de ser testimonio mismo, protagonista de unos hechos de los que han de formar parte sus versos a través del fulgor de la ética, a través del inconformismo, de la disidencia que es no dejar de preguntar y preguntarse: "Me hago muchas preguntas / de dolor y rabia amordazados…", tras aludir a la perfidia con que occidente trata a inmigrantes de uno u otro origen; seres humanos al fin y al cabo[16].

Viento variable, último libro de Antonio Hernández, es, sin duda, un viaje real por la poesía epidérmica que nos aproxima a la raíz y al cuerpo creciente del árbol social, con su pertinencia lírica y con su gravedad temática. Todo fluye del pozo creativo que es el don de Hernández, pero todo se expande por la piel de lo real que es el más importante nexo entre seres humanos libres material e intelectualmente. Por ello, no está de más recuperar el artículo "La poesía y la ética de situación"[17]. Y es al hilo de este artículo, que se puede afirmar hoy que la disidencia está más en una "teoría del comportamiento del hombre entre los hombres", de origen marxista, que en los discursos en medios de comunicación que terminan haciendo equilibrios ante el gran compromiso: el de la creación literaria. Por eso, Antonio Hernández queda como el más lírico y el más filosóficamente efectivo de los y las poetas en el terreno de la identificación con el ser humano colectivo. No lo pudo decir mejor Manuel Mantero, que, después de escribir que "El mundo literario despide olor a máscara proterva", sentencia: "¡Qué natural, este Antonio! Yo lo he visto en el centro de Madrid pelearse, abroncar a un <<gris>> en una manifestación (eran años difíciles para España) por enfrentarse al pueblo. El policía lo dejó ir".[18] Solidaridad real, no narrada.

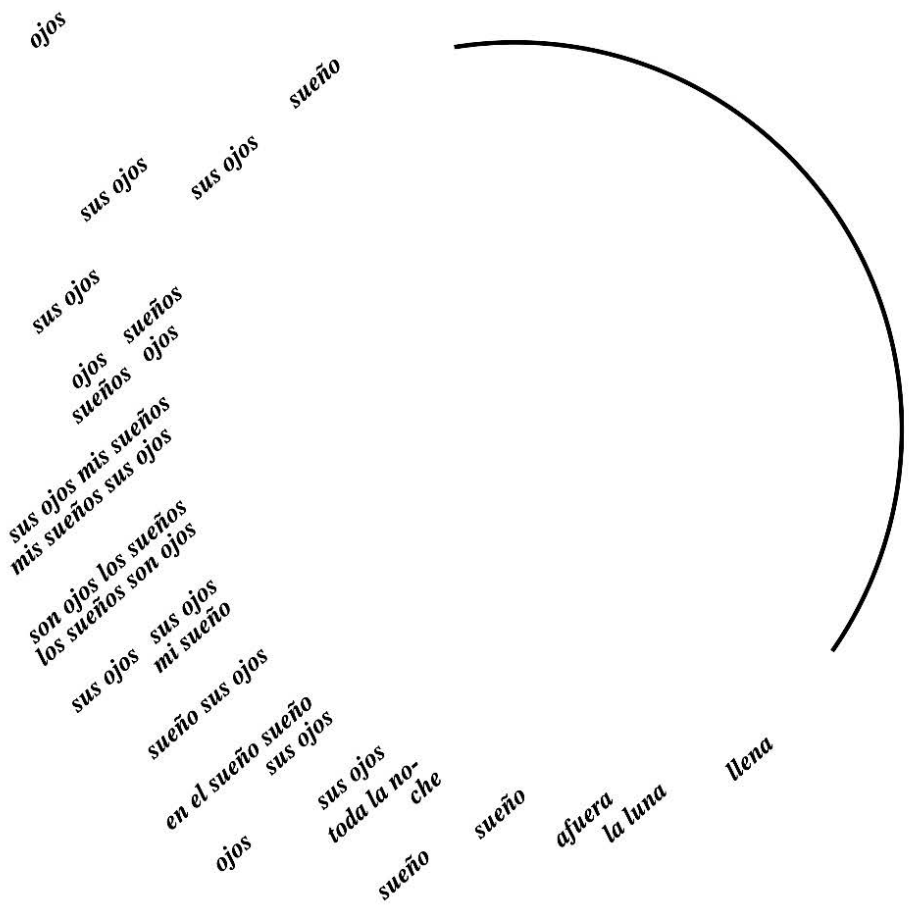
"Y qué puro amigo de sus amigos, Antonio", continúa Mantero, que ya dijo lo hermosamente que "esencializa" el poeta. El artículo lo titula "El nunca artificial Antonio Hernández". Y ser natural ha sido y es lo más disidente y solidario. *Viento variable* es la congregación actualizada de esa disidencia solidaria en el espejo del mundo real: la bolsa especulativa, los sin techo, los inmigrantes, los manteros de todo origen, los seres pequeños alzados al trono de lo admirable, animales irracionales con su vid poética. Todo floreciendo en la besana de esta disidencia solidaria que es tan humana.

José Luis Esparcia

(Ediciones En Huida, Colección "Poesía En Tránsito"; Sevilla, 2015.)

---

15. HERNÁNDEZ, Antonio. *Nueva York después de muerto,* p. 111. Ed. Calambur, 2013
16. HERNÁNDEZ, Antonio. *Viento variable*, p. 119. Ed. Calambur, 2016
17. HERNÁNDEZ, Antonio. *República de las letras nº 51 mayo 1997,* p. 15. Edita ACE
18. MANTERO, Manuel. *República de las letras nº71, julio 2001,* p. 99. Edita ACE



OBSESIÓN CON LUNA LLENA

Gustavo Vega

Exilios. Hacia el azul de Miriam Palma

(Ediciones En Huida, Colección "Poesía en tránsito", Sevilla, 2015)

Iván Onia Valero

Cuando abran este libro y lleguen a los primeros poemas, si se detienen un instante, podrán escuchar un traqueteo de aeropuerto, ese sonido que hacen los extraños al chocar los huesos y las lenguas, donde se mezclan los idiomas con esa suerte de himno de elefantes conversando que tienen los aviones al despedirse y que, pasados unos minutos, tanto se parece al silencio.

Azul late hoy el centro/ de un silencio (…)/ que se acurruca entre los bancos/ de una estación de trenes.

Exilios. Hacia el azul de Miriam Palma, se asemeja por momentos a una catedral erigida en torno a la máxima: "a aquel lugar en el que fuiste feliz, no debieras tratar de volver."

Por aquel entonces existían aún constelaciones,/ la tapia del viejo cementerio/ se prestaba paciente/ a guardar el secreto de los besos/ bailando con el humo/ de los primeros cigarrillos a escondidas.

Si en algún momento llegamos a creer que estamos ante un poemario en el que los paisajes se van a suceder delante de nosotros como en un cuaderno de viaje o que vamos a desconocer las ciudades y las coordenadas de las que nos hablan, estamos en el camino incierto. La pluma gira toda y la poeta se transforma en ciudad y álamo, en parque y bitácora de sí misma, y se parte como pan para ofrecerse en comunión con el lector. Las plazas no tienen nombre porque son las de todos, hay calles que hacen de esquina entre la adolescencia y el olvido. Hay hermanamiento entre la que escribe y nosotros porque la pérdida es una cicatriz democrática, porque el tiempo es la lengua de todos.

En aquellos días/ el canto de los grillos/ destrenzaba a menudo/ la densidad de esa ciudad pequeña

Umbral, en su libro *Carta a mi mujer* decía: "envejecer no es abandonar las cosas, sino ir viendo cómo las cosas nos abandonan". Miriam Palma nos coge de la mano para bajar a los sótanos donde las cosas que nos abandonaron permanecen sonámbulas, y se hace necesario decirlas para consagrarlas al rito de la existencia o a la literatura del recuerdo. Pone la mano encima para ver hasta qué punto está tornándose en pasado, en qué parte, sílaba o latido la tarde aquella la fotografió en un descuido y hoy puede asombrarse al verse hecha atardecer, horizonte de sí misma.

De a ratos se ilumina/ la retina/ de niña que recuerda/ aromas entre el verde/ de encinas extrañadas/ y de rimas,/ de futuros lejanos/ que nunca fueron ciertos/ a la postre.

Y también:

un tiovivo teñido de olores a rastrojos,/ del asombro prendido/ de la mano grande de la abuela/ embutiendo de amor un corazón/ de niña sola

Otro aspecto transversal a lo largo de los poemas es un continuo regreso al presente. El poemario se transforma poco a poco en una estación de paso, donde los paisajes genéricos: plaza, tarde, montaña… se funden y confunden con la poeta, que se sitúa en el centro de una bisagra por la que se dobla su vida. No sabemos si llamar a esto destino o parada obligatoria, pero los poemas nos golpean desde una atalaya en la que mirar hacia atrás o adelante parecen suponer el mismo ejercicio de inutilidad, y son bellezas iguales. Nos encontramos envueltos por dos pieles, una pasada y otra venidera, cosidas ambas por la punta roma de la esperanza.

> Componer un poema/ para una piel/ repleta de preámbulos

*

Se acerca un tiempo de huracanes rotos

*

Y aquí estamos ahora/ sobre la escombrera de un presente (…)/ entre los dedos/ restos aún/ de esperanza ajada

Las cosas nos abandonan, ya lo sabemos, en eso consiste nuestro mecanismo de estar y pesar sobre la Tierra y de eso, en parte, habla este libro de poemas. Pero, mientras buscamos los exilios que nos lleven lejos de tanta destrucción, entre los escombros, a veces, cabe una mano que escriba los lugares donde fuimos, o que encienda la luz verde de lo aún no habitado.

El respirar y el agujero

Alberto Cubero

José Luis de la Fuente. *El respirar y el agujero,* editorial "El sastre de Apollinaire", Madrid, abril de 2017

Trabajar el lenguaje desde un lugar previo al lenguaje. No tomarlo como un corpus establecido en el que llevar a cabo, con más o menos fortuna, ciertas maniobras retóricas. Recoger la palabra poética desde un estrato anterior a todo verbo. Esta es la propuesta que nos hace José Luis de la Fuente en su más que interesante poemario.

Quizás algunos se extrañen: trabajar el lenguaje desde un lugar previo al lenguaje. Y está bien que experimenten ese extrañamiento pues, acaso, les lleve a una reflexión respecto a un posicionamiento diferente al que hayan podido tener, hasta el momento, frente a la escritura poética. Quiero decir con ello que en "El respirar y el agujero" la palabra no es preconcebida, estandarizada, incluso maniatada, me atrevería a decir, sino que adviene en el poeta remontando desde allá donde reside lo desconocido. No se trata de que el poeta vaya en busca de, sino que se sienta atravesado por el lenguaje. En este sentido, la poesía de De la Fuente es una poesía del inconsciente que, como ya nos enseñara Lacan, está estructurado como un lenguaje. ¿Pero qué lenguaje es ese? ¿El que utilizamos habitualmente para intentar comunicarnos? ¿El que utilizamos para decir *eso es*?

En absoluto. Se trata de un lenguaje radicalmente otro. El que fluye adherido a lo siniestro. O mejor dicho, lo siniestro emerge adherido a la palabra. A aquello que, como decía Schelling, debiendo permanecer secreto, oculto, acaba por manifestarse. El *Unheimlich* freudiano que tan cercano está, por cierto, de lo familiar, de lo más próximo, de lo *heimlich*, como sucedía en "La carta robada", de Poe.

> Quizás seas la sombra
> de un animal inconsciente
> el apetito de algo que se esconde

O este otro estupendo poema:

> Caminar por los hilos subterráneos de la boca. Tu levedad se multiplica en un delirio de sombras. No es fácil atravesar la incertidumbre que forjaron los significados, su barro lo cubre todo. En el exterior, otro alguien te habita. Exagerada fractura del yo: orificio desubicado donde el paisaje se adentra.

Sí, *la incertidumbre que forjaron los significados*, esos significados que tantas veces no significan —quiero decir que *no significan algo en concreto*—, sino que se constituyen en un elenco, una multiplicidad de posibles

significaciones (significancia: Kristeva, Lacan). Sí, ese otro que nos habita en el exterior de la conciencia, pues somos tan —o más— sujetos del inconsciente que sujetos de la conciencia, de esa construcción imaginaria —y absolutamente necesaria, por otra parte— que es *el yo*.

Pero no se trata solo de la emergencia de lo reprimido —como algunos podrían suponer—, de aquello que, permanentemente, se resiste a ser desvelado, pero que, a la vez, permite ser simbolizado. Porque lo inconsciente tiene dos recorridos: lo reprimido y lo crudamente pulsional. En este último caso, únicamente podemos circundar. Quiero decir que solo podemos aspirar a rozar la pulsión con la palabra. De la Fuente lo consigue y de qué manera. Incluso, en ocasiones, pareciera que arrancara con la palabra un cuajo de pulsión. Lacan ya apuntó esta posibilidad: «Solo la poesía, en ciertos momentos, puede hacer presente lo real gracias a determinados usos de la lengua».

Lo pulsional, esa tensión que enhebra el cuerpo —*lo real*— frente al agujero forjado por la pérdida original a la que está sometido todo sujeto y sobre la cual orbitan la sangre, el dolor, el miedo, la locura, lo divino, la culpa. El abismo.

Ahora que habitas la boca del lobo, ves la transparencia de la locura y lo divino te ahoga, te reduce a simple aliento. Ves el agua-fiebre corromper el nombre de las piedras. Mientras la noche, clavada en un madero, babea.

O este otro :

Sabías que Dios estaba tras el muro y tú seguías tirando piedras. Renegaste de tu nombre, de tu sangre, de la existencia. La culpa y el lobo aullaban en el veneno de la sombra. Malos tragos para el ciego, para el buscador de ceniza. Después de tantas lunas, lloras.

Consigue De la Fuente la emergencia de lo inconsciente a partir de una escritura que se aproxima mucho —en ocasiones, lo es plenamente—, a la escritura automática. Palabra empujada más por la fuerza de la pulsión que por las normas del pensamiento. Palabra apenas pulida (puedo dar fe de ello: tantas horas de escritura poética compartidas con el autor del poemario), que brinda una fuerza metafórica que, en ningún caso, podría ser producto de una escritura pasada por la reflexión de modo apriorístico. Como insistía María Zambrano, no se puede enseñar a hacer una metáfora: sale. Y sale en la medida en que la conexión entre dos palabras sea inhóspita, inverosímil, *salvaje*.

De la Fuente escribe sin saber lo que dice, pero con un *conocimiento otro*. No un conocimiento epistemológico, sino esa verdad que, si no mediara el corpus simbólico de lo poético, nos haría enloquecer. La sombra animal que nos acecha y que es tajada, con mayor o menor éxito, por el lenguaje. Parafraseando los versos de Arthur Lundkvist: *Si el pájaro supiera por qué canta / enloquecería*.[19]

Eran terribles en el pensamiento-páramo. Los orgullos azules brillaban como el desgarro del número. La noche, violentada por su luz, contaminó la virginidad del agua. Implacables, descendieron por los pétalos de la ira. El miedo frente al miedo, devorando el deseo.

Una buena amiga y estupenda poeta, cuando acaba de escribir un texto suele decir: "Chim pum". Pues eso, chim pum.

Alberto Cubero

19. Los versos originales de Lundkvist dicen: "Si el pájaro supiera por qué canta / callaría".

Un cancionero de la desposesión

[Sobre ***Cuando todo es ya póstumo,*** de Ángel García López]

Arcadio López-Casanova

En tiempos poco propicios para la lírica, y cuando, además, son muchos los ecos que resuenan y pocas las voces, es de agradecer que la palabra de un maestro -Ángel García López- por fortuna nos regrese -y nos reconcilie- a la más alta y verdadera poesía con su último poemario, *Cuando todo es ya póstumo* (Castalia, 2016), libro que representa, sin duda, una de sus cimas creadoras junto a títulos emblemáticos como *A flor de piel, Elegía en Astaroth, Mester anda/usí, Trasmundo* o *Posdata.* Y un libro - quiero destacarlo- iluminador de caminos en esa confusión de modas fugaces e inanes, de lamentable mercadeo lírico que nos invade y padecemos.

Este nuevo poemario de nuestro autor remite, desde su singularidad, su excepcional originalidad, al signo de unidad que recorre (y da sentido) a todo el conjunto de su obra, y que hay que relacionar con una arraigada imagen suya de la verdadera realidad o cosmovisión personal. Una cosmovisión de acentuada tensión dramática (de ahí su honda palpitación existencial) que queda articulada en dos polos: de una parte, la ensoñación de un mundo hermoso y vivificador, un anhelo de vida en plenitud; de otro, la conciencia temporalizadora, los signos de la privación y la pérdida, el humano temblor del desvalimiento, de la desposesión, el acecho de la ultimidad. Sobre esa polaridad o relación tensiva, unas veces el poeta llevará su mirada al espejo salvador de la memoria, otras lo hará sobre el propio presente existencial, y otras veces, en fin, esa mirada dramatizadora se fundirá en espacios y tiempos, ámbitos y edades, ensueños y vencimientos, en complejas superposiciones y proyecciones mitificadoras. En todos los casos, una matizada melodía -la elegía- va a ser la que, desde diversos registros, module asimismo , y unitariamente, todo el conjunto de su obra.

A esa luz, pues, hemos de ver -y entender- *Cuando todo es ya póstumo,* libro - como todos los suyos- de ajustado diseño macrotextual. En sus elementos dispositivos, externos, el poemario, que se abre con muy indicativas citas de Borges y Aleixandre, queda articulado en catorce *cantos* de grave y honda andadura, señalados con romanos y con título identificador. Al respecto, no parece una mera casualidad que el diseño, el conjunto de los *cantos* se organice sobre ese número *catorce,* i.e., recurrencia del *siete,* número esencial que, en su virtualidad simbólica, alude al *acabamiento de un ciclo,* al *tránsito de lo conocido hacía lo desconocido,* claves -según veremos- muy presentes en el significado de esta obra.

En su estructura de sentido, y si, por ejemplo, *Trasmundo* (1980) -una cima de su *corpus*- nos presentó un estremecedor *diario de ultimidad,* de vida que se ve abocada a sus límites, este último poemario representa un dramático *cancionero de la desposesión,* i.e., *in marte* de la mujer amada, *cantos,* pues, conmovedoramente modulados por un "sonido de réquiem".

Esa configuración del poemario como *cancionero* (claro que -dijimos- *in marte*), supone que en sus páginas queda líricamente historiada una personal *razón de amor* que se engarza según un proceso narrativo de secuencias. Los poemas -los *cantos*- numerados funcionan, pues, a modo de *fragmenta in ordine,* solidarios entre sí, que nos van trasladando esa *razón de amor* vivida por el sujeto poemático.

Ese proceso narrativo que guía a los poemas, a los catorce *cantos* del conjunto, responde a una secuencialización subjetiva, esto es, tal como la vive el hablante y sujeto lírico, y que aquí se hace -nota importante- desde la dramática asunción de la pérdida de la mujer amada. Historia o *razón de amor* que, obviamente, va dirigida o

focalizada en un único *tú lírico* femenino, en la imagen de la *amada única,* como justamente marca la dedicatoria del *cancionero* ("A Emilia, *in memoriam).*

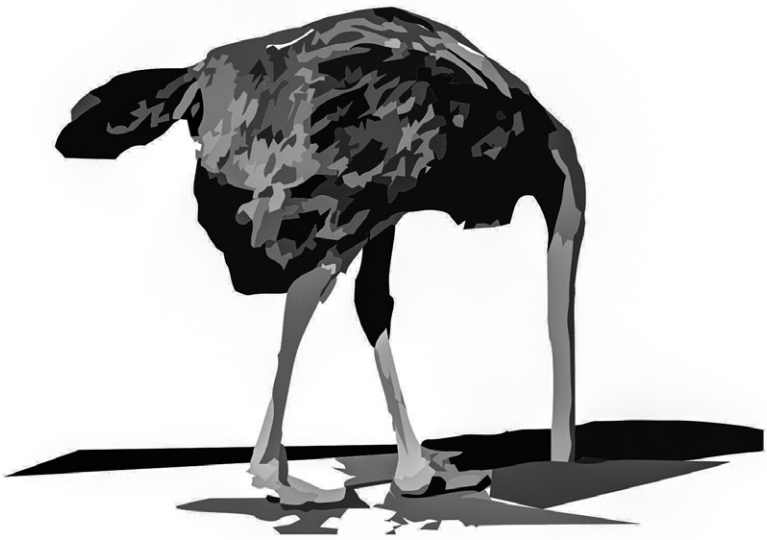
Esa *razón de amor* que el yo amante nos traslada, se articula según una clave ya apuntada, una dramática polaridad o relación tensiva entre varios planos. Uno primero -y principal- es el del *tú lírico* -la mujer amada-, evocada en su belleza y plenitud ("un cuerpo adolescente rodeado de olivas/ junto a una fuente tibia y una esbelta espadaña") y que viene a contrastar, doloridamente, con su representación asaeteada por la enfermedad devoradora. Uno segundo, la cala -por una parte- que el yo hace en "los años distantes", en aquel "tiempo sin tiempo" lleno de felicidad, de encendido amor conyugal, de amorosa y entrañada compañía, de "profecía entregada al oficio de una hermosa locura", y, por otra, la constatación de que "todo así, concluso, el tiempo somos ido", de que "se agotó la aventura" y, en fin, de que la muerte de la amada "a mi palabra ha dejado sin nido. Tú eras ella, voz única". Y uno tercero, de tensión entre *escenarios,* entre los paisajes luminosos que fueron marco de aquella vida feliz de los amantes, y lo que es el espacio funeral ("una plaza prohibida/ por varias alambradas(...) lo aislado de esa plaza, un círculo pequeño(...) un hospital sin brillo(...) cercano del Averno(...)", marco del sufrimiento, del desvalimiento y la indefensión, de la despedida.

Este *cancionero* cierra su originalidad e intensidad con dos decisivos rasgos, siempre de especial relevancia en la obra magistral de Ángel García López. Uno corresponde a la brillantez y riqueza de la imagen poética, que aquí ofrece, además, una muy varia tipología, y en la que cabría destacar, por ejemplo, la pertinencia y riqueza de determinados símbolos escénicos (emblemas cromáticos y florales, los regímenes temporales -diurno *vs* nocturno, el mar, el viento, las aves, etc.).

Otro -no menos importante- corresponde a la unidad formal (tan exigible a un *cancionero)* y a la función rítmica. Así, y como ya sucedía en otras obras suyas *(Mester andalusí, Memoria amarga de mí, Trasmundo,* por ejemplo), todos los *cantos* responden a la misma razón compositiva, al uso de un versículo pautado, aquí sobre tres bases heptasilábicas (a menudo fragmentado o escalonado). Versículo, entonces, de gran aliento rítmico, de sostenida cadencia en todo el *cancionero,* de melodía grave, solemne, ajustada y propia del decir elegíaco, de su "sonido de réquiem".

En definitiva, estamos ante un poemario ejemplar, de la más alta calidad lírica, de conmovedor sacudimiento íntimo, muestra de lo que hoy, a estas alturas, nuestra poesía realmente necesita. Un dramático *cancionero amoroso* que hemos de añadir a los excepcionales modelos que nos ha ido ofreciendo la modernidad poética, con Juan Ramón Jiménez *(Sonetos espirituales),* Salinas *(La voz a ti debida),* Miguel Hernández *(El rayo que no cesa},* Gil-Albert *(Misteriosa presencia)* o José Hierro *(Con las piedras, con el viento).*

Ángel García López

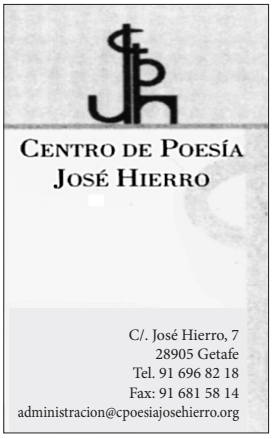


EL ESTADO DE LA NACIÓN (VIII): TÁCTICA PRESIDENCIAL INFALIBLE PARA SOLUCIONAR PROBLEMAS

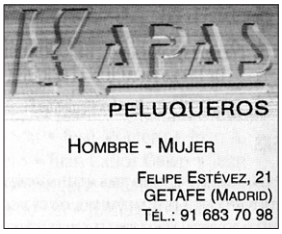
Teo Serna

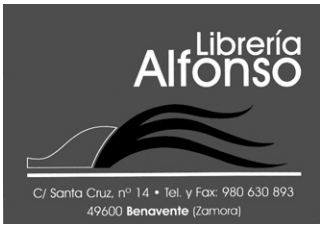
Mecenazgo

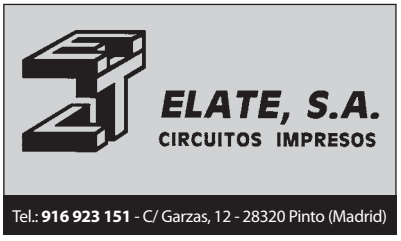
www.psicologosmadrid.eu
mcabello@correo.cop.es

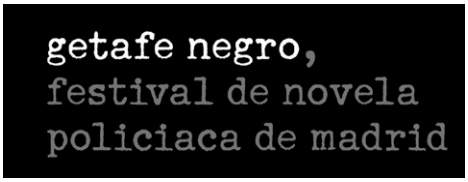


Diego Mirallas Jiménez
ABOGADO
C/ San Eugenio, 12 - 1ºF
28901 GETAFE (Madrid)
Teléf.: 91 684 23 71 - Móvil.: 677 694 626
C. Electrónico: dmirallas64@hotmail.com









«La Editorial Asociación de Amigos de El Matemático a los efectos previstos en el artículo 32.1 párrafo segundo del vigente TRLPI, se opone expresamente a que cualquiera de las páginas de esta obra o partes de ella sean utilizadas para la realización de resúmenes de prensa. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

CUADERNOS DEL MATEMÁTICO 28-28

© Ángel Aragonés 2018